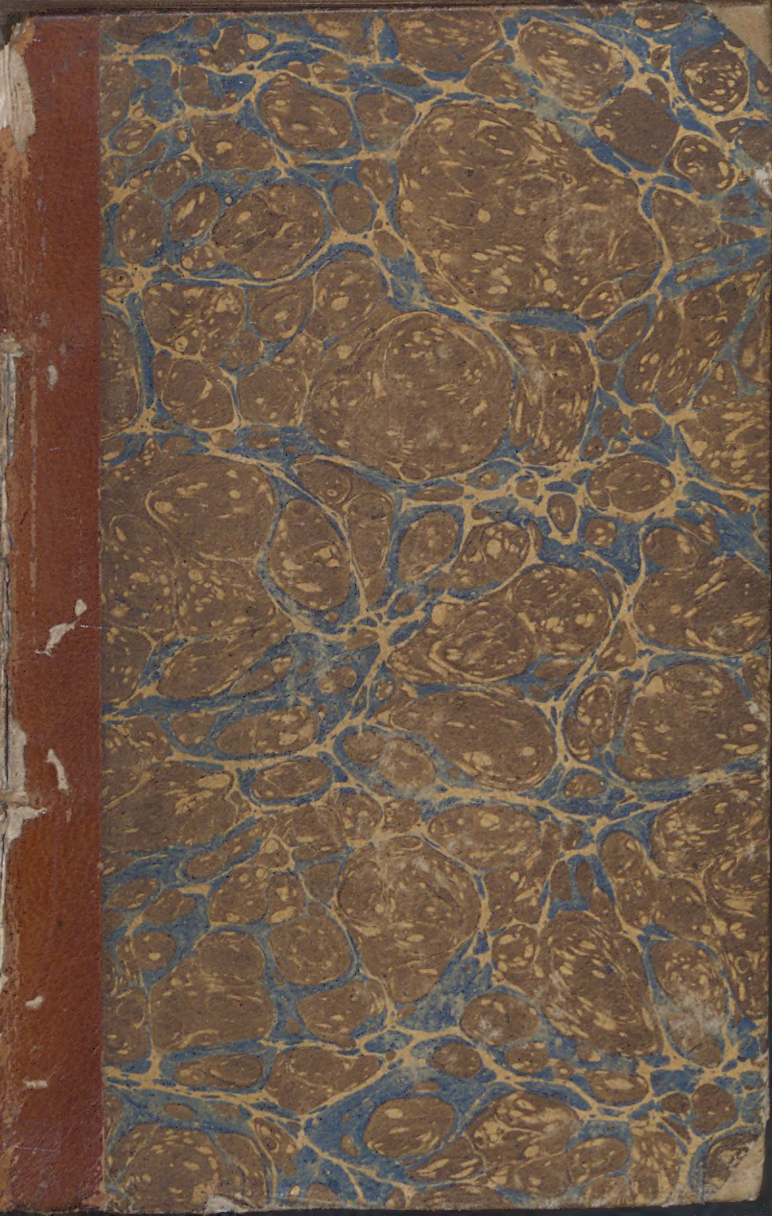






Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XXII.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA.

CONTINUACION

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA

del Conde de Segur:

Por D. Alberto Lista.

TOMO XXII.

MADRID: 1834.
Imprenta de D. José Palacios,
calle del Factor.

HISTORIA DE FRANCIA.

CAPITULO VI.

Carlos nueve.

Carlos IX, rey de Francia. Edicto de julio: triunvirato: coloquio de Poissy. Edicto de enero: matanza de Vassy: primera guerra civil: batalla de Dreux. Sitio de Orleans: asesinato del duque de Guisa: paz: edicto de Amboise. Entrevista de Bayona. Empresa de Meaux: segunda guerra civil: batalla de san Dionis. Paz de Lonjumeau: tercera guerra civil. Batallas de Jarnac y de Montcontour. Paz de san German en Laya. Matanza de san Bartolomé: cuarta guerra civil. Sitio de la Rochela: paz de la Rochela.

CÁRLOS IX, *rey de Francia* (1560). La muerte de Francisco II quitaba por el momento toda su fuerza al partido de los Guisas, y salvaba por consiguiente la vida al príncipe de Condé, á quien ya se habia notificado la sen-

tencia de muerte. Catalina de Médicis fue reconocida por regenta del reino en la menor edad de su hijo segundo Cárlos IX, que tenia á la sazon diez años: y adquirió el poder, no tanto por el derecho de la naturaleza, cuanto porque ninguno de los dos partidos que dividian la corte y el reino, eran bastante fuertes para prevalecer. Los Guisas eran estrangeros: los Borbones tenian sobre sí una condenacion legal.

El canciller del Hospital aconsejó á Catalina, que no se dejase dominar por ninguno de los dos partidos: sino que subyugase á ambos, valiéndose contra el que quisiese emanciparse, de las fuerzas del otro: sistema, que en nuestros dias se ha llamado de *báscula*, y que Catalina adoptó, aunque no siempre con la misma perseverancia. El resultado de estas disposiciones fue la reconciliacion aparente de los príncipes. El de Condé salió de su prision, y fue recibido de la reina con muchas demostraciones de cariño: los Guisas quedaron en la corte: á Antonio de Borbon, rey de Navarra, se le nombró lugarteniente general del reino; y Ana de Montmorency volvió á servir su empleo de condestable.

En ninguna de estas transacciones tuvieron parte los estados generales reunidos en Orleans. Sus sesiones fueron el campo de batalla en que pelearon católicos y protestantes, loreneses y borboneses; pero nada se decidió en ellos para cubrir el *deficit* de 43 millones que gravitaba sobre el erario: los di-

putados alegaban siempre la imposibilidad de los pueblos para pagar nuevas contribuciones. El gobierno pues disolvió la asamblea, y convocó otra para el mes de mayo siguiente, y con el pretesto de disminuir los gastos de las dietas, mandó que las elecciones se hiciesen, no por bailiages, sino por provincias, nombrando cada una tres diputados, uno de cada órden. De esta manera la asamblea solo se compondria de 39 individuos, número mas fácil de manejar.

Edicto de julio: triunvirato: colóquio de Poissy (1561). Mientras el reino estaba entregado á todos los tumultos propios de las disensiones religiosas, los grandes se disputaban el poder en la corte. El condestable Montmorency, irritado por el disfavor que habia sufrido durante todo el reinado de Francisco II, no podia perdonarselo á los Guisas, y amenazó salir de la corte, que estaba entonces en Fontainebleau, pasar á la capital y obligar al parlamento á que declarase regente del reino á Antonio de Borbon, si los loreneses no se separaban del gobierno. La reina evitó este golpe, aconsejando al rey que llamase á su cuarto al condestable y le mandase no salir de Fontainebleau.

No tardó mucho este enemigo encarnizado de los Guisas en amistarse con ellos de la manera mas íntima. La asamblea electoral de Paris, reunida para nombrar los diputados de los próximos estados generales, manifestó en

sus discusiones sobre el mandato que debia darles, no solo grande oposicion á los católicos, sino tambien vehemente deseo de que se revocasen las gracias concedidas por los últimos reyes á los Guisas, á Diana de Poitiers, al condestable, al mariscal de san Andres, y á otros señores, á quienes llamaban *las sanguijuelas de la corte.* Este ataque inesperado unió los dos partidos católicos: y Montmorency se reconcilió con los Guisas. Santiago de Albon, mariscal de san Andres, era valiente y amable: se habia educado con Enrique II, que le colmó de favores. La intimidad del duque de Guisa, del condestable y del mariscal dió grande preponderancia á los católicos y disgustó mucho á los Coligny y á los Borbones, que le impusieron el nombre de *Triunvirato.* Aumentaba sus fuerzas la cooperacion de Felipe II, rey de España, que nunca disimuló la intencion de favorecer la causa de la religion católica, así en Francia, como en los demas paises de Europa.

Pero esta nueva coalicion llenó de terrores á Catalina de Médicis, que entónces trató de ganar para sí á los calvinistas, ya convocando el coloquio de Poissy, ya concediéndoles el edicto de julio. Cuando se ventilaban estas cuestiones en el parlamento, dijo en una ocasion el canciller del Hospital: «mucho se habla de reforma: sin duda la dirige el diablo; pues cada dia son peores los hombres, y ninguno piensa en reformarse.»

En fin, el edicto de julio pareció: en él quedaron abolidas todas las penas impuestas por las leyes á los calvinistas; pero se condenaron al último suplicio los que formasen conventículos y asistiesen á las prédicas. Este artículo era tan agradable al duque de Guisa, que cuando fue aprobado esclamó: «mi espada no se quedará escondida en la vaina, siempre que se trate de defender este edicto.» Palabras que anunciaban la guerra civil en el momento que se hiciesen nuevas concesiones á los religionarios.

En este tiempo, hallándose un dia en presencia del rey el duque de Guisa y el príncipe de Condé, preguntó Cárlos al primero cuál habia sido la causa de haber preso al de Condé en Orleans; y como el lorenés echase toda la culpa al rey difunto, esclamó el de Condé, volviéndose hácia el duque: «Cualquiera que fuese el que me hizo aquella injuria, le reputo por un mal hombre y por un perverso.» «Y yo tambien, replicó el de Guisa: pero eso no habla conmigo.» Estos dos señores, á solicitud del rey y de Catalina, se abrazaron, comieron juntos, se juraron eterna amistad, y continuaron aborreciéndose cordialmente.

Los estados generales se reunieron, y concedieron un subsidio, cuya principal suma pagó el clero. El coloquio de Poissy entre teólogos católicos y calvinistas, reunido por Catalina con el objeto de que se acordasen los de una y otra creencia, produjo el efecto or-

dinario de esta especie de conferencias. En nada convinieron ; pero se separaron diciendo cada uno que habia convencido á sus adversarios. La reina, cuya política era en aquella época favorable á los disidentes, escribió á Roma, intercediendo por ellos, y aun mostrándose dispuesta á hacerles algunas concesiones: pero el papa no se dejó sorprender, y escribió á Hipólito de Este, su legado en Francia, que tratase de fortificar el partido católico, como en efecto lo hizo ganando al versátil rey de Navarra con la promesa que se le hizo de casarle con María Estuarda, sobrina de los Guisas, y viuda de Francisco II, que ya habia partido á su reino de Escocia, donde tantos infortunios la esperaban, despidiéndose con lágrimas de Francia. El rey de Navarra no quiso aceptar esta propuesta, á pesar que le ofreció el legado anular su matrimonio con Juana de Albret. Entonces se le prometió de parte del rey de España darle la isla de Cerdeña en indemnizacion de la corona de Navarra. Este cebo le sedujo mas, y se unió al partido del triunvirato: pero Catalina le tuvo siempre alejado de los negocios por medio de una dama, á quien amaba frenéticamente, y en cuyo cortejo empleaba todo su tiempo.

Edicto de enero: matanza de Vassy: primera guerra civil: batalla de Dreux (1562). El edicto de julio no se observaba. Los calvinistas se reunian en conventículos, y los católicos los perseguian. Tal vez la justicia

castigaba á los contraventores de uno y otro partido: pero la impunidad era mas frecuente que los escarmientos. Estos desórdenes que se renovaban diariamente, obligaron al canciller del Hospital á promulgar, despues de muy deliberado en una asamblea de consejeros de todos los parlamentos, celebrada en san German, un nuevo edicto (que se llamó de enero), por el cual se concedió á los calvinistas la facultad de reunirse en sus templos y asistir á sus prédicas. Este nuevo edicto causó grande escándalo en todos los afectos á la antigua religion; y el parlamento de Paris no lo archivó sino á la fuerza.

El triunvirato, creyéndose entonces perdido, determinó dar un golpe vigoroso, apoderándose de la persona del rey, que estaba con su madre en una casa de placer de la Brié. El duque de Guisa, que se hallaba en Lorena estipulando con los príncipes de Alemania que no diesen socorro á los calvinistas de Francia, se puso inmediatamente en camino para la capital con una numerosa comitiva. Al pasar por Vassy, villa de la frontera de Champaña, sus criados se trabaron de palabras con los calvinistas de aquel pueblo que concurrian á su prédica. De las injurias pasaron á los golpes: Guisa, que se presentó para separar á los combatientes, recibió una pedrada en la cara, y vertió mucha sangre: lo cual visto por los suyos, nada fue capaz de contenerlos; sino que acometiendo con nuevo

sus padres: los calvinistas alegaban que el rey y la regenta estaban cautivos bajo el poderío de los Guisas, cuya tiranía era detestada de toda la nacion. El príncipe de Condé hizo su plaza de armas á Orleans: Leon, Ruan, la Rochela, Montalvan, muchos pueblos del delfinado, y en fin todos los territorios en que era mayor el número de los protestantes, adhirieron á su partido, y enviaron tropas á su ejército.

Beaugeney fue tomada y saqueada con la última barbarie por los calvinistas. La Noue, uno de los capitanes mas célebres de este partido, describe las costumbres austeras de los militares protestantes, que no marchaban al combate sino cantando salmos, como sus correligionarios de Escocia y de Inglaterra. «Pero no me fio de ellos, añade: porque el proverbio dice: *joven hermitaño, viejo diablo.*» El mismo, hablando de las crueldades que cometieron en el ataque de Beaugeney, añade: «no parece sino que habia un premio señalado para el que hiciese mas daño.»

Mientras el príncipe de Condé retirado en Orleans imploraba el socorro de los príncipes protestantes de Alemania, y de Isabel, reina de Inglaterra, las tropas del rey tomaban y saqueaban despiadadamente las ciudades de Blois, Tours, Poitiers y Bourges, y pusieron sitio á Ruan, defendida por Montgomery, el mismo que fue causa, aunque inocente, de la muerte de Enrique II. Los católicos querian

apoderarse de la plaza sin saquearla, por no destruir en un solo dia la opulencia de aquel grande emporio, centro del comercio de España, Gran Bretaña y Flandes. Pero la pertinacia de los habitantes era tal, que no se creia posible evitar su perdicion. Uno de ellos salió de la plaza con el intento de asesinar al de Guisa; y preso por sospechas, confesó cual habia sido su proyecto. El duque le preguntó qué ofensa personal habia recibido que le obligase á aborrecerle. «Ninguna, respondió el calvinista: solo me ha movido el interes de mi religion.» «Pues si tu religion, replicó el duque, te obliga á matar á quien jamas te ha ofendido, la mia me manda perdonarte: juzga cuál es mejor de las dos.»

Poco despues se dió el asalto á la plaza, y á pesar de los esfuerzos del duque, la soldadesca irritada por la resistencia de los sitiados, despues de haber entrado á viva fuerza en la ciudad, la saqueó durante tres dias. Antonio de Borbon, rey de Navarra, fue herido en uno de los asaltos, aunque no de mucho cuidado: pero la falta de régimen y los desórdenes á que se entregaba, envenenaron la herida, y murió de ella: príncipe débil, sin mas mérito que el valor militar y haber sido padre de Enrique IV. Juana de Albret, su esposa, se habia retirado al Bearne con su hijo, desde que Antonio se unió al triunvirato; porque era ardiente calvinista, y llevaba muy á mal que su marido ocupase en la corte un

puesto subalterno, pudiendo obtener el primero al frente de los protestantes.

Llegaron en fin á Orleans, capitaneadas por D'Andelot las tropas auxiliares que esperaba de Alemania, aunque uno de sus cuerpos fue derrotado por el mariscal de san Andres; y reunidas todas sus fuerzas marchó contra París, y se apostó en Montrouge y en las cercanías, amenazando los arrabales de san German y Santiago. En una tregua que hubo mientras se tenian conferencias, ordinario recurso de Catalina, los cuerpos avanzados de ambos ejércitos se reunian, los amigos y parientes se abrazaban y se daban mútuamente pruebas de amor. De modo que los alemanes, viéndolos tan conformes, creyeron al principio que estaban vendidos. Despues cuando rota la tregua observaron el encarnizamiento con que peleaban unos contra otros, decian: «¿qué locos son estos que se abrazan hoy y se degüellan mañana?»

El Príncipe de Condé, cuyo egército habia sufrido mucho por el rigor de la estacion, levantó su campo el 10 de diciembre, y se dirigió á Normandía para recibir el dinero que le enviaba la reina Isabel, y las tropas inglesas que debian guarnecer á Havre y Dieppe. Siguióle el duque de Guisa con todo su egército, y le alcanzó el 19 de diciembre cerca de Dreux, donde se dió la primer batalla de las guerras civiles.

La accion empezó por un cañoneo que

duró dos horas. El condestable de Montmorency fue el primero que acometió con mas intrepidez que prudencia: porque sin ver si era ó no sostenido, se metió en el egército contrario, y fue herido y hecho prisionero. El mariscal de san Andres, que volaba á su socorro, tuvo la misma suerte, y despues de haberse rendido, fue muerto de un pistoletazo por un enemigo personal suyo. Los calvinistas, creyendo ya asegurada la victoria, se desordenaron para seguir el alcance; y el duque de Guisa, que mandaba su compañia en la retaguardia, gritó á los suyos: «esta es la ocasion; ya son nuestros:» y acometiendo denodadamente al enemigo desordenado, y debilitado por la pérdida considerable que habia sufrido en los dos choques anteriores, le derrotó completamente, y el príncipe de Condé tuvo la misma suerte que el condestable, cayendo herido en poder de los católicos.

Sitio de Orleans: asesinato del duque de Guisa: paz: edicto de Amboise (1563). La batalla de Dreux aseguró el poder del duque de Guisa. El rey de Navarra habia fallecido: el condestable estaba prisionero: el gefe de los calvinistas en su poder. Catalina de Médicis se vió pues obligada á conferirle el supremo mando militar, con el título de lugarteniente general del reino. Esta fue la tercera vez que lo obtuvo.

Pero esta elevacion acabó pronto de una manera trágica. Pusose al frente de las tropas, per-

siguió al enemigo y sitió á Orleans, donde D'Andelot se habia hecho fuerte con algunos calvinistas determinados, mientras su hermano el almirante Coligny reunia con la actividad que le caracterizaba, el egército derrotado en la batalla de Dreux. Ya el sitio estaba muy adelantado, y se esperaba por momentos la entrega de Orleans, cuando el duque de Guisa fue asesinado alevosamente por Juan Poltrot de Méré, gentilhombre de la provincia de Angulema.

Este suceso interrumpió no solo las operaciones militares, sino tambien las conferencias que se habian comenzado para la paz. La bala estaba emponzoñada, y el duque murió algunos dias despues con los sentimientos de un héroe cristiano. Se disculpó en sus últimos instantes de la matanza de Vassy, asegurando que habia sido un suceso casual: aconsejó á su hijo y sucesor Enrique, cuyo caracter impetuoso conocia, que no fiase en los favores de la corte, y que moderase sus deseos: despues de lo cual se entregó enteramente al cuidado de su salvacion. Así falleció Francisco, duque de Guisa, uno de los héroes mas grandes que Francia ha producido. Debiósele la salvacion de la patria despues de la batalla de san Quintin: intentó poner freno á las nuevas opiniones religiosas, cuyo funesto influjo conocia; pero tuvo el defecto de la escesiva ambicion, que deslustraba cuanto hacia bueno, á los ojos de la nacion, y le impelió muchas

veces á hacer lo que no debiera. La toma de Calés y la batalla de Dreux bastan para inmortalizar su nombre.

Poltrot en las declaraciones que se le tomaron, acusó unas veces á Teodoro Beza, otras al príncipe de Soubise, y al duque de Rochefoucault: pero en el tormento y en el último suplicio confesó haber sido instigado para cometer aquel asesinato por el almirante de Coligny, á quien generalmente se creyó en aquellos tiempos autor del crimen. De aquí procedió el funesto odio que le juró, jóven todavia, Enrique de Lorena, duque de Guisa y sucesor del difunto Francisco.

La disposicion de los ánimos era favorable á la paz; porque el príncipe de Condé y el condestable de Montmorency que por la muerte de Guisa quedó al frente del partido católico, estaban prisioneros y deseaban recobrar su libertad. Los ministros calvinistas estaban encerrados en Orleans, y no podian encender el fuego de la discordia, y el almirante Coligny, el mayor enemigo de la pacificacion, se ocupaba en reunir sus tropas dispersas. La reina deseaba la paz con suma ansia, y para inclinar á ella al de Condé, y tenerle subyugado, le entretenia en su corte con los amoríos, á que era muy aficionado y que con tanto arte sabian inspirar las damas del palacio de Catalina.

La paz se hizo, mediante el edicto de Amboise, donde estaba entonces la corte, por el

cual se creyó haber complacido á católicos y á protestantes, y en la realidad no se hizo mas que dar armas á unos y otros para perpetuar las disensiones. Este edicto limitaba la libertad de predicar el calvinismo mas que el edicto de enero: pero no tanto como el de julio. Podian tener templos los calvinistas en las ciudades que estuviesen en su poder el 17 de marzo del mismo año, en las aldeas cuyo señor fuese de la religion reformada, y uno en cada bailiage de la jurisdiccion del parlamento. Así se concluyó la primer guerra civil. Los alemanes se volvieron á su patria, despues de pagados por el tesoro real.

El primer fruto de la pacificacion de Amboise fue la restauracion del Havre que los ingleses ocupaban, y que les habia entregado el príncipe de Condé en prendas de las sumas prestadas por Isabel; la cual, concluida la guerra, exigia que por aquella plaza se le entregase Calés. Catalina no cedió, y el condestable tomó la plaza en pocos dias, siendo muy de admirar que las tropas con que la sitió, fueron los restos del egército calvinista, los cuales, para borrar la mancha de su anterior rebeldía, pelearon con grande valor. Para los gastos de esta espedicion se vendieron algunos bienes eclesiásticos, cosa no vista en Francia hasta entonces. Se disculpó esta inovacion con la ley de la necesidad. Isabel, cuya atencion estaba fijada esclusivamente en los negocios de Escocia y en suscitar enemigos á

María Estuarda, hizo la paz con Francia.

Cárlos IX, que entraba á la sazon en los 14 años, fue declarado mayor en virtud del edicto de Cárlos V, y tomó en sus manos las riendas del gobierno. Este príncipe era de presencia gallarda y magestuosa, muy aficionado á todos los egercicios militares. Manifestó en los principios de su reinado mucha deferencia á su madre Catalina, que habiendo salido con felicidad de una regencia tan tempestuosa, continuó gobernando en nombre de su hijo. Los primeros años de la juventud de este príncipe hasta su casamiento, fueron manchados con amoríos ilícitos, á los cuales se entregó abandonando el cuidado de los negocios públicos.

Entretanto el edicto de Amboise se ejecutaba mal. En los bailiages donde los calvinistas eran menos fuertes, se les daban, por cumplir con la ley, lugares muy pequeños é inmundos para que hiciesen templos. Esto produjo reclamaciones: y el consejo se aprovechó de ellas para interpretar el edicto de Amboise de una manera contraria á los de la religion reformada: pues no solo se restringió la concesion de tener templos y prédicas, sino tambien se prohibió á algunos prelados, que como el cardenal de Chatillon, habian abrazado la reforma, celebrar en sus iglesias el oficio segun el rito de los protestantes. Pero lo que mas sintieron fue la orden que se dió á los religiosos de ambos sexos, que habian salido de los conventos y abjurado sus votos

por seguir la doctrina de Calvino, para volver á sus comunidades ó salir del reino. Casi al mismo tiempo concluyó sus sesiones el concilio de Trento; y como en sus cánones fueron condenados los errores de los calvinistas, ó habian de modificarse las antiguas leyes de Francia contra los hereges, ó se habia de perseguir á los reformados.

No se acabaron, pues, con el edicto de Amboise las disensiones, antes se renovaron con mas fuerza: los católicos, insistiendo en los decretos de la Iglesia, y los calvinistas en los privilegios que les concedia el edicto, se hacian, en plena paz, todos los males posibles. Entretanto la division existia en la corte, asi como en las ciudades y en las aldeas. Ana de Este, viuda de Francisco de Guisa, vestida de luto y atravesando á Paris y presentándose en palacio con todo el aparato del dolor, pidió justicia contra los asesinos de su marido, designando como autor del crímen al almirante de Coligny. Este se presentó en la corte, acompañado, contra el tenor de los edictos, de un cuerpo de 500 hombres armados. Catalina, recelosa de este aparato hostil, creó para defender la persona del rey, de cualquier golpe imprevisto, las guardias suiza y francesa, que desde entónces tuvieron los reyes de Francia. El señor de Charry, coronel de la francesa, fue asesinado, segun se creyó generalmente, por órden de Coligny. «¡Otro asesinato! esclamó Catalina: ese es muy mal medio

para hacer olvidar el primero.» Sin embargo, visto en el consejo el negocio de la muerte de Guisa, se impuso silencio á las partes por tres años. El condestable de Montmorency quiso favorecer á sus sobrinos los Coligny en esta causa, en la cual, segun él decia, no se versaban los intereses de la religion ni los del estado. Pero al mismo tiempo proyectaba acabar con los calvinistas en Paris, Borgoña y Languedoc, de acuerdo con sus hijos el mariscal de Montmorency, y Danville, gobernador en el mediodia, y con Tavannes, comandante de Borgoña. La corte descubrió á tiempo este horrible proyecto, que ella misma aprobó y egecutó algunos años despues, y lo reprimió con el suplicio de algunos alborotadores subalternos. Mas se les dió muerte sin forma judicial, por temor de encontrar en la causa algunos nombres, inaccesibles á la accion de la justicia y de las leyes. Tal era la calamidad de aquellos tiempos.

Entrevista de Bayona (1565). Hallándose la capital mas sosegada, emprendió la corte el célebre viage por las provincias, de que tanto se habló en las memorias de aquel tiempo, y en el cual se complicaron proyectos políticos, diversiones, amoríos, y segun algunos, planes de destruccion y matanza. Catalina se dirigió primero á Lorena, desde donde hizo alianza ofensiva y defensiva con el marques de Baden y otros príncipes católicos del mediodia de Alemania, para tener auxilia-

res en aquella nacion, en caso de que sus potentados protestantes favoreciesen á los calvinistas. Despues pasó á Borgoña, Leon, Delfinado, Provenza y Languedoc: en todas estas provincias la presencia del rey produjo escelente efecto; muchas plazas, que aun estaban por los calvinistas, se le entregaron: muchas disensiones se terminaron ó se suspendieron.

Llegó en fin la corte á Bayona, término de su viage. Allí vino de España la reina Isabel, esposa de Felipe II, á ver á su madre Catalina y á su hermano Cárlos. Acompañábala el célebre duque de Alba, nombre funesto á los protestantes; y los escritores calvinistas no dudan asegurar que entre los placeres de aquellas vistas se tramó la matanza de san Bartolomé. No es dudable que el gobierno español prometeria toda su asistencia á Catalina y á su hijo para estinguir en Francia las semillas de laheregía: mas no creemos que hubiese aconsejado el asesinato: mucho mas cuando son obvias y conocidas en la historia las causas de aquella catástrofe terrible. Se atribuye al de Alba haber dicho á Catalina, que *mil ranas no valen lo que un salmon*; y si es cierto que lo dijo, este consejo es contrario á la matanza indistinta de los calvinistas.

En este viage acompañó á los reyes el célebre Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, hijo y heredero de Antonio, rey de Navarra, y de Juana de Albret. Este héroe nació en el palacio de Pau el año de 1553: su abuelo

materno Enrique de Albret, obligó á su hija á cantar una cancion bearnesa en el momento que empezaron los dolores del parto; y apenas nació el niño, se apoderó de él, y se encargó de su educacion. Esta fue dura y militar. Se le instruyó en todos los egercicios propios de un caballero: se le obligó, con los pies desnudos, á trepar hasta las montañas mas altas del pais, á satisfacer el hambre con alimentos comunes, y vivir con otros niños de su edad, como si fuese igual á ellos. Esta educacion le inspiró la fuerza de cuerpo y alma, que le hizo invencible en los combates y en las tempestades políticas; y al mismo tiempo, la dulzura, afabilidad y franqueza que le hizo tan amable y tan popular. Catalina de Médicis no se hallaba sin él; y sus réplicas graciosas y vivas eran en su tierna edad de 11 años el encanto de la corte. El rey y Catalina volvieron á Paris en el invierno.

Empresa de Meaux: segunda guerra civil: batalla de san Dionis (1567). La asamblea de notables de Moulins, que se celebró en 1566, produjo el edicto, redactado por el canciller del Hospital, y famoso en la historia de la legislacion francesa, por el cual se arreglaron muchos puntos importantes de legislacion. El rey Cárlos y Catalina de Médicis, auxiliados por los buenos oficios del condestable, hicieron grandes esfuerzos para reconciliar á los Guisas con los Coligny: y en efecto hubo una entrevista de ambas familias, ante

las cuales juró el príncipe de Condé que el almirante no habia tenido parte en el ascsinato del duque de Guisa, y por órden del rey se ofrecieron unos y otros amistad. Fue muy notable en esta ocasion la indiferencia del jóven Enrique, heredero de Francisco: ni dijo una palabra, ni hizo una accion que indicase resentimiento ni concordia; y advirtiéndole que tomase parte en el convenio, dijo que él era muy jóven para entender en los negocios de la familia.

La disposicion de los ánimos era seguro pronóstico de una nueva guerra civil. Los calvinistas pedian nuevas concesiones. Los católicos querian quitarles las que ya gozaban. Catalina contemporizaba, y hasta cierto punto era dudosa su política. No amaba á los calvinistas; pero temia á los Guisas, y el influjo que adquiririan si no tenian enemigos que temer. El rey, aunque sumiso á los consejos de su madre, era violento por carácter, y no podia sufrir el ascendiente progresivo de los reformados. Los católicos, imitando la conducta de sus enemigos, se confederaron tambien entre sí, y empezaron á formar la que despues se llamó *Liga santa*, y cuyos primeros elementos fueron las hermandades y cofradías de los gremios establecidas desde tiempos muy antiguos. La hoguera era grande y estaba bien provista de leña: solo faltaba una centella para levantar el incendio. Parece que en esta época comenzó á darse á los calvinistas de Francia el

nombre de *hugonotes*, tomado, segun se cree, del sitio donde se juntaba una de sus asambleas mas considerables en los arrabales de Tours.

Como cada dia creciesen la osadía y las pretensiones de los calvinistas, resolvió la corte reunir un egército, y para esto se valió del pretesto de las tropas españolas que pasaban de Italia á Flandes con el duque de Alba, atravesando la Saboya, el Franco-Condado y la Lorena, con el objeto de someter los protestantes rebeldes de los Paises-bajos. Catalina dió á entender la necesidad de que Francia estuviese armada durante la marcha de un egército estrangero tan poderoso por los confines del reino. Pero despues que el duque de Alba llegó á su destino, el rey no desarmó las fuerzas que habia juntado: los hugonotes conocieron que solo se dirigian contra ellos, y resolvieron anticiparse.

Hallabase la corte durante la primavera y el verano en Monceaux, pueblo de la provincia de Brie; pero con muy poca guardia y casi sin tropas: descuido imperdonable en un gobierno que meditaba tan grande empresa come someter ó destruir á los calvinistas. A mitad de setiembre se recibió aviso de que los calvinistas conspiraban para apoderarse de la persona del rey. Ni el condestable ni el canciller lo creyeron. El rey envió un emisario á Chatillon, residencia del almirante; el enviado volvió á la corte, y dijo que Coligny esta-

ba en su casa, atento al cuidado de ella, y *pensando solo en la vendimia*. Esto era el 26 de setiembre: el 28 ardia ya toda Francia en la guerra civil. El 27 por la noche apareció en Rosay, villa cercana á Meaux, un cuerpo numeroso de caballería, mandado por el príncipe de Condé y los Coligny, con direccion á Monceaux; pero se detuvieron hasta el dia siguiente, que era víspera de san Miguel, porque el rey habia determinado celebrar en dicha víspera un capítulo general de la órden de este santo, y esperaban sacar un cuantioso rescate de los caballeros que concurriesen. Esta miserable consideracion malogró su empresa. que era segura en la noche del 27, y salvó al rey y á la Francia.

La primer diligencia que hizo la corte aterrada fue reunir un cuerpo de suizos, que el rey habia tomado á su sueldo, y cuyos cuarteles, aunque no lejanos, estaban separados y podian ser sorprendidos por el enemigo. Apenas llegaron á Monceaux, marcharon con la corte á Meaux, donde llegaron el 28 por la tarde, sin que los confederados los acometiesen. La reina les habia enviado algunas personas que les hiciesen proposiciones de ajuste para entretenerlos.

Pero en Meaux era imposible sostenerse contra la caballería que ocupaba el pais, y no se queria esponer al rey á ser sitiado por su vasallo. El duque de Nemours, que habia casado con Ana de Este, viuda de Francisco de

Guisa, aconsejó pasar á Paris, y su consejo fue seguido. A media noche se formaron los suizos en batallon cuadrado, recibieron en su centro á los reyes y á toda la corte, y se pusieron en marcha. Esta fortaleza ambulante impuso respeto á los enemigos, que solo se atrevieron á empeñar algunas escaramuzas poco considerables, y fueron constantemente rechazados por las terribles picas de los suizos. Algunas tropas que salieron de Paris cerca de anochecer, acabaron de destruir las pocas esperanzas de los calvinistas y los obligaron á retirarse. El rey llegó á la capital ya muy entrada la noche.

Esta fue la famosa espedicion de Monceaux, malograda por la avaricia de los hugonotes; los cuales nunca quisieron confesar que su intencion fuese apoderarse de la persona del rey, sino quitar de su lado á los malos consejeros; ordinario pretesto de sediciones: pero nadie los creyó. La guerra estaba ya declarada: de todas partes acudian tropas al campo de los hugonotes, que se apostaron en la llanura de san Dionis. El rey juntó sus fuerzas, y despues de muchas negociaciones inútiles, se dió en 10 de noviembre una batalla campal y decisiva en aquella misma llanura. El egército real, mandado por el condestable, era superior en número y en artillería: los hugonotes, ademas de estas desventajas, tenian la de haber destacado á D'Andelot con un cuerpo considerable al mediodia del Sena. La batalla fue

obstinada y sangrienta: al fin quedó la victoria por los católicos, bien que les costó muy cara, porque perdieron muchas personas de cuenta: una de ellas fue el condestable Ana de Montmorency. A pesar de su edad de cerca de ochenta años, se arrojó en medio de un escuadron enemigo, donde quedó solo peleando, muertos ó fugitivos los que le acompañaban. Un soldado enemigo le apuntó. «Tú no debes de conocerme» le dijo Montmorency. «Porque te conozco, te envio esto:» y le disparó tan de cerca, que el condestable, casi moribundo, le hirió con su espada. Este soldado era Stuart, uno de los presos por la conjuracion de Amboise que se escaparon de la cárcel de Blois.

Los calvinistas querian apoderarse del condestable: los católicos le arrancaron de sus manos, y en estos movimientos se abrieron mas sus heridas: pero no quiso volver á Paris, hasta que tuvo la victoria por segura. Murió como héroe y como cristiano: pero hasta el último momento conservó su carácter vivo y poco sufrido. Como su confesor le exhortase á desechar los terrores de la muerte, le dijo con algun enojo: «¿pues qué, pensais que el que ha vivido con honor cerca de ochenta años, no sabrá morir un cuarto de hora?» Así acabó su larga carrera este varon célebre, adicto á sus reyes y á su religion; pero que se empeñó demasiado en ser gefe de un partido de la corte. Es verdad que su par-

tido era el mas juicioso de todos. Fue guerrero intrépido, pero desgraciado, y á veces imprudente.

Los calvinistas se retiraron de Paris hácia las fronteras de Lorena para reunirse con las tropas auxiliares que les enviaban de Alemania sus correligionarios, como en efecto lo consiguieron mas allá del Mosa, perseguidos tibiamente por los católicos, á quienes faltaba un general activo é instruido, y que á pesar de la victoria de san Dionis, estaban amilanados por la pérdida de tantos hombres distinguidos, que habian quedado en el campo de batalla.

Paz de Lonjumeau: tercera guerra civil (1568). Al principio de la campaña siguiente se presentó el príncipe de Condé al frente de su egército, numeroso con los muchos refuerzos que habia recibido y con los auxiliares de Alemania, sobre las riberas del Sena. Pasó este rio, y puso sitio á Chartres, seguro de que la posesion de esta plaza le daria medios para interceptar los víveres de que se abastecia Paris, y de imponer la ley á la capital y á la corte. La resistencia que no pudo oponerle el egército realista, mandado por Luis de Gonzaga, duque de Nevers, general sin nombradía, la encontró en los intrépidos habitantes de aquella plaza.

Entre tanto que se hacia la guerra, no habian cesado las negociaciones. Los alemanes desertaban en gran número del egército de

Condé, ganados por el dinero que distribuian los agentes del rey; y los mismos hugonotes peleaban con tibieza, viendo la obstinada oposicion de Chartres, y sabiendo por otra parte las condiciones ventajosas que se les proponian. Condé, Coligny y los demas gefes del partido querian sacar para sí mismos algunas condiciones ventajosas: pero la corte nunca convino en ellas; y así, por no disgustar á los calvinistas cansados de la guerra, y para que no se dijese que por sus intereses particulares impedian la pacificacion general del reino, firmaron la paz, ajustada en Lonjumeau por los plenipotenciarios de entrambos partidos. Las condiciones fueron, ademas de la restitucion de las plazas conquistadas y de la amnistía, que se pondria en vigor el edicto de Amboise, sin las restricciones que lo modificaron despues: que los alemanes se retirarian, pagándoles el rey sus sueldos; pero que reembolsarian despues los calvinistas esta anticipacion.

Este tratado se llamó la *pequeña paz* por su corta duracion; y tambien la *paz coja y de mal asiento*, porque los plenipotenciarios de la corte, que la redactaron, fueron Armando de Gontaut, baron de Biron, que era cojo, y el señor de Malassise (palabra que en frances significa *mal sentada*). El historiador La-Laboureur dice que «los que no se fiaron en ella, fueron mas sabios.»

En efecto, el odio recíproco, exhalado en

los sermones, y en los papeles satíricos y apologéticos que se escribian, daba pocas esperanzas de una paz sólida. El rey, apenas se volvieron á su pais los alemanes, exigió de los jefes de los calvinistas el pago de 100.000 escudos de oro que habia dado á los estrangeros. Los calvinistas por su parte no quisieron entregar las plazas de Castres, Alby, Montalban, Sancerre y la Rochela, que fue despues el último asilo del calvinismo.

El príncipe de Condé se hallaba en su castillo de Noyers, que está en la provincia de Borgoña. El Almirante de Coliguy vino á verle para tratar de sus negocios comunes; y la corte envió órdenes á Tavannes, gobernador de Borgoña, para prenderlos: pero este hombre astuto, que ni queria encargarse de una comision tan odiosa, ni perder su gobierno, aparentó que la cumplia, ajustó á los dos gefes con los movimientos de sus tropas, hizo que cayese en manos de ellos un correo que enviaba á la reina dándole cuenta de las disposiciones que habia tomado para prenderlos, y los obligó de este modo á huir: lo que pudieron hacer fácilmente porque Tabannes les dejó el camino abierto. Llegaron á la Rochela, y alli levantaron el estandarte de la tercera guerra civil. La reina de Navarra, su hijo Enrique, príncipe de Bearne, y los demas caudillos hugonotes concurrieron á aquella plaza; pues aunque la corte habia dado órden de prenderlos, todos lograron escaparse del

peligro, quizá porque los encargados de hacer estas prisiones, siguieron el ejemplo de Tavannes.

El rey Carlos IX revocó todos los edictos dados en favor de los hugonotes, y promulgó otros proscribiéndolos. Habia un partido de hombres juiciosos y moderados, á cuya frente estaba Miguel del Hospital, que con luces y sentimientos superiores á su siglo predicaban la paz y la reconciliacion. Los católicos ardientes llamaban á estos *políticos*, tomando esta palabra en mal sentido, y dando á entender que los designados por ella preferian los intereses terrenos á los dictámenes de la conciencia.

Los calvinistas tomaron las armas, llamaron en su favor á los alemanes, ocuparon el Saintonge, el Angume, y el Poitou. Allí encontraron al egército católico, mandado por Enrique, duque de Anjou, tercer hijo de Catalina de Médicis, á quien esta princesa queria proporcionar ocasiones de gloria para eclipsar á los Guisas, siempre temibles á la familia real, y que habian activado mas de lo que quisiera la reina, la liga católica, á cuya frente se hallaban. Como el duque de Anjou, aunque valiente, era todavia muy joven, mandaba las tropas bajo sus órdenes el mariscal de Tavannes, hombre de mano y de cabeza. Los dos egércitos se avistaron en las orillas del Vienne, y se esperaba una batalla: pero el invierno fue tan rigoroso y estaba tan adelantado, que unos y otros resolvieron to-

mar cuarteles de invierno. El duque de Anjou se retiró á Chinon, y los calvinistas se apostaron en las riberas del Vienne.

Batallas de Jarnac y de Montcontour (1569). Luis, príncipe de Condé, se hallaba al frente de un egército numeroso, con muy buenos generales, y dueño de todo el sud-oeste de Francia, donde Montgomeri, su lugarteniente, había derrotado á los generales del rey; y así no es estraño, que embriagado con su prosperidad hiciese batir moneda con su efigie y este mote: *Luis XIII, primer rey cristiano de Francia.*

Estas esperanzas duraron poco: su intencion era pasar al centro de Francia, para reunirse con los alemanes que venian en su socorro mandados por Wolfango, duque de dos Puentes; pero las hábiles maniobras de Tavannes impidieron este designio: los católicos pasaron el Charente, y tenian á los calvinistas como encerrados en la orilla septentrional de este rio y separados del resto de Francia: para salir de esta posicion era necesario dar una batalla, y esta se verificó el 13 de marzo en Jarnac, pueblo situado sobre el Charente en la frontera del Angumes y del Limosin.

Condé procuraba romper por aquel punto para encaminarse al Loira y ocupar el centro del reino. Tavannes echó dos puentes sobre el Charente, pasó rápidamente en medio de la noche á la parte septentrional, resuelto á no dejar escapar su presa, alcanzó la caba-

llería enemiga, mandada por Condé en persona, y la esterminó. El príncipe á quien el caballo de uno de los suyos habia roto una pierna de una coz, peleó sin embargo con sumo valor y serenidad; al fin cayó prisionero, habiéndole prometido la vida: pero Montesquieu, capitan de la guardia del duque de Anjou, le mató de un pistoletazo que le tiró por la espalda. El famoso Stuart fue muerto á puñaladas: y La Noue, uno de los caudillos mas valerosos de la reforma, que tambien cayó prisionero, hubiera perecido en el suplicio, á no interceder por él su antiguo camarada Martigues, capitan del egército real, que habia merecido el sobrenombre de *soldado sin miedo.*

La batalla de Jarnac, en que quedaron casi enteramente destruidas las fuerzas de los calvinistas, produjo sin embargo muy poca variacion en el estado de las cosas. Enrique de Anjou, despues de haber mostrado el valor mas intrépido en el combate, se entregó á la indolencia que le era natural, y todos los esfuerzos de Tavannes no consiguieron otra cosa que la toma de algunas plazas insignificantes. Los restos del egército calvinista, que se retiraron á san Juan de Angely, conducidos por el almirante, vieron llegar á sus cuarteles á la reina de Navarra, la cual les presentó á su hijo Enrique de Bearne y á su sobrino Enrique, príncipe de Condé, hijo y heredero de Luis, con refuerzos considerables del mediodia. Los hugonotes aceptaron al de Bearne por

generalísimo, y Coligny mandaba las operaciones bajo sus órdenes. En fin, los alemanes pasaron desde el Rin hasta las fronteras de Guiena, donde se reunieron con el egército del almirante el 15 de junio sin que le impidiesen el paso los duques de Aumale y de Nemours, que mandaba cada uno en la frontera un egército, cuando menos igual en número á los enemigos, ni detuviese su marcha la plaza de la Charité, que se les rindió sin resistencia. Tavannes, en las memorias que dejó de esta guerra, da á entender que Catalina de Médicis impidió con sus disposiciones secretas que aquellos príncipes de la casa de Lorena triunfasen, para que fuese mas señalada la victoria de su hijo Enrique de Anjou, tanto mas cuanto estaba irritada contra el cardenal de Lorena, que en esta época procuraba persuadir al rey, que la gloria adquirida por su hermano Enrique ofuscaba la magestad real, y de esta manera le indisponia contra Catalina. Asi los manejos de la corte, la indolencia del duque de Anjou, y la energía de Coligny y de la reina de Navarra hicieron estériles los laureles de Jarnac.

Las fuerzas de los confederados ascendian á 25.000 hombres; y hubo una escaramuza junto á la Roche l'Abeille, en la cual los del rey llevaron lo peor, y los calvinistas cometieron la inhumanidad de no dar cuartel. La reina, viendo que su egército era inferior en número al de los enemigos, lo distribuyó en

guarniciones, esperando que la estacion calurosa haria en los alemanes su efecto acostumbrado. En efecto asi sucedió: los calvinistas sitiaron inútilmente á Poitiers: su egército se contagió con las enfermedades del otoño; de modo que cuando el del rey, habiendo recibido nuevos socorros, volvió á entrar en campaña, las fuerzas eran casi iguales de entrambas partes.

El almirante no queria arriesgar la suerte de la causa que defendia al trance de un combate: pero los alemanes, cansados de tantas marchas, se amotinaron por la nueva que les mandó hacer el general; y mientras los sosegaba, sobrevino el egército católico, y fue preciso pelear. Esta batalla se dió en Montcontour, aldea del Poitou, el 3 de octubre; y en media hora se decidió la victoria por los católicos. Al segundo ataque de estos se disipó el egército enemigo. Los del rey persiguieron á los calvinistas, gritando: *la Roche Abeille*, é hicieron en ellos espantosa carnicería, en venganza de la inhumanidad que manifestaron los hugonotes en aquella pelea. De 25.000 hombres que tenian, apenas escaparon 6.000, que el almirante, herido y derrotado, mas no abatido, condujo al mediodia de Francia.

Carlos IX, irritado por las sugestiones del cardenal de Lorena, vino al egército, no quiso dar oidos á Tavannes que aconsejaba perseguir al enemigo con el grueso de las tropas, y redujo los frutos de la victoria de Montcon-

tour á la toma de algunas plazas. Llegó el invierno, los católicos se retiraron á sus cuarteles, y dieron lugar al almirante á organizar un nuevo egército en el mediodia.

Paz de san German en Laya (1570). Los calvinistas, vencidos y casi esterminados en dos batallas campales, se presentaron mas fuertes que nunca en la primavera de 1570. Pasaron el Loira, invadieron la Borgoña, pelearon en Arnay le Duc con el mariscal de Cossé Gonnor, que mandaba un egército de 16.000 hombres. La accion quedó indecisa: pero los hugonotes, que marchaban rápidamente, porque no llevaban artillería, despues de devastar la Borgoña, penetraron en la isla de Francia hasta Montargis. Entonces se hizo la paz en san German en Laya, concediéndoles, ademas de la amnistía, que pudiesen recusar seis jueces en todos los tribunales, y que conservasen por dos años cuatro plazas de seguridad, que fueron la Rochela, Montalban, Cognac y la Charité.

Las causas que obligaron á la corte á firmar esta paz despues de las victorias de la campaña anterior, no son bien conocidas. Unos dicen que viendo renacer en la guerra las cabezas de la hidra, quiso adormecerla con la paz para cortarlas todas de un solo golpe; y á la verdad los sucesos que siguieron, justifican esta reflexion. Otros por el contrario aseguran que aun no se habia pensado en esterminar á traicion los hugonotes; y

que las disposiciones pacíficas del gobierno procedian de la falta absoluta de dinero: causa sumamente verdadera entonces, y mas natural.

A fines de este año celebró Cárlos IX su matrimonio con Isabel de Austria, segunda hija del emperador Maximiliano II: princesa dotada de mucha prudencia y amabilidad, que poseyó la estimacion y el amor de su marido, y le hizo renunciar á los desórdenes de su primera juventud: mas nunca tomó parte en los asuntos del gobierno: lo que fue una verdadera calamidad para Francia; porque siendo tan prudente y virtuosa, hubiera evitado los grandes infortunios del reinado de Cárlos IX.

Matanza de san Bartolomé: cuarta guerra civil (1572). Hecha la paz, ni acudieron á la corte los principales gefes de los calvinistas, ni se separaron para ir á habitar en sus tierras, como despues de la pacificacion de Lonjumeau: sino se retiraron á la Rochela, donde vivian seguros, cubriendo sus recelos con el pretesto de deliberar acerca de los medios de pagar á los alemanes auxiliares. El rey llevaba muy á mal que los príncipes de la sangre y Coligny estuviesen adonde no alcanzaba su autoridad, y podian impunemente intentar movimientos contra la tranquilidad del reino.

Dos causas concurrieron entonces á que los caudillos de la Rochela tomasen la resolucion fatal de volver á Paris. La primera fue

los matrimonios, contratados ya desde la paz de san German en Laya, de Enrique, príncipe de Bearne, con Margarita, hermana del rey, y del príncipe de Condé con María de Cleves, hermana de las duquesas de Guisa y de Nevers. A estas bodas que parecian una nueva seguridad de la paz, no podian escusarse de asistir los amigos y parientes de los novios. La segunda fue un proyecto que habia meditado el almirante de Coligny contra España, y era llevar los calvinistas de Francia á los Paises-bajos, para que auxiliasen á sus coreligionarios contra los españoles.

Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange, que habia hecho las campañas anteriores en compañía de Coligny, aprobó en gran manera este plan, tan ventajoso para la causa de su familia, y pasó de la Rochela, donde estaba entonces, á Paris con el objeto de lograr que el rey lo adoptase. Cárlos le recibió muy bien, y á sus ruegos le restituyó el castillo de Orange, solar de su familia, para su hermano. Parecióle bien el proyecto de Coligny: y añadió, que para tomar en materia de tanta importancia una resolucion definitiva, era necesario consultar con el almirante. Así, como arrastrado por su destino, vino á la corte con los príncipes de Bearne y de Condé.

Cuando se presentó al rey é hincó la rodilla, Cárlos le levantó cogiéndole por un brazo, y le dijo: «ya estais en mi poder, y no os separa-

reis de mí cuando querais.» Como su caracter era vehementísimo en cualquier direccion que tomase, fue fácil á un hombre del temple de Coligny, que le mostraba el camino de la gloria, captar su voluntad. Manifestóle que el único medio de purgar su reino de la guerra, era soltar contra los españoles de los Paises-bajos los hombres valerosos y turbulentos que habian formado las disensiones intestinas: díjole que la Inglaterra estaba dispuesta á auxiliar á los holandeses; y que no era razon dar á una potencia rival tanto influjo en los negocios de un pais que estaba á las puertas de la Francia. Estas razones persuadieron al rey de tal modo, que miraba al almirante como al primer hombre de su reino, le llamaba su padre, y le hacia las mayores demostraciones de aprecio y de cariño.

Juana de Albret, reina de Navarra, acompañó á su hijo á la corte. Catalina la observaba y queria penetrar en su interior. «Enojadla, le aconsejó Tavannes, y no os enojeis vos. Entonces sabreis sus secretos sin revelar los vuestros.» Juana llegó á la corte á fines de mayo, y falleció el 9 de junio, y segun se cree de veneno. El asesinato era entonces un medio muy comun de libertarse de un enemigo aborrecido; y por tanto muy pocas personas distinguidas morian, sin que se sospechase y se dijese que su muerte habia sido violenta: porque segun la triste situacion á que habia llegado la sociedad, el odio y la venganza

exaltados por los furores religiosos, eran las pasiones dominantes.

El objeto del rencor de Catalina era en esta época el almirante de Coligny, cuyas ideas y proyectos ganaban el ánimo del rey, de manera que iba perdiendo la reina madre su influjo habitual. Esta muger cuyo único elemento era el mando, viendo que el almirante triunfaba, y temiendo las consecuencias de la influencia calvinista en la corte, se unió con los Guisas, á quienes siempre habia mirado como sus competidores en el poder, y deliberó con ellos sobre los medios de apartar del lado de Cárlos á los comunes enemigos.

El primer paso que se dió fue retirarse de la corte los príncipes de Lorena en son de malcontentos, y como llevando muy á mal la presencia del asesino del duque de Guisa: así llamaban al almirante. La reina habló á su hijo con el acento de la ternura, manifestándole las calamidades á que la dejaria espuesta á ella y al duque de Anjou su hermano, si los calvinistas dominaban. Vacilaba el rey entre varios afectos, y permanecia dudoso en su política. Temia la ambicion y el artificio del de Anjou; pero estaba acostumbrado á respetar la voz de su madre. Agradábanle los proyectos de Coligny, que juzgaba útiles á la Francia: pero habia mamado en la leche el odio á los calvinistas. De esta irresolucion, y de su carácter violento, que su madre conocia muy bien, se valió Catalina para lograr su intento.

La muerte de Juana de Albret retardó las bodas del príncipe su hijo, que desde entonces tomó el título de rey de Navarra. Los Guisas volvieron á la corte llamados por Catalina con una gran comitiva de sus vasallos, poco antes que se celebrasen los casamientos de los príncipes de Borbon: y cuatro dias despues de esta solemnidad, el veinte y dos de agosto, volviendo el almirante á su posada desde el Louvre, le tiraron desde una ventana cubierta con una cortina, un arcabuzazo que le hizo una grande herida en el brazo izquierdo y le llevó el índice de la mano derecha. El asesino se escapó.

El rey, cuando supo este suceso, dió las muestras menos equívocas de indignacion: mandó perseguir á los delincuentes, visitó al almirante, le consoló, le prometió castigo y venganza, y cuando volvió á palacio, habiéndole dicho la reina que sospechaba al duque de Guisa autor de aquella maldad para vengar la muerte de su padre asesinado en el sitio de Orleans, prorumpió en nuevos furores, y juró por el nombre de Dios (que era su juramento ordinario) que no dejaria impune aquel delito, y que iba á dar orden de prender al de Guisa.

Fue preciso pues para calmarlo revelarle el misterio, y comisionaron para ello á Alberto de Gondi, baron de Retz, que era muy querido de Cárlos. El de Retz le confesó que en la conjuracion contra el almirante no entraban solamente los Guisas, sino tambien la

reina Catalina y el duque de Anjou: que el hecho era ya sin remedio, y que era preciso unirse á los enemigos de los calvinistas para acabar con estos ó prepararse á una guerra civil, en la cual el rey, colocado entre dos facciones enfierecidas, perderia su dignidad y acaso el trono y la vida. Poco despues entraron en el gabinete del rey su madre, su hermano, Tavannes, y otros confidentes, los cuales añadieron (y era así la verdad), que la exasperacion de los hugonotes habia llegado á su colmo despues de la herida del almirante, y que amenazaban no solo á los Guisas sino tambien al rey y á su madre.

Cárlos pues, obligado por las circunstancias, mudó su sistema político, y le mudó con la violencia que lo caracterizaba: porque no solo concedió á los conjurados la cabeza de Coligny, sino tambien quiso que cayesen las de todos los calvinistas, «para que ninguno de ellos, añadió, pueda echarme en cara la muerte de su caudillo.» Resuelto ya el golpe, solo se trató de la egecucion. Reuniéronse en el barrio donde vivia el almirante, los alojamientos de la mayor parte de los nobles de su partido, con el pretesto de que estuviesen juntos en caso de algun ataque de parte de los Guisas; pero en la realidad para degollarlos de una vez. Los Guisas se despidieron del rey, manifestando temor de las persecuciones de sus enemigos; pero con el objeto de encubrir sus movimientos y los de su comitiva con las

apariencias del viaje á Lorena. Introdujeronse en el Louvre muchas armas destinadas, segun se echó la voz, á un torneo que el rey queria hacer en celebridad de las bodas de su hermana. Tavannes dió orden al preboste de los mercaderes de París, de armar las compañías urbanas, y tenerlas prontas en las casas de ayuntamiento el dia y hora señaladas, que fue el 24 de agosto, dia de san Bartolomé, al rayar el alba.

Todos estos preparativos se hicieron con el mayor secreto: pero no todos los calvinistas se adormecieron en una funesta confianza, como el almirante, á quien era imposible persuadir que el rey quisiese sacrificar el hombre que presentaba un proyecto útil y glorioso para la nacion, á los palaciegos y á los Guisas, que aspiraban declaradamente á apoderarse de la autoridad. Algunos hugonotes huyeron desconfiados á las provincias: pero los de mas nombradia no podian abandonar á Coligny, y perecieron con él.

Conforme se iba aproximando el momento fatal, manifestaba Cárlos una tristeza mas profunda, y una agitacion mas vehemente: y Catalina, que no le perdia de vista, temiendo que retractase las órdenes ya dadas, por un efecto de su irresolucion, anticipó la señal algunas horas, y mandó tocar á rebato las campanas de san German el Auxerres.

Pusieronse entonces en movimiento los actores de aquella horrenda catástrofe. El duque

de Guisa acudió inmediatamente con los suyos y con las tropas del rey á casa del almirante: los asesinos penetran hasta su cuarto, donde, cierto ya de su muerte, estaba apoyado contra una pared. Un aleman llamado Béme le preguntó si era Coligny, y el héroe respondió con serenidad, yo soy: y añadió: «tú eres jóven y debias tener mas respeto á mis canas.» El aleman le atravesó con su espada, la sacó humeante y le dió un tajo que le partió la cara. Los demas asesinos le acabaron allí mismo, y arrojaron por una ventana á la calle su cadáver, que fue al dia siguiente ludibrio del pueblo enfurecido.

Así pereció víctima de las mismas tempestades civiles que él suscitó, el célebre Gaspar de Coligny, almirante de Francia, varon dotado de grandes cualidades, y cuyos defectos fueron mas bien propios de su siglo, y del fanatismo sombrío de su secta, que de su corazon. El furor de levantar altar contra altar y trono contra trono, abrió el abismo en que él y la Francia perecieron.

Es imposible describir los horrores de aquella noche de venganzas. Baste decir que despues de concluida la matanza que duró tres dias, muchas damas de la corte fueron como á un paseo á visitar los sitios en que habia cadáveres, y se divirtieron en hacer sobre ellos observaciones inmundas. Este rasgo en un sexo benigno y pudoroso por naturaleza, caracteriza los furores fanáticos de aquel siglo,

mas bien que las descripciones circunstanciadas á que se niega la pluma del historiador. Perecieron en esta horrenda proscripcion Teligny, yerno del almirante, Lavardin, Larochefoucauld, Pardillan y otros muchos, célebres en el partido de los calvinistas por su valor y pericia militar: siendo muy de notar, que entre tantos hombres intrépidos, solo dos, llamados Guerchy y Taverny, tomaron las armas para defenderse, y vendieron caras sus vidas. Tan inesperado fue el ataque, que los demas murieron indefensos. El feroz Tavannes gritaba á los suyos: *matad, matad: tan buena es la sangría en agosto como en mayo.* Nada respetaron los sicarios; pues persiguieron á un calvinista hasta el aposento mismo de Margarita de Valois, hermana del rey; y solo se salvó el infeliz que ya venia herido, abrazándose con esta princesa.

Su marido y el príncipe de Condé, á quienes se habia esceptuado de la proscripcion, se presentaron al rey, que les mandó abjurar el calvinismo, dándoles tres dias de término para que resolviesen: y como pidieron, concluido este término, que se les prorogase para instruirse en los principios de la religion, el rey les dijó: *Misa, muerte ó Bastilla.* De este modo los obligó á reconciliarse con la Iglesia. Despues continuaron en la corte mucho tiempo, siempre observados, y mas bien en calidad de prisioneros que de príncipes de la sangre.

Como era necesario dar un pretesto á tan-

tas iniquidades, se calumnió al almirante y á sus secuaces; estendiendo la voz de que trataban de asesinar toda la familia real, y dar la corona al príncipe de Condé. La corte envió órdenes á las provincias para que imitasen el egemplo de la capital, y se cumplieron con demasiada exactitud en Meaux, Angers. Bourges, Orleans, Leon, Tolosa, Ruan, y muchas villas y aldeas menores: pero debe decirse en honor de la humanidad que muchos gobernadores de provincias y ciudades rehusaron egecutar aquellas órdenes sanguinarias, como el conde de Tendy en Provenza: Gorde, en el Delfinado: Chabot Charni, en Borgoña: Saint Heran, en Auvernia: Mandelot, en Leon: la Guiche, en Macon: Tannegui-le-Veneur, Matignon y Villeneuve, en otros lugares. Juan Kennuyer, dominicano, y obispo de Lisieux, consiguió del magistrado que habia recibido las órdenes para la matanza, que dilatara su cumplimiento, y así salvó los hugonotes de su diócesis. El vizconde de Orthez, comandante de Bayona, escribió al rey que «entre sus valientes soldados no habia encontrado ningun verdugo.»

Tambien es digna de memoria la generosidad de Vezins, caballero del Quercy, residente en Paris: el cual, apenas comenzó la matanza, buscó á un calvinista de la misma provincia, llamado Regnier, que era su enemigo personal, le mandó seguirle, le condujo hasta su casa de campo, y le dijo: «ya estais

en salvo. Cuando querais, podemos concluir nuestra querella por las armas.» Y como Regnier le manifestase su agradecimiento, le dijo: «yo os he traido aquí para que podais elegir libremente entre ser mi amigo ó mi enemigo.»

Ni todos los que perecieron en este desórden fueron calvinistas: muchos católicos murieron a manos de sus enemigos particulares, de sus deudores ó de sus rivales en amoríos. Varían mucho los autores acerca del número de las víctimas. Los historiadores mas antiguos lo hacen subir á 40.000 personas. Limgard, autor de una historia de Inglaterra publicada en nuestros dias, prueba con documentos auténticos, que no llegó á 10.000. Esta sangre, tan pérfida y cruelmente vertida, cayó toda sobre Cárlos IX, que desde aquella catástrofe, acosado de espectros espantosos y oprimido de una tristeza sombría, arrastró su miserable vida el corto tiempo que le restó de tan deplorable reinado. Pero ni en Catalina, ni en los Guisas, ni en los demas actores se vieron señales de arrepentimiento; y cuando le contaron á la reina cuán grande habia sido el número de muertos, respondió: *yo no tengo sobre mi conciencia mas que á seis.*

Los calvinistas que escaparon de la matanza, fugitivos y amedrentados luego que vieron cesar los asesinatos y que el rey no tenia egército, se refugiaron á la Rochela, se hicieron fuertes en ella, y comenzaron la cuarta guerra civil, que se redujo casi toda al

sitio de esta plaza. Tan quebrantadas habian quedado las fuerzas de los calvinistas por haber perecido en la matanza casi todos los hombres de capacidad para el mando de un egército.

Sitio de la Rochela: paz de la Rochela (1573). Cárlos IX nombró lugarteniente del reino á su hermano el duque de Anjou, el cual al frente de un egército numeroso vino á poner sitio á esta plaza, al mismo tiempo que La-Noue entraba en ella enviado por el rey para incitar los rocheleses á la sumision. Este célebre caudillo de los calvinistas no se hallaba en Paris la noche de san Bartolomé, porque el almirante le habia enviado á las fronteras de Flandes con algunas tropas para que comenzase la guerra proyectada contra los españoles. Vencido en varios reencuentros, sabedor de la muerte de sus amigos, se refugió en Picardía. La corte, que conocia su probidad, le mandó llamar, le recibió con los brazos abiertos y le envió á la Rochela. Pero los defensores de esta plaza le dijeron que «ó se embarcase para Inglaterra, ó viviese en la Rochela como simple particular, ó que tomase el mando de la plaza.» La-Noue lo aceptó con permiso del rey: y al mismo tiempo que aconsejaba á los calvinistas que se sometiesen á Cárlos, los defendia con su valor y prudencia contra los asaltos del enemigo: hasta que al fin se le mandó por la corte salir de la plaza, y obedeció.

Enrique de Anjou tenia el defecto de des-

cuidar en alto grado todo aquello que no le gustaba, aunque fuese muy importante, y de atender solamente á las cosas que le agradaban. Entónces no pensaba sino en la corona de Polonia, para la cual efectivamente fue elegido, y aunque su gloria y la del trono de Francia pendia del buen éxito del sitio de la Rochela, lo siguió tan indolentemente y con tan poca atencion, que no se dió asalto ninguno sin que los enemigos lo supiesen con anticipacion y estuviesen preparados para rechazarlo. Al fin, hallándose el rey sin dinero, y los rocheleses disminuidos en número, se hizo la cuarta paz, concediendo á los calvinistas la libertad de conciencia y tres plazas de seguridad, que fueron la Rochela, Nimes y Mompeller. Sanserre, que quiso defenderse sola contra todas las fuerzas del rey, fue tomada por capitulacion y desmantelada.

Enrique de Anjou partió á Polonia á tomar posesion de su nuevo reino, cuando ya Cárlos estaba acometido de la enfermedad de que murió. Este monarca culpable é infeliz se vió en sus últimos momentos afligido por una conspiracion tramada en su misma familia. Su hermano el duque de Alenzon, cuarto y último hijo de Enrique II y de Catalina de Médicis, queria obligar al rey á que le diese la lugartenencia del reino, que habia obtenido su hermano el duque de Anjou. Para conseguirlo, se unió con los Montmorencis, con el rey de Navarra, con el príncipe de Condé,

y con todos aquellos que habian llevado muy á mal la matanza de san Bartolomé y el crédito que los Guisas tenian en la corte. A esta cábala se dió el nombre de partido de los *descontentos*.

El plan era hacer venir de fuera una escolta, que condujese á los príncipes á una provincia donde los calvinistas fuesen numeroros y tuviesen plazas de seguridad, y desde allí hacer proposiciones al gobierno: plan que prueba la inesperiencia y aturdimiento de Alenzon: porque ¿cúal seria su influencia en un pais y en un egército calvinista, teniendo á su lado al rey de Navarra, gefe reconocido ya de toda la secta?

La escolta apareció en las cercanías de Paris 15 dias antes de la época en que se esperaba, el martes del carnaval: por lc cual se dió á esta desatinada empresa el nombre de *conspiracion del martes de carnestolendas*. El duque de Alenzon no se resolvia á salir hasta ser dueño de Mantes, donde pensaba hacerse fuerte si le seguian las tropas que habia en Paris. La empresa de Mantes no se logró.

Entretanto Catalina, asustada con la presencia de aquellos soldados desconocidos que se presentaban en diferentes puntos sin fijarse en ninguno, hizo indagaciones, y supo que se trataba de sacar á los príncipes de Paris, por La-Mole, uno de los conjurados y favorito de Alenzon; porque viendo el mal giro que iba tomando el negocio, hizo del ladron fiel para

ponerse en salvo. Catalina, temiendo que habia mas peligro del que decia La-Mole, mandó salir la corte de san German en Laya donde estaba, y transferirse á Paris á las dos de la noche. El rey enfermo y fugitivo á hora tan indebida, esclamaba en la litera, donde le conducian: *¡si á lo menos hubiesen esperado á que yo muriese!*

La reina, puesta en salvo en Paris, mandó prender á La-Mole y al conde de Coconnas, su amigo, y retirarse á sus aposentos al rey de Navarra y al duque de Alenzon con guardias de vista. Alenzon lo confesó todo. La-Mole y Coconnas subieron al cadahalso, diciendo á los cortesanos, testigos de su suplicio: «ya veis que perecen los pequeños y que se escapan los grandes, que son los verdaderos autores de la culpa:» único documento moral que puede sacarse de tan ridícula empresa; cuyo resultado fue solamente haberse escapado á Alemania el príncipe de Condé, entre los que fueron á acometer la plaza de Mantes. El mariscal de Montmorenci fue encerrado en la Bastilla, en rehenes de la conducta de su hermano Danville, gobernador de Languedoc, y que tambien era de la cábala de los descontentos.

Catalina, puesta al frente del gobierno, á causa de la enfermedad de su hijo, envió tropas á Normandía, que derrotaron y cogieron prisionero á Montgomeri: este caudillo hacia la guerra en aquella provincia auxiliado por

algunos particulares ingleses. Otro cuerpo de tropas marchó al mediodía á observar á Dauville, y otro al occidente para estrechar á los calvinistas que infestaban el Saintonge. Con estos movimientos se preparaba el suceso, que miraba como próximo, de la muerte del rey.

Cárlos IX murió á los 25 años de edad y 14 del reinado mas calamitoso que ha tenido la Francia. Su corta edad es la única disculpa que puede hallar ante el tribunal de la historia el hombre, que quizá contra su opinion propia, ordenó la matanza de san Bartolomé, por complacer la ambicion de mando y de poder que devoraba á su madre y á los Guisas. Era mas violento que enérgico; y su religion se reducia á fanatismo. De su esposa Isabel de Austria tuvo una hija que murió poco despues. Cárlos cultivaba la poesía, y favoreció á los literatos. Amyot, el célebre traductor de Plutarco, Dorat, Baif y Ronsard fueron protegidos por él y honrados con su amistad.

CAPITULO VII.

Enrique tercero.

Enrique III, rey de Francia. Quinta guerra civil. Combate de Langres: tregua. Quinta paz: liga: primeros estados de Blois. Sesta guerra: edicto y paz de Poitiers. Séptima guerra, llamada de los enamorados. Paz de Fleix. El duque de Anjou proclamado duque de Brabante. Batalla naval de la Tercera. Muerte del duque de Anjou. Octava guerra civil: paz de Nemours: novena guerra, llamada de los tres Enriques. Batalla de Contras: invasion y esterminio de los alemanes. Barricadas de Paris: edicto de union: estados de Blois: asesinato de los Guisas.

Enrique III, *rey de Francia* (1574). La situacion del reino era peligrosisima al advenimiento de Enrique III al trono. Los partidos religiosos estaban mas exasperados que nunca despues de la matanza de san Bartolomé. Catalina, durante la ausencia del nuevo rey, apenas podia contener á los Guisas que estaban al frente de los católicos, y á los protestantes incitados desde Alemania por el princi-

pe de Condé. Aquejábanla tambien los amaños de los malcontentos, que reconocian por gefe al duque de Alenzon su hijo menor y á los Montmorencis; los cuales no querian que triunfase el calvinismo, pero llevaban muy á mal el escesivo poder de los Guisas.

Esperábase la venida del rey, que salió de Polonia como fugitivo antes de que en aquel reino se supiese la muerte de Cárlos IX, para que pusiese remedio á tantos males: pero su llegada solo sirvió de añadir leña al incendio. Su indolencia, su amor á los placeres mas inmundos, que en su cabeza insensata se combinaba muy bien con el fanatismo religioso y con las prácticas de devocion mas comunes en el vulgo, y en fin, su ciega adhesion á sus favoritos, infames en la historia con el nombre de *miñones del rey*, envilecieron tanto el cetro de san Luis, que estuvo casi sumergido en el abismo de las facciones. Enrique ya se presentaba como hombre de mundo y de placer, ya como penitente de una cofradia con su rosario de calaveras en la mano. En breve fue despreciado de todos los partidos, y cada uno procuró aumentar sus fuerzas para vencer á los demas. Al mismo tiempo era estrema, como debia esperarse, la corrupcion y ferocidad de las costumbres. La venganza, la deshonestidad, y la creencia en los astrólogos y adivinos forman el cuadro moral é intelectual de aquella época desventurada.

Catalina, antes de que llegase su hijo, ha-

bia mandado decapitar á Montgomeri, hecho prisionero en Normandía. Este habia sido, aunque inocentemente, causa de la muerte de Enrique II; y en vez de haberse ocultado, se espuso á las iras de la reina y de la corte, siendo uno de los caudillos mas ardientes de los calvinistas. Nadie lloró su muerte ni se quejó de su suplicio.

Quinta guerra civil. Poco despues de haber entrado en Francia Enrique III, conoció Danville, gobernador del Languedoc, lo poco que podia fiar de él; y asi firmó la confederacion de Milhaud, villa del Rovergue, entablada poco antes entre los calvinistas y los descontentos, y la guerra comenzó por el sitio de algunas plazas y el saqueo de los campos. Al principio de ella falleció el Cardenal de Lorena, hombre de gran capacidad, pero funesto á su pais, por haber unido á la defensa de los intereses religiosos la ambicion desmensurada de engrandecer su casa. Sin embargo, á la hora de la muerte declaró que nada habia aconsejado ni hecho, sin creerlo útil al rey y á la patria. Hasta tal punto pervirtieron las pasiones políticas sus ideas morales.

Combate de Langres: tregua (1575). A los males de la guerra civil se añadian las disensiones domésticas del palacio, originadas de la insolencia de los favoritos del rey, y del carácter ambicioso y turbulento del duque de Alenzon, que siempre mantenia correspon-

dencia secreta con los malcontentos. Descubrióse una conspiracion, cuyo objeto era asesinar á Enrique y poner en el trono á su hermano; y el de Alenzon tuvo mucha dificultad en persuadir á la corte, que aunque no ignoraba aquella trama, no habia tomado parte en ella, ni conocia el fin de los conjurados. Pero viéndose sobrevigilado perpétuamente, se escapó á Dreux, donde le esperaba una escolta, y se reunió con los descontentos y los calvinistas.

Los alemanes que eran el recurso ordinario de los hugonotes, se pusieron en marcha para entrar en Francia; y un cuerpo de este egército penetró en Champaña á las órdenes de Thoré, hermano de los Montmorencis. Salióle al encuentro Enrique, duque de Guisa, gobernador de aquella provincia, le encontró junto á Langres y le venció. En este combate recibió el de Guísa una cuchillada en la cara, por la cual adquirió el sobrenombre de *Caricortado.* Pero á pesar de su victoria, como no recibió socorros del rey, que envidioso de su mérito, le aborrecia, Thoré pasó el Loira con sus tropas y se reunió al duque de Alenzon.

Enrique, no teniendo ni la actividad suficiente para ponerse al frente de sus tropas, ni fuerzas capaces de resistir á los confederados, acudió á su madre, que nunca dejaba de tener negociaciones y conferencias entabladas con los enemigos; pero en esta ocacion lo mas que pudo lograr fue una tregua de siete

meses, ignominiosa para la autoridad real. Por ella se obligó Enrique á dar una suma considerable, tanto para pagar el egército de los alemanes, como para impedir que continuase penetrando en Francia: á dar á los religionarios y descontentos seis plazas de seguridad, que eran Angulema, Niort, la Charité, Bourges, Saumur y Mezieres, á pagar las guarniciones que pusiese en ellas el duque de Alenzon y el príncipe de Condé, y á dar á Alenzon una guardia de suizos, arcabuceros y gendarmas.

Esta tregua no impidió la guerra de partidas que se hacia en casi todas las partes del reino. Los gobernadores de Bourges y de Angulema no quisieron entregar estas plazas á los calvinistas, y se les dió en trueque las de Cognac y de san Juan de Angely. La de Mezieres, que se habia prometido imprudentemente á los alemanes, ni se entregó, ni la corte dió órden alguna para que se entregase.

Quinta paz: liga: primeros estados de Blois (1576). En el mes de febrero de este año Juan Casimiro, hijo del elector palatino, y el príncipe de Condé penetraron en Francia al frente del egército aleman, atravesaron la Borgoña, pasaron el Loira y el Allier, y el primer dia de marzo se reunieron en el Borbonés con el duque de Alenzon, que fue declarado generalísimo. El número de estas tropas ascendia á 30.000 hombres. El duque de Mayenne, hermano del de Guisa, siguió

el egército aleman, picándole la retaguardia, pero sin empeñar una accion decisiva, ya porque no tenia fuerzas para ello, ya por no haber recibido órdenes terminantes de la corte, que se hallaba entonces agitada por la evasion del rey de Navarra.

Enrique de Borbon, detenido en palacio despues de la matanza de san Bartolomé, habia empleado durante este intervalo la actividad de su alma en intrigas amorosas. Madama de Sauve, una de las damas de Catalina, le tenia preso en sus lazos: pero ella misma le libertó manifestándole cuán desairado papel hacia ocioso y mal visto en la corte, en un tiempo en que todos los príncipes se hallaban con las armas en la mano. El rey de Navarra aprovechó el consejo, adormeció la vigilancia de sus guardias, acostumbrándolos á verle alejarse con pretesto de la caza, y huyó de Paris, caminando en el primer dia veinte leguas. No quiso unirse al de Alenzon, por no reconocer su supremacía; y asi se retiró á Guiena, de que era gobernador, abjuró el catolicismo, que habia profesado por fuerza desde el suceso de san Bartolomé, y con su afabilidad, aplicacion al trabajo, desinteres é intrepidez ganó el afecto de los habitantes de aquellas provincias, y se fortificó en ellas. Desde entónces comenzó la vida pública de Enrique el Grande.

Este nuevo enemigo, añadido á los que ya tenia la corte, la obligó á pensar en la paz.

Catalina salió de Paris con todas sus damas que se llamaban *su escuadron volante*, llegó al campamento del duque de Alenzon, tan sensible por lo menos á los hechizos de tantas bellezas, como á los ruegos y caricias de su madre; y concluyó la paz con él á condiciones no del todo desventajosas para el rey. Al infantazgo del de Alenzon se añadieron la Turena, el Berri y el Anjou, y desde entonces tomó este príncipe el título de duque de Anjou. Al príncipe de Condé se dieron esperanzas del gobierno de Picardia: á Juan Casimiro se le prometió un pingüe señorío y el pago de sus alemanes: se rehabilitó la memoria de Coligny, de Montgomeri y de otros muchos calvinistas; y los demas negocios quedaron indecisos hasta la reunion de los estados generales que debian celebrarse en Blois á fines de este año.

Este tratado convenció á los católicos de la nulidad del rey, y dieron una consistencia desconocida antes á las confederaciones que ya tenian formadas entre sí para defenderse contra los calvinistas y ofenderlos. Llamóse esta reunion la *Santa Liga*. Aunque á los principios no faltaron los nuevos confederados al respeto debido á la autoridad real, los votos y deseos de todos designaban al duque de Guisa como gefe de toda la confederacion: y los mas hábiles, iniciados en los secretos y en las segundas intenciones del partido, no aspiraban menos que á deponer á Enrique,

como favorecedor de hereges, y colocar en el trono la dinastía de Guisa, descendiente, segun se decia, de Carlomagno. Asi se formó dentro del estado un estado nuevo, con tropas, erario, máximas políticas y proyectos diferentes de los de la monarquía: y si este partido no logró sus fines en la estincion de la degradada familia de los Valois, solo se debió á la intrepidez y á las virtudes del fundador de la dinastía de Borbon, legítimo heredero del cetro.

Enrique, sabedor de estos proyectos, reunió los estados en Blois á principios de diciembre: la mayor parte de los diputados pertenecian á la Liga, porque en las elecciones habia tenido mas influencia el duque de Guisa, hábil y activo, que el rey, indolente y entregado siempre á sus diversiones. Asi las primeras propuestas de la asamblea se dirigieron á crear una autoridad superior á la del rey, instándole á que consintiese en la ereccion de una junta, compuesta de individuos, nombrados por mitades entre el rey y los estados, y encargada de decidir todos los negocios. El rey eludió fácilmente esta pretension insensata.

Sesta guerra: edicto y paz de Poitiers (1577). A esta pretension sucedieron otras, como la de publicacion del concilio de Trento y revocacion de las gracias concedidas á los reformados. El rey eludia siempre las decisiones, de manera que no era posible cono-

cer de él otra cosa que su temor. Con respecto á la liga católica, cuya existencia no podia desconocer y que no se atrevia á combatir de frente, tomó el partido de declararse gefe de ella.

Antes de mover guerra á los calvinistas, propuso que se enviasen diputados á sus caudillos para convidarlos á la paz y á volver al gremio de la iglesia y á la sumision á la autoridad real. Condé respondió que él estaba pacífico y que solo exigia que se le cumpliesen las promesas que le habian hecho. El rey de Navarra, cuyos sentimientos eran mas generosos, respondió, conmovido con la pintura que le hacia el arzobispo de Viena, enviado del rey, de los males de la guerra, que «él deseaba instruirse á fondo en la cuestion religiosa que dividia los ánimos: que cuando lo estuviese, se decidiria definitivamente: pero que entretanto ni su honor ni su conciencia le permitian dejar oprimir á los de su misma religion.» La primer parte de esta respuesta desagradó mucho á los calvinistas celosos: pero Enrique no borró ni una palabra de ella; y era tan amado de los suyos, que aquellas espresiones no disminuyeron en nada la confianza que tenian de su probidad.

Los estados de Blois querian que se declarase inmediatamente la guerra á los hereges: pero Enrique III contuvo su humor belicoso, pidiéndoles dinero para hacerla. A esta palabra se estremecieron todos los diputados, y la

asamblea se cerró sin haber tomado resolucion definitiva. El rey consultó su consejo, y se decidió que se hiciese la guerra á los protestantes, pero siguiendo al mismo tiempo negociaciones de paz. El duque de Mayennes al frente de un cuerpo de tropas se apoderó de las plazas cercanas á la Rochela, y estrechó á los calvinistas en el mediodía, mientras el duque de Anjou tomó á la Charité y á Issoire, pasando á cuchillo los habitantes de esta última ciudad que fue tomada por asalto.

Damville, sus hermanos los Montmorencis y los demas descontentos hicieron su paz con la corte, fastidiados de la intolerancia y fenatismo de los calvinistas: y asi el príncipe de Condé y el rey de Navarra se vieron obligados á hacer la paz. Fruto de ella fue el edicto de Poitiers, que Enrique III miraba como su título á la gloria, y le llamaba habitualmente *mi edicto.*

En él se concedió á los calvinistas una libertad de conciencia menos sujeta á restricciones que en los anteriores. Podian tener un templo en la capital de cada bailiage y de cada jurisdiccion real, escepto en Paris, en diez leguas á la redonda y en dos de la residencia del rey. Restituyóseles el derecho de obtener empleos y dignidades, y el de tener en cada parlamento jueces nombrados espresamente para ellos, y se les dieron nueve plazas de seguridad. En la artículos secretos prometió el rey, que los religiosos y religiosas que hubie-

sen abjurado sus votos y contraido matrimo-
nios, no serian molestados: pero añadiend
que no tendrian parte en las herencias direc-
tas ni colaterales, ni sus hijos derecho á m
que á los muebles de los padres ó á los bien
raices adquiridos por estos mismos. El rey d
Navarra accedió á este tratado por medio d
otro celebrado al mismo tiempo en Bergerac.

La necesidad de esta paz era evidente p
muchas razones. 1.ª Las locas profusiones de
rey habian agotado el erario de modo que fue
necesario dar en prendas las joyas de la coro-
na á Juan Casimiro por las sumas que se le de-
bian desde la guerra anterior. 2.ª La insubor-
dinacion era estrema, y se cometian los deli-
tos mas atroces con la esperanza de la impuni-
dad, desertando de un partido á otro. El si-
guiente egemplo prueba esta verdad y el esta-
do de las costumbres de aquel siglo. Baleins
comandante del castillo de Lectours, sito en
los estados del rey de Navarra, tenia una her-
mana que se dejó seducir por un oficial de la
guarnicion. Este amante infiel se casó con otra
señora y se retiró á vivir á la ciudad. Baleins,
incitado por su hermana á la venganza, con-
vidó á comer al oficial, le cargó de cadenas
y fue su juez y su verdugo: pues habiéndo-
le interrogado en presencia de su hermana
de algunos testigos y de un escribano, le co-
sió á puñaladas. El rey de Navarra hubo de
dejar impune este atentado, por no esponerse
á que Baleins entregase la plaza de Lectours á

los católicos. 3.ª Tratabase entonces en la corte de auxiliar al duque de Anjou, á quien los belgas rebelados contra España y estrechados por el célebre Alejandro Farnesio, príncipe de Parma y el primer general de su siglo, habian elegido por príncipe. 4.ª Era necesario refrenar la ambicion de Guisa, que puesto al frente de la liga católica, amenazaba á la autoridad real. 5.ª Esta autoridad estaba envilecida hasta el último grado por los desórdenes de Enrique III. Este monarca incomprehensible no dejaba de asistir á las solemnidades religiosas: pero las procesiones que dirigia, eran verdaderas farsas, y no por eso renunciaba á otra clase de espectáculos menos inocentes. En las diversiones del carnaval se presentó varias veces en trage de muger. Dió en otra ocasion un banquete que sirvieron las damas de la corte vestidas de hombre; y casi al mismo tiempo hubo un convite en los aposentos de Catalina, en el cual sirvieron las mismas damas, casi desnudas y con los cabellos sueltos. Aunque haya habido exageracion en los quadros que nos han dejado los historiadores de aquel tiempo, no puede dudarse que las costumbres de la corte eran corrompidisimas.

Pero nada hacia al rey mas despreciable que sus favoritos. Estos, orgullosos con el favor de Enrique, se atrevian á insultar á los personages principales de la corte, de lo que resultaban intrigas, desafios y el odio pública al rey, señaladamente de las mugeres, mas

sensibles á los insultos de aquellos miñones afeminados. Estos insultos se vengaban á veces, segun la costumbre del tiempo, con asesinatos: y Enrique se hacia mas despreciable no atreviéndose á vengar á sus amigos, aunque daba en su muerte señales vivísimas de dolor, les costeaba magníficas exequias, y mandaba poner sus estátuas en sus sepulcros: de donde provino el proverbio *te haré de mármol* para amenazar á los palaciegos. Ya Margarita de Valois, hermana de Enrique y esposa del rey de Navarra, habia hecho asesinar á Dugua, el mas querido de los miñones, segun se cree, porque descubrió sus galanteos á Enrique: Caylus y Maugiron, favoritos tambien, perecieron en un desafio con dos gentiles hombres del duque de Guisa: Caussade de Saint Megrin, amante de la duquesa, fue asesinado á las puertas del Louvre por órden de los hermanos del duque. El rey lloró á sus favoritos muertos y no vengó á ninguno.

El duque de Anjou instaba á que su hermano le diese socorros para la empresa de Flándes: pero Enrique ó por indolencia ó por falta de medios, ó mas bien por el influjo de sus validos que veian el fin de su poder si se amistaban sinceramente el rey y el duque, nunca le dió socorros suficientes ni para hacer guerra contra los españoles, ni para sostener la concurrencia con Inglaterra, cuya reina Isabel auxiliaba á los flamencos rebelados y entretenia al de Anjou con esperanzas de dar-

le su mano. Estos conciertos, aunque inútiles, llegaron á estar tan adelantados, que Isabel envió al de Anjou un anillo en señal del matrimonio futuro.

El duque, con la gente que pudo juntar, pasó á Mons, trató con los confederados de Flandes, y se apoderó de Bins y de Maubeuge: pero fue rechazado del Quesnoy y de Landrecies, cuyos habitantes no le quisieron recibir por la insolencia de sus soldados. Entonces se volvió á Francia á continuar la lid palaciega contra los miñones y á solicitar inútilmente del rey socorros para continuar su empresa.

Séptima guerra llamada de los enamorados (1580). La reina madre acababa de concluir en Nerac un nuevo tratado con el rey de Navarra, para esplicar algunas dudas ocurridas sobre los de Poitiers y Bergerac. En él se aumentó hasta 14 el número de plazas de seguridad ofrecidas á los calvinistas. El rey se lisongeaba haciendo concesiones, de vivir á lo menos en paz: pero no sabia que aun antes de concluir este tratado, el rey de Navarra, siempre receloso de la reina madre, habia tomado disposiciones para romperlo. Dividió en dos partes varias monedas de oro: se quedó con la mitad de cada una, y envió las otras mitades á sus capitanes que estaban dispersos por todo el reino, con órdenes de ponerse en campaña apenas recibiesen los pedazos con que él se quedó. El rompimiento no tardó en verificarse, y por un motivo imposible de prever, é

indigno, como dice Sully, de la gravedad de la historia.

La corte del rey de Navarra, que residia unas veces en Nerac y otras en Pau, era en esta época célebre por las galanterías, de las cuales daban el egemplo Enrique de Borbon y su muger. Habian cesado enteramente las disputas en materia de religion, y solo se trataba de torneos, motes, bailes y divisas. Enrique III, que nunca habia querido bien á su hermana Margarita, porque esta se inclinaba al duque de Anjou mas que á él, trató de introducir la discordia en aquella corte pacífica, y escribió á su cuñado el rey de Navarra, que su muger Margarita tenia trato criminal y escandaloso con el vizconde de Turena.

El rey de Navarra dió noticia de esta carta á Margarita y al vizconde. Uno y otro le hicieron protestaciones de su inocencia, y le persuadieron que Enrique III queria separarle con aquella delacion, y con las que se seguirian á ella si se le daba crédito, de los mejores servidores que tenia. «Y ¿quién sabe, añadieron, si el objeto de esta acusacion es retener con tan especioso pretesto la plaza de Cahors y las demas que os ha prometido?» Margarita añadió á estas razones un medio mas fuerte todavia sobre el corazon de su marido, y permitió á sus damas que fuesen menos esquivas á los galanteos del rey. Al mismo tiempo se recibieron cartas del duque de Anjou, que nunca habia dejado su correspondencia

secreta con Margarita, en las que exhortaba al de Navarra á tomar las armas, asegurándole una paz ventajosa. Su objeto era encender la guerra en Francia para intervenir como mediador, y obligar á su hermano, por el servicio importante de proporcionarle la paz, á que le diese auxilios para la empresa de los Paises-bajos. El de Navarra envió los pedazos de las monedas de oro, y casi en un mismo dia se encendió la guerra en varias partes del reino con el pretesto de no haber cumplido la corte el tratado de Nerac. Toda la juventud que asistia en el palacio del rey de Navarra, se preparó á los combates con sumo ardor, estimulados por las exhortaciones de las damas, de las cuales era cordialmente aborrecido Enrique III: por lo cual se dió á esta campaña el nombre de guerra de los *enamorados*.

El rey de Navarra acometió á Cahors, y para conquistar esta plaza peleó cinco dias y cinco noches casi sin descansar un momento. Cuando se concluyó el combate, no le quedaba entero un solo pedazo de su vestido. El príncipe de Condé abandonó su gobierno de Picardia, y atravesando los Paises-bajos, la Alemania y la Saboya, llegó á Languedoc y se puso al frente de los calvinistas.

Paz de Fleix (1581). Enrique III, aunque envió tres egércitos contra los enemigos, deseaba la paz: y el duque de Anjou prometió ser mediador de ella, si se le concedian los socorros necesarios para entrar en Flandes. El rey consintió

en ello; y el de Anjou pasó á Fleix, castillo de Perigord, donde concurrieron los plenipotenciarios del rey de Navarra, y no tardó en concluirse la paz bajo las bases del tratado de Nerac: pero añadiendo algunos artículos poco importantes á favor de los reformados, porque no creyesen que se deponian las armas sin motivo. Al rey de Navarra se le dió el dote de su muger, retenido hasta entonces.

El duque de Anjou volvió á Paris por diciembre para hacer los preparativos de una nueva espedicion á Flandes. El momento era favorable. Las principales fuerzas de España estaban empleadas, á las órdenes del duque de Alba, en conquistar el Portugal, á cuya corona habia varios pretendientes despues de la muerte trágica del rey don Sebastian en su espedicion á Africa, y del fallecimiento de su tio y sucesor el cardenal don Enrique. Los flamencos, fatigados de su larga anarquía, deseaban tener un príncipe, y ninguno les era mas útil que el duque de Anjou, que podia contar con el socorro de los calvinistas, mientras hubiese paz en Francia, y con todas las fuerzas de Inglaterra, si llegaba á verificarse su matrimonio con Isabel. Estas circunstancias ventajosas le permitieron reunir un egército de 10.000 infantes y de 4.000 caballos, con el cual obligó al príncipe de Parma á levantar el sitio que tenia puesto á Cambrai y se apoderó de Cateau-Cambresis y de la Esclusa.

Entretanto se divertia Enrique en hacer

suntuosas fiestas para las bodas de sus nuevos favoritos Joyeuse, Epernon y Saint-Luc. La aventura de este último merece tener un lugar en la historia, porque prueba el carácter vicioso y al mismo tiempo crédulo del rey. Juana de Cossé, esposa de Saint-Luc, no podia sufrir ver el honor de su marido espuesto á las infames sospechas con que la voz pública deshonraba á todos los amigos y comensales de Enrique III. Saint-Luc, movido por las amonestaciones de su esposa, se valió del medio siguiente para inspirar al monarca el arrepentimiento de sus desórdenes, y obligarle á reformar su conducta.

Una noche que estaba de guardia en un gabinete cercano á la alcoba de Enrique, puso ocultamente una cerbatana á la cabecera de la cama del rey; y hallándose este en su primer sueño, le anunció, como en nombre del cielo, las mayores calamidades y los castigos mas terribles, si no mudaba de conducta. Enrique despertó y puso atento oido: pero como cesó la voz, creyó que aquello habia sido un sueño, y se volvió á dormir. Sain-Luc repitió las mismas amenazas. El rey, convencido entonces de que no dormia, pasó muy agitado el resto de la noche, se levantó inquieto y aterrado, y los cortesanos observaron su pesadumbre sin poder adivinar la causa. Saint-Luc manifestó la misma duda: y como atreviéndose á preguntar á Enrique el origen de su disgusto, se acercó á él y le dijo, que aque-

lla noche se le habia aparecido un ángel en sueños y le habia hecho terribles amenazas si no enmendaba su vida y contribuia á que el monarca enmendase la suya. Enrique consolado por esta confidencia, le contó lo que él habia oido, le encargó el secreto, prometió reformar sus costumbres y empezó á cumplir esta promesa.

Los favoritos, admirados de esta mudanza, empezaron á indagar su causa. Villequier, ministro de las diversiones del rey, se aplicó á averiguarla mas que nadie por lo mucho que habia de disminuir su influjo si Enrique se convertia. Al fin, logró que el imprudente Saint-Luc le descubriese el secreto. Inmediatamente fue á contarlo al rey, que indignado de la superchería, se hubiera vengado cruelmente, á no haber sido el impostor avisado á tiempo de lo que pasaba por el duque de Guisa, cuya política se limitaba entonces á ganar amigos, aprovechándose de los yerros de Enrique III, y ofreciendo su proteccion á todos los descontentos de la corte.

El duque de Anjou proclamado duque del Brabante: batalla naval de la Tercera (1582). El partido de la liga se aumentaba diariamente por las criaturas que ganaba el duque de Guisa. El clero indignado de que no se publicase en Francia el concilio de Trento, y obligado á pagar frecuentes subsidios, se enagenó del rey y se unió al duque de Guisa, de quien solo esperaba el sosteni-

miento de la antigua religion. El duque consiguió de esta manera entrar en comunicacion con las cortes de Roma y de España, protectoras del catolicismo. Felipe II tenia ademas interes directo en promover turbulencias en Francia, para impedir que esta potencia socorriese al duque de Anjou, proclamado duque de Brabante y conde de Flandes por los belgas rebelados, y á cuyas banderas corrian á alistarse los calvinistas de Francia, muchos de Alemania, y aun algunos católicos, poco afectos á la dominacion española.

Descubrióse en este tiempo la conspiracion de Salcede. Este era un caballero gascon, que perseguido por deudas y despues condenado á muerte por monedero falso, escapó del suplicio por la proteccion del duque de Guisa. El de Anjou, por sospechas que tuvo de él, mandó prenderle en Flandes, adonde habia hecho un viaje que inspiró recelos. Tomósele declaracion, y confesó el plan de una vasta conspiracion, dirigida á encender en Francia la guerra civil y estrangera para que el de Anjou no pudiese ser socorrido en Bélgica. Acusó como cómplices de esta conjuracion al rey de España, al duque de Saboya y á la corte de Roma, cuyas tropas debian penetrar en Francia por los Alpes y los Pirineos, para unirse con los de la liga. Preguntado del objeto de su viaje á Flandes, respondió que su intencion era levantar un regimiento, ofrecer sus servicios al duque de Anjou, ganar su confianza, y lograr el mando

de alguna plaza fronteriza, como Dunkerque, para entregarla al duque de Guisa. Este añadió, obligaria al rey á nombrarle general de sus egércitos; y puesto ya al frente de las tropas, impediria que el de Anjou volviese á Francia, y le haria perecer en Flandes oprimido por los españoles. Esta fue la declaracion de Salcede, escrita y firmada de su mismo puño.

El duque de Anjou dió al rey noticia de ella: pero Enrique, dirigido siempre por su política tortuosa, y por otra parte enemigo de los negocios, creyó al principio que aquello era una astucia de su hermano para conseguir socorros mas abundantes con el pretesto del peligro que ambos corrian. Para no turbar su tranquilidad ni sus placeres, estaba determinado á no creer nada ni hacer indagaciones: pero su hermano le envió el reo. Enrique lo examinó, y Salcede negó cuanto habia escrito, y confesado ademas en presencia de los agentes del rey en Flandes. Puesto á cuestion de tormento, confesó de nuevo; pero despues se volvió á retractar, y persistió en su retractacion hasta que murió en el suplicio. El rey lo olvidó todo, y no hizo la menor diligencia contra los cómplices designados por Salcede.

Si Felipe II inquietó por medio de estas tramas la tranquilidad de la corte de Francia, no hizo mas que usar del derecho de represalias: porque la reina madre, su aliada duran-

te el reinado de Cárlos IX, le hacia una guerra bastante descubierta, no solo apoyando las pretensiones del duque de Anjou en Flandes, sino tambien oponiéndose á la dominacion del rey de España en Portugal. Catalina al principio alegó derechos imaginarios á aquel reino: despues se limitó á favorecer las pretensiones de Antonio, prior de Ocrato, hijo natural de Luis de Beja, y sobrino carnal del último rey el cardenal Enrique. El prior, obligado á huir, se refugió en Francia, donde se le auxilió con una escuadra de 60 bajeles y un cuerpo de 6000 hombres. Pasó con estas fuerzas á las Azores, donde atacada su escuadra por el célebre marques de Santa Cruz, fue completamente derrotada, cayendo prisioneros en poder del vencedor Felipe Strozzi, almirante de la armada francesa, y otros muchos oficiales y soldados. El marques los mandó ahorcar á todos como á piratas que hacian la guerra al rey de España en favor de los rebeldes, sin consentimiento de su soberano. Strozzi perció atravesado con una alabarda, y su cadáver fue arrojado al mar.

Entretanto el rey vivia en medio de sus enemigos, como si no los tuviese, ó como si nada tuviese que temer de ellos. Cada dia les daba nuevas fuerzas con sus imprudencias. Ademas de las procesiones á las cuales obligaba á asistir á los ministros, príncipes y cardenales en hábito de penitentes, hacia frecuentes romerías á la iglesia de nuestra Señora de

Chartres y á otros santuarios para tener hijos y tenia dias de retiro espiritual en los conventos, donde solia reunir á los religiosos, y les predicaba sermones en pleno capítulo. Hacia todas estas cosas, no solo por la pompa y ostentacion que siempre le gustó mucho, sino tambien para mostrar al pueblo que era buen católico. Pero los facciosos de la liga le quitaron el fruto de sus procesiones: porque los predicadores adictos al de Guisa hacian invectivas contra él, ó se burlaban de su devocion con sarcasmos indignos del púlpito, sin que el rey castigase estas insolencias sino con reprehensiones, y cuando mas, con penas poco capaces de contener el entusiasmo, que favorecido por los Guisas, se estendia por todas partes. Francisco de Rosieres, arcediano de Toul, escribió un libro lleno de sátiras y calumnias contra Enrique y contra todos los descendientes de Hugo Capeto, cuya dinastía se procuraba entonces desacreditar; y no solo le perdonó el rey, sino permitió que la condenacion de la obra fuese secreta, por no deshonrar á la casa de Lorena, cuyas pretensiones al trono se esplicaban tambien en el libelo. Enrique debió ó ignorar aquel atentado, ó castigarlo severamente.

Pero «el rey mi hermano, dice Margarita en sus *Memorias*, solo es valiente con las mugeres.» En este tiempo lo esperimentó ella con mucho disgusto. Despues de la guerra de los enamorados vino á Paris, é inspiró al rey

grandes sospechas, ya como amante del duque de Guisa, ya porque preferia Margarita en su cariño fraternal al duque de Anjou. Enrique le puso espías y creyó descubrir algunos galanteos contrarios al honor de la familia real, y se vengó de una manera odiosa. Como el rey de Navarra la instase á que volviese é Pau, Enrique condescendió en que su hermana se pusiese en camino: pero envió en pos de ella flecheros de su guardia, que detuvieron el coche, examinaron insolentemente si habia en él algun hombre en trage de dama, se llevaron presas á dos, y maltrataron á las demas.

Margarita y su marido pidieron satisfaccion de esta ofensa: pero Enrique respondió siempre diciendo que aquella aventura no habia sido mas que una riña entre hermano y hermana. La reina de Navarra, deshonrada á los ojos de todo el mundo, no se atrevió á volver con su esposo, y fue á ocultar su oprobio, y tambien á aumentarlo, en algunos castillos de sus dominios, donde vivió entregada á la galantería, que era su pasion dominante. Las mugeres, que ya aborrecian á Enrique, no le perdonaron este rasgo de malignidad, y mucho menos el decreto que dió en esta época contra el lujo de las mugeres, cuyo trage y adornos permitia á sus favoritos y á sí mismo. Este decreto se llevó tan á rigor, que en Paris fueron presas en la calle algunas señoras distinguidas, porque usaban telas ó joyas vedadas.

Al mismo tiempo que obligaba Enrique á sus vasallos á esta economía involuntaria aumentaba los gastos de palacio, aumentando las guardias, é introduciendo un fausto desconocido, semejante al de la corte de Inglaterra, cuyo ceremonial era entonces mas pomposo que el de la Francia. Para subvenir á estas dilapidaciones, promulgaba edictos fiscales, que obligaba al parlamento á recibir en sesion real; y creaba muchos oficios inútiles, cuya provision fiaba á sus miñones, y estos á sus sastres, cocineros y perfumadores. La indignacion general habia llegado á su colmo.

En este mismo año se desvanecieron las esperanzas ambiciosas del duque de Anjou por culpa suya. Viendo que á pesar de su título, el príncipe de Orange tenia todo el poder, determinó, mal aconsejado por sus aduladores, salir de esta especie de tutela. Acometió de improviso algunas plazas donde no tenia guarnicion francesa: muchas se defendieron: los habitantes de Amberes le rechazaron, y hubo de retirarse. Esta empresa mal dirigida le hizo perder la confianza de los flamencos, y no pudo volverla á cobrar á pesar de todas sus promesas. Sumergido en una profunda melancolía, se retiró á vivir á Chateau Thierry, ciudad de su infantazgo.

Muerte del duque de Anjou (1584). El dolor de su funesta imprudencia, otros dicen que el veneno, acabó con su vida dentro de

algunos meses, á la edad de 30 años. Asi falleció Francisco de Valois, último descendiente varon de su dinastía. La muerte de este príncipe ambicioso y turbulento, mal visto de su hermano, y poco amado de su madre, cuya predileccion fue siempre para Enrique, no habia causado en el reino la menor conmocion, á no ser porque dejaba el trono, falleciendo sin sucesion, mas próximo á la ambicion de los Guisas.

En este tiempo se cruzaban las intrigas y las negociaciones de los partidos; unos para impedir las turbulencias, otros para sacar ventaja de ellas. El duque de Joyeuse, que era entonces el favorito mas querido del rey, hizo un viaje á Roma para quitar al duque de Guisa la supremacía de la liga, y tomarla para sí: pero aquella corte midió bien pronto la capacidad de aquel jóven atolondrado, y le oyó con indiferencia. Todo lo que logró, fue apartar á Danville, creado ya mariscal de Montmorency por la muerte de su hermano, de la obediencia de Enrique III: pues le acusó de favorecedor de hereges, y pidió al papa fuerzas para arrojarle de su gobierno: y aunque su santidad no hizo caso de esta calumnia, Montmorency, ofendido de ella, hizo alianza con el rey de Navarra que imploraba el auxilio de sus coreligionarios en Inglaterra y Alemania, mientras el de Guisa estrechaba los vínculos que lo unian á España, y daba por disculpa de esta alianza estrangera el

egemplo de sus enemigos y la necesidad de defenderse. Habia ademas otras negociaciones particulares como la de la reina Catalina con el duque de Lorena, á quien deseaba elevar en perjuicio de los Guisas: del mismo duque de Lorena con el rey de Navarra, cuya hermana solicitaba para esposa de uno de sus hijos; del duque de Saboya con el mismo príncipe y para el mismo objeto: de los flamencos con la corte de Francia, solicitando socorros contra España; y en fin, del duque de Guisa con el cardenal de Borbon, tio del rey de Navarra, para persuadirle, lo que no costó mucho, que despues de la muerte del duque de Anjou, era el heredero presuntivo de la corona, en detrimento de su sobrino.

Octava guerra civil: paz de Nemours: novena guerra, llamada de los tres Enriques (1585). La guerra de los rebelados de Flandes contra España presentaba á los franceses un vasto campo de ambicion, que pudiera dar salida á todos los elementos de desorden, creados por la guerra civil. Ya el caracter feroz y suspicaz de los primeros calvinistas se habia dulcificado en gran manera despues de la paz de Fleix. El rey les concedia pocas gracias: pero cumplia exactamente los tratados, y les administraba justicia con imparcialidad. Estos procederes, á que no estaban acostumbrados, habian disipado las prevenciones de muchos, y causado en cuatro años mas conversiones que las que habian hecho en cuarenta las ar-

mas y los verdugos. Parecia, pues, que iban á concluirse en Francia las agitaciones religiosas. Pero la ambicion de los Guisas, y la liga, mal reprimida por Enrique III, volvieron á dar á las disensiones pasadas su funesta actividad.

Todos los males procedian del rey, que hallándose por su dignidad al frente de los negocios, no sabia dirigir ninguno: cuando el duque de Guisa, sin mas título que su capacidad, movia todos los agentes, y les comunicaba el impulso mas conforme á sus miras. Si no fue autor de la liga, por lo menos la convirtió en un poder terrible á la autoridad real; y sin embargo, mostró grande repugnancia á ponerse al frente de ella: «porque, decia, el que saca la espada contra su rey, tiene que arrojar la vaina al rio.»

Era necesario un pretesto para levantar tropas contra un monarca legítimo, afirmado en su trono; y se tomó de la muerte del duque de Anjou, y del odio de los católicos al rey de Navarra, heredero presuntivo de la corona, si llegaba á estinguirse la casa de Valois, como gefe que era de la de Borbon, descendiente de Roberto, último hijo de san Luis. Este pretesto era muy poco plausible; porque Enrique III y su esposa se hallaban en la flor de su edad, y no era probable que falleciese sin sucesion. Pero se esparcieron escritos en el vulgo, tachándole de impotente: en otros se trataba á Enrique de Borbon de herege relapso,

incapaz de suceder en la corona: y en otros en fin se daba mucha importancia á la ventaja que tenia su tio el cardenal de Borbon de estar mas cercano á la familia real en un grado: como si el derecho de representacion no estuviera reconocido desde algunos siglos antes en el fuero público de los franceses.

El cardenal se prestó sin embargo á las ideas de la liga: «por lo menos, decia, reconociéndome á mí, reconocen un Borbon; y mi sobrino sabrá hacer su fortuna.» El duque de Guisa le dijo que solicitaria una dispensa para casarle con Catalina de Lorena, viuda del duque de Montpensier; y al mismo tiempo decia á la reina madre, que si procuraba separar del trono á los Borbones, era para que recayese en los hijos del duque de Lorena y de Claudia de Francia, hija de la misma reina viuda. Este hábil conspirador prometia á los cortesanos y á los nobles que gozarian de mas consideracion durante la guerra, porque entónces serian mas necesarios que los miñones, sobre los cuales recaian esclusivamente los favores del rey: al pueblo, la diminucion de los tributos; y al clero, la destruccion de todas las sectas.

Algunos predicadores, pagados ó seducidos, anunciaban en el púlpito estas promesas. En las puertas de las iglesias y en los ángulos de las calles se presentaban cuadros en que estaban pintados los suplicios, con que eran ó se suponian castigados los católicos en Inglaterra y en

Holanda. «Lo mismo se hará con vosotros, decian al pueblo los emisarios apostados, si el navarro ocupa el trono con sus hereges.» Por estos medios se aumentó considerablemente la liga: se esparcieron, para que los individuos los firmasen, formularios de ella, en los cuales se le daba el nombre de *santa union*. Guisa creyó que todavia no era tiempo de romper: pero el gabinete de Madrid, que queria impedir los socorros de Enrique III á los flamencos rebelados, le obligó á que empezase los movimientos: y como España pagaba un subsidio cuantioso y prometia el auxilio de sus tropas en caso necesario, fue preciso obedecerla. Así Enrique de Guisa, abandonado una vez el sendero de la obligacion, caminó siempre de precipicio en precipicio.

Obligado, pues, por las circunstancias, apenas tuvo tiempo para cumplir con algunas formalidades. El cardenal de Borbon, de acuerdo con él, se retiró á su diócesis de Ruan, donde una diputacion solemne de la nobleza de Picardía vino á suplicarle que pasase á aquella provincia, como en efecto lo hizo. Entretanto algunos cuerpos suizos y alemanes, alistados á sueldo de la liga, llegaron á las fronteras, y entraron en el reino capitaneados por gefes de la faccion. El duque de Guisa y sus hermanos reunieron la nobleza de Champaña y Borgoña. Muchas ciudades se sometieron á la liga: Leon abrió sus puertas á las tropas del duque de Saboya, aliado de los Guisas:

Toul y Verdun, á los alemanes auxiliares: y aunque los ligados no pudieron hacerse dueños de Marsella ni de Burdeos, ocuparon varias plazas en lo interior del reino, entre ellas á Bourges, Orleans y Angers.

En Paris estaba el foco de la rebelion, alimentado por conventículos secretos, en que de la censura del gobierno se pasó, como es natural, á la rebelion, oculta al principio; pero no tanto, que Enrique III no recelase de los movimientos de los facciosos, viéndolos juntar armas y egercitarse el pueblo en el manejo de ellas; mas no tomó otra precaucion que la de formar una guardia de 45 hombres que tenian órden de no separarse de él, y la de publicar un edicto prohibiendo los alistamientos y las reuniones, que no fue obedecido. En la faccion de los ligados entraron muchos eclesiásticos, y entre ellos se hizo célebre el padre Mateo, jesuita, llamado *el correo de la liga*, porque su ocupacion contínua era ir y venir á Roma, y sostener la comunicacion entre los Guisas y la santa Sede.

A fines de marzo apareció el manifiesto de la liga, aunque firmado por el cardenal de Borbon solamente. En él se exageraban los peligros que corria le religion si un calvinista llegaba á subir al trono. La corte respondió con debilidad. Inundóse la Francia de libelos, apologías y protestaciones de todos los partidos. Los de la liga, ademas de los motivos religiosos, se quejaban altamente de

los favoritos y de las contribuciones.

Pero á pesar de la virulencia y osadía de sus manifiestos, eran sus fuerzas mas aparentes que verdaderas: pues se reducian á 1.000 hombres de caballería, compuesta casi toda de los nobles de las provincias vecinas, que apenas les faltase dinero se volverian á sus casas; su infantería era poca, y no habia mas dinero para pagarla, que 300.000 escudos robados de las tesorerías reales. Aun no habian llegado las tropas estrangeras; y en las ciudades mismas que se habian declarado en su favor habia muchos hombres sensatos y leales, que si se les hubiese dado algun apoyo, hubieran reprimido á los sediciosos. Y en el último estremo quedaba todavía el recurso de oponer al partido de la liga el del rey de Navarra. Este era el dictámen de los mejores consejeros: pero Enrique temió irritar contra sí á todos los católicos, y tomó el peor partido que puede adoptar un monarca, que es el de transigir con sus vasallos rebeldes cuando tienen las armas en la mano.

Suplicó pues á su madre que se encargase de esta negociacion. Catalina lo deseaba ardientemente, y aun se dijo que no le desagradó ver levantarse una tempestad, porque Enrique no hacia mucho caso de ella en tiempo de bonanza. El rey, por no tener contra sí á Felipe II, no quiso aceptar la soberanía de los estados de Flándes que le ofrecieron los rebelados de aquel pais: mas nada consiguió por

eso, porque la corte de Madrid perseveró en la alianza de los Guisas; y estos adquirieron nueva audacia con la debilidad que mostraba el rey.

La reina madre tuvo una conferencia con ellos en Epernay, ciudad de Champaña, y les concedió todo lo que quisieron, ó por connivencia de Catalina, ó por terror, ó en fin porque veia que el rey ni levantaba tropas, ni tomaba providencias para impedir que los confederados penetrasen hasta la capital, en caso de que la negociacion no produjese efecto.

El 7 de julio se concluyó un tratado en Nemours, adonde se habian transferido las conferencias, por el cual se obligó el rey á prohibir en toda la estension de su reino el egercicio de toda religion, que no fuese la católica, so pena de muerte; á mandar á los ministros calvinistas que saliesen del reino en el término de un mes, y á los sectarios, en el de seis; á declarar los hereges incapaces de destinos públicos, y á anular en los tribunales las plazas establecidas en favor de los reformados. Prometió ademas pedir á estos las ciudades de seguridad que les habia dado, y hacerles guerra en caso que se negasen á entregarlas. Por un artículo secreto se obligó á pagar las tropas alemanas que militaban por el duque de Guisa, y á dar á la liga como plazas de seguridad algunas ciudades. En cuanto á las pretensiones del cardenal de Borbon, se contentaron los ligados, con que el rey le reco-

nociese, no como primer príncipe de la sangre, sino como el deudo mas cercano suyo.

Tal fue el ignominioso tratado de Nemours. Causó tanta pena al rey de Navarra, que segun dijo despues al marques de la Force, se le encaneció la mitad de la barba. El duque de Guisa fue á visitar al rey, despues de hecha la paz, en san Mauro, y viéndose solo en medio de los guardias, y espuesto al resentimiento de su soberano, se creyó muerto, y «su sombrero, como él mismo contó, se levantó en las puntas de sus cabellos.» Sin embargo, habia conseguido cuanto pudiera desear: pues tenia plazas fuertes, tropas que dependian de él, pagadas con el dinero del rey, y el pretesto de la religion para empezar la guerra siempre que le acomodase.

El rey de Navarra, viendo que Enrique III se habia atado las manos, publicó manifiestos, desafió al duque de Guisa á singular batalla, incitó á favor de un soberano degradado á los Montmorencis, alistó tropas en Francia y en los paises estrangeros, y se puso en campaña. Los ligados instaron á Enrique que saliese al encuentro á los enemigos: pero él les respondió, que sin dinero no podia hacerse la guerra, y que así, que le aprontasen las sumas que necesitaba. «Mucho temo, dijo al concluir su discurso, que por haber querido destruir las prédicas, hemos puesto la misa en sumo peligro.» Dichas estas palabras, se retiró dejando muy confusos á aquellos, á cuyas bolsas

acababa de declarar la guerra, observa el historiador Dávila.

Con los subsidios que pudo juntar, formó dos egércitos: el primero, mandado por el duque de Guisa, marchó contra los socorros que el rey de Navarra esperaba de Alemania. El segundo, mandado por el duque de Mayenne, marchó hacia Guiena, precedido de una diputacion de teólogos, jurisconsultos y estadistas, que enviaba Enrique III á su cuñado para persuadirle, como otras veces habia hecho, que se convirtiese. La duquesa de Uzes dijo de esta diputacion y de este egército, que *detras de los confesores iban los verdugos.*

El rey de Navarra respondió á los diputados, que jamas se convertiria por miedo ó por interes, sino por conviccion; rehusó una conferencia que se le proponia con la reina madre, y se puso inmediatamente en campaña. Así comenzó la guerra, llamada de *los tres Enriques*, que eran los reyes de Francia y de Navarra y el duque de Guisa.

El rey de Navarra, ó en persona ó por medio de sus lugartenientes, añadió al Languedoc, donde ya dominaba por su alianza con el mariscal de Montmorency, la mayor parte de Guiena, del Delfinado, del Saintonge y del Poitou. El príncipe de Condé penetró hasta el Aujou: pero como habia pasado el Loira imprudentemente sin tener plazas á la espalda ni dejar asegurados los puentes, los aldeanos del pais rodearon su cuerpo de egército y lo

aniquilaron. Condé se salvó con solo diez hombres en Inglaterra, y poco tiempo despues desembarcó en la Rochela con tropas y dinero que Isabel le dió, y volvió á pelear y á triunfar de los enemigos en la misma campaña.

Atribuyeronse las pérdidas de los católicos á la negligencia ó á la connivencia de Enrique III, y para quitarle todo pretesto de tergiversacion, y obligarle á hacer francamente la guerra á su cuñado, se solicitó y obtuvo de Roma una bula de escomunion contra Enrique de Borbon, como herege relapso, comprehendiendo en ella á todos sus partidarios. Los Borbones (porque á toda la familia comprehendia tambien la escomunion) protestaron contra ella, é hicieron fijar su protesta en la misma puerta del Vaticano. Entretanto el rey de Navarra mandó que no se obedeciese el tratado de Nemours en las provincias que estaban bajo su dominio, confiscó los bienes que en ellos tenian los católicos, y los vendió para subvenir á los gastos de la guerra.

En la campaña siguiente de 1586 tomó muchas plazas sin que Mayenne pudiese impedirlo, y se ganó el afecto de todos los órdenes del estado con las cartas que les dirigió llenas de juicio y de energía. Al clero decia que la empresa de la liga no se encaminaba al bien de la religion, sino al engrandecimiento de algunos ambiciosos: á la nobleza, que como príncipe de la sangre no podia mirar con indiferencia las pérdidas que este ilustre cuerpo su-

fria por causa de la guerra civil: «yo siento concluia, que me debilito y perezco en vuestra ruina, tan grata á los estrangeros.» Al mismo tiempo imploró el auxilio de los alemanes protestantes: pero estos estaban muy remisos en enviarlos, porque en las guerras anteriores habian sido sacrificados á las combinaciones políticas de los gefes de los partidos en Francia, y fue menester que Teodoro Beza pasase desde Ginebra á predicar una especie de cruzada, para que se moviesen á auxiliar á Enrique de Borbon. Antes de poner en marcha sus egércitos enviaron á Paris una embajada solemne. El rey, por no recibirla, pasó al Borbonés con el pretesto de tomar aquellos baños, que segun se decia, eran favorables para tener hijos, y de organizar dos nuevos egércitos que habia alistado contra los calvinistas, y cuyo mando confió á sus dos favoritos los duques de Joyeuse y de Epernon.

Del Borbonés pasó á Leon, dónde manifestó una nueva manía ridícula y pueril: como lo era comprar á subido precio monos, perros pequeños y otros animalillos, y pagar grandes sueldos á muchos hombres y mugeres encargados de mantenerlos. Gustaba tambien de las pinturas que se hallaban en los libros antiguos de devocion, las compraba á precio subido, y las pegaba á las paredes de su capilla. Con estas diversiones, propias de un niño, se hacia cada vez mas despreciable á los ligados: pero Enrique de Borbon tuvo la noble políti-

ca de no faltar nunca al respeto debido á su soberano en las cartas que escribia y en los manifiestos que publicaba, y de este modo se grangeó el amor de los cortesanos y de la familia real.

Al fin volvió Enrique III á Paris, dió audiencia á los pacientes alemanes que le habian esperado mucho tiempo, y mostró en ella la dignidad de un monarca: porque habiéndose quejado los embajadores de que hubiese violado sus promesas, anulando el edicto de Poitiers y el de Fleix, respondió que á nadie debia dar cuenta de su conducta ni de los medios que empleaba para la pacificacion de su reino. Los alemanes se retiraron descontentos, y dispuestos á tomar las armas. El duque de Guisa los esperó durante toda la campaña en las fronteras de Lorena: pero como no estuviesen preparados este año para verificar su invasion en Francia, Guisa revolvió con sus tropas sobre los estados del duque de Bouillon, que era calvinista, se apoderó de ellos, y los agregó á la Lorena, á cuya familia pertenecia aquel duque.

Entretanto Enrique III aumentaba las sospechas y el aborrecimiento de la liga, proponiendo á Enrique de Navarra una conferencia con la reina madre, que efectivamente se verificó en Saint-Bris, castillo cercano á Cognac, en el condado de Angulema. Los católicos decian que esta negociacion no pudiendo tener por objeto la conversion del navarro,

nada produciria sino una pacificacion favorable á los reformados: lo que segun los furores que agitaban entonces los ánimos, se miraba como la mayor desgracia que pudiera sobrevenir.

Pero la conferencia de Saint-Bris fue inútil: porque los intereses de los negociadores eran notoria y diametralmente opuestos. Catalina de Médicis aborrecia á Enrique de Borbon, porque segun la ley sálica era heredero presuntivo de la corona; y ella queria, que aboliendo aquella ley con el auxilio de las fuerzas de la liga, pasase el cetro á sus nietos, hijos de Claudia su hija, duquesa de Lorena. Así su proyecto en aquella negociacion era engañar al rey de Navarra, hacerle desistir de su empresa, y dando tiempo al tiempo, conseguir que la liga adquiriese el predominio necesario para luchar ventajosamente contra los calvinistas.

Al contrario, el rey de Navarra tenia gande interes en que la liga se presentase al combate cuando sus fuerzas eran todavia insuficientes, y en el reinado de un príncipe como Enrique III, cuyo catolicismo no podia ser sospechoso. Importabale que todos conociesen que el objeto de los ligados no era la religion, sino la ambicion.

No es estraño pues, que Catalina y Enrique no pudiesen convenirse en nada. La reina estaba acompañada siempre de su *escuadron volante*, compuesto de las mugeres mas hermosas de Francia, y nadie ignoraba cuan

amorosa era la complexion del navarro. Pero entonces se precavió contra todas las seducciones; y un dia que Catalina, viendo que no aceptaba ninguna propuesta, le dijo con algun enfado: «¿qué es, pues, lo que quereis?» Recorriendo con la vista las beldades que estaban en el cuarto de la reina, respondió: «Señora, nada hay aquí que me acomode.» Catalina llegó hasta ofrecerle la mano de su nieta Cristina de Lorena, que era una de las damas mas bellas de su tiempo, anulando el matrimonio de Enrique con la despreciable Margarita. Pero el efecto de esta condicion era muy distante, y el navarro no podia perder tiempo. Así que se separaron sin haber concluido nada, y prosiguió la guerra.

Batalla de Coutras: invasion y esterminio de los alemanes (1587). Antes de empezar la campaña hubo diversas negociaciones entre los enemigos mas encarnizados. Enrique III ofreció al duque de Guisa cuantos honores y preeminencias quisiese, si abandonaba la liga. El rey de Navarra propuso al mismo duque olvidar la querella religiosa y reunir sus fuerzas con él para destruir el predominio de los miñones, reformar el estado y obligar á Enrique III á hacer lo que los dos quisiesen. Ninguna de estas propuestas aceptó Guisa; y prefirió la calidad de gefe de un partido á las promesas de un rey, que violaba frecuentemente sus palabras, y á la cooperacion de un enemigo peligroso, igual á él por lo menos

en valor y habilidad, y superior seguramente por sus cualidades verdaderamente reales, y por los derechos de su sangre.

Ademas de estas negociaciones de los gefes, habia otras entre los particulares distinguidos, que llenaban el reino y la corte de confusion. Ni aun entre los favoritos y ministros del rey habia concordia: Joyeuse, Villeroy y la reina madre eran favorables á Guisa: Epernon, á los Borbones. Urdieronse muchas conjuraciones, ya para entregar el puerto de Boloña á Felipe II, que meditaba entonces la espedicion de la armada invencible contra Isabel de Inglaterra: ya para apoderarse de la persona del rey cuando volviese de Vincennes, ó en el tumulto de la feria de san German: ya en fin para ocupar los principales puntos de la capital, hacer barricadas en las calles, dictar leyes al monarca, y oprimir al rey de Navarra con el egército español que la corte de Madrid prometia. Todas estas tramas fueron descubiertas, é impedida su egecucion; pero á nadie castigó el rey, por puerilidad: pues su mayor placer era observar la confusion de los conjurados cuando se descubrian sus maldades y reirse á costa de ellos. El duque de Mayenne, que dirigia la última conspiracion, se presentó al rey para despedirse de él. «¿Pues qué, primo, le dijo el rey, así abandonais á vuestros buenos amigos los de la liga?» «No entiendo lo que quiere decir V. M.» replicó el de Mayenne y se retiró.

En esta época fue asesinada jurídicamente en Inglaterra por órden de Isabel la infeliz María Estuarda, reina de Escocia; y este suceso enardeció el furor de los ligados. Los Guisas sus parientes, que nada habian hecho para impedir aquella catástrofe, clamaban al pueblo por medio de sus emisarios: «así serán tratados todos los católicos, cuando el navarro domine en Francia.» Aumentaban el terror público con procesiones nocturnas, en que los penitentes iban cantando las letanías con albas blancas que descendian hasta el suelo, y este fue el orígen de las hermandades de penitentes blancos.

Entretanto el egército aleman pasaba las fronteras de Francia para auxiliar á los calvinistas. El rey de Navarra escribió al de Francia, que se valiese de aquellas fuerzas estrangeras para oprimir la liga: pero el plan de Enrique III era muy diferente. Tenia dos egércitos, el uno á las órdenes de Joyeuse, á quien mandó observar á los calvinistas del mediodia sin empeñar con ellos ninguna accion, y el otro á las de Epernon en las cercanías de Paris. Dió muy pocas fuerzas al duque de Guisa con la esperanza de que seria maltratado por los alemanes: y pensaba cuando unos y otros estuviesen bastante debilitados, reunir las fuerzas de sus dos cuerpos, lanzar los alemanes del reino, destruir la liga, revolver despues contra los calvinistas, y dar la ley á todos los partidos. Este plan que estaba bien

concebido, necesitaba de manos mas fuertes y hábiles para la egecucion, contra enemigos tan poderosos como Guisa y el navarro.

Joyeuse, ambicioso, rival del de Guisa, y ardiendo en deseos de ponerse al frente de la liga, despues de haberlo merecido por sus hazañas, olvidó la órden que le habia dado el rey, de no arriesgar un combate decisivo, y apenas vió que el rey de Navarra se dirigia hácia el Loira para darse la mano con los alemanes auxiliares, le salió al encuentro y le presentó la batalla junto á Coutras, aldea del Perigord.

Su egército, aunque mas numeroso, se componia de cortesanos afeminados cubiertos de joyas y adornos, cuando el de Borbon tenia una nobleza egercitada en las fatigas de la guerra, y un caudillo familiarizado ya con las victorias y con los reveses. Al entrar en batalla, dijo á sus primos Condé, Conti y Soissons: «vosotros sois Borbones, y vive Dios que hoy conocereis que soy vuestro mayor.» A lo cual respondieron los príncipes: «y nosotros probaremos que somos buenos segundos.» Despues hincó la rodilla, todos sus soldados imitaron este egemplo, y un ministro calvinista dijo la oracion. «El rey de Navarra tiene miedo,» dijo Joyeuse al observar este espectáculo. «No lo creais, replicó Lavardin, uno de sus principales lugartenientes: nunca se ponen á orar, sino cuando estan resueltos á vencer ó morir.»

El primer choque de los dos egércitos de-

cidió la victoria. Las tropas del rey fueron desbaratadas sin esperanza de volverse á rehacer. «¿Qué haremos ahora?» preguntó á Joyeuse uno de sus capitanes. «Morir,» esclamó Joyeuse, mas intrépido soldado que hábil caudillo; y se arrojó con su hermano Claudio de san Salvador en medio de las filas enemigas, endonde uno y otro encontraron la muerte. Enrique de Borbon se mostró moderado en el triunfo, y humano con los heridos y prisioneros. Mas no se sabe por qué despues de una victoria, que dejaba en su poder todas las provincias del nordeste de Francia, se quedó en la inaccion, licenció sus tropas y no pensó en realizar su plan de reunirse con los alemanes. Es verdad que muchos de los varones que habian pelcado en Coutras á favor suyo, se retiraron con sus tropas despues de la batalla: pero todavia le quedaban bastantes fuerzas para juntarse con sus aliados, y aun les envió por caudillo á su primo el príncipe de Conti. Unos atribuyen su inaccion en aquellas circunstancias á falta de dinero: otros á que no queria presentarse á los alemanes, cuyo número ascendia á 30.000 hombres, con las pocas tropas que le habian quedado: otros en fin, al deseo de ofrecer sus laureles á Corisanda de Andouins, condesa de Guisa, de la cual estaba amartelado. Sea cual fuere la causa de su indolencia, fue funesta á los alemanes, ventajosa á la liga, colmó de gloria al de Guisa, y á Enrique III de ignominia.

Enrique de Guisa, á pesar de sus cortas fuerzas en Lorena y Borgoña, las dispuso de tal manera, que sin que el enemigo pudiese obligarle á combatir, le interceptaba las comunicaciones, le privaba de víveres y le mataba todos los destacamentos. Los alemanes lograron á pesar de esto penetrar hasta la Charité: mas no la hallaron tan indefensa como en la invasion del duque de Dos Puentes, y no pudieron pasar el Loira. Inciertos de lo que harian, faltos de víveres y sin conocimiento del pais, se resolvieron á penetrar en el Beaucé y el Gatinois, donde el duque de Guisa los acometió dos veces, una en Vimori y otra en Auneau, y les hizo bastante daño.

Entretanto los parisienses, indignados contra Enrique III, porque teniendo á sus órdenes un egército poderoso, dejaba al de Guisa pelear con fuerzas inferiores con los estrangeros, obligaron al rey á ponerse en campaña. Los alemanes, cogidos entre dos fuegos, capitularon con el duque de Epernon, y pactaron que saldrian del reino divididos en pequeños destacamentos, sin banderas. Los aldeanos mataron un gran número de alemanes en la retirada; y el duque de Guisa, quejándose de que Epernon le hubiese quitado la gloria de lanzar al enemigo del suelo frances, persiguió á los fugitivos, é hizo en ellos grande destrozo. De aquel egército floreciente solo volvieron á pasar el Rin seis ó siete mil hombres.

El rey volvió á Paris, donde hizo su entrada pública, vestido de su cota de armas y el yelmo en la cabeza, como si hubiese triunfado de todos sus enemigos. Los parisienses se burlaron, ya que no de él, por el respeto debido á su persona, del duque de Epernon, su lugarteniente. Vendióse en las calles de Paris un libro, cuyo título, anunciado por los gritos de los papeleros, era: *Hazañas del duque de Epernon contra los hereges:* y cuando se abria, solo se hallaba en cada página, escrito en letras grandes, *Nada.*

Barricadas de Paris: edicto de union: estados de Blois: asesinato de los Guisas (1588). La espulsion de los alemanes fue la señal del triunfo de la liga. Los confederados de Paris, que estaban locos por Guisa, porque es poco decir *enamorados* de él, segun escribe Balzac, dirigidos por los gefes de las asambleas católicas de los 16 cuarteles de la capital y por la duquesa de Montpensier, hermana del de Guisa, y que aborrecia mas que nadie á Enrique III, tramaron varias conspiraciones para apoderarse de la persona del rey: pero ninguna se logró por los avisos que daba á la corte Poulain, celoso ligado en la apariencia, pero en la realidad espía de Enrique.

La última conspiracion parecia de éxito mas probable, y obligó al duque de Guisa á venir á Paris desde Nancy donde se hallaba, para dirigir el movimiento. Los conjurados

intentaban poner sobre las armas los 20.000 hombres regimentados que tenian, acometer al Louvre, apoderarse de la persona del rey, dar muerte á Epernon y á los ministros y cortesanos contrarios á la liga, y disponer del gobierno á voluntad del duque. Pero el rey, informado de esta trama por Poulain, hizo llevar armas al Louvre, y llamar un cuerpo de 4.000 suizos, que estaba cerca de Paris, para reforzar su guardia. El duque de Guisa, sabida esta novedad, se detuvo en Soissons.

El consejo de los 16, sabiendo el castigo que el rey, sumamente irritado contra ellos, les preparaba, escribieron al duque que viniese inmediatamente á Paris, si no queria la destruccion de la liga. El rey le mandó á decir que no entrase en la capital por medio de su ministro Bellievre: pero este, convencido de las observaciones de Guisa, que exageraba cuán necesario le era verse con Enrique para disipar las acusaciones de sedicion que se habian hecho contra él, volvió á la corte á repetir al rey lo que el duque le habia dicho. Enrique reiteró su órden, y la carta en que se intimaba, se puso en el correo ordinario, por no haber en el tesoro 25 escudos con que pagar un espreso. Guisa fingió no haberla recibido, y llegó á la capital por caminos de travesía para no encontrarse con los hombres que el rey envió para que detuviese su marcha.

Entró por la puerta de san Dionis, y todo

el pueblo, apenas supo esta novedad, corrió á acompañarle y á aclamar su nombre. El con la gracia y afabilidad comun á todos los príncipes de su familia, los saludaba, hablaba á los conocidos y abrazaba á los amigos é iguales. Dirigióse al palacio de Soissons, cercano á san Eustaquio, donde residia la reina madre, que apenas le vió, dijo con emocion: «no os querria ver en Paris en estas circunstancias.» El duque se disculpó, saludó á las damas, y acompañó á pie á la reina que iba en litera al Louvre á presentarlo á su hijo.

El duque atravesó todas las guardias de palacio, y saludó á muchos: pero todos correspondieron con suma seriedad. Entonces se deliberaba en el gabinete del rey si le darian muerte. Enrique le recibió con severidad, y le dijo: «yo os he mandado que no vinieseis.» Mientras el duque se disculpaba con que no habia recibido la orden espresa, y repetia con Bellievre la conversacion que habian tenido en Soissons, la reina dijo al rey al oido, que era muy peligroso hacer demostracion contra el duque cuando todo el pueblo de Paris estaba á la mira. Guisa se aprovechó de este momento de irresolucion para despedirse con el pretesto de la fatiga del camino, y se retiró á su casa, sita en el cuartel de san Antonio.

Al dia siguiente volvió á visitar al rey: pero tan bien acompañado, que nada tenia que temer. Por la tarde tuvo otra entrevista con Enrique en el palacio de la reina madre.

Alli manifestó sus pretensiones, que eran guerra á muerte á los calvinistas, y espulsion de la corte de Epernon y de los de su partido. El débil Enrique condescendió, despues de algunas réplicas que no quedaron sin contestacion, pidiendo solamente que saliesen de Paris los soldados estrangeros y las gentes desconocidas, que el duque habia introducido. Guisa lo prometió, sin intencion de cumplirlo. Todos se ocultaron en casa de los vecinos, y los comisarios del rey enviados para registrarlas, fueron insultados. Era evidente que ya no se decidiria nada sino por la fuerza, y de una y otra parte se prepararon al combate. El rey juntó su nobleza, dió armas á los vecinos opulentos, y por consiguiente enemigos de las sediciones, y salió á recibir los 4000 suizos que venian de Lagny.

Entraron en Paris el 12 de mayo á las tres de la mañana, y recibieron órden del rey de apoderarse de todas las plazas y puestos públicos, pero sin hacer el menor daño al pueblo. Los suizos obedecieron, y seguian sus movimientos con sobresalto y asombro de los vecinos, pero sin que hubiese señales de rebelion. Un cortesano fátuo y libertino se dejó decir en el puente de San Miguel, que «todas las mugeres honradas de Paris iban á quedar á discrecion de los suizos.» Esta espresion infame fue la chispa arrojada en el depósito de pólvora.

Pasó de boca en boca hasta la plaza Mau-

bert, no ocupada aun por los suizos. El pueblo se subleva y toma las armas: tiende las cadenas de las calles: quita todas las piedras y las sube á los altos de las casas: por consejo del mariscal de Brissac afianza las cadenas con toneles llenos de tierra, y cubiertos con tablas, vigas y muebles. En un momento llegaron estas barricadas hasta el Louvre, atravesando toda la ciudad. Presentase el duque de Guisa, y el pueblo reconoce su voz: da órdenes, guarnece los atrincheramientos, nombra oficiales, distribuye armas, y dispone todo lo necesario para el ataque y defensa. El rey le envió á decir que contuviese la sedicion. Su respuesta fue: «son toros escapados: no puedo detenerlos.» Los suizos, que segun las órdenes que tenian, no se habian atrevido á oponerse á la construccion de las barricadas, se vieron cogidos en medio de ellas. Mas de 30 perecieron de los tiros y pedradas: pero Guisa salvó á los demas, permitiéndoles salir sin tambores y con las armas bajas.

Aquella noche debió atacar el Louvre, y apoderarse de la persona del rey si deseaba lograr su malvado designio: pero el orgulloso rebelde queria que la corte se humillase á suplicarle. En efecto, la reina madre entabló con él una negociacion, en la cual Guisa propuso lo siguiente: que se le nombrase lugarteniente general del reino: que se diese el gobierno de las principales provincias á los que él nombrase, y que se escluyese de la herencia del

trono al rey de Navarra, y á los hijos de su primo el príncipe de Condé, que falleció este año, envenenado, segun se creyó, por su misma esposa.

Catalina volvió con las proposiciones del duque al rey su hijo, y á la mañana siguiente pasó á continuar la negociacion á la casa de Guisa. La litera en que iba, subia y bajaba las barricadas en brazos de hombres. Al subir por una, se acercó un vecino de Paris, con pretesto de ayudar á los que llevaban la litera, y dijo á la reina al oido, que iban á acometer el Louvre 15.000 hombres por la parte del campo. La reina envió al rey uno de sus gentiles hombres con el aviso de esta novedad, y continuó su viage. Entró en el palacio del duque, y volvió á la conversacion del dia anterior, que Catalina prolongaba de intento; cuando el señor de Maineville llegó y dijo al de Guisa que el rey habia salido de Paris. «Soy perdido, esclamó el faccioso: aquí me estais entreteniendo, y el rey se ha ido.» «Nada sabia yo de su resolucion,» fue la respuesta de Catalina.

Enrique III, acompañado de su nobleza, de sus guardias y de su corte salió apresuradamente, antes que los enemigos le cortasen el camino del campo, y al dia siguiente llegó á Chartres. El de Guisa, perdido el principal trofeo de su victoria, trató de afirmar su poder en Paris y en las ciudades cercanas, inclusa Chartres: porque con el pretesto de una

procesion de penitencia que los parisienses enviaron al rey para moverle á abrazar los intereses de la liga, introdujo en aquella ciudad algunos emisarios que sublevasen el pueblo: y á los primeros síntomas de sedicion se retiró Enrique con su corte á Ruan, esperando el resultado de las negociaciones que Catalina continuaba.

Tal fue el éxito de la famosa jornada de las barricadas. Vióse por la primera vez en la monarquía francesa un rey fugitivo de su corte, y obligado á transigir con un vasallo rebelde y con una faccion fanática; porque ni el duque de Guisa ni los ligados eran otra cosa, por mas heróicas que fuesen las prendas que adornaban al primero, y por mas santos que fuesen los pretestos de que se valian los segundos.

La negociacion de la reina madre tuvo por resultado el famoso edicto, llamado de *la Union*. En él declaró Enrique III que haria la guerra á los hereges, y que no dejaria las armas hasta haberlos esterminado: mandó á todos sus vasallos que jurasen y firmasen la misma declaracion, como tambien no reconocer por rey de Francia á un príncipe que no fuese católico. Despues declaró al duque de Guisa lugarteniente general del reino, dió á la liga plazas de seguridad, alejó de la corte á Epernon y los demas favoritos, y convocó los estados generales para Blois, donde debian ser confirmados todos estos actos del rey, re-

sueltos en los artículos secretos del tratado.

El duque de Guisa triunfaba: pero su triunfo no duró mucho. El rey apartó de su consejo á Villeroi y otros ministros, y en su lugar puso á Montholon, Ruzé, Revol y otras personas de su confianza: no admitió en su corte sino á hombres de lealtad esperimentada: la reina madre era todavia admitida en el consejo; mas no se trataba en su presencia ningun negocio importante. Estos primeros síntomas de la tempestad que amenazaba, fueron observados; pero no inspiraron sospechas; porque era conocida la versatilidad del rey. El duque de Guisa solo entendia en el nombramiento de diputados, cuidando que todos fuesen favorables á su causa. Concurrieron á Blois los príncipes de la sangre que eran católicos, como los cardenales de Borbon y Vendoma, el príncipe de Conti y el conde de Soissons, hijos de Condé, que solicitaban entonces la absolucion del papa: pero eclipsados por los Guisas, no tenian crédito alguno en el partido de la liga.

Los estados se abrieron el 16 de octubre. Su primer acto de rebelion fue pedir que se suprimiesen en el discurso del rey algunas espresiones que ofendieron á los ligados: el segundo, despues de haber aprobado el edicto de union, exigir que el rey de Navarra fuese espresamente escluido de la corona. En este tiempo el duque de Saboya, aliado secreto del de Guisa, se apoderó del marquesado de Saluces

que pertenecia á Francia. El honor nacional despertó en la asamblea: y el de Guisa no pudo impedir que se decretase resistir á aquella agresion: pero al mismo tiempo logró que se decidiese la guerra contra los hugonotes y que al mismo tiempo se hiciese una reduccion considerable en el tributo de la talla. Su proyecto era obligando al rey á hacer la guerra sin medios, reducirlo á la inaccion, y acusándolo de connivencia con los calvinistas, presentarse como único defensor del catolicismo, deponer á Enrique, apoderarse del gobierno, y acaso ceñirse la corona. Ya su hermana la duquesa de Montpensier decia, que «unas tigeras de oro, que traia pendientes del cinturon, habian de servir para cortar el cabello á Enrique, cuando fuese recluido en un monasterio.»

El rey pues se resolvió á una accion terrible é inesperada. El 21 de diciembre envió á decir al duque, que deseando tener libre el dia siguiente, reuniria el consejo muy de mañana. Al mismo tiempo le indicó las materias que habian de tratarse en él, entre las cuales habia dos que interesaban mucho á personas llegadas al de Guisa: todo con el fin de que no dejase de asistir á la cita fatal. Entró el duque en el consejo, y se observó que pidió alguna cosa para disipar un flato que le dió en aquel momento. Apenas se repuso, recibió un recado del rey que le llamaba á su gabinete. Obedeció, y al abrir la antepuerta, un asesi-

no le asió con una mano el puño de la espada, y con la otra le metió un puñal en el pecho: Guisa corre por la antesala, recibe varios golpes, y cae muerto.

Así pereció Enrique, duque de Guisa, uno de los hombres de mas mérito que ha tenido Francia, y que por la calamidad de los tiempos solo empleó las prendas heróicas de que le habia dotado el cielo, para la ruina de su patria. Su hermano el cardenal de Guisa, sus hijos, el cardenal de Borbon y todos sus mas ardientes partidarios y amigos fueron presos. El cardenal de Guisa fue asesinado al dia siguiente en su prision. Enrique III habia castigado una maldad con otra, no como rey, sino como asesino. Cuando vió á su madre dijo: «Ya soy rey.» Catalina le respondió: «no has cortado mal: veremos como coses.»

Los estados de Blois se cerraron el 16 de enero del año siguiente. Jamas hubo en Francia una asamblea mas sumisa, mas adicta aparentemente á las voluntades del rey, que estos estados despues del asesinato de Guisa: mas no fue así en Paris. Es imposible describir el furor de la liga, cuando se supo la muerte del duque y de su hermano. Procesiones, consejos, asambleas, todos á una voz detestaron á Enrique de Valois (porque le negaron el nombre de rey), como á herege, por haber muerto al cardenal de Guisa, y como á asesino: y juraron no reconocerle jamas y hacerle eterna guerra. El duque de Mayenne, hermano del

de Guisa, acudió á Paris, inmediatamente que supo la catástrofe, y fue declarado por el consejo de la liga, lugarteniente general del reino. La duquesa de Montpensier atizaba los odios: el parlamento que permanecia fiel, fue enviado á la Bastilla; la Sorbona publicó una declaracion contra Enrique III, pidiendo á Roma que le condenase como herege. Muchas ciudades del reino siguieron el partido de la liga; mientras el rey de Navarra, dueño del mediodía, atacaba las provincias del occidente: de modo que el infeliz Enrique, dueño apenas de la ciudad de Tours, donde se habia retirado, fue insultado en ella por las tropas de la liga, que saquearon uno de los arrabales. En esta accion peleó el rey con la misma intrepidez que en Jarnac y Montcontour.

Ya habia hecho treguas y alianza con el rey de Navarra. Catalina de Médicis no fue testigo de este suceso, tan desagradable para ella y que siempre procuró impedir: porque falleció al principio de 1589. No puede negarse á esta princesa talento, penetracion y arte para gobernar: pero su moral era perversa, y su política poco ilustrada y egoista. Su único deseo era mandar en nombre de sus hijos: por eso auxilió las empresas de los Borbones contra los Guisas en el reinado de Francisco II: por eso favoreció á los Guisas contra Coligny, y la horrenda catástrofe de san Bartolomé: por eso, en fin, no hizo oposicion á la liga, que le prometia pasar el cetro á sus nietos

siempre fue contraria á los que temia que disminuyesen su crédito en el ánimo del rey; y así nunca hubo grandeza, generosidad ni sabiduría en sus negociaciones. Sus medios eran la seduccion, la perfidia, el engaño: y donde estos no alcanzaban, la espada ó el veneno. Era necesaria una política noble, franca, magnánima y dirigida esclusivamente al interes de la Francia, para sacarla del abismo en que la habian sumergido tantos errores. Felizmente se presentó en la escena un héroe, cuyo corazon deseaba el bien, y que encontró un amigo que le instruyera de los medios de conseguirlo. Tales fueron Enrique de Borbon, y Sully.

La reconciliacion entre los católicos que seguian á Enrique III, y los calvinistas del rey de Navarra fue sincera: porque las virtudes de este príncipe eran la garantía mas segura para todos los partidos. En breve, reunidos los dos egércitos, rechazaron á Paris las tropas de la liga, y las encerraron en esta capital, que sitiada por fuerzas superiores, sufrió con admirable resignacion todos los horrores de la escasez, hasta que el puñal de un fanático dió fin á la vida y á las desgracias de Enrique III.

Santiago Clement, religioso dominicano, reunia á un talento cortísimo y á costumbres depravadas un fanatismo ardiente á favor de la liga. Su imaginacion, incapaz de crear nada por sí misma, recibia y aumentaba los impulsos que le venian de fuera. Persuadióse que

estaba predestinado para librar á Francia del *tirano* (porque en Paris no se daba ya otro nombre á Enrique III). La duquesa de Montpensier, en cuya casa servia el padre de Clement, y los principales de la liga, fomentaron tan funestas disposiciones. Le proporcionaron cartas para el rey de los individuos del parlamento que estaban presos: á favor de ellas penetró hasta la tienda de Enrique, y mientras el rey leia los papeles, le metió en el vientre un cuchillo. El rey lo sacó con su propia mano, é hirió en la cara al asesino. Los guardias acudieron, y en el primer fervor hicieron pedazos á Clement, sin considerar que su vida podia servir para descubrir los cómplices inmediatos de aquella alevosía. Enrique murió al dia siguiente, que fue el 2 de agosto de 1589, como rey y como cristiano, perdonando á los que habian tenido culpa en aquella maldad. Nombró por su sucesor á Enrique de Borbon; y al abrazarle antes de morir, le dijo: «hermano, creed que nunca sereis rey de Francia, si no os convertis á la religion católica.»

En Enrique III se estinguió la rama de los Valois, que dió á Francia tan grandes reyes. Cárlos V y Cárlos VII, educados en la escuela de la adversidad, aumentaron la autoridad regia por su habilidad y sus hazañas: los vicios de Luis XI y las virtudes de Luis XII contribuyeron casi igualmente á fortificarla, y Francisco I, á pesar de sus derrotas, la hizo

respetable en todo el mundo. Desgraciadamente empezaron las disensiones religiosas á disolver la fuerza de la autoridad, cuando los grandes del reino, no olvidados aun de su antigua supremacía, deseaban recobrarla. El amor de la religion cubrió en los de uno y otro partido sus miras ambiciosas. Bajo tres reyes, ó demasiado jóvenes como Francisco II y Cárlos IX, ó de inclinaciones pueriles, como Enrique III, dirigidos por una muger mas artificiosa que hábil, é incapaz de una idea grande y generosa, llegó el poder real en la patria de san Luis á ser vilipendiado por las facciones. Fueron necesarias para levantarlo de su abatimiento el heroismo de Enrique IV, la política de Richelieu y el gran carácter de Luis XIV.

CAPITULO VIII.

Enrique cuarto, el grande.

Enrique IV, rey de Francia: combate de Arques. Batalla de Ivry: segundo sitio de Paris. Campaña del duque de Parma en Normandia. Estados de Paris: conversion del rey: tregua de tres meses. Paris sometida al rey Enrique IV. Declaracion de guerra á España: combate de Fontaine Française. Sorpresa y reconquista de Amiens. Paz de Vervins: edicto de Nantes: fin de la liga. Guerra con Saboya. Paz con Saboya. Proceso y suplicio del mariscal de Biron. Conjuracion del conde de Entragues. Sitio de Sedan. Mediacion de Francia entre la santa Sede y la república de Venecia. Tregua de 12 años entre Holanda y España: espedicion de los maluinos contra Túnez: el príncipe de Condé refugiado en Bruselas.

Enrique IV, *rey de Francia: combate de Arques* (1589). Las ilustre casa de Borbon se instaló en el trono de Francia con funestos auspicios. La liga, auxiliada por Roma y por España, dominaba en Paris: y Enrique en su

mismo egército apenas podia confiar sino en los calvinistas: pues aunque Givrí, uno de sus capitanes católicos, le decia: «sois el rey de los valientes, y solo os abandonarán los cobardes,» otros muchos de la misma religion salieron del egército, bien que ninguno se pasó á la liga. Gran parte de ellos pedian atrevidamente pensiones, tierras y estados, poniendo así en precio su fidelidad: desdicha comun en las guerras civiles. Sin embargo, Enrique IV presentó un valor invencible, una frente serena y el ascendiente de su genio y de sus virtudes á tan grandes tormentas, y fue reconocido por rey de Francia en todos los puntos donde no dominaba la liga, bajo la promesa que hizo de instruirse en los principios y fundamentos de la religion católica.

Disminuido su egército por la retirada de muchos señores, levantó el sitio de Paris, y marchó á Normandia, á reunirse con los socorros que le enviaba Isabel de Inglaterra. Mayenne le siguió con el egército de la liga, le sitió en Dieppe, antes de que recibiese aquel socorro y otros que esperaba de Champaña y Picardía, y dió muchos asaltos infructuosos á esta plaza. El mas célebre fue el de 21 de setiembre, dado cerca de Arques. Llegaron sus tropas hasta apoderarse de un atrincheramiento: pero fueron rechazadas con gran mortandad. Enrique, arrebatado por su ardor belicoso, se halló cogido entre dos batallones de caballería enemiga; pero Chatillon, hijo

mayor del almirante Coligny, los acometió al frente de un cuerpo escogido de la misma arma, y libertó al rey. Despues de la victoria escribió Enrique á su amigo Crillon esta carta, famosa en la historia: «Ahórcate, valiente Crillon: porque hemos peleado en Arques y tú no estabas aquí. A Dios, valiente Crillon: te amo á diestro y á siniestro.»

Mayenne se retiró. Enrique, habiéndosele reunido los socorros que esperaba, se presentó segunda vez á las puertas de Paris, entró en los arrabales, y los saqueó, y despues pasó á Tours donde instaló su parlamento, en el cual entraron algunos del de la capital, escapados de la prision en que los tenia el consejo de la liga; y recibió los embajadores de la república de Venecia, primer potencia católica que le reconoció por rey.

Batalla de Ivry: segundo sitio de Paris (1590). Los ánimos de la faccion de la liga estaban agitados en diferentes sentidos. El duque de Mayenne era gran capitan, buen caballero y nacido para ser escelente vasallo en una monarquía. Amaba su patria, carecia de ambicion, y solamente las circunstancias y la creida obligacion de vengar á su hermano le habian hecho gefe de partido. Desde la muerte de Enrique III todas las órdenes de la liga se daban en nombre de Cárlos X; el cardenal de Borbon, preso desde los estados de Blois en poder, primero de Enrique III y despues de su sobrino Enrique IV; pero este fantasma des-

apareció, y hubo en Paris grandes divisiones sobre quién se le habia de substituir.

El duque de Mayenne opinaba por un príncipe de su familia: el partido español, muy poderoso por los socorros en hombres y dinero que los parisienses habian recibido y esperaban recibir todavía de Felipe II, por Isabel Clara Eugenia, hija de este rey y de Isabel de la Paz, hija de Enrique II de Francia. Esta opinion era apoyada por el consejo de los diez y seis. Otros querian á los hijos del duque de Lorena. En general, la nobleza de la liga queria un rey frances, y habia muchos que no se negaban á admitir á Enrique IV, con tal que volviese al gremio de la Iglesia.

El duque de Mayenne debilitó el partido español, disolviendo el consejo general de la liga en que dominaba, y creando otro menos numeroso y compuesto de sus amigos. Nada se resolvió en cuanto á nombrar nuevo rey; y la atencion de los que gobernaban en Paris, se dirigió á reunir en un solo cuerpo todos los enemigos de Enrique IV, dejando para despues de la victoria el gran negocio de la sucesion.

Entretanto se preparaba el rey para entrar en campaña. La de 1590 fue una de las mas célebres de esta guerra por la batalla de Ivry, el sitio de Paris por Enrique IV y la espedicion del egército español, mandado por el célebre Alejandro Farnesio, duque de Parma, para hacérselo levantar.

Ivry es una aldea situada en una estendida llanura á poca distancia de Dreux y no lejos del campo de batalla en que por la vez primera pelearon los católicos y los calvinistas. Allí se encontraron el egército de Enrique IV mandado por el rey en persona, y el de la liga, á las órdenes del duque de Mayenne, el 13 de marzo; y se prepararon para dar la batalla al dia siguiente. Enrique dió instrucciones á sus capitanes; y como le representasen que en ninguna de ellas estaba previsto el caso de la retirada, les respondió el héroe: «nos retiraremos al campo de batalla.» Al dar la señal de acometer, dijo á los suyos: «si no veis las banderas, seguid el penacho blanco de mi yelmo: siempre le encontrareis en el camino del honor.» Algunos dias antes le habia pedido Teodoro de Schomberg, comandante de los alemanes auxiliares, algun dinero para su tropa, y Enrique le dijo con algun enojo: «ningun hombre de valor pide dinero la víspera de una batalla.» Recordando esta injuria en el momento de entrar en combate, le dijo el rey: «si muero, no quiero llevarme conmigo al otro mundo el honor de un caballero tan valiente como vos. Os pido que me perdoneis, y seamos amigos.» El aleman respondió: «el otro dia me lastimó V. M., y hoy me mata: porque el honor que me hace, me obliga á perecer en su servicio.» Schomberg cumplió su palabra.

Empeñada la accion, el rey segun su costum-

bre, se arrojó al centro de los escuadrones enemigos. Hubo un instante en que los suyos cejaron: Enrique les gritó: «volved, si no para lidiar, á lo menos para verme morir.» El mariscal de Biron, uno de los mas grandes soldados de su tiempo, que mandaba la reserva de Enrique IV, acudia con su tropa á todas partes y daba calor á los que desmayaban. Al fin, la victoria se declaró por los del rey. El de Mayenne huyó, y rompió el puente de Ivry para evitar que el enemigo le persiguiese: lo que fue la ruina total de su egército, que no pudiendo seguir á su general, cayó casi todo en poder de las tropas del rey.

Enrique, resuelto á aprovecharse de su victoria, puso sitio á Paris, y lo estrechó de modo que el hambre sacrificó mas víctimas que la espada enemiga. Pero el fanatismo del pueblo ahogó los gritos de la necesidad y aun de la misma naturaleza; pues se vió á una madre alimentarse de la carne de un hijo suyo, y perecer de dolor sobre los restos de aquel horrendo banquete. Los interesados de la causa de la liga escitaban el entusiasmo del pueblo por medio de sermones, procesiones, y sobre todo persiguiendo de muerte al que se atreviese á hablar de paz ó de rendicion. Toda la esperanza de los parisienses estaba fundada en la llegada del egército español. Alejandro Farnesio, su comandante, recibió órdenes de acudir al socorro de Paris. Pusose en marcha, y llegó á tiempo todavía de arrancar su presa á Enri-

que IV. Apoderóse de Lagny á viva fuerza á vista del rey que no tenia fuerzas para impedirlo, y empezaron á entrar por el Sena víveres en la capital.

Enrique IV, despues de un ataque infructuoso contra los muros de la ciudad, se retiró y puso sus tropas en cuarteles de invierno. Cuéntase que cuando llegó el duque de Parma á las cercanías de Paris, le propuso por medio de un enviado pelear de poder á poder en batalla campal. «No he venido desde tan lejos, respondió el gran general, para seguir los consejos de un enemigo.»

El duque de Parma se apoderó de Corbeil, plaza cercana á Paris, y quiso dejar en ella guarnicion española: mas el duque de Mayenne se opuso á ello. Este incidente reveló á todos la poca armonía que reinaba entre el gefe de la liga y su poderoso auxiliar. El partido español, dueño del consejo de los diez y seis, cuya influencia era grande en el pueblo de Paris, solicitaba la corona para la infanta Isabel Clara, y no cesaba de instar porque se reuniesen en la capital los estados del reino para que la declarasen reina. Al contrario, Mayenne solicitaba que se conservase el estado presente de las cosas, esperando que algun acontecimiento feliz le colocase en el trono, ó al menos, á algun príncipe de la casa de Lorena.

La faccion de los diez y seis se dió muerte á sí misma por el atentado inaudito que co-

metió. Brisson, presidente del parlamento de Paris, y los consejeros del mismo parlamento Tardif y Larcher, ademas de ser contrarios á los furores anárquicos de aquella faccion, no disimulaban que miraban como una obligacion reconocer á Enrique IV por rey, apenas hubiese abrazado la religion católica. Esta era la opinion de todos los hombres de juicio, aun en el vulgo, cansado ya de tantas calamidades é infortunios.

Bussy le Clerc, gobernador de la Bastilla, y uno de los gefes mas ardientes de la liga, resolvió matar á aquellos tres magistrados respetables, y lo logró del modo siguiente: en el consejo de la union (estaba entonces ausente el duque de Mayenne en Soissons, esperando para la campaña venidera al duque de Parma que se habia vuelto á Flandes) recogió firmas en blanco de sus individuos, diciendo que eran para una memoria, no redactada todavía, que debia presentarse á la Sorbona: y en lugar de la memoria supuesta, escribió la sentencia de muerte de los tres. Sus satélites la cumplieron llevándolos al Chatelet, y ahorcándolos de una escala de madera. Despues sacaron los cadáveres á la plaza de Greve para conmover al pueblo á cometer otros asesinatos, y aun apoderarse de la autoridad. Pero los habitantes de Paris, horrorizados de aquella inhumanidad, se retiraron á sus casas. Viéndose los malvados sin apoyo, se ocultaron: Bussy se hizo fuerte en la Bastilla, encer-

rando en ella á la madre y á la hermana del gefe de la liga para que le sirviesen de rehenes.

Apenas supo el duque tan atroces atentados, deja el mando de las tropas á su sobrino Cárlos, duque de Guisa, que acababa de escaparse de la prision donde habia estado desde el asesinato de su padre Enrique; pasa á la capital, arma los vecinos, acomete á la Bastilla, que Bussy le rinde bajo la condicion de que no será perseguido por la muerte de los tres magistrados; envia al suplicio á los mas cómplices, y acaba con la faccion de los diez y seis. Desde entonces no hubo en la liga partido que el de los que se llamaban *políticos*; es decir, que no tenian por objeto el triunfo de la religion, sino el aumento de sus intereses y dignidades, y solo aspiraban á restablecer el antiguo poderío de la nobleza y á dictar leyes al trono. De los españoles se afectaba no hacer caso sino por la necesidad que de ellos se tenia.

Campaña del duque de Parma en Normandía (1592). Pronto llegó el caso de llamar segunda vez de Flandes al duque de Parma. La campaña anterior habia sido insignificante, y solo hubo en ella dos facciones de consideracion, ambas infructuosas: una del duque de Mayenne contra san Dionis, que estaba por el rey, y otra de Enrique IV contra Paris. Viendo este príncipe que no tenia fuerzas suficientes para reducir la capital, pasó á

Normandía con el intento de conquistar á Ruan, una de las plazas mas fuertes que entonces tenia la liga.

Ruan sufrió en este sitio gran parte de los males que cayeron sobre Paris en el de 1590. Mayenne se acogió al mismo refugio que entónces, al duque de Parma: pero este insistia en la convocacion de los estados de Paris y en la exaltacion de la infanta. Mayenne nada negó, pero tampoco se comprometió á nada: y Farnesio, convencido de la necesidad de socorrer á Ruan, se puso en marcha para Normandía.

El rey salió á recibirle con un cuerpo de 900 hombres de caballería, á las fronteras de la provincia: pero conociendo la superioridad de la caballería enemiga, contra la cual no podia intentar ningun combate, se quedó solo con 100 hombres para adquirir la gloria de la intrepidez, ya que le era imposible la del triunfo. Apostóse en la colina de Aumale, dejando á los arcabuceros, mandados por Lavardin, en un valle cercano á esta villa, para defender sus avenidas. El de Parma, viendo tan poca gente, temió una emboscada, y peleó con tanta circunspeccion, que el rey pudo retirarse á la plaza, á pesar de que Lavardin cometió la imprudencia de abandonar el puesto que protegia la retirada para buscar otro mas cubierto, de modo que Enrique estuvo á pique de caer en manos de los españoles, y perdió mucha gente. A pesar de esto, peleó

con suma intrepidez y se retiró á Aumale, siendo el último de los suyos que pasó el puente.

Como echasen en cara al duque de Parma haber perdido tan gran ocasion, respondió: «si se ofreciera, volveria á hacer lo mismo. Yo creia pelear contra un general, y no contra un carabinero.» Cuando Enrique supo esto, dijo: «es lícito al duque de Parma ser prudente: pero á mí no: porque tengo que conquistar mi corona.»

El rey se volvió al sitio de Ruan, y Farnesio llegó al Sena con una marcha rápida, que apenas dió tiempo al enemigo para otra cosa que para reunir sus tropas, y acamparse enfrente del egército español, con tan buenos atrincheramientos, que el de Parma, no teniendo por prudente acometerle, levantó su campo y se puso sobre Caudebec, villa que estaba por Enrique. En un reconocimiento de la plaza fue herido, al mismo tiempo que el de Mayenne, que le acompañaba con un cuerpo de tropas de la liga, estaba gravemente enfermo. Esta circunstancia, la llegada de muchos refuerzos al egército del rey, señaladamente de un cuerpo numeroso de alemanes que le trajo el vizconde de Turena, pusieron á Enrique en estado de estrechar al sitiador de Caudebec entre el Sena, el mar, y sus cuarteles. Escasearon los víveres en el egército español: faltaron enteramente los forrages para la caballería, y no habia mas agua que la del rio, salobre y mal sana por

estar allí mezclada con la del mar vecino. Enrique estaba muy confiado de que el egército del de Parma capitularia dentro de poco.

Pero una mañana se halló sin enemigos en frente de sus cuarteles. Alejandro habia pasado á la orilla meridional del Sena durante la noche anterior todas sus tropas en unos pontones que le habian enviado desde Ruan con todo secreto y presteza, dejando solo en la septentrional á su hijo Ranucio con un pequeño cuerpo para hacer diversion al enemigo. Ranucio acometió de improviso, se abrió paso y llegó hasta Ruan. Enrique, engañado en sus esperanzas, voló con su caballería á la frontera de Picardía y Champaña, por si pudiese cortar la retirada al de Parma, que habiendo pasado el Sena por Saint-Cloud, se dirigia á Flandes: mas la vista de la infantería española que era entonces la mejor conocida, le quitó toda esperanza de hacer daño al enemigo, y esclamó: «si yo fuese dueño de esta infantería, conquistaria toda la Europa.»

Estados de Paris: conversion del rey: tregua de tres meses (1593). En fin, á pesar de las dificultades y dilaciones afectadas del duque de Mayenne, los estados de la liga fueron convocados en Paris. Enrique IV declaró reos de lesa magestad á los que concurriesen á ellos: mas no prohibió á los católicos de su partido que tuviesen conferencias con los de la liga; porque ya el fanatismo de esta habia disminuido en gran manera, y si la guerra se

prolongaba, era mas bien por el deseo que tenian los gefes y caudillos de sacar las mayores ventajas posibles en la pacificacion, que por otra cosa. Enrique IV siguió en las negociaciones que tuvo con los caudillos de los ligados el prudente consejo de su amigo y ministro Sully, y era no permitir negociacion ninguna general, ó en la cual entrasen muchos, sino hacer transacciones particulares. « Si estan reunidos los enemigos, creerán que pueden daros la ley: si separados, mirará cada uno como un beneficio la concesion que le hagais.»

El edicto de convocacion, y la mayor parte de los discursos que se pronunciaron en los estados, indicaban que el objeto de estos era terminar los males de la Francia con la eleccion de un rey católico: pero Mayenne en su edicto habia dado á entender que reconoceria á Enrique de Borbon en el caso de que abjurase el calvinismo: cuando el partido español sostenia que habiendo sido herege relapso, si bien podia esperar la absolucion convirtiéndose, tenia perdidos todos los derechos á la corona.

Reunidos los estados, el duque de Feria, embajador del rey de España, pidió la corona para la infanta, pero dando á entender que casaria con Ernesto, archiduque de Austria, lo que era poner en manos de esta augusta y poderosa familia el reino de Francia, y casi todo el occidente europeo. Habiendo desagra-

dado esta propuesta, dijo que la infanta casaria con un príncipe de la casa de Lorena, el que designase el rey de España, y mas adelante nombró al duque de Guisa. Prometió un egército, mucho dinero, y cuanto era necesario para sostener la eleccion de la infanta.

Ninguna de estas proposiciones fue aceptada, y los estados se disolvieron sin haber resuelto nada en la materia para que se habian convocado. Las razones de esta inutilidad de la asamblea fueron muchas, y todas favorables á Enrique IV. La primera fue una conferencia que tuvieron primero en Surena y despues en la Villette, varios señores y prelados católicos del partido del rey y del de la liga, no solo con anuencia de Enrique y del duque de Mayenne, sino tambien con gusto general del pueblo de Paris, que anhelaba por la paz, mucho mas despues que Dreux cayó en poder de las tropas del rey, y la conduccion de víveres á la capital era mas difícil. Esta conferencia se celebró casi al mismo tiempo que los estados, y sus decisiones fueron mas importantes y eficaces que las de esta asamblea.

2.ª El rey, movido por las frecuentes exhortaciones de los prelados y señores católicos de su partido por la seguridad que le dieron muchos de la liga de pasarse á él apenas abjurase el calvinismo, en fin, por los consejos de los mismos hugonotes, entre ellos el duque de Sully, y por la declaracion del sínodo de

ministros calvinistas, de que *podia salvarse en la religion romana*, determinó instruirse en sus dogmas y en su doctrina, hizo la abjuracion de la reforma á las puertas de la abadía de san Dionis, y fue admitido á los sagrados misterios en dicha iglesia por el arzobispo de Bourges. Al mismo tiempo envió á Roma una embajada para recibir la absolucion del sumo Pontífice: y aunque fue mal recibida, por el influjo que tenia en aquella corte el rey de España, nadie dudaba de que la santa sede accederia á los ruegos de Enrique, como en efecto sucedió. La abjuracion del rey causó una alegria universal en Paris y en todo el reino: y solo los ambiciosos y los fanáticos de la liga persistieron en su obstinacion.

3.ª El rey propuso una tregua de tres meses, que despues se prolongó otros tres, y fue aceptada, porque los españoles no querian llamar sus egércitos, mientras no se decidiese el negocio de la eleccion. En este tiempo habia libre comunicacion entre los parientes y amigos de ambos partidos; y todos deseaban que la paz y buena armonía, de que entonces gozaban despues de tantas calamidades, fuese perpétua.

4.ª El duque de Mayenne aborrecia á los españoles por el favor que daban á la faccion mas exaltada y fanática de la liga, por el orgullo con que le trataban á él, por la preferencia que habian dado al de Guisa, y en fin porque hallándose en una posicion contraria

á su carácter, deseaba interiormente reconciliarse con Enrique IV, y solo para sacar mejor partido de este príncipe, continuaba la guerra.

5.ª En fin, el parlamento de Paris, oprimido antes y mutilado por los furores de los diez y seis, viendo las disposiciones del pueblo, y seguro de la connivencia de Mayenne, hizo una declaracion, en la cual proclamó la ley sálica como fundamental del reino y vigente. Este paso, atrevido, pero apoyado por el aplauso de los parisienses, puso fin á las pretensiones de los españoles, y á las sesiones de los estados, que se cerraron entonces, y abrió el camino á Enrique IV para la posesion tranquila del trono.

Paris sometida al rey Enrique IV (1594). Al principio de este año envió la liga una embajada á Roma, para destruir el efecto de la de Enrique IV. Precedióla un agente del duque de Mayenne, llamado Montorio, que segun escribia el arzobispo de Leon, *llevaba vientos para forjar nuevas tempestades*. Esta embajada fue inutil. El sumo Pontífice respondió que ante todas cosas era menester contar con España, y que él no podia socorrer á la liga con tropas ni dineros, porque la guerra que hacia en Hungria contra el turco, tenia exhausto su erario.

España, perdidas las esperanzas de colocar á Isabel Clara Eugenia en el trono de Francia, no auxiliaba ya la liga, sino como un

medio de sostener la guerra civil y de suscitar obstáculos á Enrique IV. Este monarca adelantaba cada dia mas en la vasta empresa de pacificar su reino. Las ciudades de Meaux, Leon, Orleans, Aix, y casi toda la provincia de Picardía se le sometieron. No pudiendo hacer la ceremonia de su consagracion en Reims, ocupada por el duque de Lorena, se consagró en Chartres el 27 de febrero, y se volvió á san Dionis, donde tenia su cuartel general.

La tregua habia espirado: pero aunque se estaba en guerra, no habia operaciones militares: tan grande era la alteracion que se habia hecho en los ánimos, y el deseo y la conviccion que todos tenian de la proximidad de la paz. El parlamento se inclinaba á ella y la aconsejaba públicamente; y el conde de Belin, gobernador de Paris por la liga, no disimulaba su opinion de reconciliarse con el rey. Esta disposicion general de los ánimos obligó al duque de Mayenne, que habia prometido no reconocer al rey hasta que fuese absuelto en Roma, á mudar el gobierno de la capital. Destituyó á Belin, y dió su destino al mariscal de Cossé Brissac, autor de las famosas barricadas: puso segunda vez en actividad el consejo de los diez y seis, y el partido anárquico, que él mismo habia destruido dos años antes: pero ya el pueblo no hacia caso de los sermones furibundos, ni de las procesiones; y el parlamento hizo al duque, como lugarteniente

te general del reino, serias observaciones sobre la renovacion de estos desórdenes.

Mayenne tenia que hacer un viage á Champaña para recibir el cuerpo de tropas alemanas al sueldo de España que venia en socorro de la liga, y creyó que la capital quedaba muy segura bajo el mando de Cossé Brissac. Pero este mariscal no era ya el mismo hombre que cuando hizo las barricadas. Trató secretamente con el rey entregarle la plaza, á condicion de que hubiese amnistía general: que Paris conservase sus privilegios, y los empleados actuales sus destinos prestando juramento al rey: Cossé pedia ademas para sí 200.000 escudos y una pension de 20.000 francos. Enrique IV lo prometió todo.

A las 4 de la mañana del 22 de marzo se presentaron junto á las murallas de Paris las tropas del rey, que habian salido de Senlis: se da la señal convenida: Brissac abre las barreras, los soldados entran en la capital con maravilloso silencio, pero en órden de batalla, y se apoderan de todos los puestos sin resistencia, escepto en uno, defendido por un piquete de españoles de la guarnicion, que tomaron las armas y fueron todos muertos. Salieron á recibir al rey el preboste de los mercaderes y el mariscal de Cossé Brissac, que le entregaron las llaves de Paris. Enrique hizo su entrada rodeado de la nobleza de la capital, para que no se creyese que la habia tomado por fuerza de armas, pasó á la iglesia mayor á dar gra-

cias, y despues á su palacio. Desde medio dia se abrieron las tiendas, y el aspecto de Paris fue tan pacífico como si no hubiera habido guerra. Enrique gustaba de mostrarse al pueblo, y á los guardias que querian separar la gente, decia: *dejadlos: tienen hambre de ver un rey*. Las tropas españolas salieron el mismo dia con los honores de la guerra, como tambien el duque de Feria y la embajada de España. Enrique, al verlos pasar, les dijo: «memorias al rey vuestro amo: pero no volvais aqui.»

En esta ocasion se le dió el título de *Grande*, bien merecido por la magnanimidad con que perdonó no solo á los que se sometian, sino tambien á los que se mostraban aun enemigos suyos. Persuadieronle que los persiguiese, y él respondió: dejadlos: *todavia estan enfadados*. Solo se arrojaron de Paris los cómplices de un tal Barrere, que el año anterior habia conspirado contra la vida del rey; pero que fue descubierto y castigado con el último suplicio.

Aunque Enrique IV habia conseguido, á fuerza de valor y perseverancia, triunfar de todos sus enemigos, sin embargo su situacion no dejaba de ser peligrosa. Los calvinistas miraban con envidia á los católicos, que se reconciliaban con el rey, y que recibian de su mano los beneficios que habian estipulado como precio de la reconciliacion. Los grandes no renunciaban al proyecto de hacerse hasta cierto punto independientes de la autoridad real:

el duque de Mercœur, príncipe de la casa de Lorena, en Bretaña, el de Aumale en Picardía, el de Epernon en Guiena se mostraban todavia rebeldes, y la autoridad de Enrique en estas provincias era casi nula. En fin, los gérmenes de fanatismo, sembrados en el tiempo de la liga, continuaban produciendo sus frutos, como se vió en el atentado de Juan Chatel contra la persona del rey.

Ya Enrique se habia apoderado de Laon, plaza que no pudo socorrer un cuerpo de españoles llamado por Mayenne: Amiens, Chateau-Thierri, Beauvais y Cambray se habian sometido á su poder: ya los duques de Guisa y de Epernon se habian reconciliado con él, entregándole á Reims, y las plazas principales del mediodia; ya en fin parecia afirmada su dominacion, cuando Chatel, habiendo podido introducirse hasta su aposento, le dió una puñalada, dirigida á la garganta, pero que le dió en la boca, sin mas daño que romperle un diente y hacerle una pequeña herida, porque Enrique se bajaba al mismo tiempo para abrazar á un caballero á quien daba audiencia. Este atentado fue cometido el 27 de diciembre. Juan Chatel espiró en suplicios largos y dolorosos sin haber nombrado á ninguno de sus cómplices é instigadores. Supose de él, que era un estudiante, libertino por temperamento y fanático por principios, que habia creido satisfacer sus pecados con la buena obra de matar á un tirano, enemigo de Dios y

de la Iglesia: porque esta fue la calificacion que dió á Enrique IV en todas sus declaraciones.

Recayeron sospechas sobre los jesuitas que habian sido sus maestros. Se arrestó á los de Paris, y se encontraron en poder de ellos varios escritos sediciosos. Esto y otras acusaciones graves condujeron al suplicio al padre Juan Guignard, é hicieron espeler de Francia á los demas jesuitas. La parte activa que habian tomado en los negocios de la liga, y el odio del parlamento á la compañía por la divergencia de opiniones acerca de los límites entre la autoridad temporal y espiritual: procurando los parlamentos disminuir el influjo de la corte de Roma en la cristiandad, y los jesuitas estenderlo, fueron los principales motivos de su espulsion.

Declaracion de guerra á España: combate de Fontaine Françoise (1595). Enrique IV declaró guerra á España, para dar á entender que Felipe II, continuando las hostilidades contra él, se declaraba enemigo, no de un hombre ó de un partido, sino de toda Francia. Los españoles daban auxilios para pelear contra las tropas del rey al duque de Mercœur en Bretaña, al de Aumale en Picardía, y al de Mayenne en Borgoña: pero la guerra se reducia en estos paises á pequeños combates, escaramuzas y sorpresas.

Ultimamente determinó España enviar un egército al Franco Condado bajo las órdenes

del condestable de Castilla para sostener al duque de Mayenne, arrojado de Borgoña por el nuevo mariscal de Biron, guerrero intrépido y hábil, amigo de Enrique que le amaba mucho, é hijo del mariscal del mismo nombre: pero que reunia á estas prendas brillantes la mas insufrible vanidad, una ambicion desmesurada, y en fin la violencia y tenacidad de carácter que algunos años despues ocasionó su ruina.

El rey determinó salir en persona á reforzar el egército de Biron, que no era suficiente contra el grande poder que le amenazaba. El condestable de Castilla echó dos puentes sobre el Saona junto á Gray, avanzó hasta Luz, hizo descansar sus tropas, y á mediodia salió para Fontaine Françoise con una parte de ellas, mandando á las demas que le siguiesen y se reuniesen con él á las tres de la tarde. Biron se ofreció á salir á reconocer al enemigo con 300 caballos: encuentra á los mil pasos una avanzada española y la ahuyenta: pero algunos minutos despues descubrió todo el egército enemigo en órden de batalla. Un cuerpo de 400 caballos españoles que perseguia á una partida francesa, venia hácia él como con intencion de atacarle: pero al llegar se dividió en dos partes como para observar sus espaldas. Biron dividió su caballería en tres pelotones: dos para que se opusiesen á los del enemigo, y le impidiesen observar si los franceses estaban ó no sostenidos, y el tercero pa-

ra acudir donde lo exigiese la necesidad.

Los españoles reforzados por 900 caballos, que se dividieron como los primeros, atacaron al mariscal por todas partes. Biron hizo frente con sus 300 hombres peleando valerosamente, hasta que habiendo recibido un sablazo en la cabeza y una lanzada en el bajo vientre, hubo de retirarse con algun desórden; y su perdicion era cierta, si el rey no hubiese acudido en su socorro con otros 300 caballos que tenia, á los cuales dijo: «seguidme, y haced lo que viereis que yo hago.» Acometió con furia, y el combate fue terrible. Biron cubierto de la sangre que le salia de la herida de la cabeza, reunió 120 de los suyos, volvió al campo de batalla, y echó de él á los enemigos. El rey no quiso pasar adelante temiendo las mangas de arcabuceros españoles que estaban apostados en los vallados del camino. En esto llegaron ochocientos caballos en socorro del rey; y el condestable, cuyo objeto principal era defender el Franco Condado, no quiso arriesgar una batalla, á pesar de las instancias que le hizo el duque de Mayenne, y á la mañana siguiente se retiró al otro lado del Saona.

Este fue el éxito de la jornada de Fontaine Françoise, en que Enrique IV manifestó su valor personal mas que en ninguna accion. «En los demas combates, solia decir, he peleado por la gloria: en este por defender mi vida.» Mas su cuidado no se limitaba á sí solo.

Habiendo visto que un soldado enemigo iba á atravesar con la espada á uno de los suyos, le gritó: «*Guárdate La-Curée*» (porque así se llamaba). La-Curée, advertido por el rey, vió el peligro, y se libró de él derribando á su contrario. Así es que todos, generales, capitanes y soldados adoraban á Enrique.

Poco despues firmaron los españoles un trato de neutralidad con respecto al Franco Condado solamente, y el condestable se volvió á Italia. El duque de Mayenne casi sin influencia en el partido de la liga, y abandonado de los españoles, entró en negociacion con Enrique: pidió que no se le obligase á reconocer al rey hasta la absolucion de Roma, y se le concedió vivir hasta entonces retirado en Chalons del Saona con promesa de no inquietarle.

En fin, el 17 de setiembre se concluyó la gran negociacion de absolver á Enrique IV, que no se habia retardado tanto, sino por el temor que se tenia en Roma á la corte de España. Pero el papa Clemente VIII, que amaba la religion, y que no queria que se perdiese el reino de Francia para el catolicismo, como se habia perdido el de Inglaterra, convenció á Felipe II de la necesidad de reconciliar con Roma á Enrique IV, y de darle la absolucion que pedia y que habia merecido. D'Ossat y Du-Perron representaron en esta ceremonia al monarca frances, prometieron observar las condiciones de la absolucion, reducidas á obras y prácticas de piedad, y recibie-

ron de manos del Pontífice, como penitentes públicos, ligeros golpes dados con una varilla.

El duque de Mayenne, que deseaba ardientemente reconciliarse con el rey, se aprovechó de la absolucion de Roma como de un motivo que le quitaba todo pretesto para no obedecerle. Pero habia dos dificultades que vencer: una era, la inculpacion de complicidad en la muerte de Enrique III, que seguian contra Mayenne en el parlamento Luisa de Lorena y Diana de Francia, una viuda y otra hermana natural de aquel monarca. La segunda dificultad consistia en que Mayenne deseaba que todos los de la liga fuesen comprehendidos en su reconciliacion.

La bondad de Enrique IV, y la consideracion de que Mayenne podia causar todavia muchos males uniéndose á los enemigos de la patria, allanaron todos los obstáculos. En Folembrai donde el rey se hallaba á la sazon, promulgó un edicto, en el que declaraba que «los príncipes y princesas que habian hecho guerra contra él, no habian tenido parte en el asesinato de su antecesor; que los de la liga solo habian tomado las armas por causa de religion: que ni unos ni otros podrian ser perseguidos en justicia: en fin, que les concedia un término dentro del cual pudieran acogerse al beneficio del edicto. A Mayenne le dió tres plazas de seguridad, dos en Borgoña, y una en Champaña, con el privilegio de no ser permitido á los calvinistas predicar en ellas su religion.

El edicto de Folembrai encontró mucha oposicion en el parlamento, y no fue archivado, sino despues de repetidas órdenes del rey. Pero sus buenos efectos empezaron á sentirse inmediatamente; porque en el mismo año de 1596 recobró Enrique la ciudad y territorio de Tolosa, que estaba por la liga, y muchos señores de esta faccion se reconciliaron con él. Es verdad que fue preciso comprar la fidelidad de los mas de ellos; y los calvinistas se indignaban de ver á sus enemigos colmados de dignidades y pensiones, cuando ellos no podian recabar de Enrique que ampliase el edicto de Poitiers, que segun decian, no les era muy favorable. Aumentóse la animosidad de este partido, cuando vieron llegar á la corte á Alejandro de Médicis, legado del Papa, prelado lleno de moderacion, prudencia y dulzura, y que contribuyó eficazmente, no solo á terminar los furores fanáticos de la liga, sino tambien á reconciliar á los reyes de Francia y España.

Los españoles iban haciendo muchos progresos en la provincia de Picardia, donde llegaron hasta apoderarse de Cales: y aunque los ingleses y holandeses auxiliaron á Enrique con sus fuerzas navales, todo el peso de la guerra terrestre tenia que sostenerlo Francia, y su egército mal pagado por la penuria del erario, no podia luchar ventajosamente contra el español de los Paises-Bajos. Para aumentar las penas de Enrique IV, los calvinistas reunidos en Loudun

le pidieron un edicto mas amplio: el rey permitió que se redactase: pero entretanto se retiraron á sus provincias, y no le dieron socorro alguno para esta campaña. Atizaban el descontento de los hugonotes el duque de la Trimouille y el de Rohan, no por interes de las reformas, que era auxiliar á Enrique para acabar de someter la liga, en cuyo caso quedaria libre para conceder á los reformados los privilegios que quisiese, sino por su ambicion particular: porque esperaban, siendo gefes de los calvinistas, adquirir la preponderancia que tuvieron en otro tiempo el príncipe de Condé, Coligny y Enrique cuando solo era rey de Navarra: y á favor de esta superioridad, ó imponer al rey condiciones y exigirle mayores dignidades y empleos, ó bien organizar la reforma como una república federativa, de la cual serian ellos los primeros magistrados.

Todo lo sabia Enrique, todo lo observaba, y todo lo disimuló con la mayor prudencia: mas nunca olvidó esta desercion de sus antiguos compañeros de armas. Para no verse obligado á mendigar, por decirlo así, los socorros que le faltaban en ocasion tan urgente, convocó en Ruan los notables del reino, y pronunció ante ellos un discurso, que es histórico, porque pinta el alma sublime y candorosa de Enrique IV.

«Si yo procurase, les dijó, la gloria de buen orador, me presentaria con mas palabras adornadas que buenas intenciones: pero mi

ambicion se dirige á un objeto mas elevado que el de bien hablar, porque aspiro al glorioso título de libertador y restaurador de Francia. Ya, con el favor de Dios, con los consejos de mis fieles ministros, y las espadas de mi buena nobleza, que no distingo en mi estimacion de los príncipes, he sacado la patria de la esclavitud y de la ruina. Ahora solicito restituirle su antigua fuerza y esplendor. Participad, señores, de esta segunda gloria, como habeis participado de la primera. No os he llamado, como hacian mis predecesores, para que aprobeis mi voluntad, sino para seguir vuestros consejos, creerlos y seguirlos: en fin, para ponerme en tutela entre vuestras manos: idea que no suele ocurrir á los reyes victoriosos y ya canos.» En efecto, Enrique, á pesar de no tener mucha edad, llevaba ya las señales de la vejez. Encaneció desde jóven; y cuando le preguntaban la causa de ello, respondia: «el viento del infortunio ha soplado sobre mi cabeza.»

Sorpresa y reconquista de Amiens (1597). La asamblea de los notables de Ruan dió al rey muy pocos socorros, y ya por la imposibilidad de juntar fuerzas considerables, ya entretenido en los amores de Gabriela de Etrées, que tanto dieron que murmurar en esta época de su vida, se anticiparon los enemigos á ponerse en campaña. Hernan Tello Portocarrero, lugarteniente del archiduque Alberto, gobernador de los Paises-bajos, sorprendió la

plaza de Amiens, capital de Picardia, del modo siguiente. Habiendo ocultado en las cercanias el grueso de sus tropas, y un destacamento de caballería detras de una ermita, envió á la puerta próxima algunos españoles, disfrazados de aldeanos con sacos de nueces y una carreta de heno, como para vender estos géneros en la ciudad. La carreta se paró debajo del rastrillo, y el fingido carretero desunció, sin que nadie lo notase, las mulas y echaron á correr. Los españoles tomaron las armas que iban cubiertas con el heno, y acometieron á la guardia de la puerta: el rastrillo cayó; mas la carreta, construida de industria para este caso, lo detuvo y los agresores se hicieron dueños de aquella puerta, dieron entrada á los suyos, y así quedó en poder de los españoles la ciudad. Enrique IV habia pedido poco antes á los de Amiens dinero para pagar una guarnicion de tropa reglada que la defendiese: pero ellos reclamaron el privilegio que siempre habia tenido aquella plaza, de ser defendida por sus mismos habitantes.

Esta noticia llenó de consternacion á Paris, que creia ver ya los españoles á sus puertas. Enrique se aprovechó de esta ocasion para reclamar del parlamento lo que no habia podido conseguir de los notables. Pero fue necesaria su presencia, su autoridad y su bondad para que se archivase su edicto, aunque solo consistia en un empréstito voluntario, un ligero aumento en la gabela, algunas

creaciones de oficios, y la pesquisa de las malversaciones en hacienda. El parlamento alegaba la pobreza de la nacion. «La primera necesidad del estado, replicó el rey, es arrojar á los españoles de nuestro territorio. Os pareceis á esos locos de Amiens que me han negado 2.000 escudos que les pedí para defenderlos, y han perdido 100.000. Yo voy al egército á recibir algunos pistoletazos, y ya vereis lo que es haber perdido vuestro monarca.» En fin consiguió realizar hasta tres millones de escudos, y contento y confiado dijo: «bastante tiempo he hecho el papel de rey de Francia: voy á hacer el de rey de Navarra.» Monta á caballo y convoca su nobleza: y con las pocas tropas que pudo juntar en el primer momento, sitia y toma á Corbie, de que se habian apoderado los españoles. Entre tanto se reunió su egército y puso sitio á Amiens, que se defendió valerosamente: pero al fin hubo de rendirse, porque el archiduque Alberto, que acudió en su socorro, no se resolvió á arriesgar una batalla para salvar la plaza. En este sitio peleó como buen caballero en las filas de Enrique IV el célebre duque de Mayenne.

Pero los calvinistas no acudieron sino cuando ya estaba concluido el sitio; y eso solamente por no incurrir en la nota de abandonar á su rey en tan gran peligro. La toma de Amiens cambió el aspecto de los negocios: porque durante esta campaña se vieron los mi-

nistros españoles con los del rey, á los cuales conocian desde los tiempos de la liga, y empezaron las negociaciones. Enrique, viéndose al frente de un poderoso egército, activó la pacificacion interior del reino.

Paz de Vervins: edicto de Nantes: fin de la liga (1598). El rey acabó de someter toda la Francia, admitiendo á su obediencia al duque de Mercœur, que conservaba todavía en Bretaña el partido de la liga, y aquella provincia se pacificó. Una hija del duque casó con César, despues duque de Vendoma, é hijo de Enrique IV y de Gabriela de Etrées; y este casamiento fue un nuevo vínculo de reconciliacion entre el rey y la familia de Lorena, á la cual pertenecia Mercœur.

Poco despues se firmó en Vervins la paz entre Francia y España. Enrique tuvo firmeza bastante para no consentir que los españoles conservasen ninguna de las plazas que habian conquistado en Picardía: pero cedió á Felipe II el condado de Charolais, antiguo señorío de la casa de Borgoña, en calidad de feudo dependiente de la corona de Francia. Así se terminó la guerra funesta de la liga, que con el pretesto de religion, puso la independencia del reino y la soberanía del trono en el mayor peligro. Las virtudes heróicas de Enrique IV salvaron la nacion y la autoridad real; porque en sus transacciones con los señores poderosos, jamás quiso reconocer en ellos ningun derecho; y todos los beneficios que les concedió

fueron llamados *gracias*. Los ligados mas furibundos, ó que habian cometido crímenes espantosos, en los cuales no cabia ni olvido ni indulto, acabaron su vida refugiados en los paises estrangeros, y despreciados de los mismos, á cuya ambicion habian servido de instrumento.

Faltaba que arreglar el estado y condicion de los reformados para completar la grande obra de la pacificacion; y esto se logró por medio del célebre edicto de Nantes, redactado por cuatro jurisconsultos, que fueron Schomberg, Jeannin, Thou el historiador y Calignon. Hubo dificultades para archivarlo en el parlamento, y fue necesario que el rey llamase esta corporacion á su gabinete, y la convenciese en un discurso enérgico y severo, de la necesidad de terminar de una vez las disensiones religiosas. Este edicto se componia de 92 artículos, y de otros 56 secretos, que nunca fueron archivados. En él se confirman las disposiciones del edicto de Poitiers, y los convenios de Bergerac y de Fleix. Se concede á los calvinistas el egercicio público de su religion, pero solo en los lugares designados y en los que estuviese establecido, y sin quitar á los católicos el egercicio de la suya en los mismos pueblos; privilegio que no era recíproco para los hugonotes. Prescribióse tambien á estos someterse á la policía esterior de la Iglesia romana; no trabajar públicamente los dias de fiesta, pagar diezmos, y no turbar las ceremonias del

catolicismo con irreverencias. Al mismo tiempo se concedieron á los reformados todos los derechos civiles y políticos segun sus clases y condiciones: sus enfermos pobres debian ser admitidos en los hospitales como los católicos: se estableció en cada parlamento una sala llamada *del edicto*, cuyos jueces debian ser la mitad católicos y la mitad protestantes, para administrarles justicia. En fin, se señalaron sueldos á los ministros calvinistas, y se concedió á los reformados el derecho de tener asambleas generales, presididas por comisarios del rey, adonde enviasen sus diputados, y que podrian imponer contribuciones á los de su misma religion para las necesidades comunes de ella. El rey les concedió ademas algunas plazas de seguridad por ocho años, y prometió pagar anualmente 80.000 escudos para mantener las guarniciones.

Este año empezaron los proyectos criminales del mariscal de Biron, que ya habia tenido la imprudencia de corresponderse por cartas con los plenipotenciarios españoles de Vervins. Como el rey le queria y apreciaba mucho por su valor y pericia militar, le envió á Bruselas á presentar la ratificacion del tratado de Vervins; y seducido por los elogios que le prodigaron afectadamente el archiduque Alberto y los ministros españoles, arrebatado por su propio orgullo y temeridad, corrompido por las sugestiones de su favorito Lafin que estaba sobornado, y movido tam-

bien por desórden de su casa, que habia arruinado con su prodigalidad y la aficion al juego, empezó á elevar el ánimo á cosas mayores, y entabló inteligencias secretas con las cortes de Bruselas, Madrid y Saboya: inteligencias que habian de redundar necesariamente en deservicio de su rey y de su patria.

Los ministros españoles le prometieron darle una soberanía independiente en las cercanías del Pirineo, con tal que favoreciese los intereses de Felipe II. Lleno de estas ideas ambiciosas volvió de Bruselas á Paris, se puso al frente de los descontentos de la corte, que eran muchos, y fue poco á poco perdiendo el amor y la confianza del rey.

La causa de los movimientos y pretensiones de los cortesanos era la situacion doméstica de Enrique IV. Este príncipe habia domado con su valor y prudencia al calvinismo y á la liga, como tambien á los grandes y nobles del reino, que habian aspirado por medio de las disensiones religiosas á la independencia feudal: pero no tenia hijos legítimos: estaba separado de su muger Margarita de Valois, cuya conducta indecente hacia imposible la reconciliacion, bien que el rey no cesaba de dar el egemplo de infidelidad conyugal. De sus amores con Gabriela de Etrées tenia hijos que se criaban con pompa verdaderamente real, y esta dama aspiraba nada menos que á poseer el trono, casando con Enrique despues

del divorcio de Margarita, que todos miraban como una medida necesaria para el bien del rey y la tranquilidad del reino. Los cortesanos se aprovechaban de estas circunstancias para dividirse en partidos; y la muerte de Enrique en aquella ocasion hubiera vuelto á abrir el abismo de las guerras civiles.

Enrique amaba mucho á Gabriela, y esta pasion no era toda sensualidad, á pesar de ser muy propenso á este vicio, como confesó en otras ocasiones: pues solia decir al duque de Sully, su ministro y confidente, que muchas veces la llamaba solo como á una amiga en quien depositar sus secretos, y que le consolaba en sus cuidados y penalidades. Sin embargo, nunca consintió que Gabriela triunfase de Sully. Como este hombre, á quien la historia presenta justamente como egemplo de buenos ministros, no queria satisfacer algunas sumas gastadas por Gabriela, y que se le presentaban como deuda del estado, la dama, que deseaba quitar para sus miras el estorbo de un ministro tan económico, prudente y severo, se indispuso con él. El bondadoso Enrique quiso hacer las paces, como en otras ocasiones, y llevó á Sully al aposento de Gabriela. Pero ella no cedió: antes dijo al rey, que «mas queria morir que pasar por la vergüenza de ver preferido un servidor á ella que era la dama.» Enrique se indignó entonces y le dijo: «sabed que perderé diez damas como vos antes que un servidor como él;» y la volvió la

espalda para salir. Gabriela se echó á sus pies, y obtuvo fácilmente su perdon.

Enrique se inclinaba á recibirla por esposa: pero Sully le apartó de esta determinacion, haciéndole ver que los hijos que tenia de Gabriela, no podian ser legitimados, por ser frutos de un doble adulterio, pues el divorcio de esta dama y de su marido se habia verificado poco antes; y que así no podrian suceder en la corona sino los hijos que tuviese de ella despues de su matrimonio: lo que espondria á ellos y al estado á las pretensiones ambiciosas de sus hermanos mayores.

Poco despues falleció Gabriela: Enrique la lloró como amante, la olvidó como monarca y se enamoró de Enriqueta de Entragues, muger artificiosa que supo irritar con desvios su sensualidad hasta hacer que le firmase una promesa de casamiento. Cuando el rey mostró este papel á Sully, este ministro fiel lo hizo pedazos. «¿Estais loco?» le preguntó el rey. «Si señor, respondió su amigo, y ojalá que lo estuviese yo solo.» A pesar de este diálogo, Enrique conservó á su ministro, y entregó otro papel á Enriqueta, poniéndole por condicion que dentro de un año habia de darle un hijo varon.

A fines de este año vino á la corte de Paris Cárlos Manuel, duque de Saboya, con el objeto de transigir sus desavenencias. Habiase apoderado, segun dijimos, del marquesado de Saluces durante las guerras civiles de Fran-

cia, y Enrique IV reclamaba aquel territorio, herencia de los reyes sus antecesores. España no queria que los franceses volviesen á poner el pie en Italia: pero tampoco podia dar la cara apoyando á Cárlos en una usurpacion manifiesta; y se decidió que este negocio seria objeto de una transaccion y no de una guerra.

El de Saboya, apenas se vió en Paris, empezó á intrigar con los duques de Biron, Epernon, Latrimouille, Rohan y otros descontentos: pero en ninguno encontró decision ni energía, sino en el mariscal, á quien ganó enteramente ofreciéndole la mano de una de sus hijas, é indispuso contra el rey, calumniando á este monarca bondadoso, y atribuyéndole espresiones, que no habia dicho, contra Biron. A esta intriga se juntó la que seguia Lafin entre el mariscal y el conde de Fuentes, gobernador de Milan: de modo que Biron, creyéndose dueño de las fuerzas de España y Saboya, no puso freno ni coto á sus ilusiones ambiciosas.

Guerra con Saboya (1600). Entretanto continuaba la negociacion entre Cárlos Manuel y los ministros del rey. Sully declaró al duque que no habia medio entre restituir á la Francia el estado de Saluces, ó ceder por indemnizacion equivalente el territorio de Bresse, perteneciente á Saboya, el vicariato de Barcelonneta, y los valles del Stura, de Perouse y de Pignerol. El duque se valió diestramente de la opcion que se le concedia para pedir un tér-

mino de 18 meses. Sully no queria darle ninguno, y Enrique le concedió tres. Cárlos volvió á Saboya, habiendo antes hecho el siguiente tratado, aprobado por el de Fuentes, con el mariscal: Biron tendria la soberania de Borgoña y casaria con una hija del de Saboya, á condicion de que si Cárlos Manuel declaraba guerra á Francia, el mariscal sublevaria los descontentos del reino, se pondria á su frente y haria la guerra á Enrique IV.

El de Saboya dejó pasar los tres meses del término concedido, y el rey exigió que cumpliese sù palabra. Cárlos pidió un nuevo término, y no se le concedió. Entónces se quitó la máscara y declaró que no restituiria á Saluces; y que si el rey emprendia quitárselo á la fuerza, tendria ocupacion para 40 años. Pero Sully, que conocia la mala fe del de Saboya, y habia previsto cuanto sucedió, tenia ya preparados dos egércitos y escelente artillería en la raya del Delfinado; de modo que la guerra se terminó en una sola campaña.

El rey se puso al frente de un egército y dió el mando del otro al mariscal de Biron. Hallóse este perplejo: porque si no aceptaba como le aconsejó Lafin, era descubrir sus malas intenciones, no ignorando nadie cuán ambicioso era del mando y de la gloria militar: y si aceptaba, no tendria ocasion de reunir los malcontentosdel reino. Al fin aceptó, siguiendo el consejo de los agentes de Cárlos Manuel, á quien nada le podia suceder mejor que te-

ner por amigo al comandante del egército contrario.

En efecto, el mariscal hizo todo lo posible para malograr la empresa. Asaltaba las plazas por la parte mas fuerte: daba avisos secretos á los comandantes enemigos de las disposiciones que iba á tomar: dejaba entrar socorros en las fortalezas: pero los medios de defensa del de Saboya eran tan cortos, que Biron á pesar suyo se veia precisado á vencer ó á manifestar su traicion. El de Fuentes escribia: «¿por qué no prende al rey cuando vaya á su egército, y lo envia á España, donde será muy bien tratado, y no faltarán bailes y damas con que entretenerlo?» Al mismo tiempo Lafin y sus agentes procuraban irritar á Biron contra Enrique IV, diciéndole que este príncipe envidiaba su gloria, y habia asegurado que convertiria sus laureles en exequias.

El carácter impetuoso del mariscal se dejó llevar tanto de la ira, que en una ocasion que el rey vino á su egército, envió á decir al gobernador de una plaza que tenia sitiada, que apostase en un sitio cercano á las trincheras una compañía de mosqueteros prontos á disparar á la primer señal, y que la artillería de la plaza dirigiese sus cañones hácia otro sitio que tambien indicó. Lafin manifestó desaprobar estas determinaciones execrables; y Biron le dijo: «¿pues qué no he de vengarme de un hombre que quiere perderme?» Pero su cólera se calmó cuando llegó el caso de la ege-

cucion, y no permitió al rey, cuando visitaba las trincheras, que se acercase á aquellos parages funestos.

Lafin, que estudiaba cuidadosamente las acciones del mariscal, conoció que no era hombre capaz de llegar al último grado del crímen para salir con su empresa; y desde entónces comenzó á preparar armas contra él. Ya sabia este perverso que su maldad era conocida de Enrique IV; porque este príncipe habia dicho varias veces á Biron: «dejad la compañía de Lafin: porque si no, *finareis.*» Viendo pues, que el mariscal vacilaba algunas veces en sus determinaciones, empezó á guardar con mucho cuidado todos los papeles y memorias que Biron le mandaba quemar, para servirse de ellos en tiempo y lugar oportuno, si la imprudencia ó el arrepentimiento de su amo llegaba á descubrir la empresa.

El duque de Saboya, que veia espuestos sus estados á una cierta ruina, se defendió con las armas de la debilidad, es decir, proponiendo negociaciones y prolongándolas cuanto podia. El rey, cuya presencia no era ya necesaria en el egército, pasó á Leon á recibir á su nueva esposa María de Médicis, hija de Francisco II, gran duque de Florencia. Su matrimonio con Margarita de Valois habia sido declarado nulo por ser parientes en tercer grado, y por falta de consentimiento en uno y otro; pues era notorio, que Cárlos IX, hermano de Margarita, habia hecho grande

oposicion al divorcio en vida de Gabriela de Etrées, á la cual aborrecia mortalmente; porque hubiera temido, que Enrique podria casarse con su enemiga, si quedaba libre: pero habiendo cesado esta dificultad, se prestó de buena gana al divorcio, que aumentaba, si era posible, su independencia para entregarse á la vida libre y licenciosa. Las bodas de Enrique y María fueron celebradas con grandes alegrías y fiestas en toda la nacion, deseosa de tener sucesion legítima de su rey.

Paz con Saboya (1601). Los regocijos públicos se aumentaron con la noticia de la paz de Saboya que se concluyó á principios de este año. Cárlos recurrió á todos los artificios que su astucia le sugirió para lograr condiciones mas ventajosas que las que se habian estipulado en Paris: pero el rey se mantuvo firme, y se llevó á efecto uno de los estremos del primer tratado: el duque conservó el marquesado de Saluces, y la Francia adquirió el Bresse, el Bugey y las orillas del Ródano desde Ginebra á Leon, poseidas hasta entonces por la casa de Saboya. Lesdiguieres que durante la guerra de la liga se habia opuesto en el Delfinado á las usurpaciones de la casa de Saboya, dijo que «Cárlos Manuel habia hecho una paz de príncipe, y Enrique IV de mercader,» aludiendo al valor del marquesado de Saluces, muy superior al de los señorios que cedia el duque. Pero Enrique redondeaba sus estados con dichos señorios: interrumpia el

camino militar de los españoles desde Lombardía á Flandes; y solo perdia en Italia lo que era fácil recobrar en la primer guerra que tuviese con España: así sus miras políticas en esta paz no fueron agenas ni de un gran monarca ni de un hábil estadista.

Las negociaciones, entrevistas y viajes clandestinos de los agentes de Biron, y su conducta, durante la guerra, que contrastaba tanto con lo que habia hecho en otras ocasiones, y con su espíritu marcial, infundieron en el rey graves sospechas contra él. Llamóle un dia al claustro de los Franciscanos de Leon, y le preguntó, prometiéndole el perdon, cuál era el objeto y la causa de las inteligencias que tenia con los enemigos del estado. Biron le confesó que á la verdad se habia separado de su deber, mas ocultó las circunstancias mas importantes de su traicion: dijo que su objeto habia sido lograr la mano de una princesa de Saboya, y añadió que jamas hubiera tenido inteligencia con los enemigos, si el rey no le hubiera negado el mando de la fortaleza de Bourg en Bresse. Enrique, lleno de bondad, le abrazó diciéndole: «mariscal, no te acuerdes de Bourg en Bresse, y yo me olvidaré de todo lo pasado. Pero cuidado con la recaida, porque será mortal.»

Biron, libre del peso que le oprimia, contó su conversacion con el rey al duque de Epernon, su amigo, manifestándole cuán contento estaba de haber salido tan bien de

un paso tan peligroso. «Todo eso está muy bien, dijo el cortesano esperimentado: pero debeis pedir la abolicion de vuestra culpa; porque las de esa especie no se perdonan así.» «¿Y será mas válida, respondió el mariscal, una abolicion que la palabra de un rey? Y si el duque de Biron necesita de eso, ¿qué bastará para los demas? El imprudente mariscal no reflexionaba que ya se habian acabado los tiempos de la liga, que la autoridad real recobraba sus derechos, y que la ley no distingue de clases en los delitos contra el estado.

Biron no dejó sus correspondencias con el de Saboya ni con el de Fuentes, que le tenian hechizado lisonjeando su vanidad y su ambicion: pero tomó la precaucion de elegir nuevos confidentes, y esta precaucion fue la que le arruinó, como se verá mas adelante. Enrique, sabiendo cuan codicioso era de honores el mariscal, lo envió de embajador á Inglaterra, para dar cuenta de su casamiento á su amiga y aliada la reina Isabel. Esta princesa habia dejado perecer en el cadalso, pocos dias antes, al conde de Essex, su privado. Habló muchas veces con Biron de este suceso: atribuyó la ruina del conde á que no quiso abatirse á confesar á la reina su delito ni á pedirle perdon, y añadió: «si yo estuviera en lugar de mi hermano Enrique, se cortarian cabezas en Paris lo mismo que en Londres.»

Este egemplo, tan semejante al del mariscal, no le corrigió; y cuando volvió á Fran-

cia se hizo el alma de una conspiracion, que empezó por celos y ambiciones mugeriles, y acabó por serias conmociones en el estado. Enrique IV habia casado con María de Médicis, á pesar del papel que dió á Enriqueta de Entragues; la cual consolada con el título de marquesa de Verneuil, continuó siendo su dama. En sus entrevistas remedaba Enriqueta el tono, las acciones, el acento y el habla medio italiana, medio francesa de la reina, lo que daba mucho que reir á los cortesanos y al mismo Enrique, bastante ciego por el amor para sufrir semejantes burlas contra su esposa, y contra una reina que era ya madre de un delfin. María de Médicis no ignoraba estos indecentes divertimientos, y su mal humor incomodaba sobremanera á su débil é infiel marido.

Declarada la guerra entre la esposa y la dama, todo el partido de los descontentos se unió á la marquesa de Verneuil. La madre de esta muger habia sido dama de Cárlos IX, y habia tenido de él al conde de Auvernia, el cual formó con el auxilio de su hermana uterina el quimérico proyecto de transferir la corona á su familia, á pesar de que el rey tenia ya sucesion. Las miras de Enriqueta eran desavenir al rey con su muger, obligarle á que la enviase á Italia, á declarar nulo su matrimonio, y reclamar entonces los derechos que segun ella creia, le daba la antigua promesa de Enrique. Unióse á los dos hermanos el duque de Boui-

llon, deseoso de aumentar su pequeña soberanía de Sedan, otros muchos descontentos, y en fin Biron, cuyo destino era hallarse envuelto en todas las conspiraciones contra la tranquilidad del rey y del estado.

Proceso y suplicio del mariscal de Biron (1602). Los primeros síntomas de esta conspiracion se sintieron en el Poitou y en las provincias adyacentes, donde hubo algunas asonadas y reuniones sediciosas. Enrique salió de Paris con su acostumbrada celeridad, se presenta sin tropas y casi sin aparato real á los pueblos, y les pregunta cuál es el motivo de sus quejas. Respondieronle los diputados de las municipalidades, que les habian dicho que el gobierno iba á aumentar los impuestos, á perseguir todos los hombres de bien, y á construir ciudadelas en los pueblos para oprimirlos á su antojo y hollar la justicia y las leyes. Enrique con su franqueza y bondad acostumbrada los convenció de la falsedad de aquellas imputaciones: «no quiero tener fortalezas, les dijo, sino en los corazones de mis vasallos.»

Aquel movimiento se sosegó: pero el volcan estaba en la corte, y el rey, lleno siempre de sobresalto, sabia que debia temer, aunque ignoraba de quién. Entretanto Biron, resuelto á destruir los vestigios de sus anteriores inteligencias con los españoles, se entendió con el conde de Fuentes y con el duque de Saboya, para que diesen muerte ó encerrasen por lo

menos en un castillo á Lafin, y á Renazé, secretario de este gentilhombre, que efectivamente fue encerrado en Chiari, fortaleza del Piamonte: pero Lafin, mas diestro ó mas suspicaz, en lugar de pasar por los estados del duque para volver á Francia desde Milan donde residia, como le aconsejaba el conde de Fuentes, tomó el camino de Suiza, y se encerró en un pequeño señorío que tenia en Auvernia.

Allí meditando sobre su situacion, sacó por consecuencia de todas las noticias que adquiria por los comensales y criados de Biron que eran amigos suyos, que el mariscal conspiraba, y que ya no se fiaba de él. Como conocia el carácter de Biron, no dudó que iba á perderse, y á envolverle en su ruina con sus declaraciones, mucho mas cuando ya desconfiaba: por tanto determinó anticiparse y lograr su perdon.

Escribió, pues, al rey que tenia cosas importantes que decirle, y que en premio de sus revelaciones solo pedia su indulto, á tiempo que un desertor piamontés descubrió al gobierno algunas cosas de la corte de Saboya que escitaron la curiosidad sobre lo que Lafin tendria que decir: así se le dió seguridad de su perdon y se le mandó venir á la corte. Pero el astuto Lafin no hizo este viage hasta haber obtenido el permiso de Biron, á quien escribió para pedirselo alegando los negocios y pretensiones de un pariente suyo á quien no podia faltar.

Lafin habló pues con el rey, le descubrió las traiciones del mariscal, y en prueba de ellas le presentó toda la correspondencia que habia guardado cuidadosamente, entre el mariscal, el gobernador de Milan, y el duque de Saboya. Enrique supo por esta revelacion el origen de todas las intrigas de su corte; pero amaba entrañablemente á Biron, se acordaba de sus servicios, temia al mismo tiempo su caracter enérgico y su intrepidez, y asi resolvió ó hacerlo amigo suyo para siempre, ó enviarlo al suplicio.

Para el rey la única señal de que Biron se reconciliaba enteramente con él, era que le confesase con ingenuidad todos los delitos que habia cometido, y sobre esta confesion franca hubiera recaido infaliblemente el perdon. Mandóle llamar á la corte, que estaba entonces en Fontainebleau: le recibió con mas amistad que nunca: le habló en particular manifestándole que solo exigia de él que le confesase cuanto habia pasado, y que él sabia por otros conductos, para perdonarle. Biron se obstinó en callar, ó por vergüenza ó porque no queria renunciar á sus proyectos, y dijo que nada tenia que añadir á su confesion de Leon. El rey le despidió diciendo: *á Dios, baron de Biron:* y se encerró en su gabinete. Al punto fue arrestado el mariscal por un capitan de guardias, que le pidió su espada. Lo mismo hizo otro con el conde de Auvernia, que le respondió: «ahí tienes mi espada, que

nunca se ha ensangrentado sino con los jabalíes en la caza. Si me la hubieras pedido antes, ya llevaria yo dos horas de sueño.» En efecto, aquella noche durmió con mucha tranquilidad. No así el mariscal de Biron, que hizo estremos, ya de ira, ya de venganza, y descubrió en sus espresiones gran parte de sus delitos.

Instruyóse su causa en un tribunal de comision. Presentaronle los papeles que habia entregado Lafin, y empezó á vomitar injurias contra este pérfido, y dijo que si estuviera presente Renazé, desmentiria las imposturas de Lafin. No bien habia pronunciado estas palabras, cuando aparece Renazé, que se habia escapado de su prision, sobornando los guardias, y confirma todas las acusaciones. Formado el proceso, fue transferido el mariscal á la Bastilla, y juzgado por el parlamento. Hizo su defensa con modestia y resignacion, pero de nada le sirvió, porque la hora de la clemencia era ya pasada: fue condedo á muerte, y degollado en la Bastilla.

Asi acabó el mariscal de Biron, que habiendo podido representar en la escena del mundo el papel de un héroe, lo dejó por el de un conspirador. Casi todos los grandes señores de la corte tenian la misma ambicion y los mismos deseos que él: pero ninguno era tan atrevido ni tan temible, y asi su castigo aterró á todos los demas. El conde de Auvernia fue perdonado por las lágrimas de su her-

mana Enriqueta, que poco despues tuvo necesidad de toda la indulgencia de Enrique para que le perdonase su intriga amorosa con el duque de Joinville. Cuando Isabel, reina de Inglaterra, supo la prision de Biron, escribió al rey que «el cetro era un tizon encendido; y que era menester que los que se atreviesen á tocarle, se quemasen la mano.» En efecto, se atribuyó á los consejos de aquella princesa la severidad de Enrique con su antiguo amigo y compañero de armas.

Al año siguiente de 1603 murió Isabel, y el rey perdió en ella una amiga y aliada, con cuyo auxilio pensaba hacer vigorosamente la guerra á España. Jacobo I, hijo de Maria Estuarda, que le sucedió, no parecia á Enrique capaz de asociarse á sus miras dirigidas á abatir el poder de la casa de Austria; y no se engañó en sus presentimientos: pues una de las primeras operaciones del nuevo rey de Inglaterra fue hacer paces con los españoles.

En este mismo año se dió permiso á los jesuitas para volver á establecerse en Francia, bajo condicion de que uno de sus padres asistiese siempre en la corte en calidad de confesor del rey, para que sirviese de fiador de la conducta de los demas. Esta precaucion, que parecia una injuria, fue en lo sucesivo la causa del estraordinario influjo que tuvo la compañía en el gobierno de la religion y del estado. Parece que Enrique se movió á tomar esta determinacion por convencer á los fanáti-

cos, que dudaban ó afectaban dudar de su sincera conversion á la fe católica: y asi no solo restituyó á los jesuitas los bienes que antes poseian, sino tambien les dió la casa de la Fleche para que estableciesen en ella un colegio, de donde han salido hombres muy ilustres en las ciencias eclesiásticas y en la literatura.

Si alguna cosa podia consolar á Enrique de los disgustos contínuos que le daban el carácter iracundo y pertinaz de su esposa, las infidelidades y conspiraciones de su dama, y las pretensiones ambiciosas de su nobleza, era el estado floreciente del reino, que por sus cuidados paternales y por la sabia administracion de Sully, habia perdido ya la memoria de las calamidades de la guerra civil, é iba elevándose á un alto grado de prosperidad. Este escelente príncipe decia: *no ha de haber aldeano en mis estados que no pueda poner una gallina en su puchero todos los domingos:* espresion familiar y sublime, tanto, que no puede ser mal rey el que abrigue en su corazon los sentimientos que encierra.

Apenas el rey se hizo dueño de Paris, empezó su gran sistema de mejoras, proyectadas y meditadas antes en sus conversaciones con Sully. Todo lo que podia contribuir á facilitar las comunicaciones de las provincias, á la destruccion de bandidos y malhechores que las infestaban, resto desgraciado de las guerras civiles, á la perfeccion de las fábricas y de la

agricultura; todo se puso en egeeucion, y se sostuvo con la firmeza que caracterizaba al monarca y á su ministro. Pero en lo que mas brilló la capacidad de Sully, fue en la parte económica. Habiendo sido nombrado por el rey superintendente de rentas, no solamente opuso un muro de bronce á las pretensiones y exigencias de los grandes que con varios pretestos agotaban el erario, sino tambien acabó con los manejos secretos de los asentistas que se enriquecian á costa del pueblo, y logró que pagando este mucho menos, entrase mucho mas dinero en las cajas reales. Sully creó la ciencia administrativa, desconocida antes en Francia, y el resultado de sus operaciones fue que Enrique IV, con solo la renta de 35 millones de francos, pagó 200 millones, deuda que habia heredado de los Valois, y dejó al morir 15 millones en arcas.

Conjuracion del conde de Entragues (1604). Mientras el pueblo bendecia al monarca y á su ministro, la corte ardia en intrigas y conspiraciones; y los amigos, cómplices y parientes del mariscal de Biron, fugitivos en España, Flandes, Saboya é Italia, desacreditaban al rey en aquellos paises católicos, mientras el duque de Bouillon, que habia emigrado á Alemania, persuadia á los príncipes protestantes del imperio, que Enrique, ingrato á la lealtad con que le habian auxiliado los calvinistas para recobrar su reino, meditaba el esterminio de la secta y la opre-

sion de la libertad pública en Francia. Todas estas calumnias, y las que se esparcian por el reino, tenian en la corte su foco y origen comun.

Don Baltasar de Zúñiga, embajador de España, hombre muy hábil, y que no ignoraba que el objeto del rey en todas las mejoras que hacia en su gobierno, era juntar recursos y fuerzas para acometer eficazmente el poder de la casa de Austria, procuraba evitar este caso, suscitando á Enrique dificultades y pesadumbres. Por desgracia, sus relaciones domésticas daban suficientes motivos á unas y otras.

María de Médicis, reina de Francia, celosa de Enriqueta de Entragues, daba oidos á Concini y á su muger Leonor Galigai, ambos italianos, que vinieron con ella cuando casó con Enrique IV. Tenian mucho ascendiente sobre María, ya por ser de su patria y criados suyos, ya porque halagaban su pasion favorita que era el rencor á la dama de su esposo. Zúñiga consiguió, á fuerza de regalos y promesas, ganar á uno y á otro, y por su medio persuadir á la reina, que la suerte de sus hijos estaba muy espuesta, si no se ponia bajo la proteccion de España: porque la enemistad, decia, de esta potencia seria funesta, si el rey llegaba á faltar, á sus herederos legítimos, siendo tambien enemigos suyos todos los que en Francia miraban todavia á Enrique como favorecedor de la heregía.

Al mismo tiempo afectaba el embajador de España ser protector de los Entragues. Prometió un asilo en la Flandes española á la marquesa de Verneuil en el caso de que muriendo el rey, quedase espuesta al odio y á las persecuciones de la reina: de modo que esta familia orgullosa y turbulenta, creyéndose segura del auxilio de los españoles, emprendió su proyecto favorito, que era hacer valedero el documento que el rey entregó en otro tiempo á Enriqueta, prometiendo casarse con ella, y que, segun ellos, anulaba el subsecuente matrimonio con María de Médicis. Supo esto la reina, y exigió del rey que recogiese aquella promesa: el rey lo hizo así, y á pesar de todos los subterfugios y resistencias de los Entragues, el papel vino á su poder.

Irritada toda la família, formó el proyecto de apoderarse de la persona del rey. El conde de Entragues, padre de Enriqueta, envilecido por Carlos IX en su muger, y por Enrique IV en su hija, fue el alma de la conspiracion, que tenia por cómplice al conde de Auvernia, retirado entonces en sus estados; á Montmorenci, gobernador del Languedoc, y á los duques de Epernon y de Bouillon en el norte. Enrique IV, arrastrado siempre de su funesta sensualidad, seguia correspondencia amorosa, no solo con la marquesa de Verneuil, cuyas inconsecuencias é infidelidades eran el tormento de su vida, sino tambien con una hermana menor de Enriqueta, mas dócil y mas

suave de carácter. Pero el conde de Entragues, apenas advirtió este nuevo deshonor de su casa, separó á su hija de la corte, y la obligó á vivir retirada en el castillo de Verneuil.

Los dos nuevos amantes se daban citas: y Enrique, á pesar de sus años y de su dignidad, iba disfrazado atravesando campos y bosques por caminos estraviados, á ver su dama. En una ocasion fue acometido por cuatro hombres á caballo, pero sin armas, apostados por Entragues, que quisieron cogerle: pero su vigor y presencia de ánimo le salvaron de aquel peligro; atropelló á dos con su caballo, derribó al tercero de un bote de lanza, é hirió con el sable al cuarto que pugnaba por tomarle las riendas.

El conde hizo el último esfuerzo: mandó á su hija que escribiese un billete á Enrique, dándole cita para un lugar donde infaliblemente hubiera caido en sus manos: pero la astuta jóven buscó y halló medios de avisar al rey lo que se tramaba, y él no concurrió á la cita. Fastidiado de tantas y tan contínuas asechanzas, resolvió acabar de una vez con aquella faccion, y mandó prender al conde de Auvernia, al de Entragues y á la marquesa de Verneuil, y formarles causa: lo que sorprendió á todos, siendo notoria no solo la clemencia del rey, sino su debilidad escesiva para con sus mancebas.

Acusóseles de correspondiencia con Espa-

ña: pero el conde de Entragues, en vez de justificarse, hizo terribles recriminaciones contra Enrique, «el cual, decia, ofendido del cuidado que pongo en libertar mi hija menor de su deshonestidad, quiere perderme por medio de una acusacion calumniosa.» En cuanto á sus relaciones con España, las atribuyó al deseo de proteger á su hija mayor, si el rey llegaba á faltar, contra el odio de la reina, aceptando el asilo que los españoles le ofrecian en Flandes.

La marquesa de Verneuil respondió á los interrogatorios, que de nada se acordaba, que nada sabia, y que el rey estaba instruido de todo: dando á entender, con sus reticencias misteriosas, ciertos secretos entre el monarca y ella que los jueces no debian examinar. El rey se manifestó en los principios de la causa dispuesto á usar de todo el rigor de las leyes: pero esta resolucion era muy dura para su alma generosa; y declaró á la condesa de Auvernia, que le rogaba por su marido, que ni él ni el conde de Entragues corrian riesgo de la vida.

El proceso sin embargo siguió sus trámites, y llegado al caso de la confrontacion de los testigos y cómplices, los tres reos se recusaron mútuamente. «Vos me detestais, decia el conde de Auvernia al de Entragues, porque he censurado siempre los desórdenes de mi hermana, y vuestra connivencia, indigna de un padre. En cuanto á la marquesa, nadie

ignora que ha dicho que pediria gracia para su padre, justicia para ella y un cadalso para mí.» Entragues no disimulaba su odio al conde de Auvernia, y Enriqueta se enfurecia solo con oir el nombre de su hermano.

El 1 de febrero de 1605 se pronunció sentencia de muerte contra los dos condes y contra un inglés llamado Morgan, complicado en la causa, y de reclusion perpétua contra la marquesa de Verneuil. Entretanto el rey esperaba que esta solicitase su perdon. «¿Creeis, preguntaba el rey á Sully, que se humillará?» «Si señor, respondió el ministro, con tal que crea que ya no la amais.» En efecto, apenas vió la sentencia, se valió de los medios que sabia emplear contra el corazon del monarca, y los grandes reos fueron perdonados, recayendo la pena sobre los delincuentes subalternos. El rey pasó al mediodia y Sully al Poitou con tribunales de justicia que intimidaron mas que castigaron. Restituyó sus bienes á la marquesa, á su padre y á su hermano. Morgan fue desterrado del reino para siempre: el conde de Entragues fue desterrado á Malesherbes, pero antes quiso verle Enrique, y le preguntó: «¿es cierto que habeis querido matarme?» Si, respondió Entragues con osadía; y nunca perderé esta idea hasta que V. M. deje de deshonrarme con mi hija.» Enrique IV olvidó en esta ocasion, que era soberano y amenazado, para acordarse solamente de que tenia un vasallo noble ofendido; y fue bastan-

te señor de sí mismo para no castigar al atrevido que le amenazaba. El conde de Auvernia fue condenado á quedar preso en la Bastilla, «para apagar, decia el decreto, su indomable malicia.»

En cuanto á Epernon, Montmorenci, Bellegarde y otros señores, cómplices en los designios de Entragues, no sufrieron persecucion alguna, bien porque su complicidad solo habia consistido en deseos y promesas vagas, bien porque Enrique creyó suficiente que ellos conocieran que no ignoraba su mala voluntad, y que tenia fuerzas para castigarla. En fin, ó por razon, ó por indiferencia, ó por estar fastidiado de los caprichos de Enriqueta, se separó poco á poco de ella, y tomó por manceba á Jaquelina de Beuil, que obtuvo el título de condesa de Moret, y no causó al rey tantos disgustos como sus antecesoras.

Mientras estos sinsabores domésticos atormentaban el corazon del rey, se urdió en la corte una intriga para derribar á Sully del ministerio, originada de la envidia. En este proyecto entraron grandes, cortesanos, mugeres: cada uno hacia el papel que se le habia señalado. Los ministros y los señores casi no hablaban al rey vez alguna sin representarle el peligro de dejar tanto poder en manos de un solo hombre, que era al mismo tiempo maestre de la artillería y superintendente de hacienda, y ademas influia en todos los negocios importantes. Los devotos alegaban su constante ad-

hesion al calvinismo, y la desconfianza que inspiraba á los príncipes católicos el ver que gozase la confianza del rey un protestante. Las queridas del rey y las personas adictas á ellas decian que Sully aborrecia todo lo que amaba Enrique, y que nunca queria darles nada, ó les daba lo que no podia escusar, con repugnancia y disgusto. En fin, los asentistas clamaban que el crédito del rey se destruia: y que á fuerza de reducir las ganancias de los asientos, llegaria el caso de que el gobierno no encontrase quien quisiese anticipar sus capitales.

Pero los enemigos mas peligrosos del ministro eran los que en vez de censurarle ensalzaban desmesuradamente su talento, su celo y su felicidad, y le pintaban como el móvil de todo el gobierno, á quien la Francia debia el estado floreciente que gozaba. El objeto de estos elogios pérfidos era despertar en el ánimo del monarca la envidia contra su ministro, lo que hasta cierto punto consiguieron los malévolos, pues se observó menos agrado é intimidad en el trato del rey con Sully. Este, seguro de su inocencia, obraba sin alterar su conducta: y Enrique, ofendido de esta seguridad, que atribuyó á indiferencia, se mostraba cada dia mas disgustado: el duque, enojado á su vez de verse desfavorecido sin motivo, resolvió no dar paso alguno para terminar el enfado del rey.

Pero el corazon de Enrique era demasiado sincero y magnánimo, para ser largo tiempo

injusto. Un dia que iba á caza, y que Sully se despedia de él, le preguntó: «¿adonde vais, duque?» «A Paris, señor, respondió Sully, á despachar el negocio que V. M. me recomendó antes de ayer.» «Id pues, replicó el rey: yo os recomiendo mis negocios, y que me querais siempre bien.» Despues le abrazó, y le dejó ir: Sully se retiraba, y Enrique le volvió á llamar, y le dijo: «¿No teneis nada que decirme?» «Por ahora no señor, replicó Sully.» «Pues yo sí á vos,» le dijo el rey; y cogiéndole por la mano en presencia de toda la corte, le llevó á una de las calles del jardin.

Alli le nombró el rey los que habian procurado desconceptuarle con él: le enseñó las memorias que le habian entregado, y se disculpó de haberles dado algun crédito, mostrando cuán ingeniosa habia sido la calumnia. Sully se arrojó á sus pies para darle gracias por su bondad y por su justicia: pero el rey se lo impidió, acogiéndolo en sus brazos y diciéndole: «¿qué haceis? no veis que esas gentes que nos miran, creerán que me pedis perdon?» Despues le llevó adonde estaban los demas cortesanos y les dijo: «señores, tengo el placer de anunciaros que Rosny y yo somos amigos, y que lo seremos hasta la muerte.»

Sitio de Sedan (1606). Enrique IV observando estos ataques pérfidos de la envidia, que queria disputar á un grande hombre su corazon franco y leal, recordaba con pesadumbre el tiempo en que solo tenia que pelear contra

enemigos descubiertos. «Los reyes, le decia Sully, han de ser ó martillos ó yunques; y así en vano esperan tranquilidad.» Estos consejos eran necesarios algunas veces, que veia al rey mas dispuesto á sufrir la insolencia de sus enemigos que á tomarse el trabajo de someterlos.» Teneis fuerzas suficientes, le decia, para obligar á todos los malcontentos á que respeten vuestra tranquilidad y la del estado.» Enrique se resolvió, pues, á someterlos, y empezó por el duque de Bouillon.

Este príncipe, refugiado en Alemania, como ya hemos dicho, despues del suplicio del mariscal de Biron, afectando ser perseguido por su constante adhesion al calvinismo, y por su pequeña soberanía de Sedan, que, segun él decia, Enrique deseaba quitarle, no dejaba por eso de dirigir al rey súplicas, apologías de su conducta, cartas de recomendacion y protestas de fidelidad y obediencia: pero al mismo tiempo seguia en sus comunicaciones secretas con los descontentos de la corte de Francia y de las provincias, y los exhortaba á no desunirse ni desmayar por el mal éxito de las anteriores empresas. «Alguna vez, les decia, se verá el rey obligado á ceder; no es tan poderoso como se cree: y en prueba de ello, ¿por qué, á pesar de lo mal que me quiere, no se atreve á usar de violencia contra mí?»

Estas espresiones daban esperanzas á los que deseaban mutaciones en el gobierno: de modo que á pesar del egemplo de Biron y del

peligro reciente de la casa de Entragues, el espíritu de rebelion no se estirpaba en la grandeza. Enrique determinó echar abajo la columna en que se apoyaban los amigos de novedades y los maquinadores de intrigas; mandó al duque, que estaba retirado en Sedan, que viniese á la corte á justificarse, y le envió los pasaportes y las salvaguardias necesarias. El duque de Bouillon pidió término: Enrique amenazó, se puso en campaña y marchó hácia Sedan.

Cercada la plaza, el rey se halló acometido por mil representaciones y súplicas á favor del duque. Los españoles, á quienes no acomodaba que aquel pequeño estado, situado en las fronteras de Flandes, cayese en poder de la Francia, incitaron á los católicos para que se uniesen con los calvinistas en auxilio de Bouillon. Los ministros temian que la guerra aumentase el crédito de Sully. La reina deseaba adquirir popularidad manifestando moderacion en este negocio. El duque defendia á Sedan, y juraba sepultarse, si fuese necesario, bajo las ruinas de su capital. Esto en público: porque secretamente, en vez de manifestar el heroismo de la desesperacion, enviaba á decir al rey que estaba dispuesto á someterse, con tal que se pusiese en salvo su honor. Enrique hubiera podido imponerle la ley y obligarle á rendirse á discrecion, aunque despues le hubiese perdonado: pero no estando sostenido por la firmeza de Sully, que no era de la

espedicion, consintió en firmar un tratado con su vasallo. Las condiciones no fueron duras: recibió á Bouillon en su gracia, y se reservó el derecho de poner guarnicion francesa en Sedan, para impedir al duque abusar de su soberania, que se le dejó.

Mediacion de Francia entre la santa Sede y la república de Venecia (1608). Los años de 1607 y 1608 fueron los mas felices de la vida de Enrique IV. Veia florecer la monarquía bajo su gobierno: sus egércitos, bien organizados, imponian respeto á los que hubieran querido perturbar la tranquilidad interior, y defendian las fronteras de las incursiones enemigas. Las colonias francesas de América en el Canadá se fortificaban: el comercio se estendia con la prosperidad de las fábricas: la agricultura se aumentaba: en fin Enrique se complacia, como buen príncipe, en aliviar á sus vasallos cuando los veia afligidos por incendios, granizadas, inundaciones, ó enfermedades.

Cuidaba tambien de la seguridad de los pueblos: de modo que cada uno podia vivir tranquilamente en sus hogares sin temer los latrocinios que antes se cometian en las provincias. Porque durante las guerras civiles muchos nobles habian construido en el centro de los bosques, sobre peñascos escarpados ó en lugares pantanosos é inaccesibles, castillos para refugiarse. Despues de hecha la paz, se retiraron á estas fortalezas muchas de las tropas

licenciadas: y desde allí, ó con permiso de los propietarios, á quienes daban parte en sus depredaciones, ó sin noticia de ellos, salian, saqueaban las aldeas y maltrataban y robaban á los viageros. El rey envió algunos destacamentos que arrasaron ó desmantelaron aquellos castillos que eran el espanto de los pueblos: y el labrador pudo entónces gozar sin zozobra el fruto de sus afanes, y el mercader frecuentar libremente los caminos para dirigirse á los puntos donde le llamaban los intereses de su comercio.

España miraba con inquietud la tranquilidad profunda de que gozaba su rival, y el crecimiento progresivo de las fuerzas que se emplearian indudablemente contra ella: pero Felipe III, hijo y sucesor de Felipe II, y príncipe pacífico y justificado, no se hallaba dispuesto á turbar la paz. Su embajador en Paris, ó á lo menos el secretario de la embajada, entró en la conspiracion de algunos nobles de Provenza, dirigida á entregar á España la plaza de Marsella: pero los conspiradores fueron descubiertos y castigados. Enrique ni quiso castigar, ni pedir á la corte de Madrid que castigase al secretario.

En este tiempo amenazaba guerra en Italia entre el Papa y la república de Venecia. El senado de esta ciudad prohibió la enagenacion de los bienes de los legos en favor de los eclesiásticos, y encomendó á los jueces seglares el juicio de un canónigo y de un clérigo

acusados de crímenes enormes. El papa Paulo V pidió la revocacion de ambos decretos, como contrarios á los derechos de la iglesia. Venecia se negó á revocarlos, diciendo que no habia hecho mas que usar de la facultad de dar leyes, que el mismo Dios le habia concedido, como que era potencia soberana é independiente.

Roma lanzó escomunion contra el dux y el senado, y puso entredicho en la república; pero el senado prohibió la publicacion del monitorio del papa, y desterró del territorio de la señoría á los jesuitas, capuchinos y teatinos, únicos eclesiásticos que observaron el entredicho. Publicaronse manifiestos en que se discutió la gran cuestion de los límites entre la autoridad temporal y la espiritual. De esta guerra de pluma se iba ya á pasar á la de las armas, cuando el duque de Saboya, el rey de España y Enrique IV ofrecieron su mediacion.

Solo fue admitida la de Francia. El rey envió á Venecia y á Roma al cardenal de Joyeuse, que despues de tres meses de negociacion logró que cada una de las dos potencias cediese algo por su parte, y se hizo la paz bajo las condiciones siguientes. Los decretos de la señoría conservarian su vigor; pero los dos eclesiásticos acusados serian puestos en poder del rey: los religiosos desterrados volverian al territorio de Venecia: el papa no concederia absolucion de las censuras: pero el cardenal de Joyeuse las declararia

revocadas en nombre de la santa Sede.

Tregua de 12 años entre Holanda y España: espedicion de los maluinos contra Tunez: el príncipe de Condé refugiado en Bruselas (1609). Una mediacion, mas gloriosa para Francia porque fue admitida por su eterna rival la España, se verificó con feliz éxito poco despues entre esta potencia y las provincias unidas de Holanda, rebeladas 40 años ántes contra su dominacion. El archiduque Alberto, que habiendo casado con la infanta Isabel Clara Eugenia, recibió en dote la soberanía de los Paises-bajos, habia ya hecho desde el año 1606 algunas treguas con los holandeses, renovadas en varias ocasiones, para tratar la paz; pero el Statouder Mauricio de Nassau se oponia á ella, temiendo perder el influjo y crédito que le daba la guerra entre los suyos. Al fin Enrique IV, á fuerza de instancias y aun de amenazas, logró que se hiciese una tregua de 12 años, que se firmó en 14 de abril de 1609. España declaró en este acto que trataba con las provincias unidas, *como si fuesen una potencia independiente y soberana.*

Enrique despues de este beneficio esperaba que los holandeses se lo pagasen concediendo en su territorio el libre egercicio de la religion católica á los franceses: pero la intolerancia era el vicio dominante del siglo: y el gobierno protestante de Holanda no dió oidos á la recomendacion de Enrique. Esta misma intolerancia impidió al rey recibir á los mo-

riscos, espelidos entonces de España, y que pedian se les admitiese en las Landas de Burdeos para desmontarlas y cultivarlas, sin mas condicion que la libertad de su culto. Enrique, inclinado á acceder á su solicitud, la desechó sin embargo, temiendo ser notado de indiferente en materia de religion. Los moriscos pasaron á Berbería y se confundieron con las demas tribus mahometanas de aquel pais.

Las piraterías de sus habitantes tenian llenas de terror las playas del Mediterráneo y del Océano: y una escuadra berberisca bloqueaba el estrecho de Gibraltar é impedia el tránsito de un mar á otro. Algunos buques de Saint-Maló, puerto de Bretaña, se unieron á 8 galeones españoles: y su comandante Beaulieu, espiando la ocasion en que la mayor parte de la marina mahometana se hallaba en el puerto de Tunez al abrigo del castillo de la Goleta, penetró en dicho puerto con la mayor osadía: y como el viento y los cañones enemigos le impidiesen acercarse, entró en una lancha con solos 40 hombres, llegó á la almiranta de los contrarios, le prendió fuego como tambien á otros 35 bajeles, y despues de esta peligrosa espedicion se volvió á los suyos.

Enrique por su carácter leal, por la firmeza de su alma y por el floreciente estado de su reino, era el protector nato de todos los que miraban con terror el escesivo poder de la casa de Austria. El duque de Saboya, tan unido hasta entónces á España, envidioso del infan-

tazgo que se habia dado al archiduque Alberto en Flandes, deseando otro para sí y codiciando el Milanesado que nunca le cederian los españoles, buscaba contra estos la alianza del rey de Francia. Los príncipes protestantes de Alemania acudian á Enrique y le solicitaban á hacer la guerra al emperador en defensa de su religion y de su independencia siempre amenazadas. Los grisones imploraban su auxilio contra el conde de Fuentes, que habia construido varios castillos en la Valtelina, con el objeto de abrir una comunicacion entre los estados de las dos ramas de la casa de Austria. En fin, el mismo Enrique IV deseaba con ardor pagar á España todos los males que esta potencia habia causado á Francia desde las guerras de Luis XII y Francico I: y se preparaba á esta terrible lid aumentando su egército y reservando dinero. Una intriga amorosa aceleró el momento de la agresion.

Nadie mejor que Enrique IV conocia cuán funesta le era su propension al amor y á la sensualidad, y en sus conversaciones con Sully maldecia de esta pasion, y hacia propósitos muy laudables, aunque muy infructuosos. La última muger que logró causar una impresion profunda en su ánimo, fue Enriqueta Carlota de Montmorenci, hija del mariscal y despues condestable de este nombre. Tratabase su casamiento con el príncipe de Condé, sobrino del rey: el cual, receloso de las atenciones de Enrique para con su futura, se apartó de la pre-

tension. Enrique le dió palabra de no turbar en nada su tranquilidad, y el matrimonio se efectuó.

Desde entónces empezó Enrique á manifestar su pasion con regalos, fiestas, torneos y los demas medios que se empleaban en la galantería de aquella edad. La jóven princesa no fue insensible á las atenciones del monarca. Su marido la sacó de la corte, y se retiró con ella á una de sus casas de placer. El rey exigió que volviese á la corte, y Condé huyó con su esposa á Bruselas, implorando la proteccion del archiduque Alberto y de Isabel Clara, cuyo palacio era entónces modelo de la galantería decorosa y de las buenas costumbres de los tiempos caballerescos.

Enrique se desesperó, juró, amenazó: formó ademas el proyecto de robar á la princesa de en medio de la corte de Bruselas: lo que sabido á tiempo por los archiduques, dieron alojamiento á la princesa en su mismo palacio, adonde no podian llegar las intrigas del rey. La corte de Francia tomó pretesto de la acogida que se dió en Flandes al de Condé para acercar sus egércitos á aquellas fronteras, con órdenes de empezar las hostilidades en la primavera siguiente. Condé se refugió á Milan, ó por quitar al archiduque el compromiso de defenderle, ó temeroso del poder de Enrique IV.

El objeto del rey en esta espedicion era puramente político, y meditado y preparado muy de antemano, á saber, quebrantar el po-

derío de la casa de Austria, mucho mas entonces que con el pretesto de disputar el ducado de Cleves y Juliers muchos príncipes de Alemania, alegando derechos á la sucesion del último duque, habia enviado el emperador un egército á aquellos estados para dar la herencia al que mas le conviniese. Pero las circunstancias en que se hacia la guerra, el amor no ignorado del rey á la princesa de Condé, y el pretesto mismo de la espedicion, dió amplia materia á los enemigos de Enrique IV, á que en las conversaciones, en los libelos y aun en el púlpito se pintase á la princesa como una nueva Helena, que iba á ser el incendio de su patria, y al rey como un Páris incorregible, á pesar de sus años y de su dignidad. Asi la guerra contra España, tan popular en los tiempos anteriores en Francia, fue en esta ocasion mirada con disgusto.

Enrique iba á ponerse al frente de sus tropas, y dejaba por regenta del reino á su muger María de Médicis. Como aun no habia sido coronada, se celebró esta ceremonia con mucha pompa en San Dionis el 13 de mayo de 1610. Desde principios del año se habia observado cierta alteracion en el carácter del rey: pues habiendo sido siempre benigno y jovial, daba frecuentemente señales de impaciencia y furor, ó quedaba sumergido en una profunda melancolía: lo que él y sus cortesanos miraban como presagio de alguna grande calamidad. Al mismo tiempo corrian en el

vulgo voces y predicciones siniestras.

El 14 de mayo por la mañana despachó los negocios de la guerra, y envió á pedir al archiduque paso por sus estados para Alemania, amenazándole con la fuerza en caso de que lo negase. Despues de haberse paseado un poco por las Tullerías, comió y salió en coche al arsenal para ver á Sully con los duques de Epernon, Roquelaure, Montbazon, Lavardin y Laforce.

Las calles estaban obstruidas con los preparativos que se hacian de arcos y adornos para la entrada solemne de la reina. En la esquina de la calle de la Ferronnerie, que era entonces muy estrecha, se aumentó el embarazo á causa de unos carros que transitaban cargados de vino. Las guardias se separaron para dar paso, y el coche se detuvo algunos instantes. Un hombre que lo seguia desde el Louvre, subió sobre la rueda pequeña, le dió al rey dos puñaladas, y con una de ellas le partió el corazon. El asesino, cometido tan execrable crímen, se quedó parado en medio de la calle con el cuchillo en la mano. Los guardias corrieron á él con las espadas levantadas para darle muerte: pero el duque de Epernon lo impidió, y mandó que lo prendiesen.

Asi pereció á los 57 años de edad y 21 de reinado, uno de los mas grandes y escelentes monarcas que ha visto el mundo; gloria de su nacion y de la augusta dinastía que le debe

su origen. La bondad de su corazon, las miras elevadas en política y la intrepidez á toda prueba fueron los rasgos principales de su carácter. Amó á su pueblo, y su pueblo le lloró con lágrimas sinceras, como se llora la muerte de un padre querido. Para haber sido un monarca perfecto, solo le faltó renunciar á los placeres amorosos, que llenaron su vida de amargura y su palacio de disturbios. Conquistó su propia corona: triunfó de sus enemigos interiores y esteriores: restituyó al solio su dignidad eclipsada por el furor de las guerras religiosas y civiles: contuvo los proyectos de la casa de Austria, siempre hostiles á Francia: y á no atajarle la muerte, no se sabe hasta qué punto hubiera conseguido refrenar el poder de España, aunque las armas de esta potencia eran dirigidas entonces por el famoso Spinola: porque Enrique, ademas de tener muy buena artillería, reformaba continuamente su infantería, arma en que llevaban ventaja los egércitos españoles á los demas de Europa.

El asesino de Enrique IV era un hombre del pueblo, natural de Angulema, llamado Francisco de Ravaillac: pobre, como lo manifiesta el haber robado de una posada el cuchillo con que cometió el asesinato. En los interrogatorios, en el tormento, en el cadalso, en medio de los suplicios horrendos que sufrió antes de morir, fue constante en su confesion, á saber, que no habia tenido cómplice ni con-

sejero en su atentado: que habiendo oido predicar que el rey era hugonote y proyectaba hacer la guerra al papa, y observando en las conversaciones de sus iguales, que todos se quejaban del gobierno, habia emprendido el viage á Paris seis meses antes con el objeto de hablar á Enrique, convertirle á la fe católica, ó si no lo lograba, matarle: que desistió de su intento, no habiendo conseguido tener audiencia en varias ocasiones que se presentó en el Louvre, y se volvió á Angulema: que despues de la solemnidad de pascua se renovaron con mas violencia los impulsos anteriores, é hizo otro nuevo viaje á la capital para cometer el crímen. Este mónstruo creia haber hecho una obra muy agradable á todos los franceses: y no quedó poco maravillado cuando al salir al suplicio, vió al pueblo, afligido por la muerte del rey, cargarle de maldiciones, negarle las oraciones que se hacen ordinariamente por los reos, y no desdeñarse de ayudar al verdugo á egecutar la sentencia.

Todo esto prueba que Ravaillac era uno de los fanáticos, capaces de cometer los mayores crímenes, cuando son incitados por los libelos, por los sermones sediciosos ó por la maledicencia de los partidos: esta clase de fanatismo, mas comun de lo que se piensa, es uno de los frutos infaustos que producen las discordias civiles. El hecho es, que si tuvo cómplices, sepultó su secreto en el cadahalso,

y que jamas se pudo probar ni aun el menor indicio contra aquellos que las memorias de la época suponian interesados en cometer tan horrendo crímen.

CAPITULO IX.

Luis trece.

Luis XIII, rey de Francia. Alianza con España. Sublevacion de los grandes: paz de santa Menoquilde: mayor edad de Luis XIII: estados de Paris. Primeras quejas públicas del parlamento: segunda sublevacion del partido de Condé: casamiento del rey con Ana de Austria. Tratado de Loudun: potencia y prision de Conde: nueva sublevacion de los grandes. Muerte del mariscal de Ancre: suplició de su muger: destierro de la reina madre: elevacion de Luynes. Libertad de la reina madre y del príncipe de Condé. Sublevacion de la cábala: combate de Pont de Cé: vuelta de la reina madre á la corte. Guerra contra los calvinistas: sitio de Montalban. Paz de Mompeller. Ministerio del cardenal de Richelieu: guerra en la Valtelina. Segunda guerra con los calvinistas: paz dela Rochela: paz de Monzon. Ultima guerra contra los calvinistas: derrota de Buckingham en la isla de Rhé. Sitio y toma de la Rochela. Espedicion de Saboya: paces de Suza y de Alais. Segunda espedicion á Italia: paz de Ratisbona: jorna-

da de los burlados. Gaston toma las armas contra el rey: batalla de Castelnaudary. Guerra de Lorena: sitio y toma de Nancy. Declaracion de guerra á la casa de Austria: batalla de Avein: campaña de Rohan en la Valtelina. Batalla del Tesin: invasion de los austriacos y españoles en Francia. Evacuacion de la Valtelina por los franceses: ventajas de estos en la frontera de España. Batalla de Rhinfeld: sitio de Fuenterabía. Causa del duque de La-Valette: combate de Quiers. Sitios de Arras y de Turin: sublevacion de Cataluña y Portugal contra España. Batalla de la Marsée. Conquista del Rosellon: muerte de la reina madre y de Richelieu.

Luis XIII, *rey de Francia* (1610). Luis XIII, hijo mayor de Enrique IV, y de María de Médicis, tenia 8 años y medio cuando su padre pereció. Su madre fue declarada regenta única, á pesar de las pretensiones del príncipe de Condé, y del conde de Soissons, su tio, que como príncipes de la sangre aspiraban á ser partícipes de la suprema autoridad. La regenta obró á los principios con suma circunspeccion. Conservó el ministerio de su marido; admitió al consejo á todos los príncipes y grandes señores; recibió en el reino al príncipe de Condé que volvió con su esposa, sin concederle resarcimientos ni satisfaccion por

lo que habia pasado: continuó, á lo menos en apariencia, las hostilidades contra la casa de Austria: envió á Bélgica un egército á las órdenes del mariscal de la Chatre, que tomó á Juliers, plaza de que ya se habia apoderado el emperador, y la puso en poder del elector de Brandemburgo y del duque de Neoburg, pretendientes á la sucesion de Cleves, que se habian convenido en repartirla amigablemente. En fin, la muerte de Enrique IV, que segun las apariencias debia trastornar la Europa, no produjo al principio alteracion alguna. Tambien se enviaron tropas al Delfinado para auxiliar al duque de Saboya contra los españoles, irritados de que hubiese dejado su alianza por la de Francia: mas el duque, leyendo mejor en lo futuro, envió un embajador á Madrid, dió satisfaccion al rey de España, y se reconcilió con él.

Pero no tardó en mudarse la faz de los negocios. El primer síntoma de desórden fue el ascendiente que tomaron en el gobierno del estado Leonor Galigai y su marido Concini, favoritos de María de Médicis, comprimidos por el odio que les tenia Enrique IV, y que despues de su muerte se elevaron con rapidez por el favor de la reina. Preguntaban á Leonor de qué hechizos se habia valido para ganar el corazon de Maria de Médicis; y Leonor respondió: *mi encanto es la superioridad que tienen las almas enérgicas sobre las debiles.* En efecto, María no tuvo nunca principio ni

objeto fijo en su administracion: su entendimiento era corto, é incapaz de crear nada. Los impulsos le venian siempre de fuera; y era natural que los admitiese con preferencia de las personas que estaba acostumbrada á amar.

Concini fue sucesivamente marques de l'Ancre, y con admiracion y escándalo del reino, mariscal de Francia, gobernador de Amiens, de Peronne, de Bourgen Bresse, de Dieppe y de Pont de l'Arche. María de Médicis solia decir: «yo le he sostenido contra Enrique IV, y sabré sostenerle contra los demas.» Concini no carecia de mérito y de talento: era generoso, agradable en la conversacion; pero sumamente presuntuoso y ávido de dinero y de poder. Los ministros despachaban con él casi todos los negocios. Solamente Sully se negó á darle parte en la administracion de hacienda, y aun exigió que no solicitase ninguna gratificacion ni para sí ni para los demas, sin haberla antes consultado.

Esto fue llevado muy á mal: porque entonces empezaba la grandeza de Francia á solicitar codiciosamente de la corte pensiones, privilegios onerosos al pueblo, asientos para el egército y las rentas que despues daban á los asentistas plebeyos, derechos y oficios antiguos y ya olvidados, que se renovaban con nuevos sueldos, y en fin todos los recursos del erario para sostener su desenfrenado lujo y adquirir riquezas y clientes. El marques de l'Ancre complacia á todos para que no llevasen

á mal su elevacion. Á la antigua aristocracia feudal iba sucediendo poco á poco la aristocracia palaciega.

La envidia de los grandes entre sí producia frecuentes desafios entre los gentiles hombres de su comitiva. Daban frecuentes pretestos á estas querellas ser las calles estrechas y mal empedradas: de modo que siendo una deferencia ceder la acera, los que no la tenian, afectaban la preeminencia de exigirla, y esto daba lugar á contínuas reyertas. En ellas tomaba parte el populacho, y las riñas particulares se convertian en tumultos. Entonces se tendian las cadenas, se tocaba la generala, los principales burgueses tomaban las armas y se ponian al frente de la milicia de sus cuarteles, para contener á los jornaleros y artesanos, que movidos de la curiosidad abandonaban sus trabajos. Siendo esta la disposicion de los ánimos, se miraban como peligrosas las concurrencias, y la reina se vió obligada á prohibir por aquel año la feria de san German: « porque mejor es, decia, que se arruinen 500 mercaderes, que esponer el estado á una turbacion.» Estas palabras manifiestan cuán poco ganan los pequeños en intervenir en las disputas de los grandes.

Los calvinistas, contenidos hasta entonces por solo el nombre de Enrique IV, y por su reputacion merecida de justicia y buena fe, comenzaron á dar señales de inquietud: porque sabiendo que la reina se inclinaba á la

alianza de España, quisieron tomar precauciones para su seguridad. Los diputados de las iglesias reformadas celebraron una asamblea en Saumur con el permiso de la regenta, que no se atrevió á negarlo. Los duques de Sully y de Bouillon asistieron á ella con miras opuestas. El primero queria ganar entre los calvinistas un partido poderoso para hacerse respetable á la corte: el segundo, siempre irritado contra Sully porque habia querido desposeerle de la plaza de Sedan, procuraba quitarle el amor de los reformados. Los intereses de estos dos rivales ocuparon la asamblea mucho mas que los del partido. Al fin se convinieron en algunos puntos, y la corte obligó á los diputados á contentarse con promesas sin seguridades.

Sully, no pudiendo resistir, y siendo incapaz de someterse á Concini, se desistió de los empleos de superintendente de hacienda, y de gobernador de la Bastilla: pero conservó el gobierno de Poitou y de la Rochela, y el destino de maestre de artilleria. Retiróse á sus estados á descansar, y vivió hasta la edad avanzada de 82 años. Entonces redactó sus *memorias*, primeros rudimentos de la ciencia administrativa en Francia, y llenas de anécdotas interesantes relativas á Enrique IV, á quien amó siempre tiernamente, llamándole *su buen amo*, y cuya memoria conservó hasta el último suspiro. Algunas veces le llamó Luis XIII á su corte para pedirle consejo en algunas mate-

rias. Su gravedad y su manera de vestir, propia del siglo anterior, daban materia de risa á los cortesanos petulantes de Luis: de modo que en una ocasion dijo Sully al rey en presencia de todos: «Señor, cuando vuestro difunto padre me llamaba para hablarme de negocios graves é importantes, lo primero que hacia era echar de su gabinete á los bufones.»

Apartado este hombre severo de los negocios, no tardaron los cortesanos en agotar el tesoro que Enrique IV habia dejado en la Bastilla, dándoles el marques de l'Ancre la señal. Pero satisfecha la avaricia, empezó la lid de la ambicion entre el obscuro favorito que tan repentinamente se habia elevado, y los magnates que envidiaban su crédito con la reina.

Alianza con España (1612). La primera ocasion en que se declaró esta guerra, fue la siguiente. María de Médicis, deseando con ardor entablar alianza con la España, cuya proteccion creia necesaria contra la turbulencia y ambicion de sus grandes, habia formado el proyecto de casar á Luis XIII con Ana de Austria, hija de Felipe III, rey de España: y á su hija mayor Isabel de Francia, con el príncipe heredero de aquella monarquía. Cuando este asunto se trató en el consejo, el príncipe de Condé, tomando la palabra en nombre del conde de Soissons, Montmorency y los demas de su partido, habló con suma energía contra la proposicion. Dijo que Enrique IV habia

prometido su hija Isabel al príncipe del Piamonte; y que él creeria ofender la memoria de tan gran rey consintiendo en una alianza, contra la cual se habia declarado Enrique tan manifiestamente.

Los que sabian que los que hablaban de esta manera, eran enemigos mortales del rey difunto en los últimos años de su vida, no se dejaron engañar por tan afectada delicadeza; y creyeron mas verisimil que aquella cábala procuraba con su oposicion ganar á los calvinistas, siempre enemigos de la alianza de España. Condé pidió que se pasase á votar, porque estaba seguro de que el mayor número votaria por él: pero el duque de Guisa, heredero de la audacia de su familia, se levantó, y mirando con altivez al príncipe, dijo: «¿qué necesidad hay de deliberar? La alianza es tan ventajosa, que solo falta dar gracias á Dios por haberla permitido, y á la reina por haberla alcanzado.» Los ministros aplaudieron con algazara el dictámen de Guisa. Los opositores enmudecieron, y la alianza se aprobó á la mayoria de los votos. Condé y los suyos salieron de la junta muy descontentos, sin atreverse, como decia Montmorency, ni á huir ni á pelear.

Echaron la culpa de su derrota al canciller Sillery y al marques de Ancre: pidieron que se destituyese al primero, y procuraron obligar al segundo á retirarse, informándole secretamente de que querian asesi-

narlo. Pero ni las amenazas ni los artificios produjeron efecto. La reina sostuvo al canciller, y Concini, en lugar de abandonar el campo, se puso en situacion de defenderse, si le atacaban. Hubo de una parte y otra hostilidades, que la reina hubiera debido reprimir severamente. El marqués se apoderó por sorpresa de la ciudadela de Amiens, ciudad vecina á su marquesado, y puso fuerte guarnicion en aquella plaza para que fuese su asilo en caso de necesidad. Condé partió á su gobierno de Guiena, y se declaró abiertamente protector de los calvinistas, con los cuales afectaba tener amistad pública. Soissons, por su parte, no contento con seguir correspondencias sospechosas, tanto con los descontentos franceses como con Holanda, Inglaterra y los protestantes de Alemania, se hizo fuerte en su gobierno de Normandía, apoderándose por violencia ó por artificio de algunas plazas que la reina se habia reservado.

Cuando los descontentos supieron que el duque de Pastrana, embajador de España, iba á pedir la mano de la princesa Isabel, hermana del rey, creyeron intimidar á la regenta, acudiendo á la corte al frente de 500 caballeros. Pero viendo que la regenta tenia 2.000 sobre las armas, exhalaron su despecho en demostraciones impotentes y pueriles de descontento.

Por otra parte les faltaba la principal razon que habian alegado contra aquel casamien-

to: porque el duque de Saboya consentia en casar su hijo con Cristina, última hija de Enrique IV, en lugar de Isabel que era la mayor: y aun se tenia por dichoso en haberlo conseguido. Sus conexiones con los príncipes para lograr la mano de Isabel habia desagradado hasta tal punto á la regenta, que estuvo para concluir un tratado con la España, por el cual ambas potencias debian repartir entre sí los estados del duque, quedando para Francia los territorios cercanos á los Alpes, y para España los demas. El de Saboya conjuró esta tempestad, aceptando para su hijo la princesa que se le concedia; y en la corte de Francia hubo algunos momentos de tranquilidad, porque los príncipes tuvierou necesidad del marques de Ancre, contra el cual se habian declarado. El motivo fue el siguiente.

Maria de Médicis gustaba de diversiones y fiestas; y como su viudedad le impedia tenerlas en público, habia reunido una sociedad de las personas mas amables de su corte, con las cuales tenia en lo interior de sus aposentos banquetes, bailes, juego y otros festejos. Catalina de Cleves, viuda de Enrique el caricortado, duque de Guisa, y su hija la princesa de Conti, que dirigian estas diversiones, dieron entrada en ellas al caballero de Guisa, el hijo menor de la duquesa, dotado de prendas muy amables, y á quien la reina manifestó mucho cariño. Los príncipes, que supieron

esto, recelaron, que si aquella aficion creciese, podria la casa de Lorena volver á intervenir en los negocios del reino; y asi tuvieron por conveniente, no solo permitir el crédito del marques de Ancre para que se opusiese al caballero de Guisa; sino aumentar, si era posible, su favor, con la reina.

Así pues, la corte se dividió en dos facciones bien distintas: la del marques de Ancre y del ministerio, á la cual se agregó accidentalmente la del príncipe de Condé, y la de los Guisas, á quienes se agregaron los duques de Bellegarde y de Epernon. La primera adquirió poco despues un desertor de la segunda, que le reveló sus secretos y le dió la superioridad. Este fue el baron de Luz, que habia sido agente del infeliz mariscal de Biron, despues que este renunció á los servicios de Lafin. Pertenecia á la faccion de Lorena: pero habiendo tenido una disputa con el duque de Bellegarde acerca de intereses privados, y creyendo que en esta ocasion no le habia servido el duque de Guisa como debiera, se pasó al partido de los príncipes, y les reveló que el caballero de Guisa habia tenido la intencion de matar al marques de Ancre, su rival en el favor de María de Médicis.

La reina se manifestó indignada: y el caballero, que supo ó sospechó la causa, se encontró con el baron en la calle de san Honorato, le hizo bajar del coche, y reñir, y lo atravesó de una estocada. El hijo del muerto

desafió al homicida: pero tuvo la misma suerte que su padre. El marques de Ancre, aterrado del peligro que le amenazaba, formó el proyecto de retirarse á gozar á su pais de las riquezas que habia juntado: pero antes quiso ver si podia establecer una paz durable, valiéndose de su recurso habitual, que era derramar el oro y las dignidades del estado entre sus enemigos. Al duque de Guisa se dió una gratificacion de 100.000 escudos, y al caballero su hermano el gobierno de Provenza.

Pero la paz era imposible entre hombres tan bajamente ambiciosos, y que carecian del verdadero talento para gobernar. Una nueva cábala, que se llamó de *las mugeres*, manifiesta cuán ridículos eran los móviles de la política en la corte de María de Médicis. Las señoras, que ó fueron escluidas de la sociedad privada de la reina, ó admitidas en ella con poco aprecio, poseidas del enojo mugeril, emplearon todos los medios que la juventud, las gracias ó el nacimiento ponian á su disposicion para suscitar enemigos al gobierno. Impusieron á sus amantes el deber de ser del partido de la oposicion, y este artículo fue el secreto y principal de muchos casamientos.

Sublevacion de los grandes: paz de santa Menequilde: mayor edad de Luis XIII: estados de Paris (1614). Esta intriga ridícula no hubiera causado males de consideracion, á no haberse unido á ella el duque de Bouillon, hombre de firmeza, ambicioso como todos los

señores de su tiempo, pero de mas talento. Habia hecho servicios considerables á la corte, ya en la embajada de Inglaterra, ya en la asamblea de Saumur, donde se opuso á las ideas de Sully, que queria formar un partido de los calvinistas y ponerse á su frente. Habia cedido al marques de Ancre su plaza de primer gentilhombre de la cámara: sostuvo el ministerio, cuando el príncipe de Condé queria derribarlo. Pero jamas tuvo parte en los favores y gracias de la corte: y era evidente que solo le respetaban por la necesidad que tenian de él.

El duque de Bouillon, á quien no se ofendia impunemente, se aprovechó de las disposiciones que veia en los ánimos para la rebelion, y concertó un levantamiento general que hiciese á los ministros arrepentirse de haberle postergado, y obligase á la regenta á reclamar su auxilio. Habló con el príncipe de Condé; le manifestó cuan indigno era de él y de los demas príncipes y señores dejarse gobernar por un estrangero, por algunos hombres de toga y por una muger obcecada. Le exhortó á sacudir el yugo: le mostró que la principal nobleza, ya prevenida, estaba dispuesta á favorecerle, y le presentó un plan magnífico de operaciones, siguiendo el cual se veria en poco tiempo al frente del gobierno. El príncipe, asegurado de tener por compañeros en esta empresa á los hombres mas acreditados de la milicia y del pueblo, consintió

en seguir los consejos que Bouillon le daba. Tómanse las disposiciones con el mayor secreto: y despues de haber pasado el invierno entregados á los placeres, sin que ninguna queja anunciase el descontento, en un dia señalado salieron casi todos los grandes de la corte con el príncipe de Condé al frente de ellos, y se retiró cada uno á la provincia donde tenia gobierno y autoridad. El duque de Bouillon reservó para sí la parte mas dificil de la empresa, que fue quedarse en Paris, con el pretesto de adhesion á la reina; pero en la realidad, para atender á los intereses de los sublevados.

La sorpresa de los ministros fue estrema, y la monarquia corrió entonces gran peligro: porque los conjurados eran los hombres mas distinguidos de Francia y tenian á su devocion casi todas las provincias: pero las hostilidades se redujeron á la guerra de pluma. Publicaron un manifiesto, cuyas quejas recaian directa ó indirectamente sobre la regenta. «Se deja gobernar, decian, por un corto número de ministros que la engañan. Con ellos lo decide todo, sin llamar al consejo á los príncipes, ni á los grandes dignatarios de la corona. Prodiga las rentas del estado para enriquecer á un estrangero. Los empleos, dignidades y embajadas se dan sin discernimiento. El gobierno carece de consistencia. El edicto que se publica hoy, se revoca mañana, y se restablece dos dias despues. Los pueblos estan abrumados de contribuciones: el clero, la no-

bleza, el parlamento, todos se quejan. No hay miras políticas en Francia: España domina en nuestro consejo. La reina permite la usurpacion de Navarra, y todo lo sacrifica al deseo de efectuar un casamiento generalmente desaprobado.» Por último, acusaban á María de no dar á su hijo ningun conocimiento de los negocios, y de que no cuidaba de su educacion, para prolongar el tiempo de su regencia, y concluian pidiendo la convocacion de los estados generales.

A este manifiesto se dió una respuesta, intitulada: *defensa del favor contra la envidia*, cuyo título demuestra los orígenes de todos estos movimientos. En ella se decia, que si se habian verificado profusiones dañosas al reino, los que se quejaban de ellas, eran los mismos que estaban gozando de sus frutos, habiéndolas provocado por fuerza ó por importunidad. En cuanto á las quejas de las diferentes clases del estado, se aseguraba que eran sugeridas por los malcontentos, falsas ó mal fundadas: que los impuestos eran tan moderados como las circunstancias lo permitian; que jamas habia estado tan pacífico el interior de Francia, ni su dignidad mejor sostenida en las naciones estrangeras, y que el proyecto del casamiento del rey con la infanta de España era sumamente ventajoso á la monarquía.

La regenta fortificó estas razones con tropas que levantó fácilmente en el reino y en Suiza, porque no le faltaba dinero. Los prín-

cipes no le tenian, y por consiguiente ni fuerzas. Villeroi, hombre esperimentado, como que habia sido ministro bajo cuatro reyes, y porque habia visto á Enrique III perderse, porque permitió que las fuerzas de la liga se acrecentaran, aconsejó á María de Médicis que acometiese inmediatamente á los confederados mientras no tenian ni tropas reunidas ni proyectos fijos: pero la reina temia las traiciones propias de la época, y vacilaba: y el marques de Ancre, aunque mariscal de Francia, gustaba mas de las negociaciones que de los combates, y persuadió á la reina que transigiese.

María, estrema en sus determinaciones, queria hacer todas las concesiones que pedian los rebelados. «Yo sé, decia, que su intencion es hacerse dueños del gobierno. Les dejaré lo que no pueda defender, y juntaré los estados generales, no porque ellos lo han pedido, sino para reducir sus pensiones y reformar los abusos que no está en mi mano corregir.» Pero el consejo se opuso á este sistema, que hubiera aniquilado el gobierno, y el embajador de España declaró que si se daba tanta fuerza á la faccion de Condé, el rey su amo no entregaria su hija á merced de los enemigos del estado. Se vió pues la reina obligada á mostrar en la negociacion mas firmeza, y empleó en el convenio al duque de Bouillon, que de este modo llegó á ser, como deseaba, necesario á entrambos partidos. Las conferencias se celebraron en santa Menequilde, villa pequeña

en la frontera de Champaña; y el 15 de mayo se firmó un tratado, en que permanecieron íntegras las pretensiones de los malcontentos, y se les aumentaron dignidades y gratificaciones, sin que se dijese acerca de aliviar los pueblos, pretesto de la rebelion , otra cosa sino que la reina convocaria los estados generales. Esta paz se llamó *Malautrue* , espresion que en castellano se podria traducir *mal cocinada*. El duque de Vendoma, hijo natural de Enrique IV, y gobernador de Bretaña , fue el único que no se convino con los artículos de santa Menequilde, confiado en el apoyo de los protestantes: pero Duplessis Mornay, el hombre de mas influjo en la secta, los contuvo; y habiéndose presentado María al frente de un egército en las fronteras de Bretaña , se sometió Vendoma.

El 2 de octubre fue reconocido Luis XIII por mayor de edad en el parlamento de Paris, y los Estados se reunieron en esta capital el 26. Los tres órdenes deliberaron en cámaras separadas. Los representantes del estado llano eran casi todos jurisconsultos y magistrados. Hablaron con vehemencia contra los abusos del gobierno, designando con bastante claridad al marques de Ancre y á su esposa , como causas de todas las desavenencias y de las vejaciones y gravámenes que sufria el pueblo: pero añadieron á esta queja, no injusta, la del poco cuidado que, segun decian, habia puesto el gobierno en vengar la muerte de Enrique

IV, y en hacer pesquisa de los cómplices. Estas altercaciones, la oposicion al casamiento en España, y la cuestion de la independencia de la corona con respecto al poder espiritual, llenaron la mayor parte de las sesiones. María de Médicis, ofendida de los diputados, los trató con tanto desden, que los hizo enemigos irreconciliables y partidarios de Condé.

Primeras quejas públicas del parlamento: segunda sublevacion del partido de Condé: casamiento del rey con Ana de Austria (1615). El 23 de febrero de 1615, dia señalado para recibir las peticiones de la asamblea y cerrarla, presentó las del clero su orador Armando Juan Duplessis de Richelieu, obispo de Luzon, tan célebre despues. En ella exhortó al rey á dirigirse por los consejos de su madre, insistió sobre la necesidad de concluir los dos casamientos del rey y de la princesa Isabel, y representó que convenia que el consejo se compusiese de los príncipes, prelados y principales señores de Francia. Este mismo hombre fue despues el azote de María de Médicis, de la casa de Austria, y de los príncipes y grandes de su patria.

En esta ocasion, quedaron despues de la celebracion de los estados, algunos diputados en la corte, para tratar con ellos de las peticiones que no podian satisfacerse en el momento, y contra las cuales se suscitaron despues muchos obstáculos movidos por el duque de Bouillon, que no habiendo hallado en la rei-

na toda la gratitud que deseara por el servicio del tratado de santa Menequilde, determinó renovar las hostilidades contra el ministerio.

En los estados procuró que la asamblea se declarase abiertamente contra el marques de Ancre; y no habiéndolo conseguido, dirigió sus baterías al parlamento, compuesto de personas allegadas y amigas por parentesco y por profesion á los diputados del estado llano, tan maltratados por María. Esta dió con una imprudencia suya armas al enemigo: porque hostigada por los diputados permanentes á que satisficiese las peticiones, les respondió que se haria cuando el parlamento presentase sus quejas en esta materia.

Tres dias despues se reunieron todas las salas del parlamento, y deliberaron sobre los medios de hacer las representaciones. Algunos fueron de dictámen, que el parlamento convocase á los pares del reino, como individuos natos suyos, para que las reclamaciones del cuerpo tuviesen mas peso y dignidad, y este dictámen fue adoptado. Bouillon era el alma secreta de todas estas resoluciones.

La constitucion de Francia habia sufrido tan grandes mudanzas, que la convocacion de los miembros mas antiguos del parlamento pareció un atentado contra la autoridad real: porque ya era costumbre de muchos siglos que no se reuniesen los pares, sino convocados por el rey. El ministerio se opuso á esta medida y mandó anular el acta de convoca-

cion. El parlamento no se atrevió á desobedecer, y se disculpó de haber convocado á los pares. El rey recibió estas disculpas desdeñosamente, y dijo que tomaria conocimiento del negocio, y manifestaria su voluntad. El parlamento, movido por Bouillon á no desamparar el puesto, pidió á S. M. que declarase sus intenciones; y el canciller Sillery, en nombre del rey, respondió que el parlamento no tenia intervencion alguna en el gobierno del estado; ni aun el derecho de queja ó representacion, sino cuando el rey se lo ordenaba, y que así la convocacion de los pares habia sido atentatoria.

Pero el parlamento no se intimidó con esta respuesta: antes bien continuó trabajando en la redaccion de las representaciones: y el 22 de mayo pasó su gran diputacion al Louvre. El pueblo entero, inclinado al partido de Condé por odio al mariscal de Ancre, concurrió á verla. El rey y la reina la recibieron en la cámara del consejo, acompañados de los ministros y de los principales grandes del reino. El primer presidente pronunció un discurso muy respetuoso, y entregó el cuaderno de las representaciones á S. M., el cual prometió examinarlas, y mandó retirarse á la diputacion. Pero el primer presidente suplicó al rey que la mandase leer en presencia de los diputados, para que estos diesen al consejo las esplicaciones que se estimasen necesarias. Antes que la reina pudiese parar este golpe, Luis, que no

estaba advertido, dió permiso para la lectura; y esta fué la primera vez que se leyeron en público las quejas del parlamento.

Estas representaciones fueron notables por la energía y libertad que reinaba en ellas. Todas las cuestiones espinosas se ventilaban en aquel papel, todos los resentimientos de los partidos se reproducian. Impunidad de los cómplices en la muerte de Enrique IV: conducta de los favoritos y ministros: abatimiento de la grandeza, gravámenes de los pueblos, penuria del tesoro público; todas estas y otras muchas quejas se espusieron con amargura, y se pidió satisfaccion de ellas. María de Médicis se ofendió del escrito del parlamento como de una sátira contra su regencia: los ministros respondieron, los príncipes los acriminaron: y ya la deliberacion iba convirtiéndose en personalidades é injurias, cuando el rey la mandó cesar, diciendo á los diputados que se retirasen. Al dia siguiente un decreto del consejo declaró las quejas prematuras y hechas sin consentimiento del rey. El parlamento se negó á archivar este decreto, y el rey envió carta imperativa para que obedeciese.

El parlamento tuvo entónces la gloria de haber evitado una guerra civil, que se habria encendido indudablemente con su persistencia en la oposicion. Los individuos mas distinguidos por su prudencia y probidad en aquella ilustre corporacion persuadieron á los demas que se reconciliasen con la corte, como en efec-

to se hizo. El parlamento se disculpó con la reina, diciendo que nunca habia sido su intencion tachar el gobierno de la regencia, y el rey permitió que no se obligase al tribunal á archivar el último edicto. En esta célebre querella adquirió la magistratura grande preponderancia en el manejo de los negocios: porque á lo menos quedó indecisa la cuestion sobre el derecho del parlamento para convocar los pares de Francia.

Entre tanto María de Médicis activaba los preparativos del viage del rey al mediodía para recibir á su esposa Ana de Austria, y hacer la entrega de la princesa Isabel á la España. Como estos matrimonios eran el pretesto del partido de Condé contra el gobierno, salieron de la corte Condé, Bouillon, Mayenne, hijo del célebre gefe de la liga, Longueville y otros grandes señores, y se retiraron á las provincias donde tenian mas influjo.

A esta especie de declaracion siguieron manifiestos, sátiras, conferencias para reconciliarse y alistamiento de tropas. El rey salió para Burdeos con su corte, que era brillantísima, cubriendo su marcha un poderoso egército, mandado por el mariscal de Laval. Detras del egército real marchaba el de los sublevados, á las órdenes del duque de Bouillon: pero no hubo entre ellos encuentro alguno, contentándose Laval con defender su puesto, y Bouillon, cúyo egército era inferior en numero, con ocupar el Poitou y reclutarse en él.

Ana de Austria llegó á Bardeos el 22 de noviembre. Tenia entónces la misma edad que Luis XIII su marido; es decir, 15 años, con solo 5 dias de diferencia. En la primera entrevista manifestaron estar muy contentos uno con otro: pero esta buena disposicion no duró mucho; porque los que deseaban poseer esclusivamente la confianza del rey, le inspiraron sospechas sobre el amor de Ana á su familia de Austria; y persuadieron á Ana, que su marido no la amaba. Asi vivieron en un divorcio contínuo, interrumpido raras veces por reuniones pasageras, y causadas mas bien por las circunstancias que por el amor.

El primero que supo ganar la confianza de Luis XIII, fue Alberto de Luynes, caballero de Provenza, que agradó al rey por su destreza en la caza y en los demas egercicios y diversiones proporcionadas á la edad del príncipe. María de Médicis no concibió sospecha alguna ni de él, ni de sus dos hermanos, ni de la juventud alegre y festiva que rodeaba á su hijo: porque nunca los veia tratar de otra cosa sino de fiestas y pasatiempos. Pero cuando hablaban secretamente con el rey, no se olvidaban de esponerle los defectos del gobierno de su madre, y la ciega y perniciosa amistad que profesaba al mariscal de Ancre y á su muger. Luis XIII, que empezaba ya á manifestar la flaqueza de su caracter, recibió de esta manera impresiones, que nunca se borraron, contra su madre.

Tratado de Loudun: potencia y prision de Condé: nueva sublevacion de los grandes (1616). El rey estaba disgustado de una guerra, cuyo único objeto era defender el poderío del mariscal de Ancre. Su esposa deseaba llegar á Paris, donde la aguardaban grandes fiestas y diversiones, y toda la corte abundaba en su sentir y en el del monarca: así fue forzoso que Maria de Médicis hiciese la paz á cualesquiera condiciones. Las que aceptó en el tratado que se firmó en Loudun, fueron unas públicas y otras secretas, y todas desventajosas á la reina madre. En las públicas se estipuló que se haria una pesquisa severa acerca de los cómplices en el asesinato del difunto rey, por medio del parlamento de Paris: que se accederia á la mayor parte de las peticiones que hicieron los últimos estados: que las dignidades civiles y eclesiásticas se darian solamente á naturales del reino: que se declararia á los príncipes sublevados, inocentes y fieles servidores del rey, y se pagarian sus deudas del erario público.

Los artículos secretos fueron conocidos, cuando se vió la mudanza del ministerio. El canciller Sillery fue reemplazado por el presidente de Vair: la superintendencia de rentas, que tenia Jeannin, fue dada á Barbin, hombre desconocido: y Armando de Richelieu, obispo de Luzon, y criatura del mariscal de Ancre, á quien debia su obispado, fue nombrado consejero, y empezó su ilustre carrera

política. En fin, el príncipe de Condé se presentó en la corte, tomó parte en el gobierno, y durante algun tiempo fue el dispensador de los favores y casi el único dominador del reino.

El mariscal de Ancre parecia eclipsado: su plaza de Amiens fue dada al duque de Longueville, gobernador de Picardia, que la codiciaba. Es verdad que Condé le protegió contra los jóvenes caballeros de su servicio, que en dos ocasiones quisieron insultarle y aun asesinarle: pero no perdió ninguna ocasion de humillar al antiguo favorito. Habiendo dos lacayos de este herido gravemente á un artesano de Paris, fueron condenados á muerte, y se les ahorcó en frente de la casa del mariscal, vestidos con su misma librea.

El mariscal acababa de perder á su hija: única esperanza que le restaba de sostenerse en la corte, casándola en una familia principal y poderosa. Mil veces instó á su muger á que consintiese en retirarse de Francia, y pasar á Italia su patria, donde podrian vivir como príncipes: pero Leonor, ó por ambicion, ó por afecto á María de Médicis, nunca quiso venir en ello; y así fue causa de su ruina y de la de su esposo.

El mariscal, desairado y aborrecido en Paris, se retiró á Normandía, donde el duque de Longueville se apoderó por fuerza de la plaza de Peronne, de que Ancre era gobernador, á pesar de algunas tropas que envió el gobierno para impedir aquella usurpacion.

Este golpe atrevido abrió los ojos, no solo de la reina, sino tambien de Luynes, á cuyas miras de engrandecimiento no acomodaba la prepotencia de los príncipes: porque nadie dudaba que el de Condé habia animado y favorecido á Longueville para aquella empresa. Todos incitaban á Maria á acabar con el nuevo dictador: á un cortesano que le manifestó cuan maravillado estaba de su letargo, respondió: *no siempre he de dormir.*

El 1 de Setiembre fue preso el príncipe de Condé en el Louvre. Los duques de Vendoma, Mayenne, Cœuvres, Joinville, Guisa y Bouillon, sus partidarios, huyeron inmediatamente de la corte, levantaron tropas y se hicieron fuertes en Soissons y sus cercanías. La princesa viuda de Condé hizo mas: porque salió por las calles de Paris, gritando que iban á asesinar á su hijo: mas solo pudo conmover algunas gentes del populacho, que se contentaron con romper las puertas de la casa del mariscal de Ancre, y robar cuanto pudieron en ella.

Esta disposicion del pueblo ni corrigió á Maria de Médicis, ni á la mariscala, y Ancre volvió á Paris mas poderoso que nunca, y determinado á fundar su poder sobre bases indestructibles, ó á perecer en la empresa. Quitó los sellos á Vair, y los dió á Mangot: concedió á Richelieu su hechura grande preponderancia en el consejo: obligó á retirarse del ministerio á Villeroi y á los ministros aun del

tiempo de Enrique IV: fortificó á Quillebœuf, Pont de l'Arche y otras plazas cercanas á Paris para que le sirviesen de asilo en tiempo de desgracia, y de puntos de apoyo en caso de ataques: en fin, se apoderó de toda la administracion del reino, que Maria de Médicis puso á su arbitrio, y apenas daba cuenta al rey de ninguna de sus operaciones.

Muerte del Mariscal de Ancre: suplicio de su muger: destierro de la reina madre: elevacion de Luynes (1617). Soissons, defendida por Mayenne, era sitiada por el duque de Auvernia, que estuvo preso en la Bastilla desde la conspiracion de Entragues en tiempo de Enrique IV, hasta el año de 1616 en que María de Médicis le dió libertad para oponerlo al príncipe de Condé: por lo cual se dice que al salir de su prision, escribió en la puerta: *esta casa se arrienda.* Soissons iba ya á entregarse, cuando se verificó en la capital una catástrofe repentina, aunque no inesperada.

El partido de Luynes no cesaba de animar al rey contra el mariscal de Ancre y contra su madre. De esta le decian que amaba mas á Gaston, su segundo hijo, que á Luis XIII: y del mariscal, que su intencion era separar del lado del rey á todos los que eran adictos para afirmar su prepotencia, y pasar á delitos mayores contra la persona de Luis. Aterraban á este infeliz príncipe, colocando en sitio donde pudiese encontrarlos, puñales, ve-

nenos y anónimos, en que le aconsejaban que se guardase. Estas inquietudes y temores alteraron su salud, que nunca se volvió á reponer enteramente. En fin, los sublevados de Soissons no cesaban de escribirle prometiéndole fidelidad y obediencia, y dándole á entender que el mariscal de Ancre era el único obstáculo para la pacificacion universal. El rey, acometido por tantas partes, espidió la órden para su prision.

El 24 de abril, entrando el mariscal en el Louvre para asistir al consejo, se llegó á él el capitan de guardias y le pidió su espada. Ancre hizo un movimiento, no se sabe si para darla, ó para retirarse, y cayó muerto de tres pistoletazos que le dispararon los guardias. El rey se presentó en el balcon para autorizar el hecho. El pueblo, que acudió á la novedad, dió la enhorabuena á Luis, como de un triunfo público; entretanto se licenció la guardia de la reina madre, se puso en sus cuartos la del rey, y Leonora Galigai fue presa casi á la vista de su señora.

Al dia siguiente el pueblo desenterró el cadaver del mariscal, al cual se habia dado sepultura en la iglesia de san German el Auxerres, y cometió en él cuantos horrores pueden imaginar el rencor mas feroz y la barbarie mas estúpida; pues llegaron hasta destrozarlo á bocados. Apenas se supo este acontecimiento en Soissons, cesaron las hostilidades sin capitulacion ni tratado. Villeroi, Jeannin y los

demas ministros antiguos volvieron á sus puestos. Los que debian su elevacion al mariscal, se retiraron espontáneamente, escepto Richelieu, que no quiso abandonar á la reina madre en su infortunio.

María de Médicis, despues de haber solicitado en vano la gracia de ver á su hijo, y de habersele insinuado que el único medio para desarmar el enojo del rey, era que se ausentase de la corte por algun tiempo, salió el 4 de mayo para el castillo de Blois, donde vivió, en apariencia libre, pero en la realidad custodiada por las guardias del rey.

La mariscala de Ancre, mas altanera y codiciosa de oro que su marido, fue puesta en juicio ante el parlamento, cuya sentencia dictó de antemano la pasion. En su proceso no aparece prueba alguna de las concusiones y manejos, que eran su verdadero delito; y parecia cosa muy estraña, que una muger, en cuyas manos habian estado por tanto tiempo las riendas del estado, no pudiese ser acusada sino del crímen de hechicería. Por él se la condenó á ser degollada, quemada y sus cenizas arrojadas al viento. Sufrió el suplicio con valor, y á pesar de las vociferaciones crueles del populacho, solo atendia durante aquellos dolorosos momentos á la voz del sacerdote que la auxiliaba. Su cuñado el arzobispo de Tours se retiró á un pueblo pequeño, donde vivió poco tiempo. Su hijo, jóven de 15 años y muy amable, fue entregado inhumanamente á la servidumbre de

palacio para que le sirviese de ludibrio. Despues se le tuvo preso algunos meses en el castillo de Nántes, y en fin se le desterró á Florencia, donde vivió con escasa fortuna algun tiempo, y falleció de pesar. Asi acabó esta familia, egemplo de elevacion no merecida, y de caida espantosa, quizá menos merecida que su elevacion.

Los demas amigos y hechuras del mariscal participaron de la desgracia comun. Barbin y Mangot fueron presos. Richelieu, á quien se continuó admitiendo en el consejo, y que siguió á Blois á la reina madre, se le mandó separarse de ella, se retiró primero á una abadía que tenia en el Anjou, despues á su obispado de Luzon, y últimamente fue desterrado á Aviñon. Quedaron al frente del gobierno Villeroi, Vair y Jeannin. Villeroi falleció poco despues, llorado de todos los verdaderos amantes de la patria. Enrique IV decia de él: «nunca se cansa de trabajar, y siempre trabaja bien.»

Luynes, habiendo conseguido derribar á sus enemigos y dominar enteramente en el corazon de Luis XIII, hizo lo mismo que antes de él habian hecho el príncipe de Condé y el mariscal de Ancre, y concentró en sus manos toda la autoridad. Esto produjo los mismos efectos que se habian visto ya contra aquellos dos ministros: envidias, odios y levantamientos, que infestaron el reinado de Luis XIII, hasta que el genio de Richelieu, puesto al frente de

la administracion, le dió un impulso mas noble, y proporcionó á la historia páginas mas dignas de ella, que la narracion monótona de las guerras innobles de hombres medianos y que solo debian su elevacion á su nacimiento ó al favor.

A fines de este año se celebró en Ruan una asamblea de los notables del reino, nombrados por la corte, en la cual se trató 1.º de la composicion del gobierno, y 2.º de algunas reformas en materia de administracion de rentas. En cuanto al primer punto se decidió que el ministerio debia quedar de la manera que el rey lo habia arreglado, y asi se consolidó la autoridad del duque de Luynes (porque ya el rey le habia conferido este título). En cuanto al segundo se suprimieron algunos impuestos demasiado gravosos: y el valido hubiera entrado de muy buena gana en esta carrera de reformas, á la cual se inclinaba por la bondad de su carácter, si se lo hubiese permitido el furor de las facciones, opuestas siempre al que goza de la confianza del príncipe.

Dos eran en esta época los partidos que hacian oposicion al gobierno, el del príncipe de Condé que continuaba preso en la Bastilla, y el de la reina madre que insistia siempre en conseguir su libertad y reconciliarse con su hijo. A este partido se unió el pueblo, indignado de que se separasen por intereses políticos dos personas que la humanidad y la religion mandaban que estuviesen siempre enlazadas

con el vínculo del amor. El ministerio se valia de cierta especie de *báscula* para contener á los dos partidos que se detestaban recíprocamente. Al de Condé, cuando manifestaba demasiada turbulencia, le amenazaba con llamar á la reina á la corte; y al de la reina, con sacar de la Bastilla á Condé, ponerle al frente del gobierno, y encargarle la egecucion de un decreto que mandaria volver á María de Médicis á su patria Florencia.

Tal era el estado de las cosas, cuando un florentin formó el atrevido proyecto de restituir la libertad y el antiguo poder á la reina madre. Este hombre era Ruccellai, que no habia venido á Francia, como Concini, para hacer fortuna, sino para gozar de los considerables bienes heredados de sus padres. Por la amistad del marques de Ancre consiguió la abadía de Signy, situada en el territorio de Rethel. A su casa concurria la mas brillante juventud de la corte: tenia mesa espléndida, y segun la cocina italiana, muy superior entonces á la francesa: daba conciertos, bailes, juegos y muchos regalos á las señoras que concurrian á su sociedad. Cuando pereció Ancre, siguió á la reina á su destierro, y despues se volvió á la corte: lo que en un hombre tan voluptuoso y sibarita como él, se atribuyó al fastidio que le habia causado la triste mansion del castillo de Blois: y el gobierno se contentó con prohibirle que volviese á ver la reina madre ni tuviese correspondencia con ella.

Ruccellai fue á su abadía, y desde ella pasó disfrazado á Blois donde halló medios de hablar con María de Médicis y concertar los medios de lograr el proyecto. Volvióse á Signy y pasó á Sedan á conferenciar con el duque de Bouillon, á quien exhortó á que se pusiese al frente del partido de la reina madre para restituirla á la libertad. Bouillon, aunque no tenia motivos para estar contento de María de Médicis, lo estaba menos del duque de Luynes que le dejaba consumirse en fastidiosa ociosidad: pero hallándose sin medios para emprender por sí mismo libertar á la reina, dijo á Ruccellai: «el duque de Epernon es quien únicamente puede favorecer vuestra empresa. Manda cinco provincias, tres en el interior del reino, que son el Saintonge, el Angumes, y el Limosin, donde hay mucha nobleza belicosa y afecta á su gobernador; y dos en la frontera, los tres obispados, por donde puede recibir socorros de Alemania, y el Boloñés que le pone en comunicacion con Inglaterra. Es ademas comandante de muchas plazas: pero la que hace mas á vuestro intento es la de Loches, que por su cercanía á Blois puede favorecer mucho la evasion de la reina. Ademas de este poder, goza de rentas considerables, ha juntado mucho dinero, y su empleo de coronel general de la infantería francesa pone bajo sus órdenes siete ú ocho mil hombres de las tropas mas disciplinadas del reino: en fin, tiene muchos hijos

jóvenes y esforzados, muy capaces de auxiliarle en la empresa, y goza de una reputacion de prudencia, vigor y prevision tan bien establecida, que apenas haya desplegado su estandarte, una multitud de descontentos de todas clases y estados, acudirán á aumentar sus fuerzas. Contra Enrique el grande, cuya superioridad conocia y apreciaba, solo hizo algunas leves tentativas para adquirir autoridad en el gobierno; y desengañado, se contentó con el crédito que le daban sus empleos: pero ahora los negocios han mudado de aspecto, y Epernon desprecia al privado y á la juventud cortesana, que no han hecho caso de él. Aborrece al ministro, que disminuye sus sueldos, paga mal sus pensiones, y concede á otros los honores y preferencias que Epernon cree que le son debidas. Tampoco quiere bien al rey, y cuando últimamente se le mandó salir de la corte, lo hizo con un aparato insultante para la autoridad. Faltó poco para que el monarca ofendido le hiciese arrestar; y el orgulloso viejo conserva por ello un resentimiento que le hará capaz de emprender. Id pues, á Metz, donde ha fijado su residencia. Si sabeis lisongear su amor propio, adoptar sus ideas, y no contrariar su carácter obstinado; en fin, si conseguis agradarle, no hay cosa que no debais esperar de él.» Este discurso del duque de Bouillon manifiesta cuáles eran los sentimientos y conducta de la nobleza francesa en aquel siglo.

Ruccellai no podia lisongearse de ser bien recibido del duque de Epernon: porque habia tenido una disputa muy agria con él, y aunque fue maltratado en ella, como debia esperarse, temia todavia, como pequeño, el resentimiento del grande. Sin embargo, resuelto á seguir el consejo de Bouillon, tomó la precaucion de enviar un emisario, que hablase con Plessis, confidente de Epernon, y que callando el nombre de su principal, hiciese la propuesta. Esta no fue mal recibida; y Ruccellai, viendo el negocio en tan buena situacion, ó por no repartir con otro el honor de haberlo concluido, ó porque ocurrian dificultades que él solo podia vencer, se presentó en Pont á Mousson, y pidió al duque una conferencia. El enojo de Epernon fue grande, cuando supo que un italiano ofendido era dueño de su secreto; y en el primer movimiento queria arrestarle, matarle, ó á lo menos tenerle en prision hasta que nada tuviese que temer de su locuacidad ó de su venganza. Ruccellai le representó que siendo el agraviado, debia ser tambien el que conservase resentimiento: pero que lo sacrificaba todo al buen logro de un proyecto, útil á la Francia y honroso para Epernon, y que lleno de confianza en su generosidad, no titubeó en ponerse en sus manos sin condiciones ni garantías. Esta última razon hizo mucha impresion al duque, porque lisongeaba su vanidad. Recibió á Ruccellai con bondad, y le escondió en un aposento escusado,

donde venia frecuentemente á conferenciar con él en compañía de sus hijos el marques de Lavalette y al arzobispo de Tolosa.

Ruccellai supo seducir al duque con lisonjas, para que no viese el peligro á que se arrojaba. Prometióle en nombre de la reina la intervencion de los Montmorencis, de la casa de Lorena, del duque de Bouillon y de otros muchos descontentos. Con estos datos se arrojó Epernon á una empresa que podia costarle el honor y la vida.

Libertad de la reina madre y del príncipe de Condé (1619). Durante 15 dias tomó la costumbre de salir de Metz por la mañana con parte de la guarnicion, y muchas veces con su familia y equipage, para deslumbrar á los espias de la corte. El 17 de enero escribió al rey pidiéndole licencia para pasar á los gobiernos de Saintonge y Angulema, suponiendo que en la corte no se creeria que saldria de Metz hasta tener la respuesta y el permiso, y que esta creencia retardaria las disposiciones que el gobierno tomase para detenerla. El 18 salió el arzobispo de Tolesa, diciendo que iba á residir en las tierras de su familia: y el 21 por la mañana partió Epernon con 100 caballeros bien armados y todo su equipage. El marques de la Valette quedó encargado del mando de la plaza, y cerró las puertas apenas salió su padre, prohibiendo la entrada y salida de la plaza durante tres dias. Tambien envió patrullas hácia el camino de Paris con órden de detener

á todos los viageros que iban á la capital.

Epernon atravesó sin obstáculo la Champaña, la Borgoña, el Nivernes y el Berry, haciendo jornadas de 10 leguas en lo mas riguroso del invierno, aunque el tiempo era bueno. Llegó á Confolens, villa fronteriza del Poitou, donde el arzobispo de Tolosa salió á recibirle al frente de 300 caballeros. Mas no halló noticias ni órdenes de la reina por el motivo siguiente. Apenas Ruccellai estuvo cierto de que Epernon se resolvia á la empresa, lo escribió á María de Médicis y dió la carta á uno, llamado Lorme, de quien se habia servido para otros negocios, prometiéndole grande recompensa si cumplia la comision con fidelidad. Lorme, sospechando por esta promesa, que el paquete que se le habia confiado, era de importancia, resolvió entregarlo al duque de Luynes, de quien esperaba mayor premio; pasó á Paris y pidió audiencia al privado: pero se le tuvo por un intrigante que solo venia á sacar dinero, y se le dejó tres dias en las antesalas.

Dubuisson, consejero del parlamento, muy afecto á la reina madre y al duque de Epernon, y que conocia á Lorme, supo de un lacayo suyo que este hombre estaba en Paris. Admirado de que no hubiese pasado á verle como acostumbraba, hizo indagaciones, y supo que iba con frecuencia á casa de Luynes. Recelando alguna traicion, le destacó un emisario, que se fingió enviado por el duque de

Luynes para oirle, le dió 500 escudos, y se apoderó de las cartas, y las guardó.

Epernon, careciendo de noticias de la reina, se retiró á Angulema, y envió á Blois un confidente suyo, llamado Cadillac, por el cual tuvo María la primera noticia del proyecto, y se preparó á egecutarlo por medio del conde de Bresne, su primer escudero; que aunque nombrado por la corte, no se negó á contribuir á su libertad. En la noche del 21 al 22 de febrero bajó la reina por una escala arrimada á la ventana de su gabinete, atravesó á pie los jardines, acompañada de Catalina su confidenta que llevaba la caja de las joyas. A la puerta encontraron á Bresne y á Duplessis, hermano de Richelieu, que las llevaron á un coche situado á la salida de los puentes. Entraron en él y se dirigieron á Montrichard con pocos caballeros de escolta, que se reforzaron en el camino con otros 15, guiados por Ruccellai. En Montrichard hallaron al arzobispo de Tolosa, y en Loches al duque de Epernon. Así recobró su libertad la viuda de Enrique el grande.

El duque de Luynes propuso en el consejo del rey hacer la guerra con vigor: pero Luis XIII se decidió por la negociacion. A pesar de estar siempre rodeado de los partidarios del duque, no dejaban de llegar á sus oidos las quejas del pueblo contra una lid impía entre una madre, que ningun delito habia cometido en solicitar su libertad, y un hijo mal

aconsejado. Luynes pues se redujo á procurar que se separase la causa de María de Médicis de la de Epernon, en quien se queria hacer un escarmiento: pero la reina se negó á ello con suma firmeza. Algunas demostraciones hostiles que hicieron entonces las tropas del rey, tomando y saqueando á Uzorque, villa del Angumes, cesaron por el grito universal que se levantó en la nacion, y por las amenazas de la faccion de Condé, que era muy poderosa en la corte.

Envióse pues al duque de Bethune, hermano del duque de Sully, para que transigiese con María de Médicis: y aunque hábil negociador, pidió un segundo; y se le dió á Richelieu que estaba en Aviñon, mal visto de la autoridad pontificia, y deseaba ardientemente volver á la corte. Eligiósele, porque se conocia su ascendiente sobre el ánimo de la reina madre. Esta queria, cuando se entabló la negociacion, que el duque de Epernon, no solo quedase libre de toda pena, sino tambien se le declarase buen servidor del rey. Richelieu demostró á ella y al duque cuán imposible era semejante declaracion con respeto á un vasallo que habia tomado las armas contra el estado, y que Epernon debia contentarse con conservar su dignidad y quedar exento del castigo. El duque que via destruidas las esperanzas de juntar un egército poderoso, pues ninguno de los que le prometió Ruccellai que se declararian por él, se movió de su casa,

vino en el concierto mal de su grado, y hubo de aceptar cartas de abolicion; es decir, un indulto que suponia delito. Esta empresa y su resultado disminuyó mucho la idea que generalmente se tenia de su prudencia y capacidad.

A la reina se le concedió el gobierno de Angers con los derechos regios, y las ciudades de Angers, Chinon y Pont de Cé, como plazas de seguridad, con la promesa de una entrevista con el rey, que se verificó en Courcieres, villa cercana á Tours. Estuvieron tres dias reunidas las dos cortes: la de Luis obsequió muchisimo á la reina madre: pero esta no logró lo que deseaba, que era hablar con su hijo en particular. «¿Qué haré, preguntó un dia al príncipe del Piamonte su yerno, para recobrar el cariño de mi hijo?» Y el príncipe le respondió: «amar con sinceridad á todos los que él ama: estas dos palabras contienen la ley y los profetas.» María de Médicis fue siempre infeliz por no haber seguido este consejo.

Arregladas de esta manera las desavenencias entre el hijo y la madre, se dió libertad al príncipe de Condé, que habia tres años que estaba preso. La declaracion del rey fue muy honorífica, como al fin para un príncipe de la sangre. La reina madre se quejó, porque en aquel escrito se echaba la culpa «á los malos ministros de la prision del príncipe.» Estos *malos ministros* eran el mariscal de Ancre y sus partidarios, que formaban el consejo de la reina cuando Conde fue preso.

Richelieu quedó en Angers al lado de la reina madre con el título de canciller suyo, no solo bien visto de la corte de Luis XIII por el buen éxito de la anterior negociacion, sino tambien comisionado por ella para separar del lado de María de Médicis los que no acomodaba á Luynes que estuviesen allí. El confidente de esta inteligencia secreta entre Luynes y Richelieu era el célebre padre José, capuchino, que despues fue el brazo derecho del obispo de Luzon. Este no cesaba de persuadir á la reina madre, que se reconciliase enteramente y de buena fe con su hijo. Los cortesanos de María, ofendidos del gran favor de Richelieu, desertaban su corte, y eran perfectamente recibidos por el duque de Luynes.

Sublevacion de la cábala: combate de Pont de Cé: vuelta de la reina madre á la corte (1620). Pero si era grande la desercion de los cortesanos de María, mayor era el aumento de los enemigos y envidiosos del duque de Luynes, que creyeron la ocasion oportuna, cuando vieron á la reina madre en libertad, para lograr la caida del valido, reuniéndose á ella. A este proyecto se llamó *cábala.* Empezaron á desertar de Paris y á encaminarse á Angers los señores de la corte; y á pesar de los ruegos y amenazas de Luynes, esta desercion fue en poco tiempo casi general, y se hizo una locura epidémica y de moda que trastornó todas las cabezas. Ni la salida de la corte se hacia á escondidas, sino preparándose públicamente al

viage, y dando materia á la conversacion del dia. Los que no se quedaban en Angers, se iban á sus gobiernos: de modo que parecia que toda Francia hacia causa comun con la reina María de Médicis.

El príncipe de Condé propuso en el consejo acometer á Angers con prontitud y disipar con este solo golpe toda la faccion: y para evitarlo, los duques de Epernon y de Mayenne instaron á María á que transfiriese su residencia á las provincias meridionales del reino, donde ellos eran poderosos: pero Richelieu, que continuaba siempre su comunicacion secreta con Luynes, la persuadió á no salir de Angers: á valerse del gran partido que se habia levantado á su favor para lograr mejores condiciones de paz, y á no ponerse en manos de los hombres que solo miraban y querian en ella un instrumento de guerra civil. Este consejo era prudentisimo y saludable á la reina, al rey y â la Francia: y María de Médicis, á pesar de su carácter vengativo que la inclinaba á solicitar el triunfo por la fuerza de las armas, no pudo dejar de seguirlo.

En fin el rey se puso en marcha con su egército, mandado por Condé, y al momento se conoció la debilidad de la cábala. Ruan le abrió sus puertas sin intimacion: Caen se rindió despues de una corta resistencia: el duque de Longueville, gobernador de Picardía, escribió una carta de sumision, y se retiró á un rincon de su provincia. Despues atravesó el

egército el Maine y la Perche, y acampó el 30 de julio á seis leguas de Angers. María de Médicis envió entonces diputados para tratar de paz, y Luis los recibió muy bien: y empezó la negociacion entre Richelieu y Luynes.

El príncipe de Condé, que sirviendo al hijo pretendia quizá vengarse de la madre, atacó á Pont de Cé, plaza de la reina, distante dos leguas de Angers. Las tropas de María huyeron desordenadas al primer tiro, de modo que no hubo muertos, aunque sí muchos prisioneros. Los ministros del rey censuraron en el consejo este acto de hostilidad, cuando ya las negociaciones estaban tan adelantadas: pero Condé les respondió: *el rey no debe aguardar*. En fin el 9 de agosto se cerró el tratado. Concediase perdon á los prisioneros y á todos los que se sometiesen en el término de 8 dias: pero no se devolverian los empleos de que el rey habia dispuesto ya. La reina debia volver á Paris con su hijo; y se solicitaria el capelo de cardenal para el obispo de Luzon.

La entrevista del rey con su madre se verificó el 13 de agosto en el castillo de Brissac, y fue mas cordial que la de Courcieres. Luis abrazó á la reina, y la dijó: «ya os tengo en mi poder: y no os volvereis á escapar.» María le respondió: «fácil os será detenerme: porque estoy convencida de que un hijo como vos siempre me tratará como á madre.» De allí partieron al Poitou y á la Guiena para pacificar estas provincias; y receloso el ministerio

de que la presencia de la reina madre autorizase á los poderosos de aquellos paises para pedir mas de lo que debieran, los contentó de antemano. En cuanto á los pequeños, fueron abandonados de los señores ya satisfechos: y recibieron todas las humillaciones, que no se atrevia la corte á descargar sobre los grandes.

La reina madre volvió á Paris á principios de otoño, y reunió su corte con la de su nuera. El rey pasó al Bearne, para obligar á los calvinistas á restituir á los católicos los bienes que les habian quitado desde los tiempos de Juana de Albret: reunió el Bearne á la corona: erigió en Pau un nuevo parlamento, y restableció el culto católico, abolido en aquel principado 50 años antes. Despues volvió á Paris, y esta fue la única circunstancia de su vida, en que se le vió alegre y amante de su muger. Llegó el 7 de noviembre muy temprano acompañado de 54 jóvenes que corrian á toda brida, sin ser anunciado, y atravesó toda la ciudad. Al ruido que hacian los caballos y las bocinas de los maestros de posta, salieron los habitantes de las camas, las ventanas se poblaron de curiosos, y apenas reconocieron á Luis, empezaron á gritar *viva el rey*. El pueblo le acompañó hasta el Louvre. La guardia, viendo venir esta tropa mezclada confusamente de gente de á caballo y de á pie, se puso en defensa; pero á la vista del rey, las barreras se abrieron, y Luis, atravesando rápidamente los aposentos, fue á abrazar á su madre, y des-

pues á su esposa, causándoles tanta sorpresa como placer. En la ciudad se cerraron las tiendas, se suspendieron los trabajos, y el pueblo se divirtió con juegos y danzas como en un dia de fiesta. En lo restante del invierno hubo en palacio muchos regocijos: la reina Ana de Austria bailaba con perfeccion, é hizo papel en muchas composiciones, llamadas *bailes* en español, y en frances *ballets*, en las cuales habia danza, canto y representacion: y el rey, á pesar de su seriedad, no se desdeñó de ser actor en estas diversiones.

El ministerio habia tenido órden de solicitar de Roma el capelo para Richelieu: y el marques de Cœuvres, embajador de Francia en aquella corte, la tenia del rey para instar al sumo Pontífice por aquella gracia. El papa disimuló algun tiempo; pero al fin, fatigado de la importunidad del embajador, le dijó: *os engañan*; y le mostró cartas del rey mismo en que le decia que no hiciese caso de aquella solicitud. Sin duda temia el duque de Luynes la influencia que esta nueva dignidad daria á un hombre, cuya superioridad empezaba ya á ser conocida. La promocion de cardenales pasó sin que se hiciese mencion de Richelieu; y este hábil político, atribuyendo su desgracia á la aversion antigua que le tenia la corte de Roma, supo ocultar á todos que conocia la verdadera causa del desaire; bien convencido de que en la corte á nadie se aborrece mas que á aquellos á quienes se han hecho malos oficios,

Guerra contra los calvinistas: sitio de Montalban (1621). En este tiempo empezó en Alemania la célebre guerra de 30 años por la sublevacion de los protestantes de Boemia contra el emperador Fernando II, que solicitaba coartar los privilegios concedidos por sus antecesores. Los boemios eligieron por rey á Federico, elector palatino, y este aceptó por su desgracia y la de su patria. El Austria para recibir socorros de España por Milan, se habia apoderado de la Valtelina, perteneciente á los grisones, aliados de Francia.

El ministerio de Luis XIII, que no queria romper con España, y mas cuando los calvinistas del interior comenzaban á alborotarse, envió á decir á sus aliados protestantes de Alemania, que no favoreciesen al elector palatino contra el emperador: mas no queriendo tampoco abandonar la causa de los grisones sus aliados, encargó á Bassompierre, embajador de Francia en Madrid, que solicitase una esplicacion del gobierno de Felipe IV, que acababa de suceder á su padre Felipe III. El ministerio español satisfizo inmediatamente á Luis XIII, y se prestó sin dificultad á hacer un convenio para la evacuacion de la Valtelina. Bassompierre no disimuló á su corte que le parecia sospechosa la pronta condescendencia de la corte de España: «pero en fin, concluia, yo cumplo mi deber de embajador enviándoos palabras: á vosotros toca hacer que sean observadas.»

Los calvinistas de Francia, aterrados con la restitucion de los bienes eclesiásticos en el Bearne, convocaron una asamblea general de su partido en la Rochela. En vano el rey prohibió su celebracion: en vano les ofreció algunas ligeras satisfacciones de los agravios de que se quejaban: en vano Mornay, Rohan, Chatillon, Lesdiguieres, La-Trimouille y otros gefes de su partido intervinieron para inspirar á la asamblea sentimientos de moderacion. Nada pudo oponerse al espíritu de vértigo que reinaba en ella. El 10 de mayo publicó una declaracion, por la cual quedaban divididas en ocho círculos las 800 iglesias que poseia la reforma en Francia, y se arreglaban las contribuciones, la disciplina de las tropas, los alistamientos, y en general cuanto pertenecia á la paz y á la guerra: «todo, se añadia, bajo la autoridad del rey.» A no ser por esta frase, el reglamento seria idéntico con el de la república de las provincias unidas.

Contra semejante osadía, los manifiestos y las amenazas eran inútiles sin fuerza armada que los sostuviese. Luis marchó con su egército hácia el bajo Poitou y el Saintonge para pasar desde alli á la Rochela. Rohan, aunque desaprobaba las resoluciones de su partido, las sostuvo por principio de religion, y tuvo contra sí á Lesdiguieres, que aunque calvinista, mandaba las fuerzas del rey. Aquellas dos provincias se sometieron, no sin algunos combates obstinados, como fue el sitio de san Juan

de Angely, donde se vió obligado á capitular Soubise, hermano del duque de Rohan. El duque de Epernon, otro general del rey, bloqueó la Rochela. Estos triunfos eran muy lisongeros para el duque de Luynes, cuyo poder llegó al mas alto grado en este viage, en que terminó su vida.

Habia siete años que Francia estaba sin condestable: porque no habian ocurrido guerras de consideracion que obligasen á dar á un general un poder tan estenso. Pero en la presente se tuvo por acertado concentrar la direccion militar en un solo caudillo. Cuando se trató este asunto en el consejo, se reunieron todos los votos á favor del duque de Lesdiguieres, que habia hecho la guerra toda su vida y conseguido grandes triunfos: pero era calvinista. Luis le instó á que abjurase su secta: mas él se resistió, no tanto, segun se dijo, por afecto á su creencia, cuanto por favorecer al ministro; y estendió su complacencia hasta decir al rey que no podia hacer mejor nombramiento, que el del duque de Luynes.

Luis, apoyado en un testimonio tan irrecusable, dió la espada de condestable á su favorito, el cual nombró inmediatamente á Lesdiguieres mariscal general de los campos y egércitos del rey: de lo cual se congeturó que Luynes deseaba la primera dignidad de la corona, no tanto para adquirir la autoridad que daba, cuanto para que otro no tuviese el título.

El mismo deseo de dignidades le movió sin duda, cuando falleció el canciller Vair, á no permitir que los sellos pasasen á otras manos diferentes de las suyas. En fin, para mostrar hasta donde llegaba el crédito del valido y la facilidad del príncipe, Luynes arrojó de la corte al padre Arnoux, confesor del rey, y muy amado y estimado de este príncipe. Lo quitó, porque averiguó que daba á su penitente consejos, sin haberlos antes acordado con él, y puso en su lugar un confesor de su eleccion; sin que el monarca, á quien apenas se habia dado noticia de esta mudanza, manifestase ni sentimiento de perder su confesor, ni indignacion por verse dominado tan despóticamente.

Con una influencia tan poderosa en todas las partes del gobierno, en la milicia, en la magistratura y en la corte, era necesario, ó triunfar siempre, ó resignarse á ser herido por todos los dardos de la malicia y de la envidia, y á aceptar la culpa y la censura de todas las desgracias: y esto es lo que sucedió al duque de Luynes. Despues de muchas victorias, el egército de Luis sufrió un reves delante de Montalban, defendida por el marques de Laforce, uno de los calvinistas que escaparon de la matanza de san Bartolomé. Perecieron en este sitio 8000 hombres de las tropas reales, entre ellos el duque de Mayenne, heredero del afecto que los católicos profesaron á su padre. Levantóse un grito universal contra Luynes: culpósele de incapaz para la guerra: de autor de todas

las resoluciones perniciosas que se tomaban en el consejo, de la indisciplina de las tropas, de la depredacion de las rentas, de la creacion de nuevos impuestos, de la renovacion de los antiguos, en fin, de todos los accidentes desgraciados, aunque fuesen consecuencias necesarias, del curso ordinario de la naturaleza, como las inundaciones, los yelos y las nieves, que impidieron la toma de Montalban.

Mientras toda Francia maldecia á Luynes, este hombre, abrumado de riquezas y dignidades, tan admirado de los unos y tan envidiado de los otros, luchaba contra una calentura, cuya malignidad se aumentó con el pesar del último desastre, y que le acometió en Lonquetil, aldea del Quercy. Solo resistió cuatro dias á la enfermedad, y falleció el 15 de diciembre, á la edad de 32 años. Dijose entonces que Luis XIII empezaba á cansarse de él, y que no hubiera tardado mucho en derribarlo.

Luynes hizo un verdadero servicio á la Francia, abreviando la dominacion de María de Médicis. La crueldad de que usó con el mariscal de Ancre y con su muger, fue hija de la política, y no de su carácter, naturalmente bondadoso. Era preciso hacer creer á la Francia con lo espantoso de los suplicios, que aquellos italianos, abusando del favor que tenian con la reina madre, iban á causar la entera destruccion del reino; lo que no estaba muy distante de la verdad. Despues de la

muerte de Luynes, se habló poco de él, porque no habia mucho mal que decir.

Paz de Mompeller (1622). Lesdiguieres heredó de Luynes la espada de condestable, que sirvió de recompensa á su conversion, por la cual no se creyó esta muy sincera. La reina madre fue la que instó al rey á que no dejase vacante aquella dignidad; temiendo que si se via sin general, se creyese obligado á mandar en persona sus egércitos, y abandonase las delicias de la corte por los trabajos militares: porque Luis gustaba de la guerra, y no temia los peligros de ella. En campaña no era aquel hombre del gabinete, suspicaz y tímido, que tenia necesidad de un ministro para fijar su irresolucion, y de un valido para desahogar su corazon: sino un verdadero capitan y un valiente soldado. Despues de haber arreglado en su alojamiento los medios de subsistencia de las tropas, y las marchas y ataques, se ponia al frente de los soldados, y con su continente marcial los incitaba á arrostrar los mayores peligros. Desplegó con gloria sus conocimientos militares en la guerra que hizo á los calvinistas en el Poitou, pais cortado y pantanoso, donde á pesar de la debilidad de su temperamento, de la oposicion de sus cortesanos y de una primavera fria y lluviosa, el jóven monarca, casi siempre á pie, y muchas veces con el agua hasta la cintura, persiguió á Soubise, le venció, y le hizo retirarse á la playa del mar, donde se creyó seguro detras de muchos

canales cuyos vados guarneció de tropas: pero en la misma noche pasó el rey tres de aquellos brazos, arrostrando el fuego de los enemigos, y los obligó á meterse en las barcas que tenian preparadas para escapar en caso de derrota, y á abandonar aquella provincia, que era su principal recurso.

Dejó al conde de Soissons delante de la Rochela, y al duque de Guisa bloqueando con su escuadra el puerto, y pasó al Languedoc donde no halló mas resistencia que en el Poitou. Los calvinistas hubieran acabado en esta campaña, si se hubiese dejado al rey presentarse en todos los puntos donde tenian fuerza, con su valor y autoridad. Los principales gefes de la secta acudian á porfia para reconciliarse con el gobierno. El marques de Laforce, que el año antes habia defendido tan valerosamente á Montalban, la entregó en esta campaña, mediante una gratificacion considerable y el baston de mariscal de Francia; y Chatillon, nieto del famoso Coligny, rindió á Aguas-muertas con las mismas condiciones. Solo el duque de Rohan era inaccesible á la seduccion: pero tambien deseaba la paz; porque conocia mejor que nadie los escasos medios de su partido, en el cual reinaba el mayor desórden, y nunca llegaban á tiempo los socorros prometidos en hombres y en dinero. Por esta razon se prestaba á entablar negociaciones, y á este efecto tuvo varias conferencias, primero con el duque de Luynes, y

despues que este falleció, con Lesdiguieres.

De una y otra parte las disposiciones eran pacíficas. La guerra no acomodaba á la reina madre, deseosa de tener á su hijo en la corte para recobrar su antiguo ascendiente: tampoco á los ministros; porque siendo los unos eclesiásticos, como los cardenales de Retz y de la Rochefoucauld, los otros magistrados, como el canciller Silleri y su hijo Puisieux, no podian por su estado seguir al rey á la campaña; y temian que estando ausente de ellos, alguno ganase su confianza y los suplantase. Mas que de nadie recelaban del príncipe de Condé, á quien María de Médicis miraba siempre como enemigo. Y como él era quien escitaba á Luis á hacer la guerra, se dió á entender al rey, muy crédulo en materia de predicciones, y ademas sumamente celoso de su autoridad, que el príncipe solo obraba por su interes: que le habian hecho una profecía, segun la cual estaba próxima la muerte de Luis y de su hermano Gaston; y que solo deseaba la continuacion de las hostilidades para hallarse al frente de un egército cuando se verificase la prediccion. Este aviso tuvo tanta fuerza en el ánimo del rey, que hizo la paz en Mompeller, sin decir nada al príncipe, el cual no supo este suceso sino al mismo tiempo que el público. Ofendióse mucho de esta falta de confianza: mas la atribuyó á los malos oficios de la reina madre, y no al rey: y para no hallarse con ella en la corte, pidió permiso para viajar por

algun tiempo, y fue á desvanecer su enojo en Italia.

La paz fue muy ventajosa para los habitantes de la Rochela, cuya escuadra habia sido derrotada por el duque de Guisa, y que estrechados cada vez mas por la parte de tierra, estaban amenazados de ver cerrado su canal con una estacada. La paz no alteró en ninguna manera la condicion de los calvinistas: porque en ella se confirmaron todos los derechos que les concedió el edicto de Nantes: pero se estipuló, que aunque tuviesen facultad de celebrar asambleas para sus negocios eclesiásticos, no podrian tratar en ellas negocios políticos sin el permiso espreso del monarca.

Las dos reinas salieron hasta Leon á recibir á Luis que volvia triunfante. En aquella ciudad hubo grandes fiestas por el casamiento de Gabriela, hija natural de Enrique IV y de la marquesa de Verneuil, con el marques de la Valette, hijo segundo del duque de Epernon. A este favor, que el rey hizo al hijo, habia precedido el que concedió al padre, dándole el gobierno de Guiena, vacante por el fallecimiento del duque de Mayenne. El monarca coronó sus liberalidades con otro don que hizo de mala gana, y fue impetrar el capelo para el obispo de Luzon, que, merced á la importunidad de María de Médicis, y á pesar de los envidiosos, consiguió en fin ser promovido al cardenalato.

Ministerio del cardenal de Richelieu:

guerra en la Valtelina (1624). Esta dignidad le adquirió honor: mas no crédito en el Gobierno. Las instancias de la reina para que entrase en el consejo, duraron mas de un año: pero al fin lo consiguió contra la oposicion de todos los ministros. No se reconocia superioridad en ninguno de ellos, sino en Cárlos, marques de la Vieuville, que sin ser primer ministro, afectaba la autoridad propia de este título. Era hombre de talento, muy versado en los negocios públicos, y aficionado al trabajo: pero duro, cáustico y burlon, defectos los mas á propósito para grangear el odio universal á un hombre colocado en alto puesto. Como tenia facilidad, decidia con prontitud, y era complaciente para con el rey, al cual profesaba la adhesion mas completa, grangeó facilmente, despues de la muerte de Luynes, la confianza de un monarca jóven, á quien aterraban las dificultades, y que gustaba sobre todo de ser amado con preferencia. Luis se asemejaba en esta época á una plaza fuerte, espuesta al exámen y tentativas de muchos generales que meditan su conquista: los cortesanos estudiaban sus aficiones para conseguir su favor: las damas procuraban enamorarle: las dos reinas disponian fiestas para atraerle á su sociedad con el juego, el baile y los placeres sedentarios: los ministros creian fijar su atencion é inspirarle amor al trabajo, presentándole los nogocios con toda claridad y distincion. La Vieuville le aconsejó entregarse á su aficion á

los egercicios violentos de la caza y la esgrima, y formar comisiones en que se discutiesen los negocios para escusarle las dificultades primeras de la deliberacion. Estos trabajos se presentaban despues en el consejo, y La Vieuville se hacia árbitro de las resoluciones por su tono decisivo, su osadía en impugnar acerbamente los dictámenes de los otros ministros y su pertinacia en sostener los suyos. Consiguió tambien, lisongeando los celos del rey contra su hermano Gaston, duque de Orleans, que Luis le mirase como un hombre enteramente adicto á su persona.

Gaston habia sido confiado desde su tierna infancia al señor de Breves, su ayo, hombre de grande esperiencia y de estraordinaria probidad. Los adelantamientos del jóven bajo un preceptor tan escelente causaron envidia al rey; y para entorpecerlos, se despidió á Breves con muchos elogios y regalos, y se encargó la educacion del príncipe al conde de Ludes, que aunque viejo, era todavia aficionado á los placeres, descuidó su obligacion, y se descargó del peso de ella con maestros subalternos, que ó complacientes ó corrompidos, pervirtieron las costumbres de Gaston. El conde de Ludes falleció antes que su descuido hubiese arruinado enteramente los principios virtuosos que el primer ayo habia sembrado en el corazon del duque. Sucedióle el coronel de Ornano, que tuvo mucha dificultad en arrancar la cizaña de la educacion anterior: pero se va-

lió de medio no menos peligroso para conseguirlo: y fue escitar la ambicion del príncipe con la perspectiva de la corona, de la cual era heredero presuntivo, proponiéndole como muy próxima su sucesion, á causa de la complexion delicada de Luis. Á fuerza de inspirar á Gaston estas ideas, superiores á su estado presente, llegó el mismo Ornano á penetrarse de ellas, y persuadió á su alumno, que pidiese entrada en el consejo. Los ministros creyeron que esta solicitud procedia, mas que de la ambicion del príncipe, de la de su ayo, y le confinaron en el castillo de Caen.

En esta ocasion manifestó La-Vieuville mucha condescendencia hácia el rey; y por tanto recayó sobre él toda la odiosidad de la prision de Ornano, á los ojos del público y del duque de Orleans. Censurósele tambien haber sido causa, con sus malignas imputaciones, de la destitucion del canciller Sillery y de su hijo Puisieux, que fueron confinados á sus tierras. Como era vano y muy preciado de sí, no ocultó la superioridad que se atribuia sobre los demas ministros, que eran el cardenal de La Rochefoucauld, el condestable, D'Aligre, canciller, Bulion y Richelieu: pero con respecto á este observaba mas circunspeccion.

Aunque tenia conexiones antiguas con él, y aun se decia su amigo, no le vió sin disgusto entrar en el consejo del rey: y siempre manifestó que le temia mas que le amaba.

Ocultabale algunos negocios: en otros solo descubria una parte, y procuraba destruir de antemano el crédito del cardenal con el rey. «Es hechura de vuestra madre, decia á Luis XIII, y como tal debe serle adicto: y si os gobernais por sus consejos, volvereis á la tutela, de la cual os lisongeais de haberos libertado.»

Pero al mismo tiempo que hacia estos malos oficios al cardenal, tuvo la imprudencia de dejarle que desplegase, á vista del monarca, el gran talento que le grangeó para siempre la estimacion de su príncipe: la cual fue constantemente su mas firme muralla contra los ataques de sus enemigos y contra la debilidad del mismo Luis. Esta estimacion tuvo origen y crecimiento repentino en las conversaciones de Richelieu con el rey acerca de dos negocios importantes cuya direccion le habia dejado La Vieuville; y eran la conducta que habia de observarse con los españoles en la Valtelina, y con la corte de Inglaterra que solicitaba entonces la mano de Enriqueta de Francia, hermana del rey, para Cárlos, hijo de Jacobo I, y príncipe de Gales.

Con motivo de algunas cesiones, que estos dos gabinetes exigian, el cardenal hizo ver al rey que su consejo era demasiado débil y tímido, lo que daba grande superioridad á los estrangeros. Luis, para disculpar la timidez de su gobierno, le repitió lo que tantas veces le habian dicho sus ministros acerca de las po-

cas fuerzas del reino, incapaces de poder sostener una guerra. El cardenal destruyó estas objeciones, manifestando los recursos de la monarquia, su grande y belicosa poblacion, la fertilidad de su suelo, la variedad y abundancia de sus producciones, de sus medios de comunicacion para el comercio por medio de grandes rios navegables: su feliz posicion enmedio de los dos mares: la fuerza de sus fronteras, defendidas por montañas, ó por plazas que podian hacerse inespugnables, y en fin, la constitucion de su gobierno, que concede á un solo hombre la facultad de poner en egercicio en un instante tantos y tan grandes recursos.

Luis no pudo menos de sorprenderse cuando se convenció que su reino, capaz de dar la ley, la recibia cobardemente. Richelieu le descubrió las causas de la decadencia de Francia, y los medios de elevarla al grado de poder que le era debido. Establecióse desde entonces entre el monarca y su ministro una comunicacion de ideas y de acciones, que nunca pudo desunirse, porque estaba ligada á ella la seguridad y la gloria de la monarquia: y cuando un genio superior como el de Richelieu lo hizo sentir á un príncipe, amante de su engrandecimiento, el imperio del ministro fue inespugnable.

El cardenal dijo tambien al rey, que mientras un hombre rutinero y sin sistema como La Vieuville permaneciese al frente de los negocios, no podrian tener remedio los males pú-

blicos: ademas de que era generalmente aborrecido y habia disipado la hacienda, confiando á su suegro la administracion de ella. Estos motivos reunidos obligaron al rey á exonerarle. La Vieuville, herido como de un rayo, quiso hablar al rey, que estaba entonces en san German en Laya. Luis le escuchó tranquilamente, y le envió preso al castillo de Amboise. La destitucion reciente de Silleri y Puisieux, dejó al cardenal dueño del gobierno: tomó en sus manos con firmeza el timon del estado, y no lo soltó hasta la muerte.

No tardó en alterarse el sistema del gobierno. Empezó á haber secreto en las deliberaciones del consejo. Los embajadores del rey en las cortes estrangeras cesaron de intrigar como antes y hablaron con vigor. Al de Roma, que escribió á la corte un largo pliego, enumerando los pasos que habia que dar para seguir una negociacion con la santa Sede, respondió el cardenal estas pocas palabras: «el rey no gusta ya de rodeos: decid al papa que enviaremos un egército á la Valtelina.» Porque aquel pais habia recibido guarnicion del sumo pontífice por un convenio hecho entre las cortes de Madrid y de Francia: pero este depósito era ilusorio, porque atendida la preponderancia del rey de España en Italia, las tropas romanas estaban á la obediencia del gobernador español de Milan. Richelieu, á quien no acomodaba esta colusion, envió por embajador al pais de los grisones, que eran

propietarios de la Valtelina, al marques de Cœuvres, con permiso de tomar soldados que la Francia pagaria, y ocupar con ellos el país, siempre que la dieta de los grisones consintiese en ello.

En efecto, poco despues entró el marques con un cuerpo de tropas en la Valtelina, arrojó de ella al marques de Bagni, comandante de las tropas de la iglesia, y se apoderó de casi todas las fortalezas del pais, con tanta rapidez que dió motivo de recelar que habia connivencia entre la corte de Paris y la de Roma: pero las conversaciones del nuncio con Richelieu, que se hicieron públicas, debieron desengañar á los mas suspicaces. El nuncio dijo al cardenal: «debió desagradaros mucho la declaracion de guerra que se deliberó en el consejo.» «No, respondió Richelieu: porque cuando se me nombró secretario de estado, recibí un Breve de su santidad, por el cual me permitia hacer en seguridad de conciencia todo lo que fuese útil al estado.» «¿Y alcanza ese breve, replicó el nuncio, hasta dar auxilio á los hereges?» «Yo creo que si,» respondió con mucha severidad el cardenal.

Segunda guerra con los calvinistas: paz de la Rochela: paz de Monzon (1625). Sin duda la corte de Madrid tenia un breve semejante al de Richelieu: pues segun los historiadores franceses incitaron en este tiempo á los calvinistas de Francia á que se levantasen:

bien que para esto no era necesaria escitacion agena: bastaba la intencion de abatirlos, confesado por Richelieu, y las frecuentes infracciones del tratado de Mompeller. Quejabanse los calvinistas de que en esta ciudad se habia puesto guarnicion por el rey, contra el tenor espreso de los artículos de la última paz: y que en vez de derribar el fuerte Luis, que incomodaba mucho el puerto de la Rochela, se construian otros nuevos al rededor de la ciudad, y la tenian como bloqueada: que se vejaba su comercio y se ponian trabas á su navegacion para debilitar la marina de aquella plaza; y en fin que no se respetaba ninguno de sus privilegios. Pero por mas legítimas que fuesen sus quejas, cometieron el yerro de ser los agresores.

Soubise, sospechando que una armada que se tripulaba en el puerto de Blavet, y que se decia destinada contra los turcos, tenia por objeto bloquear por mar á la Rochela, salió de este puerto con una escuadra, entró de improviso en el de Blavet, sorprendió los navios, se los llevó, y de camino se apoderó de la isla de Rhé. Al mismo tiempo sublevaba el duque de Rohan los hugonotes del Languedoc.

El rey envió á Epernon contra Montalban, á Temines contra la Rochela, y dió al duque de Montmorency el mando de la escuadra francesa, á la cual se unieron las de Inglaterra y Holanda, potencias aliadas. Los escrúpulos religiosos de los ingleses y holandeses, que no querian pelear contra los de su mis-

ma creencia, espusieron al almirante frances á caer en manos de los enemigos: pero despues le auxiliaron mejor, se apoderó de nueve navios rocheleses y dispersó el resto de su escuadra, mientras que Toiras, lugarteniente suyo, tomó la isla de Rhé que defendia el puerto.

Esta derrota aumentó la desunion que reinaba ya entre los protestantes. Muchos querian hacer su reconciliacion particular con el gobierno: y Richelieu, amenazado entonces de los envidiosos, se prestaba á la paz, con la cual podia consolidar su poder. Siendo estas las disposiciones de las dos partes beligerantes, no fue dificil concluir el tratado, á pesar de las representaciones de la corte de Roma, á condicion de que el rey conservaria sus fuertes al rededor de la Rochela: pero que los habitantes de esta ciudad no serian inquietados ni en sus bienes ni en su comercio. La ruina de los protestantes parecia entonces una operacion tan fácil que el clamor público no daba á Richelieu mas nombre que el de *cardenal de la Rochela*, y papa de los protestantes. El ministro, cuando lo supo, se contentó con decir: «todavia tengo que dar mas escándalo.» Con lo cual daba quizá á entender la guerra que hacia en la Valtelina á favor de los grisones contra los españoles, y que se terminó poco despues por el tratado de Monzon, villa de Aragon, en que se puso fin de una manera no desventajosa para Francia, á la querella de la Valtelina y á la guerra que

entonces se hacian la república de Génova y el duque de Saboya: guerra en que Francia no tomó parte, sino dando á los saboyardos, aliados del rey, esperanzas que desmintió la paz. En fin, Richelieu pudo tambien llamar *escándalo* al tratado de liga ofensiva y defensiva que concluia entonces con Inglaterra, con motivo del casamiento de la hermana del rey.

Este enlace fue, por decirlo asi, robado á la casa de Austria, tan feliz en matrimonios. La consideracion de que gozaba en Europa esta poderosa familia, era tan grande, que Jacobo I, rey de Inglaterra, envió á Madrid á su hijo Cárlos, á solicitar la mano de la infanta hermana de Felipe IV. Pero la diferencia de religion entre ingleses y españoles fue un obstáculo que no pudo vencerse. La corte de Francia fue menos escrupulosa, y el matrimonio entre Cárlos y Enriqueta se efectuó. En este negocio ocurrieron algunos incidentes, poco importantes en sí mismos, pero que fueron el gérmen de las turbulencias de la corte de Paris en los años restantes del reinado de Luis XIII.

Para conocer bien la causa de estas disensiones, cuyo fin casi siempre fue trágico, es menester hacerse cargo de que en la corte de Paris todos tenian costumbre y se creian con derecho de intervenir en el gobierno, de saber lo que pasaba en el consejo, de preguntar á los ministros, de criticar sus operaciones, de oponer á ellas obstáculos, ya públicos, ya secretos, de tener correspondencia

con los estrangeros, en fin, bajo el pretesto de la libertad francesa, de convertir el gobierno en materia de discusion y entretenimiento de las tertulias. Richelieu era un ministro grave que conocia la importancia del secreto, y de tratar los intereses del príncipe con aquella solemnidad y circunspeccion que los hace respetables. Habia esperimentado el peligro de las conexiones demasiado estrechas de los cortesanos entre sí y con los estrangeros: y estaba dispuesto á corregir los abusos envejecidos, de que nacian el desorden y la insubordinacion. Los viejos murmuraron de sus innovaciones: los jóvenes se burlaron de ellas: las mugeres, viéndose privadas de las confidencias que les daban influjo político, se enojaron contra el ministro. El rey no tuvo bastante firmeza para resistir á las importunidades, á las solicitudes, á las quejas, á las calumnias. Los descontentos se comunicaron unos á otros sus disgustos: se formaron cábalas, que obligaron al gobierno á tomar las armas y á castigar: y muchas veces, por la triste necesidad de las circunstancias, degeneró la justicia en crueldad.

Como el casamiento de Enriqueta era no solamente un negocio de estado, sino tambien un acontecimiento de palacio, habia muchas personas que tomaban parte en cada uno de sus incidentes. Las mugeres querian dar su opinion sobre todo, y manifestaban una curiosidad que el ministro no tenia por conve-

niente satisfacer. No acostumbradas á esta reserva, mostraron gran indignacion contra el cardenal: la cual se aumentó mucho con la llegada á Paris del duque de Buckingham, favorito del rey de Inglaterra Cárlos I, que acababa de suceder á su padre Jacobo. Buckingham habia sido elegido para desposarse en nombre de su soberano con la princesa Enriqueta. «Este magnate inglés era, dice madama de Motteville en sus memorias, alto, de rostro hermoso, magnífico, liberal y de grande alma.» Siendo favorito de un gran rey, tenia á su disposicion todos los tesoros de Inglaterra para gastar, y todas las joyas de la corona para adornarse. Trajo consigo los jóvenes mas bellos de su pais. Los franceses eran poco celosos, y las francesas inclinadas á la galantería: no es estraño pues, que fuese muy bien recibido aquel enjambre festivo y brillante. Todos los corazones estuvieron muy pronto enlazados, y se formaron conexiones amorosas que desagradaron á Richelieu, ofendido ya del tono fátuamente orgulloso de Buckingham. Este llevó su locura hasta galantear á Ana de Austria, y manifestar su pasion verdadera ó afectada, de una manera que indispuso contra sí al ministro y á las personas mas sensatas de la corte: porque no contento con presentarse como amante que desea agradar, se declaró, y acompañó su declaracion con las imprudencias acostumbradas en semejantes casos. Toda la corte y el rey mismo conoció su pasion, y

Luis llegó hasta concebir sospechas de su jóven esposa. Richelieu, por complacer á su soberano, y tambien para satisfacer su aversion personal, mortificaba siempre que se ofrecia la ocasion, al imprudente inglés: el cual con sus quejas sublevó contra el cardenal toda la juventud, que sentia ver perturbadas sus diversiones, y decia públicamente que el prelado no afectaba tanta delicadeza acerca del honor de las mugeres, sino porque estaba enamorado de la reina, y celoso de la duquesa de Chevreuse, viuda del condestable de Luynes. Se le miró como el tirano de la sociedad y el enemigo de los placeres: acusacion muy grave para la juventud cortesana. El odio que se grangeó en esta ocasion, no se exhaló en inútiles imprecaciones; porque dió actividad á todos los proyectos que formaron la ambicion y la envidia contra la fortuna de Richelieu.

La primera ocasion en que se desplegaron estas pasiones, fue en la intriga á que dió motivo el casamiento del duque de Orleans. Richelieu habia dado ya libertad al coronel Ornano, por complacer á Gaston, que le recibió, no ya en calidad de ayo, sino de mayordomo. Aun hizo mas Richelieu: porque dió al coronel, para satisfacer su ambicion, el baston de mariscal de Francia. «Era costumbre de este ministro, dice Violart, obispo de Avranches, su historiador y su contemporáneo, satisfacer las pretensiones de los grandes y señores de la corte, aun mas allá de sus méritos y de sus

esperanzas: pero cuando habia hecho esto, si no se contentaban, y desagradecidos á sus beneficios, conspiraban contra él, los trataba sin misericordia.»

Tratóse despues del casamiento del duque de Orleans; materia muy delicada por la complicacion de los intereses. La reina madre queria darle por esposa á la señorita de Montpensier, la jóven mas rica y hermosa de todo el reino, y el ministro Richelieu aprobaba este enlace como muy conveniente á la familia real. Pero Luis XIII no podia sufrir la idea de que un hermano se casase y tuviese hijos, cuando él carecia de esta bendicion, y la envidia de lo que su imaginacion le presentaba como un suceso venidero, le hacia algunas veces derramar lágrimas. El cardenal, colocado entre la madre y el hijo, procuraba vencer la repugnancia de este y calmar el anhelo de María de Médicis: lo que le espuso á perder el favor de entrambos. Principalmente el rey, á la menor señal que daba el ministro de adoptar las ideas de la reina, sospechaba que el cardenal la preferia á él: y en uno de sus momentos de pasion, aconsejado por algunos jóvenes favoritos, estuvo ya para desterrar á Roma á Richelieu.

Pero no era este el único obstáculo contra el matrimonio proyectado. Entre los comensales del duque de Orleans, unos, como el mariscal de Ornano, no curado todavia de su ambicion, y que continuamente estimulaba al duque á pedir la entrada en el consejo,

querian á la verdad que el príncipe se casase para corregir sus costumbres que se habian depravado: pero no con una francesa, sino con una princesa estrangera, cuya alianza le proporcionase tropas y dineros en caso de necesidad: otros aconsejaban á Gaston, que no se sometiese al yugo del matrimonio: porque estando libre, se hacian mas necesarios á él, como instrumentos que eran de sus placeres. Por estas razones se negaba el duque de Orleans á las instancias de su madre, y mucho mas á las del ministro, á quien detestaba, porque le habian persuadido que Richelieu le impedia conseguir de su hermano las gracias que solicitaba: y asi en una ocasion formó el proyecto de asesinarle ó por lo menos de prenderle. Fue así que estando el cardenal en Limours, casa de campo poco distante de Fontainebleau, donde se retiraba algunas veces, se dirigió á aquel punto una tropa de jóvenes de la comitiva del duque á esperar á este: con el intento cuando llegase, de mover una pendencia, en la que procurarian matar al cardenal. Este, que lo supo á tiempo, subió en su coche, marchó á Fontainebleau, donde estaba la corte, se presentó osadamente en el cuarto del duque de Orleans; y le dijo que habiendo determinado S. A. ir á comer á Limours, sentia mucho que no le hubiese dispensado el placer de recibirle en su casa: pero que se la cedia, supuesto que queria estar en ella libre. Dicho esto, se retiró sin esperar respuesta, dejando

confundidos al duque y á sus cómplices.

En fin la reina Ana de Austria procuraba tambien impedir el casamiento del duque de Orleans; porque temia la diminucion de su influencia en la corte, si su cuñado llegaba á tener hijos. La duquesa de Chevreuse, superintendenta de su casa, muger activa y ambiciosa, y que aunque amada del cardenal, le aborrecia de muerte, porque habia roto las conexiones amorosas entre ella y Buckingam, se declaró con mas vehemencia que nadie contra el casamiento, aunque no fuera mas que por contrariar al ministro y por mortificar á Maria de Médicis, que muchas veces le habia reprehendido por su altivez, y á las damas de la antigua corte, siempre opuestas á las de Ana. Asi aprobó la oposicion de esta reina, encargó á todos los subalternos de su dependencia que hiciesen lo mismo; y aun tuvo la imprudencia de decir á Ana de Austria, que le importaba que el duque de Orleans quedase libre: porque si el rey, cuya salud era muy débil, muriese sin hijos, podria ella casarse con su cuñado.

El conde de Chalais, maestre de la recámara del rey, jóven amable y querido de Luis XIII, galanteaba á la duquesa de Chevreuse, que le manifestó la complacencia suficiente para animarle contra el cardenal. Añadiase á este motivo, ya tan poderoso, que el conde era amigo íntimo del caballero de Vendoma, gran prior de Francia, hermano del duque de

Vendoma, gobernador de Bretaña, é hijos naturales uno y otro de Enrique IV. El gran prior no disimulaba su enemistad contra Richelieu, á quien acusaba de impedir los favores que el rey queria dispensar á su familia. Chalais, amante y amigo de las personas que mas aborrecian al ministro, no tuvo dificultad en ponerse al frente de los jóvenes que fueron á Limours contra el cardenal. Este, relacionado con la familia de Chalais, hizo averiguaciones en ella sobre aquella empresa atrevida, y aun examinó al mismo conde, que le respondió con palabras de disculpa y arrepentimiento. Richelieu le anunció en tono severo una suerte funesta, si no renunciaba á las intrigas: amenaza vana para un jóven, que amaba con entusiasmo.

Estos eran los elementos principales de que se componia el partido contrario al cardenal, exacerbado con la prision del mariscal de Ornano, que fue puesto en el castillo de Fontainebleau. El motivo de esta segunda prision fue el mismo que el de la primera; incitar al duque de Orleans á que pidiese entrada en el consejo. En dicho partido entraba tambien un agente inglés, instrumento de la animosidad de Buckingham contra Richelieu, y el abate Scaglia, embajador de Saboya, hombre altivo, y que por serlo, aborrecia al ministro, y se jactaba de ser *el único Mardoquéo que no habia doblado la rodilla ante el nuevo Aman.*

Richelieu, viendo contra sí una liga tan

formidable, cuyos gefes eran los hermanos y la esposa del rey, aparentó querer separarse del gobierno, se retiró á Limours, y escribió al rey suplicándole que le exonerase del ministerio: pero antes habia tenido buen cuidado de descubrir todo lo que sabia de la cábala, á Luis XIII y á su madre, seguro de que la necesidad que tenian de él para reprimirla, los obligaria á mandarle volver. Asi sucedió: y el cardenal se aprovechó de esta ocasion para imponer condiciones, que fueron aceptadas, acerca de la conducta que habia de observarse en lo sucesivo: y destruyó la repugnancia de Luis al casamiento de su hermano.

Seguro ya de la autoridad, la egerció con la prontitud y la violencia del rayo. Para separar á los enemigos dispuso la salida de la corte para Blois. El conde de Soissons, que solicitaba la mano de la señorita de Montpensier, y por consiguiente era confederado del duque de Orleans, quedó en Paris, porque se le nombró gefe del consejo que habia de mandar en la capital durante la ausencia del rey. El caballero de Vendoma siguió la corte en virtud de las esperanzas que le habian dado de conseguir la dignidad de almirante de Francia que deseaba con ardor: y escribió á su hermano el duque de Vendoma, que estaba en Bretaña, que viniese á ver al rey; creyendo que su presencia en la corte aceleraria el feliz éxito de su solicitud. Como el duque manifestase alguna desconfianza, y el gran prior lo indicase al

rey, este le respondió: «os doy mi palabra que puede venir á verme: y que no recibirá mas daño que vos.» En efecto, apenas llegó á Blois el duque de Vendoma, fueron encerrados los dos hermanos en el castillo de Amboise.

En cuanto al duque de Orleans, que siempre clamaba por la libertad de Ornano, hallándose separado de sus amigos de Paris, rodeado de guardias y de las asechanzas de Richelieu, se le dió un nuevo confidente, con el pretesto de mediar en sus desavenencias con Luis, que lo trajo poco á poco á la sumision que de él se exigia: de modo que Richelieu estaba casi seguro de verificar el casamiento cuando la corte pasó á Nantes á principios de julio.

Pero hasta entonces no supo el cardenal toda la estension de la cábala. El conde de Louvigni, amigo y confidente de Chalais, se indispuso con él por rivalidades de galanteo: y como algunas personas de mucho influjo en la corte, y pertenecientes al partido de Chalais, le amenazasen, buscó la proteccion del cardenal contra sus enemigos, y le descubrió toda la conspiracion. Aunque delató á muchas personas, solo fue preso Chalais. Pesaban sobre él terribles acusaciones, confirmadas por las cartas, que se le interceptaron, escritas á la duquesa de Chevreuse, en las cuales hablaba con desprecio del rey: pues no se le acusaba de menos que de haber proyectado que se declarase impotente á Luis XIII y nulo su matri-

monio, y que se entregase á Gaston su trono y su muger; para lo cual este príncipe debia pasar á la Rochela, ponerse al frente de los calvinistas y apoderarse de la Bastilla.

Chalais fue juzgado y condenado á muerte por un tribunal de comision, procedimiento terrible, que á la verdad no fue inventado por Richelieu, pero de que hizo mas uso que sus antecesores. Apenas se supo la prision de Chalais, el conde de Soissons, abandonando la presidencia del consejo, huyó de Paris á Flándes. El duque de Orleans quiso hacer lo mismo: mas lo impidió el presidente de Coigneux, que era entonces su confidente, puesto por Richelieu, como ya hemos dicho. El príncipe se presentó al cardenal á pedirle el perdon de Chalais, empleando los ruegos y aun las amenazas: «pero con tres conservas y dos ciruelas de Génova calmé la amargura de su corazon,» decia despues Richelieu al nuncio Spada. El resultado de esta conferencia fue someterse enteramente el duque á la voluntad del rey, ó por mejor decir, á la del cardenal: el 5 de agosto casó con la señorita de Montpensier, y el 19 pereció Chalais en el suplicio, condenado ilegalmente, aunque hubiese merecido su desgracia. Ornano y el caballero de Vendoma murieron en la prision; el duque de Vendoma suscribió á cuantas condiciones se le impusieron para recobrar su libertad. Ana de Austria sufrió una mortificacion muy sensible, porque habiéndola hecho comparecer su marido en

pleno consejo, la dijo, sonriendo amargamente: «¿con que vos habeis deseado otro marido?» «*No hubiera ganado mucho en el trueque*,» respondió la altiva española. Asi Richelieu afirmó su poder y lo hizo sentir á todos sus enemigos. El menos maltratado fue la duquesa de Chevreuse, á quien mandó retirarse á su tierra de Dampierre: castigo, en que se conoció la mano del amante.

Ultima guerra contra los calvinistas: derrota de Buckingham en la isla de Rhé (1627). Cuando la corte volvió á Paris el año anterior, se celebró una asamblea de notables, presidida por el duque de Orleans. El cardenal se presentó dos veces en ella, y fueron admiradas la claridad y energía de sus discursos. Para ejecutar los grandes proyectos que tenia preparados contra los enemigos interiores y esteriores, eran necesarios grandes recursos pecuniarios que faltaban absolutamente: porque segun dijo el canciller Marillac en el discurso de apertura, la entrada ordinaria era de solo 16 millones: y en los años anteriores se habian gastado de 36 á 40. Sin embargo, la supresion del empleo de condestable, vacante por el fallecimiento de Lesdiguieres, de almirante y de otras dignidades, cuyos sueldos eran escesivos: el rescate de los dominios reales, enagenados á bajo precio, la reduccion de las pensiones y la demolicion de las fortalezas interiores, ahorros políticos, porque recaian sobre los grandes y los hugonotes, tenia

necesidad de una sancion, que pudiera llamarse nacional; y para conseguirla se dieron á la asamblea las mayores muestras de confianza, y tomó conocimiento de todas las partes de la administracion. El cardenal dispuso que deliberase sobre la proteccion de la iglesia, el sostenimiento de los edictos en materia de religion, la reforma de las costumbres, las recompensas para la nobleza, el estado militar, la justicia, el comercio y la hacienda. Propuso tambien que se moderasen las penas establecidas contra los delitos de estado, y reducirlas á privacion de empleo despues de la segunda desobediencia: pero la asamblea, sin atender á las observaciones del ministro, pidió al rey que mantuviese en vigor las antiguas ordenanzas. Creyóse en aquel tiempo, que el cardenal ostentando indulgencia, tuvo la mira de hacer entender al público que Chalais habia perecido, á pesar suyo, víctima del rigor de las leyes.

El casamiento de Gaston habia dado orígen á una cábala: y su viudez produjo otra, que fue el principio de las desgracias de María de Médicis. La duquesa de Orleans falleció de sobreparto, despues de haber dado á luz á la célebre señorita de Montpensier. Luis XIII hizo entender á su ministro, que no queria que su hermano se volviese á casar, y que le agradeceria todas las disposiciones que tomase para alejar cualquiera proposicion relativa á esta materia. Al contrario la reina madre, vien-

do á Luis enfermizo y sin hijos, buscó en toda Europa una princesa capaz de fijar la inconstancia de Gaston, y de dar herederos al trono; y sus miradas se fijaron en Florencia, donde tenia dos sobrinas: lazo que le aseguraba conservar su imperio sobre el ánimo del duque. Pero este se habia prendado mucho de María Luisa de Gonzaga, hija del duque de Nevers. Ana de Austria queria casarle con una archiduquesa, y no habia dama en la corte, que no pretendiese darle una esposa de su eleccion, buscada en la casa de Baviera, en la de Módena ó en la de Lorena. Dividióse la corte en partidos: pero Richelieu se burló de todos, oponiéndoles su firmeza y su habilidad.

Despues de haber escandalizado, como decia á los católicos, con la paz concedida á los calvinistas, se habia preparado á darles el golpe decisivo, arrojándolos de la Rochela, último baluarte de su secta; y á pesar de su disimulacion, no pudo encubrir enteramente su designio. Una fortaleza establecida casi á las puertas de la Rochela, cuya guarnicion y fortificaciones se aumentaban diariamente: las vejaciones del comercio y de la marina de aquella plaza, cometidas contra el tenor de los tratados, y por las cuales no se daba satisfaccion: la afluencia de tropas en las provincias vecinas: las negociaciones y miramientos que se tenian con España é Inglaterra, para quitarles hasta el menor pretesto de socorrer á los hugonotes, anunciaban bastantemente un

ataque próximo y difícil de resistir contra ellos: y asi no se descuidaron en reunir todos sus recursos para oponerse á la tempestad.

España les estaba cerrada por el espíritu religioso de la nacion y del gobierno: en Alemania, el partido protestante á cuyo frente se habia puesto el rey de Dinamarca, apoyado secretamente por Francia, apenas podia sostenerse contra las fuerzas del emperador y contra el valor y la fortuna de Walstein. Solo en Inglaterra halló socorros Soubise, el mas activo negociador de la secta, debidos al odio de Buckingham contra Richelieu, pero que se cubrieron con el pretesto de hacer la guerra á favor de la religion protestante, con lo cual pensaba el rey Cárlos I adquirir popularidad y grangearse la confianza del parlamento, desavenido con la corte desde los principios de su reinado.

Mientras Buckingam se preparaba para socorrer la Rochela, envió á Francia á su amigo y confidente lord Montaigu con el encargo de ver á su antigua amante la duquesa de Chevreuse, y arreglar con ella los medios de levantar otra conspiracion contra el cardenal. Montaigu vió á esta dama en Dampierre donde residia; y habiéndose informado bien del estado de la Francia, de los intereses de los principales señores, de sus amistades y de sus odios, recorrió todo el reino, habló con los amigos de la vengativa duquesa, proyectó confederaciones, dió esperanzas á los calvinis-

tas, pasó á Saboya á hablar con el abate Scaglia, formó con él el proyecto de una invasion por aquella frontera, y cuando volvia á Lorena muy seguro del logro de sus designios, fue arrestado de órden del cardenal que nunca le habia perdido de vista, se le quitaron sus papeles y se le dió libertad. La prision de los marqueses de Robillac y de O, y de otros muchos hombres distinguidos, y la fuga de madama de Chevreuse á Inglaterra pusieron fin á esta conspiracion: mucho mas estando aterrados los grandes del reino con el suplicio del marques de Bouteville y del conde Des Chapelles, que fueron condenados, no por reos de estado, sino por haber infringido las leyes. El rey habia jurado en el acto de su consagracion no perdonar á ninguno que desafiase ó admitiese el desafio ni á sus cómplices. Bouteville y Des Chapelles, sin hacer caso de la prohibicion, pelearon en la misma plaza real contra el marques de Beuvron y contra el conde de Bussy, que quedó muerto en el combate. En vano toda la corte solicitó el perdon de los delincuentes: entrambos fueron descabezados. Dióse al suplicio grande aparato, y fue un egemplo casi único en los anales de Francia: porque rara vez se castigó en público á los grandes señores, no por haber ofendido directamente al príncipe, sino por no haber respetado sus leyes. Este escarmiento era necesario para amortiguar un poco el furor de los desafíos, que cada año robaba á la Francia un

gran número de caballeros. Bouteville habia adquirido en este género de proezas una celebridad, que despues de haber sido funesta á muchos, lo fue tambien para él. Dejó un hijo póstumo, que fue el famoso mariscal de Luxemburgo.

Aunque el descubrimiento de la conspiracion de Montaigu hizo menos temible á Buckingham, no por eso dejó de proseguir en su designio de enemistar á Inglaterra con Luis XIII. Aun no habian hecho los franceses mas que amenazar la Rochela, cuando el gabinete de Lóndres publicó un manifiesto en que se acusaba á Francia de muchas hostilidades contra la nacion británica. Al mismo tiempo salió de los puertos ingleses una escuadra formidable, que se presentó delante de la Rochela. La ciudad, á la cual no se habia dado aviso del rompimiento entre Inglaterra y Francia, y donde los ánimos estaban divididos, porque unos querian continuar la guerra, otros hacer la paz, rehusó admitir en el puerto á la escuadra, á pesar de las instancias de Soubise.

Los ingleses resolvieron entonces apoderarse de la isla de Rhé, la bloquearon, desembarcaron tropas en ella y sitiaron los fuertes que la defendian. La habilidad de Toiras, comandante de la isla, el valor da sus soldados y la actividad del ministro salvaron aquel puesto importante, que mal provisto de víveres y municiones iba á caer en manos de los ingleses; y si esto sucedia, era imposible tomar la

Rochela, que hubiera recibido diariamente todo género de socorros desde aquel punto.

Luis partió de la capital para animar con su presencia el valor de las tropas: pero cayó enfermo en el camino, y hubo de detenerse en Villeroi. Desde entonces toda la direccion de la guerra estuvo á cargo de Richelieu, que reunió muchos buques pequeños de los puertos vecinos á la Rochela, y en ellos, á pesar de la vigilancia de los navíos ingleses, pasó á la isla un cuerpo de tropas. El mariscal de Schomberg y Luis de Marillac, hermano del canciller, se pusieron al frente de ellas, vencieron las del enemigo y las obligaron á embarcarse y volverse á Inglaterra. El rey, cuando se hubo recobrado de su mal, llegó al mismo tiempo que los ingleses se retiraban.

Sitio y toma de la Rochela (1628). Luis convencido de la capacidad de Richelieu por el buen éxito de sus primeras operaciones, le abandonó la direccion del sitio de la Rochela, y se volvió á Paris, obligado por el mal estado de su salud. Dió á su ministro el poder mas estenso, y todos los generales de tierra y mar tuvieron órden de obedecerle como al rey mismo. El bloqueo, formado por una circunvalacion de tres leguas, que habia comenzado el otoño anterior despues de la retirada de los ingleses, se convirtió por la primavera en un sitio regular: pero no se confió tanto en el asedio, como en las disposiciones que se tomaron para impedir la entrada de los socorros. Como

los mas poderosos debian venir por mar, Richelieu cerró el puerto por medio de un dique, cuya egecucion, celebrada entonces como un prodigio, se puso á cargo del ingeniero Mezeteau. Tenia 747 toesas de largo, 12 de espesor en su base inferior y 4 en la superior, la cual era mas alta que el nivel de las mayores mareas. En medio se dejó una abertura de algunas toesas para disminuir la violencia de las corrientes, y en la entrada de la abertura se echaron á pique algunos bageles para inutilizarla.

Los rocheleses, creyendo que bastarian los vientos y las olas para derribar el dique, no trataron de hacer oposicion á la obra. Pero los vientos y la mar la respetaron, y una escuadra inglesa, mandada por Dembigh, cuñado de Buckingham, no pudiendo vencer este obstáculo, se volvió á Inglaterra sin hacer nada. Buckingham, deseoso de vengar este oprobio y el reves que habia recibido él mismo en la isla de Rhé, preparó un nuevo armamento, en el cual habia algunos buques llenos de piedras y de pólvora encerrada en hornillos, con los cuales, acerçándolos al dique y prendiéndoles fuego, esperaba derribarlo. Pero en el momento que iba á embarcarse en el navío almirante, fue asesinado por un enemigo personal suyo. La escuadra que ya estaba pronta, salió á su espedicion.

Luis volvió de Paris á las líneas, á instancias de Richelieu, para alentar las tropas, y tu-

vo el placer de ver retirarse segunda vez á los ingleses, despues de esfuerzos inútiles para volar el dique. Las negociaciones que entablaron antes de retirarse, acabaron de abatir el valor de los rocheleses, reducidos por el hambre mucho tiempo habia á la última estremidad; pues aunque echaron de la plaza las bocas inútiles, los sitiadores obligaron á los espelidos á volver á ella. Al fin, los sitiados imploraron la clemencia del rey.

Luis, aunque severo de condicion, los trató con bastante benignidad, atendida la miseria á que se hallaban reducidos. Conservaron la libertad de su culto: pero las fortificaciones de la Rochela fueron demolidas. El cardenal no quiso que esta ciudad, llamada asilo de la heregía, pudiese servir nunca de defensa á la rebelion. La plaza se rindió el 28 de octubre, y el 7 de noviembre derribó el mar 40 toesas del dique.

El monarca volvió victorioso á Paris, con su ministro, que participaba justamente del honor de aquel triunfo, conseguido sobre el valor de los enemigos, y no ménos sobre la envidia de los cortesanos: porque los mismos generales empleados en el sitio de la plaza, conociendo el ascendiente que la victoria daria al cardenal, no hubieran sentido mucho que la empresa se hubiese malogrado. «Somos tan necios, decia Bassompierre, uno de ellos, que al cabo tomaremos la Rochela.»

Al paso que el cardenal se cubria de gloria,

hallaba su carrera sembrada de espinas. La reina madre le manifestaba cada dia mas aversion, y la envidia cortesana no perdia momento para destruir la buena inteligeucia que habia reinado entre ellos hasta entonces. La desunion comenzó por su diferente manera de ver en los negocios del estado. María llevaba á mal que Richelieu tuviese opiniones opuestas á las suyas: y no podia sufrir que se atreviese á sostenerlas. La antigua regenta no perdonaba á su protegido la oposicion que hacia al casamiento de Gaston con una princesa de Florencia: pues aunque esteriormente cumplió el cardenal todo la que ella le recomendaba, en el momento que la reina creia logrados sus designios, se le oponian dificultades imprevistas. Como habia manejado las riendas del gobieno, y no ignoraba que hay medios para rechazar con una mano al que se llama con la otra, se ofendia mucho de los obstáculos que encontraba. Su despecho creció al saber la nueva empresa de Italia, que creyó inventada espresamente para que María de Gonzaga obtuviese la mano de su hijo, con preferencia á las Médicis sus parientes.

Espedicion de Saboya: paces de Suza y de Alais (1629). Vicente II Gonzaga, duque de Mántua y Marques del Monferrato, biznieto de Federico, primer duque de Mántua, escitado por la Francia, y por las negociaciones hábiles de Saint Chaumont, embajador de esta potencia en su corte, dejó al morir sus esta-

dos á Carlos de Gonzaga, duque de Nevers, su pariente mas cercano, y consolidó sus derechos casando el dia ántes de su muerte al príncipe de Rethel, hijo del de Nevers, como María de Gonzaga, hija de Francisco, hermano mayor de Vicente. El emperador y el rey de España, que querian conservar en Italia la superioridad que tenian, favorecieron al principio las pretensiones del duque de Guastala, que descendia de un hermano menor de Federico; y despues se convinieron con el duque de Saboya, que alegaba á los mismos dominios antiguos derechos, aunque ya declarados nulos, para repartir entre sí la herencia.

El duque de Nevers, oprimido por concurrentes tan poderosos, reclamó el auxilio de la Francia, que, mientras duró el sitio de la Rochela, se limitó á negociaciones dirigidas á impedir que la casa de Austria se apoderase de aquellos estados: pero despues de concluida aquella guerra, se deliberó seriamente en el consejo de Luis XIII si convenia socorrer eficazmente al duque de Nevers, ó abandonarle á su suerte. Si la reina madre no alimentase secreto rencor contra este duque, y mucho mas contra su hija, por el afecto que Gaston le manifestaba, no habria dudado en aconsejar que se le defendiese; mucho mas cuando el rey tenia á sus órdenes un egército aguerrido y pronto á marchar donde se le mandase: pero la pasion pudo mas que la política, y el cardenal de Berulo, su confidente, habló en el

consejo contra la espedicion á Italia. Dijo que el egército del rey, tan decantado, estaba muy disminuido y falto de muchas cosas: que seria forzoso comenzar la guerra, conquistando los pasos de los Alpes, donde los rigores de una primavera fria y lluviosa aumentarian las dificultades que opone la naturaleza en aquellos sitios á la marcha de las tropas: que esta sola empresa bastaria para destruir en una campaña todas las fuerzas del reino: que era de temer que la casa de Austria viniese sobre Francia con todas sus fuerzas, y la hallase sin resistencia contra un choque tan formidable. Richelieu, que siempre manifestó no temer aquel coloso, refutó estas razones y aconsejó la guerra, presentando al rey un plan de campaña seguro y brillante, y prometiéndole que despues que hubiese vencido al de Saboya, volveria en el mismo año á triunfar de las reliquias del calvinismo, que se habian hecho fuertes en las Cevennas.

El rey aprobó este dictámen, y partió en el mes de enero para Italia. Al principio pensaba dar el mando del egército á su hermano: pero la envidia que de él tenia, le hizo mudar de resolucion. Llegó al pie de los Alpes al principio de febrero con 24.000 hombres de infanteria y 2.500 caballos, llevando bajo sus órdenes á los mariscales de Toiras, de Crequí, de Bassompierre y de Schomberg. Richelieu, que tambien le acompañaba, disponia con sus negociaciones el buen éxito de la empresa: pero

colmado de distinciones honoríficas por el monarca, estaba ya en desgracia de la reina madre.

Esta muger vengativa á imprudente le habia manifestado por medios indirectos el enojo que tenia concebido contra él. El cardenal no dejó de declararle respetuosamente que lo conocia, echando la culpa á las sugestiones de sus enemigos. Hubo esplicaciones, el rey intervino y se hicieron aparentemente las amistades: pero no mucho despues insistió María de Médicis en quitar á Richelieu la superintendencia de su casa, diciendo que le creia muy capaz de gobernar el reino; pero que no le queria para la administracion de su palacio. El rey los reconcilió segunda vez. Todo esto sucedió ántes de partir Luis para la espedicion de Italia, durante la cual nombró á su madre regenta del reino.

Esta abusó inmediatamente de su autoridad. Determinada á romper toda comunicacion entre su hijo Gaston y María de Gonzaga, mandó al primero que no la visitase, al mismo tiempo que manifestaba públicamente su desaprobacion de la guerra, y mostraba placer con la noticia de haber sido rechazado el primer cuerpo frances que pasó á Italia: tanto preferia la satisfaccion de sus pasiones vengativas al bien del reino y al de su hijo.

La prohibicion de la reina no produjo otro efecto que empeñar á las mugeres y jóvenes de la corte en favorecer á los dos aman-

tes, proporcionándoles ocasiones de verse y hablarse, ya en las fiestas públicas, ya en las cacerías, ya en concurrencias que parecian nacidas de la casualidad, ya en fin en las iglesias bajo pretesto de devocion. La reina madre lo supo, ardió en cólera, y mandó á su hijo de parte del rey que no viese mas á la princesa: y como este medio no bastase, mandó poner en prision á María. Su padre la reclamó: Gaston se propuso robarla en el camino, y salir con ella del reino. Pero en la primer noche del viage, una tropa desconocida se apoderó de la princesa, no dejándole mas que una de sus damas, y la condujo á una sala enrejada de Vincennes, no mueblada todavia, donde pasó aquella noche y parte del dia siguiente sin cama, lumbre ni alimento.

Entretanto Luis forzaba el paso de Suza y penetraba en los estados del duque de Saboya, mientras Richelieu continuaba las negociaciones. El rey y el cardenal triunfaron, cada uno en su género. El duque consintió en dar paso á los franceses por sus estados; los españoles levantaron el sitio de Casal, cabeza del Monferrato, adhirieron al tratado, que firmaron en Suza el rey de Francia y el duque de Saboya, y dejaron en paz al duque de Mántua. Tambien se concluyó en Suza el tratado de paz entre Francia é Inglaterra.

Despues de esta corta y gloriosa espedicion, Luis, segun la profecia de su ministro, volvió á las provincias, donde los hugonotes,

á favor de los auxilios pecuniarios de España, conservaban algunas plazas, y se defendian contra el príncipe de Condé y el duque de Montmorency, y aun capitaneados por el duque de Rohan, vencieron en una ocasion á Montmorency. Luis cayó sobre los calvinistas, saqueó, abrasó y destruyó las plazas que se le resistieron, y las negociaciones del cardenal pusieron fin á la guerra.

A egemplo de Enrique IV, compró la sumision de los caudillos con favores y distinciones. Al duque de Rohan se dieron 100.000 escudos para que licenciase sus tropas: mas no se le permitió ver al rey: mortificacion que le obligó á pedir permiso para retirarse á Venecia. Concediósele esta gracia, pero con demostraciones de aprecio, que pudieron consolarle de su destierro. Poco despues se le alzó, porque la corte le encargó misiones delicadas y honoríficas en Suiza y en el pais de los grisones.

El 27 de junio se firmó en Alais la paz con los protestantes: y desde este momento dejaron de formar un cuerpo diferente en el estado, y de tener gefes legalmente autorizados: los reglamentos que se les dieron en lo sucesivo, fueron no capitulaciones, sino órdenes del rey. Este fue el momento mas glorioso del ministerio de Richelieu: porque en él era respetada Francia en las naciones estrangeras, y en el interior recobró la unidad de poder, perdida desde el principio de las

guerras religiosas. Las demas potencias reconocian la superioridad de Richelieu en materia de política: y los protestantes, gimiendo á vista de sus fortalezas destruidas, elogiaban sin embargo su afabilidad, su propension á adoptar todos los medios suaves, y principalmente su fidelidad en cumplir lo prometido.

Cuando el rey volvió á Paris, halló el cardenal convertida la aversion de la reina madre en odio declarado. María de Médicis habia tenido el pesar de que su dureza con la señorita de Nevers fuese desaprobada por Luis. Ella hubiera querido que el monarca aplaudiese públicamente su conducta: pero desde el egército le habia enviado cartas, secretas á la verdad y respetuosas, pero llenas de sensibles reconvenciones sobre la imprudente arbitrariedad que habia cometido: y todo lo que creyó que debia conceder á su dignidad, fue dejarle á la vista de los cortesanos la facultad de resarcir por sí misma el daño que habia hecho. Así se acordó que Gaston se presentase á su madre, se disculpase, prometiese no ver mas á la princesa, y le pidiese su libertad. María la concedió, pero de muy mala gana: y se indignó tanto contra el cardenal, que no pudo callar la causa de su resentimiento. El debiera, decia, haberla sostenido en este negocio, y determinado á favor suyo el ánimo del rey, que manejaba á su voluntad. Bajo esta hipótesis, le echó la culpa de la mortificacion que habia recibido; y cuando el ministro se

presentó en la corte, le recibió muy mal. Esta vez las negociaciones no produjeron efecto alguno, y llegaron las cosas á tal punto, que el prelado avisó á la marquesa de Combalet su sobrina, y á todos los parientes y amigos que habia colocado en el palacio de la reina madre, que estuviesen prontos á salir, porque iba á dejar la superintendencia. Luis tuvo que intervenir en este enojo: y parte por persuasion, parte por autoridad moderó la ira de su madre, que creyó ceder muchísimo permitiendo que Richelieu tuviese la libertad de presentarse en su corte. El rey indemnizó al cardenal de estas pesadumbres, aumentando su confianza en él y dándole el título de primer ministro.

El duque de Saboya no cumplió fielmente el tratado de Suza, y dió de nuevo paso por sus estados á las tropas españolas. El duque de Mántua fue bloqueado en su capital, y fue necesario comenzar de nuevo la guerra que se creia acabada. Lo que mas animaba á Carlos Manuel era la division que reinaba en la corte de Francia: porque María de Médicis decia continuamente que era vergonzoso arriesgar la tranquilidad de Europa por sostener á un pequeño príncipe de Italia, á costa de su consuegro. Por otra parte la conducta del duque de Orleans era muy á propósito para sacar congeturas poco ventajosas á la familia de los Gonzagas.

Este jóven, demasiado dueño de sí mismo,

y que no reconocia freno en sus pasiones, se entregó á los deleites de toda especie, aun á los mas crapulosos; y cuando el rey volvió, ó Gaston avergonzado de su conducta licenciosa, ó temiendo las reprehensiones, huyó de la presencia de su hermano, vagó de una parte á otra sin saber donde ir, y su incertidumbre le condujo á la frontera de Lorena. El duque le convidó á pasar á su corte: Gaston aceptó; y viendo en ella muchas princesas hermosas y amables, se aprovechó de la ocasion para desplegar las gracias de la galantería francesa. Margarita, hermana del duque, fijó principalmente su afecto; y así obedeció con sumo disgusto las órdenes de su hermano, que le mandó volver á Paris, y á las observaciones del duque de Lorena, á quien Luis amenazaba si detenia á Gaston en su corte por mas tiempo. El rey envió, para conseguir que volviese, el dinero necesario para pagar sus deudas, y un caballero de palacio, que le prometió aumentar su infantazgo, y gratificaciones, dignidades y pensiones á sus confidentes; pero bajo la espresa condicion de que darian buenos consejos á su amo, y responderian de su conducta. En este convenio no se habló de la princesa María de Gonzaga, olvidada ya: dijose que Gaston la sacrificó á su madre, cuya amistad recobró, ó al amor de Margarita de Lorena. El duque de Nevers que deseaba sin duda aquel casamiento, prenda segura de los socorros que recibiria de Fran-

cia, perdida esta esperanza, halló recursos no menos eficaces en la política de Richelieu.

Este ministro juzgó que cuando Francia comenzaba á recobrar el crédito que habia perdido en Europa, seria muy perjudicial permitir que la insultase el duque de Saboya. Aconsejó pues al rey que continuase la guerra con vigor, y para que ni la lentitud de los alistamientos, ni la falta de víveres ó de dineros retardase las operaciones, se resolvió que el monarca mandaria en persona su egército. Se queria que la reina madre quedase en Paris, en calidad de regenta, como en la espedicion anterior: mas ella se negó á esto, para mostrar que desaprobaba la guerra: y aun quiso seguir á su hijo, con el pretesto de que las fatigas de la milicia y el calor del clima en que iba á egercitarla, podian alterar su salud. Pero su verdadero motivo era contrariar al cardenal, que segun decia ella, no aconsejaba al rey mandar el egército, sino para ser el único árbitro de su voluntad.

Ana de Austria quiso tambien acompañar al rey, movida, segun se dijo, de los celos que le inspiraba el afecto y aprecio que el rey profesaba á la señorita de Hautefort. Á Gaston, de cuya conducta se tenia seguridad, porque sus confidentes estaban pagados para darle consejos agradables al rey, se le dió el mando del egército de observacion que quedó en las fronteras de Lorena, y tuvo por lugarteniente al mariscal de Marillac.

Tomadas estas precauciones salió Richelieu el 29 de diciembre de la capital, con el título de lugarteniente general, representante de la persona del rey, y acompañado del cardenal de La Valette, del duque de Montmorency, y de los mariscales de Bassompierre y de Schomberg, encargados de recibir sus órdenes.

Segunda espedicion á Italia: paz de Ratisbona: jornada de los burlados (1630). Cristina, hija muy querida de María de Médicis, y nuera de Cárlos Manuel, duque de Saboya, escribió á su madre por instigacion de su suegro, quejándose de los proyectos hostiles del cardenal. María asoció á su odio todas las personas que pudo en la corte: y tuvieron la desgracía de preferir el partido de la reina al de Richelieu, los dos Marillac, el cancilier y el mariscal. El primero retardó el envio de sumas considerables que pedia el cardenal como necesarias para las operaciones militares: el segundo no quiso enviarle refuerzos que necesitaba, y fue preciso llamarle á Italia á participar de la gloria de los triunfos para que se moviese. La posicion del cuerpo que mandaba Richelieu era tan crítica, que si el rey no hubiese acudido en su socorro, aquellas tropas hubieran sido aniquiladas por el enemigo, y la empresa malograda. Esto es lo que queria la faccion de la reina madre; porque á una derrota se hubiera seguido indefectiblemente la caida del ministro.

Tal era el estado de las cosas, cuando falleció Cárlos Manuel, duque de Saboya, y le sucedió su hijo Victor Amadeo, cuñado de Luis: pero la polítíca impedia atender á los vínculos de la sangre. Los franceses se apoderaron de Pignerol, resueltos á penetrar hasta Casal, sitiada segunda vez por los españoles.

En esta época se presentó en el egército frances Julio Mazarino, agregado á la embajada del nuncio Panzirolo, á quien el papa habia encargado ofrecer su mediacion para la paz: pero como su primer condicion fue exigir que Pignerol se restituyese al duque de Saboya, no fueron admitidas sus proposiciones: y Luis resolvió adquirir en Saboya y Piamonte el resarcimiento de las desgracias de su aliado que acababa de perder á Mántua, sorprehendida por los imperiales, y á quien no quedaba en el Monferrato mas que la plaza de Casal.

Luis conquistó la Saboya: el duque de Montmorency, habiendo derrotado á los enemigos en Veillane con fuerzas muy inferiores, se apoderó del marquesado de Saluces: pero Marillac no habia llegado todavia, deteniéndose con varios pretestos por las sugestiones de María de Médicis, y no era posible á los franceses penetrar hasta Casal, donde el valiente Toiras, gobernador de la plaza, se defendia como un leon: mas en fin hubo de rendir la ciudad, y se retiró á la fortaleza, dando palabra de entregarla, si no era socorrido antes del fin de octubre.

El incendio que se levantó en Alemania, salvó á Casal, y restituyó la paz á Italia. El rey de Dinamarca, gefe de la liga protestante formada contra el emperador, vencido por los generales austriacos Tilly y Walstein, se vió precisado á hacer la paz: y Gustavo Adolfo, rey de Succia, célebre ya por sus victorias contra los moscovitas y polacos, se presentó con su egército en el centro de Alemania, y se declaró protector de la libertad germánica contra las usurpaciones de la casa de Austria. El emperador que necesitaba de todas sus fuerzas para resistir á tan formidable enemigo, firmó el 13 de octubre en Ratisbona un tratado, por el cual se daba al duque de Nevers la investidura de Mántua y del Monferrato, escepto algunos distritos que se cedieron á los duques de Saboya y de Guastala; y la Francia se obligaba á restituir á Victor Amadeo las conquistas que habia hecho, y á no hacer alianza de ninguna especie con los enemigos de la casa de Austria.

En virtud de este tratado, el mariscal de Schomberg, que estaba en los puestos avanzados, y el marques de Santa Cruz, que mandaba el egército español de Lombardía, trataron de hacer un reglamento para la evacuacion de los paises que respectivamente ocupaban, siendo mediador en nombre del papa Julio Mazarino: mas no pudieron convenirse: porque los españoles no querian evacuar tan pronto el Monferrato. Ya estaban los egércitos para darse ba-

talla, cuando el infatigable Mazarino, despues de haber persuadido á Santa Cruz que evacuase aquella provincia, salió del campamento español con el sombrero en la mano, y por medio de las balas que silvaban junto á sus oidos, se dirigió á los franceses gritando: *¡la paz!* Los soldados le respondieron: *no queremos paz: fuera Mazarino.* Pero Schomberg, mas prudente, mandó hacer alto: el general español salió á hablar con él, se abrazaron, y firmaron el convenio que deseaban los franceses. Este fue el primer servicio que hizo Mazarino á la Francia. Todo el egército de Luis evacuó la Italia, escepto algunas tropas que quedaron con Toiras en el Piamonte. Este general y el duque de Montmorency obtuvieron el baston de mariscal.

Luis, de vuelta á su capital, enfermó gravemente en Leon, y las dos reinas vinieron á asistirle. En su convalecencia, prevalecidas del aumento de ternura en el rey por los cuidados que le habian prodigado en la enfermedad, le instaron á que despidiese de su consejo á Richelieu: y el monarca, no pudiendo resistir á sus ruegos, tuvo la flaqueza de prometerlo. Pero apenas se halló restablecido, y atendió á los negocios públicos, conoció que en el estado en que se hallaba la Europa y la monarquia, le era imposible concluir las grandes cosas, á que se habia dado principio tan feliz, sin el auxilio del cardenal: y recurrió al espediente ordinario suyo, que era interponerse para ha-

cer las amistades. Suplicó á su madre que admitiese las disculpas del cardeual y de su sobrina la marquesa de Combalet, y habiéndolo obtenido encargó á los dos que manifestasen á la reina la mayor sumision y respeto.

Este célebre coloquio se verificó en presencia del rey el 11 de Neviembre, y se llamó *la jornada de los burlados*, porque tuvo un éxito contrario al que creian los enemigos de Richelieu. María de Médicis, dando libre curso á su ira, prodigó los mas infames epitetos, y atribuyó todo género de traiciones y vilezas á la marquesa y al cardenal. El rey, que estaba presente, los mandó retirarse, y poco despues se retiró él mismo, altamente ofendido de su madre, á quien nunca perdonó que hubiese desatendido sus ruegos, y el mal estado de su salud, que podia sufrir mucho con una escena semejante.

La reina madre triunfó entre sus cortesanos, tanto por las injurias que habia dicho al cardenal, como por su caida que creia infalible. Pero el rey pasó á Versailles, mandó llamar á Bichelieu, y empezaron á conocerse mejor las intenciones del monarca. El canciller Marillac y su hermano el mariscal fueron presos: se arrojaron de la corte de Ana de Austria, que habia hecho causa comun con su suegra, las damas que la aconsejaban contra el cardenal: y el embajador de España recibió órden de no presentarse con tanta frecuencia en la corte. En fin, se estableció como una

máxima fundamental la ruina de los enemigos de Richelieu.

Pero María de Médicis se habia obstinado en no reconocer la omnipotencia del ministro, y fue víctima de su obstinacion. Esta vez tuvo por cómplices á su hijo Gaston y á todos sus confidentes. Gaston empezó la campaña cometiendo el desatino de presentarse en casa del ministro para decirle cuantas injurias se le vinieron á la boca, y despues se retiró á Orleans, infantazgo suyo, de donde no quiso volver á la corte, aunque el rey se lo mandó. Súpose la connivencia de su madre, porque le habia dado joyas y medios para hacer este movimiento.

Tratóse pues, en el consejo de la providencia que debia tomarse para reprimir aquella especie de sublevacion, porque el de Orleans dió comisiones á algunos de sus agentes para alistar tropas. Richelieu, en un discurso muy elocuente, y lleno de razon y lógica, demostró que era necesario apartar á la reina madre de la corte y del manejo de los negocios, si el gobierno habia de tener espedita su accion para las empresas que meditaba: pero que al mismo tiempo era conveniente que él dejase el ministerio, para que nunca pudiera decir la madre del monarca que habia sido vencida en su desavenencia con un vasallo. El rey y el consejo adoptaron el parecer del cardenal en cuanto al primer punto: pero no en cuanto al segundo.

La corte se trasladó á Compiegne, donde era mas fácil que en Paris egecutar la resolucion que se habia tomado, y el 23 de febrero de 1631 al rayar el dia, partió Luis con su muger, los ministros, los señores y toda la casa real, dejando á su madre con una guardia, de honor en apariencia, pero en la realidad para observarla. Al dia siguiente envió el rey desde Paris, adonde se habia trasladado, al señor de Brienne, su consejero, para anunciar á su madre la resolucion de separarla de la corte, dándola el gobierno de una provincia, en la cual viviria con el decoro correspondiente á su dignidad. Esta negociacion duró mucho tiempo por el carácter de Maria de Médicis que á nada se allanaba, y al fin no produjo efecto alguno. Entretanto Luis se acercaba con sus mejores tropas á Orleans: y Gaston temiendo ser sorprehendido ó entregado, huyó á Lorena, donde renovando su antigua pasion á la princesa Margarita, casó de secreto con ella.

Maria de Médicis no fue mas prudente. Decia que no se deseaba enviarla á una provincia, sino para desterrarla á Florencia, y se quejaba de que la tuviesen cautiva en Compiegne. Para desmentir esta acusacion, se le quitó la guardia que tenia; y la reina, valida de esta oportunidad, se escapó á la plaza de Capelle, cuyo gobernador era de su partido, por medio de la condesa de Moret, una de las mancebas de Enrique IV, y esposa de dicho

gobernador. Pero Richelieu, advertido á tiempo y no queriendo que una plaza de aquella importancia cayese en manos de su enemiga, envió con anticipacion al marques de Vardes, padre del gobernador, con órdenes del rey, en virtud de las cuales fue obedecido de la guarnicion, puso preso á su hijo, y mandó cerrar las puertas de la ciudad. Pocas horas despues llegó María, y hallando esta novedad, tomó el peor consejo de todos, que fue abandonar el reino y refugiarse á Flándes. Asi el hijo y la madre, por un efecto de sus pasiones imprudentes, dejaron el campo libre al cardenal.

Gaston toma las armas contra el rey: batalla de Castelnaudary (1632). Richelieu, que daba muy poca importancia á la mansion que eligiese para su residencia la reina madre, no queria que el heredero presuntivo de la corona estuviese en pais enemigo ó aliado de los enemigos de Francia: y asi Luis XIII, á quien la historia considera como primer súbdito del cardenal, le sirvió en esta ocasion de general, y se acercó con su egército á las fronteras de Lorena. El duque Cárlos que no tenia recursos para resistirle, celebró con él un tratado en Vic, por el cual se obligó á no hacer alianzas sino en el interes de la Francia, á recibir guarnicion francesa en sus mejores plazas, y á no permitir la permanencia en sus estados del duque de Orleans. Gaston salió de Lorena, dejando alli á su esposa, y pasó á Bruselas á reunirse con su madre.

Casi todos los que habian caido de la gracia del rey concurrieron á aquella ciudad: el lazo de su union era el odio mas violento á Richelieu: y si se ha de creer á este, formaron varios proyectos para matarle. Lo cierto es que en Francia se siguó causa y se envió al suplicio á muchos acusados de este delito, condenando en rebeldía á algunos refugiados de Bruselas, que se supusieron autores de él. En estos procesos nada se dijo de la reina madre: pero se escribieron contra ella escritos virulentos, cuya circulacion permitió el gobierno.

El cardenal, resuelto á ser enemigo irreconciliable de María, no solo destituyó á todos los que titubeaban siquiera entre ella y él, y á los amigos y parientes de estos, sino que envió al suplicio á un mariscal de Francia, sacrificado al deseo de inspirar terror, ó á la venganza mas bien que á la justicia. Las formas de su proceso fueron inusitadas, y se egercieron contra el reo muchas crueldades gratuitas.

El mariscal de Marillac, preso de resultas de la jornada de los burlados, fue transferido á la ciudadela de Verdun que él mismo habia construido. Existian quejas contra él de muchos propietarios de casas y terrenos, á los cuales no indemnizó; de muchos asentistas y proveedores no pagados, en fin, de otras vejaciones de esta especie: estos delitos fueron los capítulos de la acusacion. El tribunal fue una comision de veinte y cuatro jueces presisididos por el canciller Chateauneuf, enemigo

personal de los Marillac, como que habia sucedido al hermano del mariscal. Los comisarios celebraron sus sesiones en Ruel, casa de campo del cardenal, adonde se trajo al acusado: y su sentencia fue de muerte, aplicando no las leyes vigentes, sino algunas antiguas y desusadas, que infligian esta pena al delito de malversacion y concusion. En el cadalso declaró que estaba inocente de los delitos que le acusaban: pero confesó, con muestras de arrepentimiento, que habia cometido otros, por los cuales era digno de aquel castigo. Estos delitos fueron sin duda la tardanza afectada en socorrer al egército de Luis en su segunda espedicion á Italia.

La reina madre y el duque de Orleans, que por medio de sus partidarios dentro y fuera del reino habian hecho tan activos como inútiles esfuerzos para salvar al mariscal, resolvieron vengarle. Pero sus proyectos, combinados con la mayor imprudencia, solo sirvieron para hacer al cardenal mas absoluto, y para aumentar la necesidad que el rey tenia de él: porque María y Gaston hicieron alianza con los enemigos naturales de Francia, introdujeron en el reino tropas estrangeras y procuraron sublevarlo: medios muy poco á propósito para ganar el corazon del rey. Gaston estaba persuadido de que apenas se presentase en Francia, toda la nacion se declararia por él. Los españoles no querian favorecerle abiertamente: pero tampoco perder esta

ocasion de fomentar las turbulencias en Francia: y asi licenciaron algunas tropas, que Gaston tomó á su sueldo. En el reino no podia contar con ninguna cooperacion eficaz, sino la del duque de Lorena y la del mariscal de Montmorency que mandaba en el Languedoc. Atribuyóse la defeccion de este ilustre guerrero, que acababa de recibir el baston de mariscal y grandes pruebas de aprecio y confianza de parte de Richelieu, á las sugestiones de la princesa de los Ursinos su esposa, y parienta de la reina madre, y al deseo generoso de reconciliar la familia real.

Gaston, habiendo reunido sus tropas, que mas semejaban una escolta que un egército, entró en el territorio frances, demasiado tarde para el duque de Lorena, y demasiado pronto para Montmorency. Este aun no habia hecho sus preparativos; y aquel fue obligado por Richelieu, apenas se supo el proyecto del duque de Orleans, á firmar en Liverdun un nuevo tratado, por el cual se obligaba á no dar socorro alguno á su yerno. Por otra parte, el pequeño egército de Gaston se componia de veteranos de diversos paises de Alemania, que acostumbrados toda su vida á la licencia de los campamentos, trataron los pueblos por donde transitaban, como enemigos, y cometieron mil escesos. Y asi solo fueron recibidos en los lugares que no podian defenderse.

El duque de Orleans entró en Francia por el Bassigny, pasó á Borgoña y desde allí á Au-

vernia, siempre careado por fuerzas superiores del rey, que evitaban el combate para no verse comprometidos, si Gaston perecia en alguna batalla: porque se les habia encargado estrechamente que respetasen su vida. En Auvernia dió algun descanso á los suyos, devastando las fértiles vegas de Limagne, cubiertas en aquella estacion, de mieses y ganados: pero al fin, viendo que las tropas del rey se acercaban, temiendo verse rodeado, pasó al Languedoc, á pesar de las cartas de Montmorency en que este general le avisaba que aun no tenia concluidos sus preparativos.

Detras de él penetraron en aquella provincia dos cuerpos de tropas al mando de los mariscales de La Force y de Schomberg. Montmorency cometió muchos yerros, hijos de la naturaleza de su empresa y de la precipitacion de los sucesos. Cuando salió de Paris, dejó en su palacio 600.000 libras, que cayeron en poder del gobierno: no le fue posible hacer que los estados de Languedoc se declarasen á favor suyo, porque los miembros que ya estaban sobornados, fueron puestos en prision: tomó el mando de las tropas de Gaston, emprendió con ellas el sitio del castillo de Beaucaire, y hubo de levantárlo porque ni los soldados se querian batir, ni los capitanes sabian mandar. Entretanto las tropas del rey avanzaban, y todos los que cogian con las armas en las manos, eran condenados á muerte: presagio espantoso para Montmorency.

Este guerrero deseaba con ardor presentar la batalla, y no entretenerse en los sitios de las plazas, que caerian en su poder por sí mismas si triunfaba. «Si soy vencido, decia, será menester ir á Bruselas.» La suerte ó su imprudencia le negó este recurso. Las tropas del rey adelantaban con circunspeccion. Schomberg, teniendo á Montmorency casi cercado en Castelnaudari, y hallándose el cuerpo que mandaba Gaston, aunque no muy distante, imposibilitado de socorrerle, porque era observado por el mariscal de La Force, le envió el general del rey un parlamentario, proponiéndole un convenio. «Capitularemos despues de la batalla,» respondió Montmorency.

En efecto, se presentó al combate con solo 500 caballos, á pesar de todos los esfuerzos que hizo el duque de Orleans para contener su impetuosa temeridad, acomete al enemigo, sufre el fuego de un batallon emboscado, que hizo huir á casi todos los suyos, continúa peleando y es herido y hecho prisionero. Gaston se retiró á Beriers sin hacer la menor tentativa para salvarle: allí hizo la paz con su hermano y se retiró á Tours, colmado de ignominia: pues ni aun se le permitió interponer sus ruegos á favor de Montmorency.

Este fue sentenciado á muerte, y subió al cadalso con grande constancia y resignacion cristiana, y muy arrepentido de su defeccion. «Ningun tribunal podia dejar de condenarle, dice el historiador Siri: pero ningun rey hu-

biera dejado de perdonarle.» Richelieu creyó que mientras mas noble era la víctima, mayor sería el terror que causaria su suplicio. Tal era la política de aquellos siglos.

Gaston, condenado siempre á recibir las impresiones de sus favoritos, siguió en esta ocasion los consejos de Puylaurens, que gozaba de toda su confianza, y que aterrado con el suplicio de Montmorency, y no hallándose seguro en Tours contra el resentimiento del cardenal, quiso poner entre este ministro y él la raya de Flandes. Para conseguirlo disimulando el miedo que tenia y afectando sentimientos heróicos, dijo al duque de Orleans, que era necesario vengar á su desgraciado amigo, y para ello volver á la corte de Bruselas, donde podrian concertar con mas tino una segunda agresion. El duque cedió á este impulso, y el 6 de noviembre volvió á salir del reino. Su evasion causó poco efecto, porque los ánimos estaban muy atentos al resultado de una enfermedad grave, que entonces tuvo Richelieu, y de la intriga que urdió el canciller Chateauneuf para sucederle, si moria, ó suplantarle si sanaba.

Guerra de Lorena: sitio y toma de Nancy (1633). Este proyecto se formó en la sociedad de la duquesa de Chevreuse, á la cual, siempre amada de Richelieu, permitió este ministro á ruegos de Ana de Austria, volver de Inglaterra donde se habia refugiado despues de su conspiracion con lord Montaigu. Cha-

teauneuf, hechura del cardenal, el comendador de Jars, hombre muy amable y de gran carácter, y otras muchas personas distinguidas de la corte, concurrian á esta sociedad. El ministro, engañado siempre por su pasion, asistia tambien á ella, cuando sus negocios se lo permitian. La duquesa de Chevreuse, lisongeada con la predileccion de un hombre como Richelieu, le recibia con mucho agrado: pero entre sus confidentes se burlaba de él sin misericordia: cosa que divertia mucho á la reina, enemiga declarada del cardenal.

Mientras estuvo enfermo, esta cábala se atrevió á declararse y á dar algunos pasos contra él: pero su mejoría fue el despertar del leon. La duquesa huyó á España: Chateauneuf, privado de la dignidad de canciller, que fue dada á Pedro Seguier, acabó tristemente su vida preso en el castillo de Angulema: pero al que trató peor, no fue al mas ambicioso, sino al mas amable, y á quien sospechaba mas amado de la duquesa. Este era el comendador de Jars. Le tuvo 11 meses en los calabozos de la Bastilla, sin permitirle mudar de ropa. Fue trasladado despues á Troyes, donde se le puso en juicio ante una comision compuesta del presidial de aquella plaza y de algunos jueces de los pueblos vecinos, presidida por Feymas, intendente de Champaña, á quien la voz comun daba el título de *verdugo de Richelieu*, por el arte con que empleaba ya las amenazas, ya la seduccion para

arrancar á los reos la confesion de los delitos.

Pero nada pudo sacar de Jars en 80 interrogatorios que le hizo sufrir, en los cuales deseaba hallar vestigios de correspondencias con la corte de España y con los refugiados de Bruselas, señaladamente de la reina Ana de Austria, en cuya comunicacion con su familia se queria saber si se trataban negocios de estado, para hacerla sospechosa al rey, y proporcionar al cardenal el mérito de reconciliarla con su marido. Pero Jars, en vez de hacer las revelaciones, insultaba á su juez, y aun un dia de Todos Santos que se le permitió oir misa, le asió en la iglesia del pescuezo, y quiso obligarle á declarar en presencia de los concurrentes la injusticia con que se le perseguia. Feymas sin turbarse le respondió en tono suave. «No os altereis: yo os aseguro que el señor cardenal os quiere bien, y que cuando mas, se os obligará á viajar por Italia: pero ántes se os presentarán algunas cartas escritas de vuestro puño, que os demostrarán que sois mas culpable de lo que decis.»

Esta declaracion no podia dar seguridad al reo, porque Richelieu solia decir que «con dos renglones de letra de un hombre bastaba para perder 10; haciéndole decir en ellos lo que se quisiese, y acomodando el tenor del escrito á los sucesos.» Los jueces condenaron á Jars á ser degollado: despues se le mostró un indulto provisional: luego se le llevó á la sala del tormento, y últimamente al cadalso, sin

que las promesas ni las amenazas consiguiesen de él la menor revelacion. Ya tenia vendados los ojos, cuando se le trajo el perdon, que era ya conocido de antemano por los jueces. Feymas subió al cadalso y le dijó: «ahora que esperimentais la bondad del rey, confesad lo que sabeis de la intriga de Chateauneuf.» Jars le replicó: «lo que el temor no ha podido hacer, no lo harán vuestras seducciones.» Fue vuelto á la prision, donde permaneció algunos años, y despues se le dió licencia para viajar: pero el cardenal sufrió la ignominia de haber cometido inutilmente tantas iniquidades.

En esta época era ya sabido de todos el casamiento de Gaston con Margarita de Lorena: el rey mandó anularlo por sentencia del parlamento; y siguiendo el consejo de Richelieu, se encaminó á Nancy al frente de un egército para castigar á Carlos por su connivencia con el duque de Orleans, y su mala fe en la egecucion del tratado de Liverdun. En efecto, el de Lorena daba socorros fraudulentamente al rey de España y al emperador, fingiendo licenciar una parte de sus tropas, ó favoreciendo la desercion de las que estaba obligado á poner á disposicion de Francia.

Pero cuando vió que se le acometia con seriedad y que el ducado de Bar estaba ya ocupado por las tropas francesas, envió al cardenal de Lorena su hermano á Pont-a-Mousson, para tratar de ajuste. Prometia poner á su hermana en poder del rey, y entregarle en

rehenes por algun tiempo las fortalezas del ducado. Pero los franceses querian á Nancy, y el duque se negaba á entregarla. Las tropas del rey pusieron sitio á la ciudad, sin que por esto cesasen las negociaciones: porque Richelieu se prestaba á ellas, temiendo que la proximidad del otoño le impidiese tomar la plaza á fuerza de armas.

El cardenal de Lorena se aprovechó de esta circunstancia para lograr que la princesa Margarita que estaba en Nancy, se escapase á Flandes, y evitar á su familia el sonrojo de entregarla á la Francia. Como iba diariamente al campamento del rey para continuar las negociaciones, consiguió sin dificultad un pasaporte para sí y para las personas de su comitiva, del cual se aprovechó la princesa para salir en el coche de su hermano, disfrazada de hombre; y en un bosque vecino encontró guias y un buen caballo, pasó á Thionville, y de allí á Bruselas donde estaba su esposo.

El descontento del rey cuando lo supo, hizo que se interrumpiese la negociacion: pero poco despues se continuó por lo necesario que era apoderarse de la plaza, de cualquier manera que fuese. Cárlos, que estaba apostado con los suyos en la montaña de los Vosges, autorizó á su hermano para ceder la ciudad nueva: pero Luis la queria toda. Despues consintió en renunciar á la alianza de Austria, en confederarse con el rey ofensiva y defensivamente, en estar á la decision del papa sobre

la validez del matrimonio de su hermana, y en entregar á Nancy dentro de tres dias: pero al mismo tiempo envió órden al gobernador de no abrir las puertas si el pliego que se le mostrase no tenia una señal en que convinieron. Así la plaza no se entregó á los franceses.

Richelieu pasó á conferenciar con el mismo Cárlos: le propuso el depósito de Nancy en manos del rey hasta el fin de la guerra: y como el duque se negase á ello, se quejó de la limitacion de sus poderes, que no le permitian hacer mas concesiones, y manifestó que si el duque hablase personalmente con el rey, sin duda lograria condiciones ventajosas. Cárlos, que no contaba ya con el egército español que se le habia dicho que iria de Italia en su socorro, cayó en el lazo, y pasó al campamento de Luis donde fue muy bien recibido: pero cuando quiso retirarse por la noche, se le hicieron instancias para que se quedase, en las cuales conoció que estaba verdaderamente prisionero.

Para librarse fue forzoso condescender en todo lo que quiso el ministro, y Nancy recibió guarnicion francesa el 24 de setiembre. El duque se retiró á Mirecourt, y poco despues pesaroso y avergonzado de la paz que habia hecho, renunció sus estados en el cardenal de Lorena su hermano, que con dispensa de Roma se casó con una hermana de su cuñada: pero tampoco pudo habituarse al yugo de Richelieu y se refugió á Italia con su muger. De

esta manera quedó el ducado de Lorena á disposicion de los franceses hasta el tratado de Westfalia que terminó la guerra de los 30 años.

El cardenal Richelieu, seguro de su triunfo por la toma de Nancy, aunque deseaba que volviese á la corte el duque de Orleans, por ser heredero presuntivo de la corona, y no convenia que estuviese á merced de los españoles, manifestaba en todas las ocasiones grande resentimiento contra la reina madre, que le importaba muy poco que viviese dentro ó fuera del reino. Habiendo caido enferma esta princesa, pidió que se le enviase su médico Vautier, que estaba preso en la Bastilla, y se le negó esta gracia. Poco despues fueron condenados al último suplicio Juan Alpheston y Blas Buffet, sirvientes de María, convencidos de haber venido á Francia con el objeto de asesinar al ministro: y para acabar de disfamar á la reina, mandó volver á Bruselas dos caballos de la estala de María, en que los delincuentes habian pasado á Lorena donde á la sazon se hallaba el cardenal. En la sentencia fueron incluidos como condenados en rebeldía muchos franceses refugiados en Flándes; entre ellos el padre Chanteloube, confesor de la reina madre, en calidad de autor é instigador del delito.

Estas hostilidades recíprocas no preparaban los ánimos á la reconciliacion, aunque María de Médicis comenzaba á desearla sinceramente: porque en esta época habia conse-

guido Richelieu indisponerla con su hijo Gaston, introduciendo rencillas y emulaciones entre los cortesanos de ambos. María se contentaba con menos de lo que se le habia prometido en Compiegne: á saber, con un palacio en que vivir, una suma con que pagar sus deudas, y la renta que se le quisiese señalar, y consentia en deber á Richelieu su vuelta á Francia.

El astuto cardenal dió oidos á la proposicion de la reina, con la intencion de fomentar la discordia entre sus partidarios y los de Gaston, y obligar á este á someterse á su hermano Luis. María habia recibido al duque de Orleans, cuando huyó segunda vez á Bruselas, como á un hijo que venia á ser partícipe de sus infortunios. Abrazó como á hija á la princesa Margarita de Lorena, fugitiva de Nancy y presentada en su corte por su marido: aprobó el casamiento de Gaston; é hizo que el arzobispo de Malinas, prévia consulta de la universidad de Lovayna, lo ratificase. Creyóse entonces que la reina madre dió todos estos pasos, no tanto por cariño á su hijo, como por quebrar los ojos al cardenal, de quien se creia que deseaba casar á su sobrina la marquesa de Combalet con el duque de Orleans. De este modo, por dar un disgusto á su enemigo, se espuso á aumentar los obstáculos que impedian su vuelta á Francia: porque Luis XIII se ofendió en gran manera de la altanería con que su madre aprobaba públicamente

un matrimonio que no podia ignorar cuanto le desagradaba á él.

Esta disposicion de ánimo hizo que no le pareciesen duras las condiciones que Richelieu propuso para la vuelta de la reina, y fueron que no tragese consigo á Francia al abate Fabroni, especie de astrólogo que levantaba figuras, ni al abate de san German, escritor de libelos, ni al padre Chanteloube, enemigo declarado del cardenal, ni á Madama de Fargis, que era el alma de todas las intrigas. La reina respondió que su honor no le permitia abandonar á aquellos fieles sirvientes, y que retirándose con ella á un rincon de una provincia, en nada podrian dar en que entender al gobierno, ademas que ella se obligaba á retenerlos siempre en los límites de la obediencia y de la sumision: pero esta dificultad que parecia invencible, se allanó por la generosidad de las cuatro personas notadas: porque declararon que para asegurar la tranquilidad de su señora, estaban dispuestos á separarse de su servicio.

El cardenal fue pues, cogido en su mismo lazo; porque no esperaba esta solucion de la dificultad, que creia invencible: pero disimulando su enojo, manifestó grande alegria de que ya en fin iba á restablecerse la paz entre el rey y su madre. «Mas no deben hacerse las cosas á medias, añadió: estas personas son culpables de calumnias atroces, de complicidad en proyecto de asesinato, de horóscopos y pre-

dicciones que han disgustado mucho á S. M.: y la reina dejaria de mostrar á su hijo la debida ternura, ni desaprobaria, como es necesario, á los ojos de Francia y del mundo semejante delito, si no permitiese el castigo de los criminales y se dispensase de entregarlos á la justicia del monarca.» María reclamó contra una proposicion tan odiosa: Richelieu afectó maravillarse de su resistencia, y se mantuvo firme: y al mismo tiempo para separar á Gaston de su madre, acompañó las proposiciones que le hizo, de todas las condescendencias que podian facilitar su aceptacion.

No ignoraba que el príncipe se dirigia por las sugestiones de sus favoritos, y que Puylaurens era el mas apreciado de ellos: así solicitó la amistad, le lisongeó, le ofreció la mano de una de sus primas, el título de duque y otras gracias. Puylaurens, seducido por las promesas del cardenal, renunció á la mano de la princesa de Phalsbourg, hermana de Margarita de Lorena, y persuadió á su amo aceptar las ofertas de Richelieu: diciéndole que si su madre queria perderse por no abandonar sus sirvientes, no estaba él obligado á renunciar por complacerla á los beneficios que debia esperar del rey su hermano. En este tiempo los españoles por no perder al duque de Orleans, hicieron un tratado con él. Gaston lo aceptó, porque no se sospechase su correspondencia con el ministro: pero dió parte al rey de este incidente.

Puylaurens no fue tan feliz con los cortesanos de la reina madre, á quien no pudieron ocultarse sus inteligencias con Richelieu. Hubo esplicaciones, riñas y desafios. La reina habló á su hijo con autoridad: el hijo no quiso permitir que lo dominasen los sirvientes de su madre: y estas reyertas produjeron una catástrofe que pudo haber sido trágica para el favorito de Gaston.

Subiendo un dia por la escalera grande de palacio, fueron heridas á su lado dos personas de un tiro de carabina, que pasó rasándole una mejilla: el asesino huyó, y dejó su casaca que tenia la librea del duque de Elboeuf, enemigo personal de Puylaurens, y por consiguiente se sospechó de él al principio: pero despues se puso atencion en que la casaca no pudo haberse dejado sino afectadamente, y recayeron las sospechas de unos sobre la princesa de Phalsbourg, irritada del mal pago de su amor: de otros, sobre el padre Chanteloube, el mayor adversario, en la corte de María, de la reconciliacion de Gaston con su hermano. Gaston, siempre que hablaba de este suceso, le llamaba *la Chanteloubada*. Tambien se sospechó del cardenal: mas este nunca cometió una maldad contra su interes: y era evidente que solo de Puylaurens podia esperar el buen éxito de la negociacion con el duque de Orleans.

Este negocio se terminó como él deseaba. La reina madre, siempre firme en la resolu-

cion de no entregar sus confidentes á una muerte segura, privada de la cooperacion de Gaston que le daba esperanzas mientras hacia causa comun con ella, quedó sin recurso alguno. Gaston salió de Bruselas furtivamente, temiendo á los españoles, que sin violar las leyes de la hospitalidad podian arrestarle como infractor del tratado que acababa de hacer con ellos. No dió parte de su fuga á su muger, á quien dejó encomendada por medio de una carta á la reina madre. En dos dias llegó á Paris, y su hermano le recibió como si volviese de un viage de diversion. El cardenal, contento de haber sacado de manos de los enemigos de Francia al heredero presuntivo de la corona, hizo en su obsequio magníficas fiestas: pero siempre atento á sus intereses, se valió de la confianza que inspira el placer, para averiguar todos los secretos del duque de Orleans.

Despues emprendió la cuestion del casamiento. Bouthillier, secretario de estado, dos doctores de la Sorbona, tres jesuitas, el general del Oratorio, el padre José, y Mazarino, que entonces era nuncio del papa, trataron de persuadirle que su matrimonio era nulo: pero él sostuvo su validez con una firmeza poco comun en su carácter. Su resistencia desagradó á Richelieu: y por eso retardó algun tiempo el cumplimiento de las promesas que habia hecho á Puylaurens, persuadido á que este favorito era el que inspiraba tanto vigor á su

amo: pero en fin, resolvió colmarle de gracias por ver si podria ganarle enteramente. Puylaurens fue duque y par de Francia con 600.000 escudos de renta, y casó con la señorita de Pont-Chateau, prima de Richelieu.

Declaracion de guerra á la casa de Austria: batalla de Avein: campaña de Rohan en la Valtelina (1635). La fortuna de Puylaurens duró poco. El duque de Orleans se habia retirado á Blois, y alli vivia con sus confidentes, sin dejar conocer al público la naturaleza de sus ocupaciones. Este misterio inquietaba á Richelieu: é hizo los mayores esfuerzos para averiguarlo, hasta ofrecer á Puylaurens gobiernos, el baston de mariscal y el mando de un egército. Al mismo tiempo le pidió dos cosas: una, que apartase del lado del duque á Coudrai Montpensier y á otros caballeros, que tenian fama de atrevidos y emprendedores: otra, que lograse de su amo el consentimiento para la anulacion del matrimonio. Puylaurens daba respuestas evasivas, que anunciaban el deseo de ganar tiempo, lo que no acomodaba al cardenal.

Sucedió que pasaron entonces por Blois algunos españoles, que Puylaurens habia conocido en Bruselas, y á los cuales recibió como amigos. Richelieu se aprovechó de esta circunstancia para persuadir al rey que la conducta de su hermano era sospechosa: y que Puylaurens era su confidente en las comuni-

caciones con España, las cuales podian traer muy graves inconvenientes en una época en que se meditaba declarar la guerra á la casa de Austria. El rey aprobó que se pusiese preso al desgraciado favorito de su hermano.

Para sacarle de Blois, se hicieron grandes fiestas en la corte con motivo del carnaval, á las cuales convidó el rey á su hermano y á sus caballeros. Puylaurens fue arrestado entrando en el Louvre para ensayar un baile; porque danzaba muy bien y era uno de los hombres mas hermosos de la corte. Muchos de sus amigos tuvieron la misma suerte. El duque de Orleans, afligido por este golpe inesperado, se limitó á pedir á su hermano, que se examinase imparcialmente la conducta de Puylaurens, antes de condenarle; y se volvió tristemente á Blois, donde no tuvo desde entonces mas sirvientes ni comensales, sino los que nombraba Richelieu. Así á pesar de las fiestas que se le daban y del respeto con que era mirado, vivió en una verdadera prision, entre personas que sabia cuán adictas eran á su enemigo.

La misma inspeccion egercia el cardenal sobre los magnates mas poderosos del reino. Al duque de La-Valette, hijo de Epernon, y viudo de Gabriela, hija natural de Enrique IV, le dió en matrimonio otra prima suya, hermana de la muger de Puylaurens. Epernon tenia el gobierno de Guiena, y se le dió por contrapeso á Sourdis, arzobispo de Burdeos,

hechura suya, y que siendo mas belicoso de lo que conviene á un sacerdote, tenia frecuentes reyertas con el gobernador, naturalmente colérico é imperioso. En una de ellas Epernon levantó el baston con ademan de menosprecio, y derribó el sombrero del arzobispo. Hubo recurso á la corte, y el cardenal obligó al anciano gobernador á dar satisfaccion á Sourdis y á recibir de él la absolucion de la censura fulminada por el iracundo arzobispo.

Richelieu aspiraba á la supremacía en todas materias, y siempre con despotismo. La república de las letras, la mas libre de todas, lo esperimentó, cuando la academia francesa, fundada y dotada por él, se vió obligada por su órden á criticar *el Cid* del gran Corneille, que no sabiendo doblegarse como los cortesanos, desagradaba al cardenal, tambien autor dramático, segun se decia. Parece que tuvo mucha parte en la composicion del *Miramo*, tragedia de Desmarets, que fue mal recibida del público: y como este poeta, despues de la desgracia de su drama, se hubiese presentado al ministro, Richelieu le dijo, con un calor verdaderamente cómico: «¡Es posible que no hayan aplaudido el Miramo! ¿Cuándo han de tener gusto los franceses?»

Pero este deseo de la superioridad, reprehensible en ciertas materias y ridículo en otras, fue causa de las empresas útiles que ilustraron la Francia bajo el ministerio de

Richelieu. El dió un grande impulso al comercio marítimo y á la navegacion, descuidados durante el furor de las guerras religiosas: la emulacion se despertó á la voz del ministro: formaronse compañias de comercio, á las cuales se debieron las colonias francesas de las Antillas: y un año antes de la muerte del cardenal se erigió la primer compañía de las Indias orientales.

Pero la grande empresa de Richelieu, la que mas prueba su genio y capacidad, y en la que hizo los mayores servicios á Francia, fue el proyecto de elevarla al primer grado en la escala europea, abatiendo á su rival la casa de Austria: proyecto que concibió y llevó adelante, en medio de los obstáculos que le oponia constantemente la indocilidad de María de Médicis, las discordias intestinas, la ambicion de los cortesanos y la rebelion de los calvinistas. Cuando hubo triunfado el cardenal de todos los enemigos interiores que entorpecian la marcha de su política, se dedicó especialmente á tomar una parte activa en la guerra de Alemania, ya muy de antemano preparada por los tratados secretos que Francia habia hecho, primero con el rey de Dinamarca, y despues con el de Succia.

El tratado de Ratisbona, que puso fin á la guerra promovida en Italia por la sucesion de Mántua, fue firmado casi al mismo tiempo que el de Brandemburgo, por el cual se obligaba la Francia á dar por cinco años un subsidio

anual de 400.000 escudos á Gustavo Adolfo, rey de Suecia, y 100.000 por una vez para que hiciese guerra al emperador. Este tratado se firmó en enero de 1631; y por otro que se firmó en Quierasco en abril del mismo año, Luis XIII, que no habia querido ratificar el de Ratisbona, hizo que se quitase de este la cláusula que prohibia á la Francia hacer alianza con los enemigos del emperador. En fin, por otra convencion particular con el duque de Saboya, adquirió Francia la plaza de Pignerol, que era una de las llaves de los Alpes, á título de depósito, y despues de compra; dando al duque en resarcimiento el marquesado de Ivréa que pertenecia al Monferrato. Mazarino fue el negociador de este tratado, del cual no se atrevieron á quejarse ni el duque de Mántua, ni el emperador: aquel, por las obligaciones que debia á Luis XIII; y este, porque la guerra con el rey de Suecia absorvia todos sus recursos.

Las victorias de Gustavo fueron rápidas. Boemia, Franconia, el Palatinado, la Alsacia, y gran parte de la Baviera, cayeron en su poder despues de haber vencido los egércitos imperiales en las famosas batallas de Leipsik y del Leck. Walstein, el gran general de Fernando II, fue tambien vencido en la batalla de Lutzen, dada en noviembre de 1632: pero murió en la accion el rey de Suecia, no dejando mas heredera de su trono que á su hija Cristina en menor edad.

El conde de Oxenstiern, canciller de Suecia, gran político, y los generales suecos Banier y Horn, y Bernardo, duque de Sajonia Weimar, discípulos de Gustavo, sostuvieron el honor de las armas de su nacion durante dos años, pero con dificultad. Walstein los venció en Silesia, en Pomerania, en el Danubio, y despues de la muerte trágica de este general, asesinado de órden del emperador porque trataba de levantarse contra él, recibió el imperio tropas auxiliares de España, mandadas por Fernando, cardenal é infante de España, y hermano de Felipe IV. Reuniendo á sus fuerzas las de Austria, y algunos batallones loreneses, restos de la grandeza pasada del duque Cárlos, con los cuales pasó á servir al emperador, venció á los generales Horn y Weimar en la famosa jornada de Nordlinga, dada á fines de 1634, en la cual quedó casi destruido el poder de los suecos, y que obligó al duque de Sajonia á separarse de la confederacion protestante.

Este momento, en que parecia indudable el triunfo de la casa de Austria, fue el que eligió Richelieu para tomar parte activa en la guerra. Recogió los restos del egército sueco, compró las plazas que habia conquistado en Alsacia, se confederó con los príncipes alemanes de las orillas del Rin, y envió un egército mandado por los mariscales de Brezé y de Laforce para sostener al duque de Weimar: hizo alianza con la república de Holanda, cuyas

armas mandaba á la sazon Federico Enrique, príncipe de Orange, contra España, en venganza de que los españoles de Flandes habian ocupado el electorado de Treveris, que se habia puesto bajo la proteccion de Luis XIII desde la invasion de Gustavo; y empezó contra las dos ramas de la casa de Austria una guerra terrible, que duró hasta muchos años despues de la muerte de Richelieu: y si no tuvo el placer de ver logrado su gran proyecto, tuvo al menos la gloria de haberlo concebido y empezado á egecutar.

Las hostilidades comenzaron á un mismo tiempo en Bélgica, en el Rin, en Italia y en la Valtelina: pero el poco concierto de los aliados de la Francia hizo casi nulos los progresos de esta primer campaña; aunque su principio fue una victoria. El mariscal de Chatillon se dirigia al frente de un egército frances á Mastrik; y encontró cerca de Avein al príncipe Tomas de Saboya, que habiendo fingido estar en oposicion con su hermano Victor Amadeo, abrazó decididamente el partido del Austria, y mandaba una division considerable del egército español de los Paises bajos. Este príncipe creyó que acometiendo dos cuerpos franceses, separados del grueso de Chatillon, podria á pesar de ser inferior en número, lograr ventajas sobre el enemigo: pero fue vencido, y perdió mucha gente, ademas de la artilleria y de los equipajes. Mas esta victoria fue inútil, porque el príncipe de Orange tardó mucho en reunir

sus fuerzas á las de los franceses, á los cuales empezaba ya Holanda á no quererlos por vecinos: y así despues de haber amenazado inútilmente á Bruselas y á Lovayna, la falta de víveres los obligó á separarse, y á volverse cada uno á su pais.

En el Rin sucedió lo mismo. El cardenal de la Valette, despues de haber rechazado hasta Francfort al general austriaco Gálas, se vió obligado por la falta de subsistencias á replegarse sobre Lorena. En esta penosa retirada, que duró 15 dias, empezó á manifestar sus grandes prendas militares el célebre vizconde de Turena, segundo hijo del duque de Bouillon, amigo de Enrique IV y despues rebelde. Los austriacos mandados por Cárlos de Lorena y los generales Gálas, Juan de Wert y Colloredo iban penetrando ya en Lorena, y fue necesario que Luis XIII se presentase en el egército para alentar á los suyos. Pero los austriacos no pasaron adelante, porque los suecos, mandados por Banier y Wrangel, amenazaban la Sajonia y el Austria.

En Italia mandaba las armas francesas el mariscal de Crequí, y tenia por auxiliares á los duques de Saboya, de Mántua y de Parma: pero solo este último habia aceptado de buena fe la alianza de Francia: los otros dos casi habian sido forzados á entrar en ella. El duque de Saboya, que empezaba ya á adoptar el sistema de la báscula diplomática, tan ventajosa en lo sucesivo á sus descendientes, era

generalísimo del egército; y en calidad de tal se opuso á los designios de Crequí y á la invasion del milanesado. Solo se peleó con felicidad en la Valtelina, donde el duque de Rohan, enviado para interceptar la comunicacion entre imperiales y españoles que se hacia por aquel valle, rechazó un destacamento del egército de Gálas, que quiso penetrar en él por el Tirol, y al general Serbelloni, que habia venido con un cuerpo español desde Milan, para acometerle, concertando sus operaciones con los austriacos.

Batalla de Tesin: invasion de los austriacos y españoles en Francia (1636). La campaña de este año prometia victorias mas decisivas en Italia. Pusieronse bajo las órdenes de los mariscales de Crequí y de Toiras y del duque de Rohan 35.000 hombres; lo que obligó al duque de Saboya á abandonar su sistema de inercia, principalmente habiendo pedido el duque de Parma sus estados que cayeron en poder de los españoles. Prometió pues, entrar en campaña: pero desechó todos los planes que se le propusieron, fue preciso adoptar los suyos, y cuando llegó el momento de la egecucion nada tenia preparado. De esta lentitud afectada resultó que Rohan, habiendo salido el dia que se le señaló de la Valtelina, y acometido la Lombardia por la parte del norte, no hallando en ningun punto el egército combinado, y habiendo consumido los víveres, volvió á sus desfiladeros sin ha-

ber podido servir de nada á la causa comun.

Amadeo, hostigado por el mariscal de Crequí, que empezaba ya á cansarse de obedecerle, entró en campaña, y aunque ya no era posible aprovecharse de la diversion de Rohan, se dirigió á la capital de Lombardía. Atravesó el Po, se adelantó hácia el Tesin, y en el camino se apoderó del fuerte de la Fonteneta, en cuyo ataque pereció el mariscal de Toiras. Los franceses pasaron el rio, y mientras que Amadeo lo costeaba por la derecha, marchan ellos por la izquierda, rompen un acueducto que llevaba aguas á Milan, y llenan de terror esta capital. El marques de Leganés, gobernador de Lombardía, les salió al opósito: y reconociendo que el duque de Saboya no habia pasado el rio, acometió á los franceses. La accion duró 18 horas, y el cansancio iba á terminarla sin que se reconociese ventaja por ninguna parte, cuando el duque, que habia echado un puente sobre el rio, acabó de pasar su egército, y consiguió la gloria fácil de obligar á los españoles, inferiores en número y muy fatigados, á que se retirasen: pero no queriendo que los franceses se hiciesen poderosos en Italia, limitó su victoria á la ventaja de conservar el campo de batalla. Los españoles hicieron una invasion en el Piamonte: el egército frances se iba disminuyendo con las enfermedades y la desercion, cuando el español se aumentaba con los refuerzos contínuos que recibia de Nápoles, y así Crequí tuvo que re-

tirarse á sus cuarteles de invierno, renunciando á las esperanzas que habia concebido.

El cardenal de La Valette y el duque de Sajonia Weimar consiguieron algunas ventajas sobre los austriacos en Alsacia, y se apoderaron de Saverna, mientras el príncipe de Condé hostilizaba el Franco-Condado á pesar de la neutralidad de que siempre habia gozado esta provincia, y sitiaba á Dole: mas tuvo que levantar este sitio y acudir á la capital, amenazada de un gravísimo peligro, en el cual estuvo próxima á perecer la fortuna y la gloria del cardenal.

Este ministro creyó haber tomado las precauciones suficientes para alejar la guerra del centro de Francia, con los egércitos que mantenia en Saboya, en los Pirineos, en Lorena y en Alsacia. Confiaba tambien entretener las principales fuerzas de los austriacos en Alemania con los suecos y con la liga protestante. Pero el cardenal infante, que era gobernador de los Paises bajos, valido de esta seguridad de Richelieu, engañó su vigilancia, reunió un egército poderoso, principalmente en caballeria, y al frente de 40.000 hombres, mandados bajo sus órdenes por el príncipe Tomas de Saboya, por Francisco de Lorena, Juan Wert y Picolomini, penetró inesperada é impetuosamente en Picardia.

Muchas plazas mal fortificadas ó mal provistas se rindieron casi sin defenderse. La caballeria española se derramó por aquella pro-

vincia y la de Champaña, y las asoló. No habia fuerzas disponibles contra este torrente, sino un cuerpo pequeño de tropas, mandado por el conde de Soissons, príncipe altanero, á quien el cardenal estimaba, pero que nunca quiso dar el menor paso para ganar la amistad del valido: por lo cual el cardenal, no siendo decente dejar sin mando á un príncipe de la sangre, dotado de prendas militares, le dió el mando del pequeño cuerpo que ya hemos dicho, para que observase las fronteras del Aisne, en las cuales no esperaba que hubiese hostilidades de consideracion.

A la primer noticia del peligro Richelieu envió al conde las tropas que tenia mas á mano bajo las órdenes de los mariscales de Chaulnes y de Brezé, odiado de Soissons, porque siendo cuñado del ministro, le creyó destinado ó á participar de su gloria, ó á hacerle derrotar por el enemigo. Estas fuerzas pequeñas y con capitanes divididos entre sí, no eran capaces de impedir la marcha de los generales de Felipe IV: pero estos quisieron asegurarse de las plazas que dejaban á su espalda, y tomar á Corbie, como lo hicieron, antes de pasar adelante.

Entre Corbie y Paris no habia punto de defensa, ni egército capaz de resistir al enemigo. Así la consternacion de la capital fue grande: sus quejas contra la imprevision del cardenal, amargas; y el rey mismo llegó á dudar de la capacidad de su ministro. Pero

Richelieu mereció los favores de la fortuna, haciéndose superior á ella. Se paseó solo y sin guardias por las calles de Paris: habló con el pueblo: le consoló y alentó: mostró que el peligro era mas imaginario que real: dió armas á la juventud parisiense, y formó un egército, que á la verdad no era muy disciplinado: pero si valiente y numeroso: y mientras los contrarios, desatendiendo el consejo de Juan de Wert que queria marchar inmediatamente á Paris, se entretenian en saquear los pueblos y talar los campos, envió órdenes á toda la nobleza del reino para que concurriese armada á Paris, sacó de los egércitos y guarniciones cercanas todas las tropas que pudo, y formó en un momento un egército poderoso, provisto de todo lo necesario.

Al mismo tiempo se puso en movimiento el egército holandes para entrar en los Paises bajos, á instancias de Richelieu: los españoles volvieron á defender la Bélgica, y dejaron á Corbie, su principal conquista, espuesta á los ataques del egército frances que la sitió. El conde de Soissons deseaba á la verdad que se desacreditase Richelieu y cayese, por lo cual no hubiera sentido mucho que el triunfo de los enemigos hubiese llegado hasta producir este efecto: pero en sus movimientos militares no siguió las inspiraciones de su rencor, é hizo cuanto era posible para sostener el honor de las armas francesas. Mas Luis XIII tenia de él mala opinion y le sospechaba de haber tenido

en gran parte la culpa de los desastres anteriores. Soissons creyó que esta impresion desfavorable no procedia sino de las calumnias de Richelieu, y juró vengarse.

Para esto se confederó con el duque de Orleans que acompañaba al rey su hermano en el egército, cuyo mando se le dió, porque el conde no queria recibir órdenes de Richelieu. Durante el sitio de Corbie por los franceses, el rey, Gaston y el de Soissons estaban en el egército del sitio, y el cardenal con el consejo en Amiens. Montresor y Saint Ibal, confidentes del conde, persuadieron á Gaston la necesidad de acabar con el ministro, lo que era muy fácil conseguir el primer dia que se reuniese el consejo en Amiens: el príncipe condescendió con todo lo que le propusieron.

Cuando se citó á los dos príncipes al consejo, acudieron á él, llevando cada uno consigo 400 ó 500 caballeros de su servicio, y entraron en casa de Richelieu. Montresor se acercó al de Orleans, y le preguntó si persistia en su resolucion. *Si*, respondió Gaston con tono decidido, y se confirmaron las disposiciones acordadas ántes. Acabado el consejo, los príncipes acompañaron al rey hasta su coche, y cuando hubo partido Saint Ibal se puso detras de Richelieu y otros conjurados que le acompañaban, estaban prontos á dar el golpe, esperando la señal de Montresor. Este fijó la vista en el duque de Orleans, esperando su consentimiento: pero Gaston volvió la cabeza y

poco despues se retiró como un hombre turbado. El cardenal despidió á los príncipes y se volvió tranquilamente á su casa, habiéndose libertado, sin saberlo, del peligro mas grande que corrió en su vida.

Los príncipes se alegraron de no haber cometido un delito, meditado con el hervor de la pasion; pero que hubiera cubierto sus nombres de eterna ignominia. Mas no por eso renunciaron á su proyecto de derribar al cardenal. Enviaron emisarios al duque de Epernon para que sublevase la Guiena: incitaron á los españoles á volver á Picardía, á entrar por Navarra, y á auxiliar al duque de Lorena desde el Franco Condado para que recobrase sus estados: con la esperanza de retardar tanto la toma de Corbie, que diese lugar á estas invasiones. Entonces esperaban persuadir al rey á que apartase de sí al cardenal, se haria la paz con los estrangeros, la reina madre volveria, y los príncipes serian señores del gobierno.

Pero todos estos proyectos se frustraron. Los españoles fueron rechazados en las fronteras del Pirineo y de Flándes, el duque de Lorena y Gálas, que habian penetrado en Borgoña, y puesto sitio á san Juan de Losnes, tuvieron que levantarlo y se retiraron desordenadamente acosados por el cardenal de La Valette y el duque de Weimar que acudieron al socorro de la plaza. Los suecos, mandados por Banier, que se habian retirado al norte de

Alemania, consiguieron sobre los austriacos una señalada victoria junto á Witstock, pueblo de Brandemburgo, y volvieron á penetrar en el centro de Alemania: el conde de Soissons se vió obligado á tomar á Corbie: el duque de Epernon no hizo el menor movimiento: Richelieu fue mas poderoso que nunca, y los príncipes, temerosos de su venganza, se retiraron, Soissons á Sedan, y Orleans á su residencia de Blois.

Evacuacion de la Valtelina por los franceses: ventajas de estos en la frontera de España (1637). A principios de este año falleció el emperador Fernando II: príncipe que despues de haber elevado la rama germánica de Austria el mas alto grado de poder, la vió espuesta á los mayores peligros. Sucedióle su hijo Fernando III, cuyos principios fueron felices: porque obligó á Banier á retirarse á Pomerania, y al duque de Weimar á Alsacia, y de concierto con España, hizo alianza con los grisones, descontentos del duque de Rohan, que no habia cumplido el convenio de subsidios estipulados. Ni Richelieu, hostigado por los gastos urgentes que causó en la campaña anterior la invasion de los españoles, habia podido enviarlos. Los franceses estaban dispersos en la Valtelina, y no podian sostenerse contra los naturales; y asi se vió obligado á firmar un tratado de evacuacion.

Richelieu, que conocia la importancia de conservar aquel territorio, envió al conde de

Guébriant con una parte del dinero de los subsidios, y órden de que permaneciese en la Valtelina: pero ya era tarde, y haberla egecutado, hubiera sido esponer los franceses que mandaba Rohan, á ser degollados: y asi entregó el mando de las tropas á Guébriant, bajo cuyas órdenes volvieron á Francia; y él, temeroso del enojo de Richelieu, se pasó al egército del duque de Weimar su amigo, donde sirvió en calidad de voluntario.

En Italia obligaron los españoles al duque de Parma á renunciar á la alianza de los franceses, cuyo valor tenia siempre encadenado la perfidia de Victor Amadeo, duque de Saboya. Pero este príncipe falleció á fines de la campaña, dejando á su hijo y sucesor en menor edad; y las turbulencias que á su muerte se siguieron, no permitieron á los franceses en muchos años sacar utilidad alguna de la alianza de Saboya.

El cardenal de La Valette y el mariscal de Chatillon lograron algunas ventajas en los Payses-bajos; y el duque de Longueville se apoderó de algunas plazas de los españoles en el Franco Condado. Sourdis, arzobispo de Burdeos, y Enrique de Elboeuf, conde de Harcourt, que empezaba entónces á adquirir grande reputacion militar, recobraron en las costas de Provenza las islas de santa Margarita y de san Honorato, de que se habian apoderado los españoles. El duque de La Valette sosegó la provincia de Guiena, sublevada á causa del

aumento de las contribuciones, y arrojó de ella á los españoles que el año anterior habian penetrado al favor de las turbulencias. En fin, el duque de Halluin, hijo del mariscal de Schomberg, se puso al frente de las milicias del Languedoc, y libertó á Leucate, sitiada por los españoles, obligándolos á volverse al Rosellon. Serbelloni, que habia desembarcado algunas tropas en la costa vecina para reforzar el egército sitiador, tuvo que volverse al mar. Tales fueron las operaciones militares de esta campaña.

La corte de Francia tenia en esta época un aspecto mas triste que nunca. Luis XIII aborrecia á Richelieu, como el esclavo aborrece á su amo: pero no podia romper el yugo, porque le creia necesario para el gobierno de la monarquía. Teniendo un cáracter melancólico y suspicaz, necesitaba de un amigo, en cuyo corazon depositar sus pesares, y con quien murmurar de la tiranía de su ministro: pero este amigo habia de ser de la aprobacion de Richelieu, á quien era necesario contar todas las conversaciones privadas con el rey: porque sino, el mismo Luis tenia la debilidad de contarlas despues al cardenal, y la ruina del triste confidente era cierta. Asi cayó san Simon, hombre de probidad y juicio, muy estimado del soberano: y que favoreció á Richelieu, mientras fue perseguido este por la reina madre: pero cuando, ya desterrada esta princesa, se declaró el cardenal su perseguidor y de to-

da la familia real, san Simon se manifestó defensor de los caidos. Richelieu dijo á el rey, que su favorito amaba mas á la reina madre y á los príncipes que á él mismo, crímen imperdonable para Luis: y san Simon fue alejado de palacio con el pretesto de que habia avisado á Saint-Leger su yerno la causa que se le iba á formar por haber vendido á los españoles la plaza de Capelle en la campaña anterior.

Ademas, Luis XIII, siempre indispuesto contra su muger, tuvo queridas, pero á su manera: porque en estos tratos, aunque siempre peligrosos para la virtud, no tenian parte alguna los sentidos. Buscaba solamente la buena correspondencia, la amistad y el placer de la confianza con una persona amable. La señorita de Hautefort fue su primer cariño: pero esta pasion cesó por los celos que concibió el rey de la amistad de aquella señorita con Ana de Austria: celos muy singulares y estraordinarios, pero que el rey disculpaba diciendo que el corazon donde él dominaba, debia amarlo esclusivamente.

A este primer amor sucedió el de la señorita de La Fayette, á quien tambien estimaba mucho la reina: y su conducta probó que lo merecia. Correspondia sinceramente al amor del monarca dentro de los límites permitidos por la virtud: pero en una ocasion Luis se olvidó de su platonismo, y la propuso que aceptase un cuarto en Versalles donde pudiesen verse y hablarse sin testigos. Apenas hizo esta

proposicion, se manifestó avergonzado de haberla hecho, y su amante, no menos temerosa que él de su mútua debilidad, tomó el velo en el convento de religiosas de la Visitacion.

El rey iba á verla con frecuencia al locutorio. En este tiempo Richelieu perseguia á la reina Ana de Austria, persuadiendo á Luis que esta princesa, enemiga del ministro y de su sistema de gobierno, era imposible que dejase de tener con el rey de España y con el infante cardenal sus hermanos, comunicaciones perniciosas á los intereses de Francia. Ana iba con frecuencia al convento de Val de Grace, cuya mansion y el trato de sus religiosas le eran mas agradables que la vida triste que pasaba en la corte. En una de estas jornadas la sorprendió el canciller con una órden del rey para que pasase á Chantilly donde estaba su esposo, y se apoderó de todos sus papeles y de las llaves de su escritorio. Nada se encontró sino cartas insignificantes y algunos cilicios y disciplinas. Pusieronse presas muchas personas de la servidumbre de la reina ó afectas á su persona; y todas sus declaraciones convinieron con lo que Ana de Austria dijo al rey en las suyas. De donde se infirió que los confidentes mismos de Richelieu, llevando á mal tanto despotismo, avisaban á unos y á otros lo que habian de decir en sus declaraciones. Algunos añadieron que el mismo cardenal, que no queria sangre en este negocio, sino humillacion y sometimiento, proporcionó los medios de la disculpa.

Como la señorita de la Fayette, recluída en su convento, nada tenia que temer ni esperar del ministro, habló al rey con suma libertad acerca de la indecencia con que se perseguia á la reina: ensalzó sus virtudes: las comparó con la conducta de sus calumniadores: y sobre todo, insistió en el amor no bien pagado que profesaba á su marido; de manera, que Luis, exaltada su fantasía, corrió desde el locutorio al cuarto de su esposa, y se reconcilió sinceramente con ella. Fruto de la union de los reyes fue un príncipe que nació al año siguiente, y que sucedió á su padre con el nombre de Luis XIV. Ana de Austria, agradecida á los buenos oficios de la señorita de la Fayette, hizo todos sus esfuerzos para impedirle que consumase su sacrificio: pero aquella alma sensible y virtuosa no quiso esponerse segunda vez á los peligros de las pasiones, y profesó despues de cumplido su noviciado.

Batalla de Rhinfeld: sitio de Fuenterabia (1698). Las fiestas con que se celebró el nacimiento del delfin, estuvieron mezcladas con la humillacion de los reveses. La campaña solo fue venturosa en la frontera del Rin, donde el duque de Weimar, despues de haber sido vencido junto á la plaza de Rhinfeld que tenia sitiada, sorprendió á los austriacos cinco dias despues cuando estaban con todo la seguridad que inspira la victoria, y disipó enteramente su egército, haciendo prisioneros á los cuatro generales que lo mandaban. Uno de

ellos era Juan de Wert, que dos años ántes hubia causado tanto terror en Paris: por lo cual se creyó conveniente traerlo á esta capital como un trofeo: despues se cangeó por el general sueco Horn que era prisionero de los austriacos. Weimar, siguiendo el curso de sus victorias, se apoderó de muchas plazas de aquella frontera: entre ellas, de Brissac, despues de haber derrotado las tropas austriacas que acudieron á socorrerla.

Pero en la frontera de los Paises-bajos el príncipe Tomas de Saboya y el general austriaco Picolomini obligaron al mariscal de Chatillon á abandonar el sitio de Saint-Omer: y el levantamiento del de Fuenterabía fue aun mas vergonzoso. Mandabanlo el príncipe de Condé, teniendo bajo sus órdenes al duque de La Valette. El arzobispo de Burdeos, despues de haber derrotado una escuadra española, que acudió al socorro de la plaza, desembarcó, tomó el mando del cuartel de La Valette, que se retiró á una legua de la ciudad con la reserva, y estrechó las operaciones del sitio tanto que la guarnicion estuvo ya para capitular. Tratabase de dar un asalto: pero no se creyó que la brecha estuviese practicable, y esta detencion dió lugar al almirante de Castilla para llegar á tiempo de atacar las lineas de los franceses. Forzó primero el cuartel del arzobispo y despues el del príncipe, y ni uno ni otro pudieron salvarse sino embarcándose apresuradamente. El duque de La Valette re-

cogió los fugitivos, y se volvió con el egército á Bayona.

El mariscal de Crequí pereció en Italia en un reencuentro al principio de la campaña, cuando se disponia á socorrer la plaza de Broma, sitiada por el marques de Leganés; y tuvo por sucesor al cardenal de La Valette, que se dedicó mas á sacar partido de las turbulencias de Saboya, que á las operaciones militares. Cristina, hermana de Luis XIII, viuda del último duque Victor Amadeo, y tutora de su hijo, deseaba observar la neutralidad que los españoles le ofrecian: pero sus cuñados el cardenal Mauricio de Saboya y el príncipe Tomas le disputaban la regencia, y por tanto tenia necesidad de la proteccion de Richelieu. Firmó pues, el 3 de junio de este año un nuevo tratado ofensivo y defensivo con Francia, y se espuso al enojo de España.

Pero Richelieu, escarmentado de la inercia pórfida de Victor Amadeo, quiso tener una parte activa en el gobierno de Saboya, para hacer desde alli una guerra mas eficaz á los españoles: los ministros de Cristina se opusieron á ello, buscaron apoyo en la corte de Francia, y se formó una nueva conspiracion contra el cardenal. El padre Monod, jesuita, confesor de la duquesa Cristina, escribió al padre Caussin, que lo era de Luis XIII, interesándole á favor de la regenta y animándole contra el cardenal.

El padre Caussin tomó con empeño á su

cargo el proyecto de derribar al ministro. Representó al rey la situacion de su madre, quo á la verdad habia cometido yerros, pero que no debia ser desechada cuando solicitaba ya volver á sus brazos. Manifestó el peligro del mal egemplo que daban á su reino las perpétuas desavenencias con su muger, con su hermano, con sus parientes: dijo que viendo tantas personas de cuenta vagar por los reinos estrangeros, y otras encerrradas en diferentes prisiones, no habia cortesano que no temiese ó por sí mismo ó por sus allegados, y por eso era el palacio una mansion de envidia y de desconfianza: en fin, que tendria que dar cuenta á Dios de la opresion en que se hallaba la iglesia católica en Alemania, por la alianza de los franceses con los protestantes. El rey hizo algunos esfuerzos para defender á su ministro: y como á todo respondiese el confesor, le preguntó Luis: «pero en fin, ¿á quién pondremos en su lugar?» Caussin, que no esperaba esta pregunta, pidió algunos dias para decidir: y despues de haberlo meditado bien, se decidió por Cárlos de Valois, hijo natural de Cárlos IX, conde de Auvernia y despues duqué de Angulema, tan célebre en las conspiraciones del mariscal de Biron y del conde de Entragues en tiempo de Enrique IV, y que por su talento y esperiencia parecia capaz de dirigir el estado.

Caussin lo creyó así; y no queriendo proponerlo al rey sin su consentimiento, le des-

cubrió la situacion en que estaban las cosas. El duque, aunque admirado de la novedad, consintió con grandes muestras de agradecimiento: pero reflexionando despues en el ascendiente que egercia el cardenal sobre Luis; que este príncipe podia faltar en el momento de la egecucion; y en fin, que esta era quizá una astucia de Richelieu para probarle, fue á contarle todo el caso. El ministro le prodigó promesas y señales de gratitud: pero no queriendo contraer obligaciones demasiado grandes, añadió sonriéndose que el rey no tardaria en descubrirle lo que pasaba.

Entretanto el padre Caussin, que ignoraba la revelacion del de Angulema, instaba siempre al rey: este le preguntó si se atrevia á sostener su opinion delante de otras personas, aunque una de ellas fuese el mismo cardenal. El confesor dijo que si: se señaló el dia: pero cuando llegó el momento de la esplicacion, al ir á entrar el padre Caussin en el cuarto del rey, adonde estaba ya Richelieu, recibió órden de retirarse á su convento, donde recibió otra para partir inmediatamente á Quimpercorentin, ciudad de la baja Bretaña. Entre sus papeles se hallaron varias cartas del padre Monod que probaban su complicidad.

El cardenal no tardó en desfogar contra el confesor de Cristina su indignacion, y empleó todos los medios posibles para haberle á las manos. « La duquesa está privada de sentido, escribia á Emery, su agente en la corte de Sa-

boya, si no le envia á Francia cuanto antes.» Pero el jesuita juraba que «jamas veria á Richelieu sino pintado.» En vano Cristina sacrificaba al cardenal sus ministros y sus plazas: en vano, á instancias del mismo padre Monod que temia un golpe de mano, le encerró en una fortaleza. Richelieu, que sabia como se castiga cuando hay deseo de vengarse, miró aquel acto no como una satisfaccion que se le queria dar, sino como un medio de poner en salvo su víctima. Asi envió á decir á la duquesa que el rey no confiaba en ella: se apoderó de una parte de sus estados socolor de defenderlos: y adoptó la injusta política de los poderosos, para quienes la alianza con el débil es un medio de usurpacion.

Algunos escritores dicen que el padre Caussin no designó al duque de Angulema para ministro, sino porque se negó á serlo el padre José, á quien antes habia nombrado por consejo de la señorita de La-Fayette, pariente del capuchino. Este, dicen, fiel al cardenal, desechó el ministerio; pero conociendo la buena intencion de Caussin, le guardó secreto: discrecion, que no le perdonó Richelieu. Es dificil saber lo que pasaba entre estos dos hombres, que tenian tanto interes en que nadie penetrase sus secretos: pero los que observaban sus pasos mas de cerca, creyeron que en estos últimos tiempos estaban descontentos el uno del otro. Richelieu era socarron y orgulloso: José pronto y poco sufrido. Se notó que

estos defectos, á pesar de tanto tiempo como habian vivido en buena armonía, empezaban ó incomodarlos reciprocamente, y daban motivo á esplicaciones desagradables y algunas veces amargas. En esta época la reina madre se sometia á cualesquiera condiciones con tal que la recibiesen en Francia, y no la obligasen á entregar sus sirvientes: los pueblos, exhaustos por los impuestos, deseaban ardientemente la paz: los españoles la ofrecian honorifica y ventajosa: todas las famílias distinguidas reclamaban sus amigos ó parientes, presos, desterrados ó proscritos: el padre José daba frecuentemente á entender con palabras ó con ademanes, que no aprobaba en todas materias la inflexibilidad de Richelieu: el rey, que continuaba visitando á la señorita de La-Fayette, hablaba al capuchino con mas frecuencia que otras veces: el cardenal le ofreció la mitra de Mans, que podia alejarle de la corte, y el padre José la renunció.

De todas estas circunstancias infirieron los políticos que el capuchino queria igualarse á Richelieu para suplantarle, ó que á lo menos, el cardenal lo creyó asi, y que la enfermedad del padre José provino de la envidia del cardenal. Esta es una de aquellas horribles imputaciones que no deben adoptarse sin buenas pruebas, aun cuando el carácter de la persona contra quien se hacen, no las destruya. Pero es fácil probar que estos dos hombres vivieron muy unidos hasta el fin: pues Riche-

lieu mostró todas las inquietudes que debe causar el peligro de una persona amada: quiso tenerle á su lado, le llevó á su casa de Ruel, donde le asistió con toda la solicitud de un verdadero amigo. El padre José por su parte dió al cardenal la prenda menos equívoca de afecto, enviando al rey una memoria en que justificó el ministerio de Richelieu, y le pintó como el único hombre capaz de gobernar la monarquía. Asi cuando murió el padre José, esclamó el cardenal: *he perdido mi brazo derecho.*

Era en efecto un hombre infatigable, y que empleaba en todas sus empresas el vigor, la flexibilidad y la constancia necesaria para lograrlas. Se habia familiarizado con el trabajo y con las dificultades en las misiones y reformas de las casas religiosas, en que se empleó desde su juventud. Se acostumbró tambien á no hacer caso de las voluntades é inclinaciones de los hombres, y cuando no podia persuadirlos, los obligaba. Penetró en los gabinetes de los príncipes, decia su sentir con osadía, y no habia negocio por dificil que fuese, para el cual le faltasen buenos consejos que dar. Su vida sobria y dura, su exactitud en someterse á los deberes penosos de su profesion, su atencion en privarse de las comodidades del mundo escepto en los casos de necesidad, le conservaron el aprecio de los grandes, á quienes trataba sin contemplacion, cuando no seguian su dictámen: y les hablaba

con la osadía de un hombre á quien no aterra el porvenir y que nada tiene que perder. Era audaz, decisivo; y acostumbrado á sufrir la dureza del mando, no la templaba por los otros. No se le conoció afecto alguno sino á la congregacion de religiosas del Calvario, de que fue fundador: mas no á ninguna de ellas en particular. Distribuia los favores de la corte sin guardar ninguno para su familia: enviaba misiones á predicar el Evangelio al Asia y á América, y egércitos á Alemania y á Flándes: escribia al mismo tiempo constituciones monásticas y tratados de alianza: en una palabra, reunia las prendas de un verdadero religioso y de un buen estadista; y acaso esta reunion fue el único defecto que pudo censurarse en él. Tomaba grandísimo empeño en todo lo que emprendia: y Richelieu, para alentarle en su última enfermedad, le decia: «Animo, Padre José: Brissac es ya nuestra.»

Causa del duque de La-Valette: combate de Quiers (1639). Algunos han atribuido á las sugestiones del padre José la severidad del cardenal, que era implacable cuando se creia ofendido: pero no se vió que fuese mas benigno despues que murió su confidente: al contrario, creyendo que se le atreverian por faltarle este apoyo, afectó castigar hasta la apariencia de los delitos, para impedir las conspiraciones á fuerza de terror. Horrible egemplo dió de esta verdad el duque de La-Valette, coronel general de la infantería francesa, viu-

do de una hermana natural del rey, marido de una parienta del cardenal, hijo del duque de Epernon, anciano venerable; hermano del duque de Candale y del cardenal de La-Valette, que esponian entonces su vida por la Francia en el Piamonte, recomendable por haber sosegado dos años antes las turbulencias de Guiena. A pesar de todos estos títulos á la benevolencia de Richelieu, incurrió en su indignacion, porque se burlaba de él, y criticaba sin miramiento sus acciones.

Cuando la derrota de los franceses junto á Fuenterabía, el príncipe de Condé acusó á La-Valette de no haber cooperado á las operaciones del sitio y de haber declarado la brecha impracticable para el asalto, en venganza, añadia, de que él, en calidad de generalísimo, egercia en la Guiena y en las provincias circunvecinas autoridad superior á la del duque y á la de Epernon su padre. El ministro persuadió al rey que La-Valette habia buscado y aprovechado aquella ocasion de desairar al príncipe contra el bien del servicio: y Luis indignado mandó que compareciese en juicio ante un tribunal, que él mismo presidió, compuesto de muchos duques y pares, consejeros de estado, presidentes del parlamento y el decano de esta corporacion, á quienes se mandó concurrir á san German, donde estaba la corte, sin decirles el motivo de la convocacion.

El rey les dijo que habian sido llamados

para formar causa al duque de La-Valette, y que segun el dictámen del procurador general Mateo Molé, debia ponerse al reo en prision. Todos los concurrentes le representaron por medio del primer presidente Le-Jai, que no podian opinar fuera del parlamento, y suplicaron á S. M. que enviase la causa á este tribunal. «Señores, les respondió Luis, vosotros siempre oponeis dificultades y os creeis tutores de los reyes. Yo soy el soberano, y es un error grosero creer que no puedo hacer juzgar á un duque y par en el tribunal que me parezca conveniente. En fin, el duque de La-Valette no merece ser juzgado de otro modo:» es decir, no merecia, aunque fuese inocente, libertarse de la sentencia que ya el rey habia fulminado en su ánimo contra él.

Pinon, decano del parlamento, obligado á dar su voto, suplicó á Luis que enviase al duque á sus jueces naturales. Mandósele con amenazas que opinase acerca del fondo de la cuestion, y dijo que su dictámen era el del procurador general. El presidente de Nesmond dijo lo mismo, y añadió que era necesario poner en la sentencia, que esta se daba por mandato espreso del rey. El presidente de Bellievre representó cuán grande era el peligro de intimidar á los jueces, y cuanto desdoro acarreaba al soberano presidir en el juicio de un vasallo. «¿Podria V. M., dijo, sufrir el espectáculo de un caballero sentado en la silla de los reos, y que no se apartase de vuestra

presencia sino para ir al cadalso?» Obligado á opinar, se decidió por la sentencia mas suave en materia criminal, que es el emplazamiento personal. El presidente de Novion, despues de haber demostrado la insuficiencia de los cargos, opinó como Bellievre. El presidente Bailleul, por libertarse de la necesidad de votar, alegó que al entrar en el salon habia oido decir al cardenal que el rey podia usar de su clemencia con el duque de La-Valette, y asi que su opinion era suplicar á S. M. en favor del reo. «No os cubrais con mi capa, replicó el cardenal; sino dad vuestro voto.»

Ninguno de los pares reclamó para el acusado los privilegios de su clase: y un consejero de estado se atrevió á alegar, en prueba de la validez y competencia de la comision, las costumbres despóticas del Asia, donde los sultanes acaban con las personas que les desagradan, sin formalidades de justicia, y dió á entender que se usaba de mucha benignidad con el duque, concediéndole ser juzgado. Asi en este primer juicio se decretó que La-Valette fuese preso: y habiendo pasado los términos legales, se celebró otro, en que fue condenado á muerte en rebeldía. El cardenal no opinó en este segundo juicio, alegando que el acusado era pariente suyo. En vano Bellievre hizo nuevos esfuerzos en favor del reo: el fiscal lo declaró culpable de inteligencia con los españoles y de inobediencia á su general. Bellievre dijo que el delito de traicion, presumido sola-

mente por rumores vagos y por las declaraciones de testigos recusables, no estaba probado: y que las faltas de disciplina debian examinarse en un consejo de guerra, el cual decidiria si se halló en la imposibilidad de obedecer, como alegaba La-Valette: sin embargo, ó sea por dar alguna satisfaccion al rey, ó para indicar á los jueces bien intencionados un medio término favorable al acusado, añadió Bellievre, que no podia disculpar la inobediencia de La-Valette en no presentarse á juicio: que esta culpa era un egemplo pernicioso, y debia ser castigada; y que por ella le condenaba á nueve años de destierro y 100.000 francos de multa.

Pero nadie siguió este dictámen. El rey se levantó muy airado, y para dar mayor probabilidad al delito de su cuñado, hizo grandes elogios de su valor; tomando por testigos á los señores que estaban presentes, y que como él habian visto á La-Valette mostrar la mayor intrepidez en combates muy vivos y peligrosos: aseguró que la brecha de Fuenterabía era practicable: que el duque la habria asaltado, si hubiera querido: y que era delincuente por no haberlo hecho. Nadie se atrevió á reclamar contra esta aseveracion de un monarca indignado. Firmóse la sentencia de muerte y se egecutó en efigie. Esta fue la señal de todas las desgracias que acometieron á aquella familia. El duque de La-Valette, viendo venir la tempestad, se refugió en Inglaterra. El duque de

Caudale, su hermano mayor, y el cardenal de La-Valette fallecieron este mismo año en el Piamonte; el primero, delante de Casal, mientras se fulminaba el proceso contra el duque, y el segundo en Rivoli: y su desgraciado padre el duque de Epernon fue confinado á la edad de ochenta y seis años en su casa de Plassac, privado de sus hijos, y sin autoridad en sus empleos y gobiernos, de los cuales solo se le dejaron los títulos.

Entretanto Tomas de Saboya y su hermano el cardenal, apoyados en un partido poderoso y protegidos por los españoles, prevalecian contra Cristina, á la cual Richelieu prometió los socorros de Francia, pero no gratuitamente. Unas veces pedia un territorio al rededor de Pignerol: otras, una ciudad ó plaza con el pretesto de ser necesarias para la seguridad de las tropas francesas; y cuando la dureza de sus condiciones indignaba á la princesa y la inducia á reconciliarse con sus cuñados, añadia Richelieu amenazas á sus imperiosas negociaciones, representándole que Tomas y su hermano eran unos ambiciosos, que solo fingian avenirse con ella, para dar muerte á su hijo y sucederle: y al mismo tiempo perpetuaba su enemistad y daba avisos secretos á los príncipes de que la duquesa no solicitaba la reconciliacion, sino con el objeto de apoderarse de sus personas.

Cristina, víctima de los artificios de Richelieu, cedió á la necesidad, y consintió en en-

tregar á los franceses tres plazas de sus estados: mas nunca consintió en que su hijo se separase de ella, y fuese llevado á Francia, como queria el cardenal. El conde Felipe de Aglie, uno de sus ministros y hombre de mucho mérito, á quien atribuian los maldicientes que era amante de la princesa, fue el que se opuso con mas vehemencia á los deseos del cardenal. Acompañó á la duquesa á Grenoble, adonte tuvo una entrevista con su hermano Luis para tratar de este asunto, y no contribuyó poco á afirmarla en su resolucion. Richelieu, poco acostumbrado á que se malograsen sus proyectos, ofendido de haberse equivocado esta vez, y mucho mas de ver injuriada la dignidad del rey por la desconfianza que se mostraba en no enviar su sobrino á Paris, propuso en el consejo la prision del conde: «de ese miserable, añadia, que está arruinando la reputacion de la duquesa.» No atreviéndose el consejo á consentir en semejante violacion del derecho de gentes, Richelieu permitió la vuelta del conde al Piamonte: pero siempre tuvo la vista fija sobre él, como presa que no queria que se le escapase.

El conde de Harcourt fue enviado por sucesor del cardenal de la La Valette en el mando del egército de Italia. El príncipe Tomas, por medio de inteligencias que tenia en Turin, se hizo dueño de esta plaza: mas no logró apoderarse de la ciudadela. Harcourt, para conservar su comunicacion con esta, é interrumpir

la de Tomas de Saboya con los españoles, asaltó la plaza de Quiers, la tomó, estableció en ella su cuartel general, y observó por algunos dias á las tropas que ocupaban la ciudad de Turin, y el campamento español.

Pero no podia conservar su posicion por mucho tiempo: pues los enemigos ocupaban todos los paises en que pudiera proveerse de víveres. Era necesario por consiguiente evacuar á Quiers, y hacerlo sin que lo sintiesen los contrarios, superiores en número. Harcourt tomó sus disposiciones con tanta habilidad, que cuando el príncipe Tomas reconoció el movimiento, ya el vizconde de Turena, comandante de la vanguardia francesa, se habia apoderado de todos los puntos que aseguraban la retirada. Acometióle Tomas, mientras el marques de Leganés atacaba á Harcourt: pero uno y otro fueron rechazados con pérdida, y los franceses continuaron sin obstáculo su camino hasta Carmagnole y Carignan, donde tomaron cuarteles de invierno.

En los Paises bajos, el marques de La Meilleraie tomó á Hesdin, por lo cual se le dió el baston de mariscal: pero Jeuquieres que sitiaba á Thionville, fue atacado en sus líneas por el general austriaco Picolomini, vencido y muerto. Picolomini penetró en Champaña, y puso sitio á Mouzon: pero el mariscal de Chatillon le obligó á levantarlo. El príncipe de Condé tomó á Salsas en las fronteras del Rosellon: mas no pudo impedir que los espa-

ñoles recobrasen esta plaza. Quejóse del mariscal de Schomberg, atribuyendo este reves á su falta de cooperacion: pero esta vez sus quejas ne fueron oidas, porque Richelieu amaba mucho al mariscal.

Este año adquirió Francia un aumento considerable de poder: porque habiendo fallecido el duque de Weimar, compró el gobierno á los oficiales que mandaban sus tropas, no solo el egército, sino tambien las plazas que ocupaba en Alsacia. El duque de Longueville pasó el Rin con aquellas tropas, tan silenciosamente, que el enemigo no tuvo noticia de su movimiento, hasta que lo hubo efectuado: operacion, que dió mucha gloria al conde de Guébriant, que la dirigió. Este egército unido con el sueco de Banier, hizo que muchos príncipes de Alemania se declarasen contra el emperador, y causó en el mediodía del imperio una diversion muy útil á la causa de los protestantes.

Sitios de Arras y de Turín: sublevacion de Cataluña y Portugal contra España (1640). El poco concierto de los aliados en los Paises bajos, amenazados por tres egércitos franceses, que mandaban los mariscales de La Meilleraie, de Chaulnes y de Chatillon, por Federico, príncipe de Orange, fue causa de que la dominacion española en Bélgica se libertase de un inminente peligro. El príncipe de Orange á pesar de que tenia el mas brillante egército que hubo nunca en Holanda, no

quiso intentar ninguna empresa, y así los egércitos franceses tuvieron que levantar todos los sitios de las plazas que acometieron. Sin embargo, para terminar con gloria la campaña, se reunieron todos tres contra Aras. El general español Lamboi, que acudió á socorrerla, fue derrotado por La Meilleraie. El cardenal infante y el duque Cárlos de Lorena vinieron tambien, é hicieron en vano prodigios de valor para forzar las líneas de los sitiadores: adquirieron mucha gloria, pero nada pudieron conseguir, y la ciudad se rindió: único fruto de una campaña que prometia tan ventajosos resultados. En ella militó por la primera vez Luis de Condé, segundo en este nombre, duque de Enghien, tan famoso despues con el sobrenombre de *gran Condé.*

La de Italia fue mas brillante. El marques de Leganés tenia puesto sitio á Casal, ocupada siempre por guarnicion francesa, y cuya posesion deseaban los españoles, porque cubria su frontera por aquella parte. El conde de Harcourt, aunque solo tenia la mitad del número de tropas que sus enemigos, marchó al socorro de la plaza. Leganés, en lugar de salirle al encuentro, perdió la ventaja del número, esperando á ser acometido en sus líneas. Los franceses las forzaron en tres lugares. El vizconde de Turena se distinguió mucho en este ataque: pero el prez de la jornada fue de Harcourt, que animando á los suyos con el egemplo, se arrojó el primero á los

atrincheramientos, é inspiró su valor á todas las tropas. Los españoles, perdida gran parte de su artilleria y de su egército, se vieron obligados á levantar el sitio.

Harcourt, para sostener la gloria que acababa de grangear, marchó al momento contra Turin, determinado á libertar la ciudadela, bloqueada siempre por el príncipe Tomas; y aunque sus fuerzas eran inferiores á las de este, se atrevió á sitiarlo en la plaza. El marques de Leganés siguió de cerca á los franceses con las reliquias de su egército, superiores todavia en número, y rodeó el campamento que tenia Harcourt delante de Turin, interceptando todos los caminos por donde pudiera recibir víveres. Ni en la ciudad ni en las líneas francesas podian adquirirse sino con la espada en la mano: y la pertinacia de unos y otros se sostenia con la esperanza de cansar al enemigo, y reducirle á la última penuria.

El príncipe Tomas y los españoles tenian comunicacion por medio de balas huecas, que se llamaron entonces *correos volantes*, y que lanzaban por cima de los cuarteles de los franceses; y concertaron atacar á un mismo tiempo. Mas no pudieron hacerlo por accidentes imprevistos. Acometieron á distintas horas y fueron rechazados. Al dia siguiente de esta accion, el vizconde de Turena, que se habia retirado á Pignerol á curarse de una herida, volvió á las líneas con un socorro considerable de hombres y bastimentos; lo que obligó á

capitular á la guarnicion de Turin. El príncipe Tomas tuvo la libertad de salir de la plaza con sus tropas y de retirarse á Ivrea: y la duquesa Cristina volvió á su capital, que recibió guarnicion francesa, mandada por Duplessis Praslin.

La regenta daba ostensiblemente sus órdenes á esta guarnicion; pero en la realidad dependia de ella, tanto que casi á su vista fue preso, conducido á París y encerrado en la Bastilla su ministro el conde de Anglié. A las quejas y reclamaciones de la duquesa, respondia Richelieu con insultante frialdad: «hay ciertas ocasiones, en que es preciso despreciar las lágrimas de las mugeres, para no ser causa de su ruina.» Decia á unos, insinuaba á otros, y aun escribió á la misma duquesa, que si hacia grándes instancias por la libertad de aquel caballero, tan hermoso y amable, daria motivo para que se sospechase de la naturaleza de su afecto y se mancillase su reputacion: y persuadió á Luis XIII, que si habia cometido aquella violencia, era por no permitir que sufriese mengua el honor de la duquesa su hermana.

Hasta la presente época se habia conservado casi igual la balanza de la guerra entre España y Francia: la primera se sostenia por el terror que inspiraba su nombre desde los tiempos de Carlos V: la segunda por la capacidad de Richelieu y el talento y valor de los generales del rey. Pero desde este año empezó

á inclinarse el fiel hácia el lado de Francia. El primer golpe de consideracion que sufrió la potencia española, fue la sublevacion de catalanes y portugueses: los primeros, á causa de los impuestos que sufrian y de las vejaciones que causaba en los pueblos la tropa mal disciplinada, cuando pasaba al Rosellon ó volvia de él: los segundos, por conquistar su independencia, y colocar en el trono á Juan, duque de Braganza, descendiente por su abuela de la antigua casa real de Portugal.

La rebelion de Cataluña empezó en Barcelona. Un dia, que concurrieron á esta capital del principado muchos aldeanos de las cercanias, reconocieron á algunos de los soldados que habian cometido grandes escesos en los campos, y los acometieron. El gobernador quiso sosegar el tumulto, y fue muerto. La ciudad se declaró en insurreccion contra la corte de Madrid, y solicitó el socorro de los franceses para sostener su independencia. Richelieu no quiso perder una ocasion tan oportuna de hacer guerra á la casa de Austria en su mismo territorio: pero ya fuese por no atreverse á comprometer muchas tropas, ya por obligar á los catalanes á subordinar su política á la de Francia, si querian socorros mas eficaces, les envió solamente 4000 hombres, bien que mandados por D'Espenan, que el año anterior habia adquirido mucha gloria defendiendo á Salces contra los españoles.

Pero este auxilio era demasiado corto: el

marques de los Velez, nuevo virey de Cataluña, tenia 25,000 soldados, y aterraba el pais con la firmeza y severidad de su gobierno. Con fuerzas tan desiguales, se limitó D'Espenan á la guerra defensiva, y se encerró en Tarragona: pero mal sostenido por los reclutas, bisoños aun, de Cataluña, se vió obligado á capitular dentro de algunos dias, y á salir, no solo de la ciudad, sino tambien del principado.

Batalla de la Marsée (1641). Los catalanes, viendo que era imposible sostenerse sin el auxilio de la Francia, renunciaron á su primer proyecto de república, y reconocieron por soberano á Luis XIII. Entonces recibieron socorros mas considerables, que les llevó el conde de La Mothe Houdancourt, y con los cuales vencieron á los españoles bajo el cañon de Monjuí: mas no pudieron reconquistar á Tarragona, á pesar de que la sitiaron por tierra y por mar. Luis XIII prometió á sus nuevos vasallos venir á visitarlos, y entre tanto envió á Barcelona al mariscal de Brecé en calidad de virey, para jurar la conservacion de los privilegios de la provincia.

En Italia se apoderó Harcourt de la fortaleza de Coni, que estaba por los españoles, y estos por su parte tomaron la de Montalvo. El conde de Sirvela sucedió en el gobierno de Lombardia al marques de Leganés, que habia pasado á servir en Cataluña: y tuvo la habilidad de evitar toda accion decisiva y de impe-

dir á los franceses la entrada en el Milanesado.

En Alemania sucedió al duque de Longueville en el mando de las tropas francesas el conde de Guébriant, que unió su egército con el sueco, y tomó provisionalmente el mando de entrambos por haber fallecido Banier, general de Suecia. Con estas fuerzas se dirigió á Sajonia, donde habia entrado el general austriaco Picolomini, y lo derrotó junto á Wolfembutel: mas no pudo aprovecharse de la victoria por la mala voluntad de los suecos, que no podian tolerar ser mandados por un estrangero.

En Flandes el mariscal de la Meilleraie se apoderó de la plaza de Ayre á la vista del cardenal infante: pero habiéndose reunido á este príncipe el general Lamboi, obligó á los franceses a retirarse y se acampó en las mismas líneas del mariscal para reconquistar aquella fortaleza. El mariscal, no teniendo fuerzas para atacarle, sitió sucesivamente á La Básée, á Lens y á Bapaume, y las tomó: mas no logró lo que queria, que era obligar á los españoles á levantar el sitio de Ayre. Esta plaza se rindió á don Francisco de Melo, sucesor del cardenal infante, que falleció durante el cerco, en el gobierno de los Paises bajos.

Cárlos, duque de Lorena, viendo la casa de Austria oprimida por tantas derrotas, y los triunfos contínuos de Richelieu, se decidió á hacer las paces con el rey. Presentóse en san German, donde entonces estaba la corte, y se

reconcilió con Luis XIII, cediendo los condados de Clermont, Stenay y Jametz, y dejando en poder de Francia, como en depósito, la plaza de Nancy hasta el fin de la guerra de Alemania. Prometió ademas no hacer alianza con los austriacos, dejar paso libre por sus estados á las tropas del rey, y unir su egército al de los franceses: sometiéndose á perder sus dominios si faltaba á estas condiciones.

En la misma época la infeliz María de Médicis, que habia pasado de Bruselas á Londres desde que empezó la guerra entre Francia y España, porque la decencia no le permitia vivir entre los enemigos de su hijo, se vió obligada á salir tambien de aquel asilo por la guerra civil y sangrienta que estalló entonces entre su yerno Cárlos I de Inglaterra y los parlamentarios. Pasó á Holanda: pero el implacable Richelieu le quitó este refugio: porque el gobierno holandes no quiso dar albergue á la enemiga del ministro de Francia. En fin, solo en Colonia, ciudad libre y neutral, pudo fijarse con seguridad y sin ser inquietada. Allí se refugió tambien el duque de Vendoma, hermano natural del rey, que acusado de haber querido envenenar al ministro, quiso mas bien espatriarse que esponerse al resultado de un juicio por comision, como el del duque de La Valette.

En este tiempo ya estaba definitivamente establecido en Francia Julio Mazarino: porque

siendo vicelegado en Aviñon, y habiéndole el papa enviado como nuncio á la corte de Luis para tratar de poner fin á la guerra entre Francia y España, manifestó mucha parcialidad á favor de los franceses: por lo cual enojada la corte de Roma contra él, le mandó volver á Italia. Mazarino no teniendo ya nada que esperar sino de Richelieu, se ofreció al servicio de Francia. El ministro le envió de embajador estraordinario á Turin, y despues de plenipotenciario á Alemania; y habiendo desempeñado estas dos comisiones á satisfaccion suya, pidió y obtuvo de Roma el capelo de cardenal para su protegido, y le confió el departamento de negocios estranjeros vacante por el fallecimiento del padre José.

La salud del rey declinaba visiblemente, y Richelieu, que aspiraba á ser regente del reino despues de su muerte, ó á lo menos á tener la supremacía en el gobierno, no via nada que pudiera oponerse á ello, sino al conde de Soissons, que despues de la conspiracion de Amiens, vivia retirado en Sedan, bajo la proteccion del duque de Bouillon, soberano de aquella ciudad. El cardenal nada temia del príncipe de Condé que era su amigo y admirador, ni del duque de Enghien, hijo del príncipe, jóven ambicioso y de elevados pensamientos, pero que estaba unido con él por los vínculos de la sangre, habiendo casado con Clara Clemencia, hija del mariscal de Brezé y sobrina de Richelieu.

Resolvió pues, el ministro destruir el único enemigo importante que le quedaba: pues el duque de Orleans estaba generalmente desacreditado. A este fin, se publicó el ocho de junio una declaracion del rey, mandando al conde de Soissons, y á los duques de Bouillon y de Guisa, que en el término de un mes se pusiesen á la obediencia de S. M. y volviesen de los paises adonde estaban refugiados. Al mismo tiempo el mariscal de Chatillon se dirigió á Sedan con un egército, cuyas tropas iban á pelear de muy mala gana contra un príncipe de la sangre. El mismo Luis XIII desaprobaba la conducta del cardenal, aunque se prestaba á sus deseos, y miraba con bastante indiferencia aquella guerra, cuyo resultado, si triunfaban los príncipes, seria tenerlos por ministros en lugar de Richelieu, cuyo freno tascaba con impaciencia.

El egército que los príncipes opusieron á Chatillon, se componia de muchos voluntarios franceses, de mercenarios alemanes tomados á sueldo, y de un cuerpo austriaco á las órdenes del general Lamboy. Encontraronse los dos egércitos en la llanura de Bazeille, cerca del bosque de La Marsée, á vista de Sedan. Desde el primer encuentro todo el egército del rey se desbandó como de concierto, y no dejó de huir hasta haber llegado á ocho leguas del campo de batalla. Luis XIII, sabido este suceso, se volvió tranquilamente á Paris desde Peronne donde estaba, y aguardó alli los resultados.

No podian dejar de ser funestos para el cardenal. El egército de los príncipes, al cual no hubieran dejado de unirse las tropas del rey, encontraba ya pocos obstáculos para avanzar hasta la capital y ser dueños de la persona de Luis y por consiguiente del gobierno: pero un accidente imprevisto trastornó en un momento el estado de las cosas.

Cuando el egército del rey huyó, el conde de Soissons rodeado de algunos oficiales iba marchando tranquilamente por la llanura y tomando posesion del campo de batalla. Suena de repente un pistoletazo: el príncipe cae, acuden á él, y habia muerto. Tenia el golpe en medio de la frente, el taco en la cabeza y la cara quemada por la pólvora.

Este suceso era sumamente favorable á Richelieu, que estaba perdido: y asi se dijo que el conde habia muerto á manos de un emisario del cardenal. Mas era imposible que no se hubiese cogido al asesino: y asi los mas juiciosos atribuyeron la muerte del conde á la mala costumbre que tenia de levantarse la visera con la boca de la pistola: costumbre peligrosa y que sus amigos le habian reprehendido muchas veces.

Todo mudó despues de este suceso: el egército vencido volvió á ponerse sobre Sedan: Richelieu ofreció condiciones ventajosas al duque de Bouillon, que las aceptó: y el rey, admirado de la fortuna de su ministro, se sometió á su poder mas que nunca; tanto que

decia á Cinq Mars, su escudero mayor y favorito, que aspiraba entonces á tener parte en el gobierno: « no olvideis que si el señor cardenal se declara contra vos, no podré conservaros á mi lado.»

Conquista del Rosellon: muerte de la reina madre y de Richelieu (1642). El rey iba aproximándose por momentos al sepulcro, y el cardenal tambien: pero sin perder este su carácter imperioso, ni aquel su ciega obediencia á las voluntades del ministro; bien que algunas veces murmuraba, en presencia de los favoritos, de la tiranía á que estaba sometido. Cinq Mars, testigo de estas quejas, imaginó que el rey, en un momento de disgusto, podria despedir á Richelieu, ó á lo menos llevar á bien que se le derribase de cualquier manera que fuese.

Richelieu al contrario, no temia su caida, sino en el caso de morir el rey: caso que miraba como próximo: y asi, para hallarse prevenido y con un egército á sus órdenes, si esto se verificaba, persuadió al rey que se pusiese al frente de sus tropas para conquistar el Rosellon y sostener á sus nuevos súbditos de Cataluña. Queria ademas que la reina dejase á sus hijos en el castillo de Vincennes bajo la custodia de Chavigny, confidente del cardenal, y que siguiese á su marido á los paises del mediodía, donde se hubiera hallado siempre entre dos egércitos de las mejores tropas de Francia, mandados por los parientes mas

cercanos de Richelieu. El rey, aunque lánguido y moribundo, obedeció: pero Ana de Austria lloró, y dijo que primero perderia la vida que se separase de sus hijos. Fue pues, necesario dejarla en Paris. Mas no se le dió autoridad alguna, y el príncipe de Condé, de quien el cardenal estaba seguro, fue nombrado regente en ausencia del rey. El duque de Orleans siguió á su hermano.

Cinq Mars se aprovechó de su contínua asistencia al lado del rey en el camino, mientrás el cardenal le veia muy pocas veces, para insinuarse en su ánimo, y persuadirle que rompiese el yugo, nombrando primer ministro al duque de Bouillon. En esta trama tuvieron parte Gaston, De Thou, hijo del historiador y amigo de Cinq Mars, y otros muchos cortesanos. El rey oia con gusto las invectivas contra el cardenal, y aun permitió que De Thou escribiese á Roma y á España para hacer las paces sin la participacion del ministro. Sin embargo, la guerra contiauaba y parecia restituir al rey su antigua actividad. Pasó revista en Leon á su egército, mandado por los mariscales de La Meilleraie y de Schemberg, y animado con la presencia del duque de Enghien y del vizconde de Turena, que servian en él. Dió el baston de mariscal al conde de La Mothe Houdancourt, que habia conseguido una victoria en Cataluña; y al conde de Guebriant, que triunfó de los imperiales en Kempen haciendo prisioneros á los generales Lam-

boi y Merci, mientras Torstenson, que habia sucedido á Banier en el mando del egército sueco, batia á los austriacos, primero en Schweidnitz y despues en Leipsic. Encargó la frontera de Flandes al mariscal de Grammont y al conde de Harcourt, á quien substituyó en el mando del egército de Italia el duque de Bouillon, que solo tuvo que pelear contra los españoles: porque los príncipes de Saboya aceptaron la mediacion de Francia y se reconciliaron con su cuñada la duquesa Cristina.

En virtud de estas disposiciones fueron rápidos los progresos en el Rosellon. Los españoles fueron derrotados junto á Villafranca: la plaza de Colibre capituló en el mes de abril, y la de Perpiñan en el de setiembre. En Cataluña el mariscal de La Mothe venció al marques de Leganés que sitiaba á Lérida. Don Francisco de Melo, gobernador de los Paises bajos, sostuvo el honor de las armas españolas, dando una rota al mariscal de Grammont junto á Honnecourt y recobrando las plazas de Lens y de La Bassée.

Entretanto Cinq Mars adelantó tanto en su proyecto contra el cardenal, que consiguió que el rey le tratase con sequedad y desconfianza. Richelieu se creyó perdido: pero un descubrimiento que hizo, le volvió á dar toda su anterior superioridad y arruinó al imprudente favorito. El duque de Bouillon, como ya hemos dicho, accedió al proyecto de Cinq

Mars: pero temiendo, si no se lograba, perder la soberanía de Sedan, pidió por condicion que se le asegurase la proteccion de España. Cinq Mars y Gaston convinieron en ello, y despacharon un agente á Madrid, que concluyó el tratado en su nombre. Cayó una copia de este convenio en poder del ministro, que la envió al rey. Cinq Mars fue preso en Narbona; el duque de Bouillon, al frente de su egército, y se le encerró en la ciudadela de Casal; y al duque de Orleans se le arrestó en Auvernia.

Gaston, que poseia el original del tratado, lo entregó á las llamas apenas vió el mal estado de la empresa: pero amedrentado por Richelieu, y obligado á implorar la clemencia del cardenal, fue poco á poco confesando toda la conjuracion y la parte que en ella habian tenido cada uno de sus cómplices, á los cuales descubrió y vendió, como habia vendido á Chalais, Montmorency y Soissons.

Durante esta causa, el rey tuvo una entrevista con el cardenal en Tarascon: uno y otro estaban en sus camas enfermos y próximos á la muerte: pero tratando de abrir el sepulcro de Cinq Mars y de su amigo De Thou. El cardenal se quejó amargamente al rey de que hubiese animado á sus contrarios prodigándoles el favor: y Luis se disculpó de esta acusacion, y templó el enojo de su ministro, dando una declaracion, por la cual mandaba que todos obedeciesen á Richelieu,

como á él mismo. Hecho esto, se volvió á Paris. El cardenal pasó á Leon por el Ródano, llevando en su misma barca á los dos presos. El duque de Orleans fijó su residencia á dos leguas de aquella ciudad, para hallarse mas cerca de la comision que habia de juzgar la causa, y que se componia de consejeros de estado y de algunos jueces del parlamento de Grenoble, presididos por el canciller.

La sentencia no podia ser dudosa, pues Gaston habia declarado el delito, y su declaracion, aunque no se le confrontó con los reos, fue estimada como suficiente por ser de un príncipe de la sangre. En ella no se avergonzó de confesar que Cinq Mars, jóven de veinte y dos años, *le habia seducido*, cuando él tenia cuarenta. El mismo Cinq Mars convino en que habia hecho el tratado con la corte de España. Fue condenado á muerte, como tambien su amigo De Thou, á quien se acusó de no haber revelado la conjuracion. Uno y otro sufrieron su sentencia en la plaza mayor de Leon. El duque de Orleans se volvió á Blois á vivir como un mero particular: y el duque de Bouillon consiguió su libertad, cediendo el principado de Sedan, y dándosele en trueque otras tierras en lo interior de Francia.

Asi se terminó la última conspiracion contra el poder de Richelieu, que volvió á Paris, próximo á la muerte, pero triunfante de todos sus enemigos. La reina madre Maria de

Médicis habia muerto en Colonia el tres de junio, obligada por la falta de dinero á despedir casi todos los sirvientes y á limitarse á solo lo necesario. Todos lamentaron su desgracia: pero aun no se habia olvidado en Francia, que no lloró la muerte de su esposo Enrique IV, y que mientras gobernó, atendió á sus pasiones de odio ó de cariño, mas que al bien público ni á la gloria del estado.

Richelieu, minado por una enfermedad crónica, falleció el cuatro de diciembre, á los 58 años de su edad, habiendo antes dado instrucciones al rey acerca del modo con que debia componer su ministerio: instrucciones que fueron seguidas exactamente, y que prolongaron el imperio del cardenal mas allá del sepulcro. Y sin embargo, Luis le aborrecia: notósele una sonrisa fugitiva, cuando se le dió la noticia de su muerte, y se contentó con decir: *ha muerto un gran estadista.*

Este elogio fúnebre contiene cuanto se puede decir á favor del cardenal, considerado como hombre público. Fue autor del sistema del equilibrio europeo, destruyendo la supremacía de la casa de Austria: acabó las guerras religiosas en Francia, sometiendo á los calvinistas: destruyó la preponderancia de los grandes, y domó su espíritu turbulento, imponiéndoles el freno de la autoridad real, nunca mas absoluta que bajo su ministerio. Hizo estos bienes á la monarquía: pero los medios de que se valió para conseguirlo, fue-

ron la perfidia, la injusticia y el despotismo. Sus miras eran grandiosas: su capacidad, vasta: su genio para concebir, su atrevimiento para emprender, su constancia para perseverar, su firmeza para vencer los obstáculos, y su talento para encontrar recursos, inimitables: pero su corazon fue perverso, incapaz de respetar, ni aun en su soberano, los afectos de la humanidad: vengativo, imperioso, y cruel. En él era una necesidad la dominacion; y el trono de Francia heredó todas las conquistas que emprendió quizá Richelieu solo por satisfacer su sed de poderío.

Luis XIII despues de la muerte de su ministro, volvió á recibir en su gracia al duque de Orleans: mas siempre gravitaron sobre él las inculpaciones de traicion y de inteligencia con los estrangeros. Lo mismo hizo con los demas que fueron perseguidos bajo el ministerio de Richelieu. Pasados algunos dias se abrieron las prisiones, volvieron los desterrados que suspiraban por su patria: y se presentaron de nuevo en palacio un gran número de militares y cortesanos, que el cardenal habia alejado. La duquesa de Guisa volvió de Florencia trayendo consigo los cadáveres de su marido y de sus dos hijos mayores que habian fallecido en el destierro. El duque de Vendoma y sus hijos tuvieron permiso de volver á Francia desde Inglaterra donde se habian refugiado. A todos estos señores seguian muchos caballeros, unidos á su fortuna, cuya vuelta á Fran-

cia ocasionaba en las ſamilias ſiestas y regocijos, en los cuales se maldecia y execraba la memoria del cardenal. Los mariscales de Vitrí y Bassompierre, el duque de Cranmail, y otras muchas personas mas ó menos distinguidas salieron de la Bastilla, de Vincennes y de otros castillos y fuertes en que estaban presas: peró á muchas de ellas no se permitió presentarse al rey; ó si se presentaron, fue rara vez ó mas tarde. Luis, aunque consintió en mitigar el rigor que su ministro le habia inspirado, respetó siempre la voluntad de Richelieu, dejando en cierto modo el sello de la desgracia sobre la frente de los reprobados por el cardenal.

La muerte de Richelieu no causó menos alegría en los paises estrangeros que en Francia. Europa, fatigada tantos años por los planes belicosos del ministro frances, concibió por un momento la esperanza de que faltando el se acabarian las guerras, y de que la paz, igualmente deseada por todas las potencias beligerantes, permitiria respirar á la humanidad. Pero el cardenal habia combinado su sistema tan vigorosamente, que se sostuvo por sí solo despues de él, y á pesar del diferente carácter del ministro que le sucedió, de la debilidad del monarca, de los inconvenientes de la menor edad de Luis XIV y de las inclinaciones de la regenta su madre, la guerra continuó con el mismo calor que ántes, y la casa de Austria no pudo evitar el golpe fatal que Richelieu le habia preparado. Mazarino, su

sucesor y que le debia su puesto, temiendo desacreditar desde el principio su ministerio si adoptaba ideas pusilánimes, y se apartaba de la conducta firme enseñada por su predecesor, siguió los mismos proyectos: y á pesar de las preocupaciones de unos y de los recelos de otros, aconsejó que se pusiese al frente del egército de Flandes, donde la guerra debia emprenderse con sumo calor, al duque de Enghien, que aun no tenia 21 años. Se determinó mantenerse á la defensiva en Cataluña é Italia.

En medio de la corte, donde la restitucion de tantos empleados daba motivo á grandes fiestas, pero lúgubre siempre por la contínua melancolía del monarca, Luis XIII, acometido de una enfermedad de consuncion, se preparaba á la muerte, que se aproximaba con mucha aceleracion. Habia pasado sus últimos años en penas é inquietudes; y entónces le afligia mucho el arreglo de la regencia. Parece que entre todas las quejas, causa de la indiferencia del rey para con su esposa, la que mas constantemente le afectó, fue la parte que Ana habia tenido en la conspiracion de Chalais. Si la reina, considerando la débil salud de su esposo, tuvo realmente el proyecto de casarse con el duque de Orleans, despues de la muerte del rey, no es posible disculparla. Acusósela de esta intencion en consejo pleno: pero siempre sostuvo que era inocente, y que no se habia sometido á la humillacion de confesarse

culpable, sino porque la habian amenazado de enviarla á España, á menos de no hacer aquella confesion. Pero Luis siempre guardó en su corazon el resentimiento de que su esposa hubiese deseado su muerte: y cuando, ya moribundo, le suplicó Ana por medio de Chavigny, que no llevase consigo al sepulcro aquella odiosa sospecha, el monarca respondió: «tengo obligacion de perdonarla, pero no de creerla.»

Con esta preocupacion, fortalecida por la parte que tuvo Ana de Austria en muchas intrigas posteriores, y con la persuasion que tenia Luis de la incapacidad de su muger para el gobierno y de su parcialidad á favor de su patria España, determinó darle muy poca autoridad en la regencia. Mucho le costó buscar los medios de lograrlo: porque no podia entregar el poder á su hermano Gaston, á quien ni amaba ni estimaba, ni á los otros príncipes que no eran suficientemente respetados de la nacion para que pudiesen sostener su eleccion. Asi nombró á su esposa regenta, y á su hermano lugarteniente general del reino: pero creó un consejo soberano, y prohibió á la reina y al duque de Orleans que lo alterasen, y eligió gefe de este consejo al príncipe de Condé.

El 19 de abril de 1643, despues de haber hecho jurar á su esposa y á su hermano que se conformarian con estas disposiciones, firmó su declaracion, y escribió mas abajo: «lo que he firmado, es mi espresa y última voluntad,

y quiero que sea egecutada.» Al dia siguiente se archivó esta acta en el parlamento. La agonía del rey continuó todavía cerca de un mes, en cuyo tiempo estuvo casi abandonado: tanto porque los que tenian obligacion de asistirle, estaban ocupados en formar intrigas para el reinado de su hijo, como porque le miraban con indiferencia. Falleció el 14 de mayo á la edad de 43 años, y fue poco llorado, asi como habia sido poco amado durante su vida. A la verdad fue valeroso é inteligente en la guerra: pero carecia de afabilidad y dulzura: su amor y su amistad estuvieron siempre mezclados de sospechas y recelos: y asi el medio seguro de ganarle era demostrarle un afecto esclusivo. Pero la amistad no era en él una consecuencia de la estimacion. Amó sin estimar, y estimó sin amar; y como el primer sentimiento es imperioso, porque está unido con el respeto, por eso Richelieu, que era estimado, conservó siempre su ascendiente, á pesar de cuanto hicieron para derribarle personas á quienes amaba el monarca.

Pero esta sumision de Luis XIII á su ministro, fue su único título de gloria. Sin ella nada podria decirse de este príncipe, sino que fue hijo de Enrique IV y padre de Luis XIV, y el esplendor de estos dos ilustres monarcas, que merecieron y lograron el título de *grandes*, hubiera eclipsado su reinado. Si este fue glorioso y tiene un lugar distinguido en la historia, se debe al genio de Richelieu, que

destruyó en lo interior los gérmenes de la discordia, dando al valor y á la actividad francesa una direccion útil al engrandecimiento de la patria; elevó su nacion al puesto que debe ocupar entre las de Europa, creó el poder militar, y promovió las letras. En su tiempo empezó á sacudirse el yugo del escolasticismo en filosofía y se perfeccionaron las ciencias exactas, por los esfuerzos del célebre filósofo y matemático Renato Descartes: el gran Corneille presentó sus sublimes tragedias á la Europa admirada, y fundó un teatro dramático, émulo del de la antigua Atenas: Malherbe enseñó el verdadero tono de la elocucion poética: y en fin, todas las semillas de cuanto hubo grande é ilustre en el reinado de Luis XIV, se difundieron bajo el ministerio de Richelieu, que dió al mundo el egemplo único de un vasallo reinando en utilidad de su soberano. Luis que necesitaba quien le dirigiese, rompió con facilidad el yugo de su madre, y hubiera roto el de Luynes: porque ni aquella ni este le hacian grande á sus propios ojos: y fue súbdito constantemente del cardenal, porque su gobierno tenia por objeto el engrandecimiento del monarca y de la nacion. Esta es la única alabanza justa que la historia puede tributar á Luis XIII.

CAPITULO ADICIONAL.

Historia de los pueblos de Escandinavia, desde la introduccion del cristianismo hasta nuestros dias.

Desde que los pueblos de Escandinavia abrazaron el cristianismo, renunciaron á sus continuas invasiones en los paises mas meridionales de Europa, y dejaron de tener relaciones con las demas monarquías. Su territorio, separado por el mar Báltico de Germania y Polonia, y defendido por su ingrato clima y poca fertilidad, no podia ser objeto de la ambicion europea. Asi se le consideró siempre como un mundo separado, del cual nada habia que esperar ni que temer. Formóse en aquellas regiones un centro particular de accion y de poder, que estuvo primero en Dinamarca y despues en Suecia, con las guerras que son consiguientes al ansia del mando: pero este centro ningunas relaciones tuvo con Francia, Inglaterra, Alemania ni Italia hasta el ministerio de Richelieu, que interesó primero á los daneses y despues á los suecos, con esperanzas de hacerlos poderosos en Alemania y con crecidos subsidios, á hacer guerra á la casa de Austria, contra la cual deseaba concitar á toda Europa. Desde entonces fue Suecia aliada natural y constánte de Francia.

Conviene pues, en este tomo en que hemos descrito el reinado de Luis XIII y la aparicion de los suecos en el centro de Europa, dar una idea exacta, aunque sucinta, de las diferentes vicisitudes que sufrió aquella especie de mundo remoto, desde que en él se introdujo el cristianismo (en cuyo punto interrumpimos su historia en el capítulo adicional del tomo XII de esta obra) hasta nuestros dias; describiendo las revoluciones de sus tres monarquías, el gran poder que adquirió la de Suecia bajo sus monarcas Gustavo Adolfo, Cárlos Gustavo y Cárlos XII, el descaecimiento de este poder, y la situacion en que hoy se hallan aquellas naciones.

Este capítulo se divide en cuatro secciones. La 1.ª comprenderá desde la introduccion del cristianismo hasta la union de Calmar. La 2.ª desde esta union hasta lo introduccion del protestantismo en Escandinavia en el reinado de Gustavo Vasa. La 3.ª desde el reinado de Gustavo Vasa hasta la muerte de Cárlos XII: período el mas brillante de la historia escandinava. La 4.ª desde la muerte de Cárlos XII hasta nuestros dias.

SECCION PRIMERA.

Desde la predicacion del cristianismo en Escandinavia hasta la union de Calmar.

Reyes de Suecia en el siglo XI. Amando

el abrasador, hijo y sucesor de Olao el tributario, debió su sobrenombre á la ley que promulgó mandando quemar la casa del que hiciese daño á su vecino: lo que prueba cuán ignorantes eran todavia los suecos y cuán desconocidos los verdaderos principios de justicia. Pereció en una batalla contra los dinamarqueses.

Emundo Slemme, que le sucedió en 1035, se hizo odioso á sus vasallos por haber cedido la Escania á los dinamarqueses.

Haquino el rojo ascendió al trono en 1041. Era hijo de un aldeano. Disputó la corona con Stenehill, nieto por su madre de Olao el tributario: pero se hizo la paz á condicion de que este príncipe sucediese á Haquino.

Stenchil II reinó solo dos años, muy querido de los pueblos por su respeto á las leyes y por su piedad religiosa. Despues de su muerte disputaron la corona sus dos hijos, y ambos perecieron en un combate.

Yngo III ascendió al trono en 1061, elegido por los votos de toda la nacion. Fue justo y religioso, y procuró reprimir á muchos barones que tiranizaban al pueblo: pero los descontentos le sorprendieron y asesinaron en su palacio.

Halstan, hermano de Yngo: príncipe benigno y caritativo; tuvo la felicidad de hacer amables sus virtudes á los suecos.

Felipe, hijo de Alston, é imitador de sus virtudes, ascendió al trono en 1080. En esta,

época se distinguió en Suecia la familia de los Folquingios, que durante muchos reinados tuvo grande ascendiente en el gobierno del estado. Falleció á principios del siglo XII en 1110.

En el siglo XI ilustró á Dinamarca el reinado de Canuto el grande, hijo y sucesor de Suenon I, rey de Dinamarca y de Noruega. Fue este príncipe, no solo guerrero y conquistador, sino tambien político mas de lo que podia esperarse de su siglo y de su nacion. Hizo guerra á los anglo-sajones de la Gran Bretaña, y se apoderó de Inglaterra, añadiendo esta corona á las dos que ya poseia, y supo hacerse amar de sus nuevos vasallos. Reconquistó á Noruega, ocupada durante su espedicion á Inglaterra, por Olao, descendiente de los antiguos reyes de aquel pais. Quitó á Emundo Slemme, rey de Suecia, la provincia de Escania, indudablemente la mas fértil y propia para la navegacion y el comercio de todas las que poseia. Casó una de sus hijas con el emperador de Alemania Conrado II el sabio, y le auxilió contra los numerosos enemigos que intentaron despojarle de la corona imperial. En fin, fue el verdadero fundador del poder de Dinamarca, que conservó la supremacía en el norte hasta el siglo XVI.

Al morir, dejó las coronas de Dinamarca é Inglaterra á su hijo mayor Canuto III, y la de Noruega á Suenon, hermano menor de este. Canuto III, llamado por otro nombre

Hardicanuto, era valeroso é intrépido, pero cruel y feroz. Despues de un reinado agitado por frecuentes guerras en Noruega, donde Magno, hijo de Olao, habia sido elegido rey á favor de un partido, y en Inglaterra, donde su hermano menor Haraldo le disputaba la corona, falleció en 1041.

Magno, rey de Noruega, se presentó con una escuadra poderosa en las costas de Dinamarca, y los grandes del reino le eligieron. Fue guerrero, pero humano y generoso. Venció en dos batallas navales á Suenon, hijo de una hermana de Canuto el grande: y esterminó en los desfiladeros de Sleswig un egército de vándalos. Así se llamaban entónces los pueblos del Meklemburg y de la Pomerania, que estaban en guerra contínua con los daneses.

Despues de Magno, reinó en Dinamarca Suenon II, el sobrino de Canuto el grande, y en Noruega Haraldo hermano de Olao. Haraldo derrotó á Suenon en dos batallas navales, y aun se hubiera apoderado de Dinamarca, á no haber sido llamado por una faccion á Inglaterra, donde pereció en una batalla, dejando sus estados á sus dos hijos Olao y Magno. El reinado de Suenon II fue desgraciado. Ademas de las pérdidas que padeció el reino en la guerra de Noruega, sufrió una invasion terrible de los vándalos, que arruinaron las provincias de Holstein y de Sleswig. Pero Suenon tuvo la felicidad, rara en Escandina-

via, de que sus cinco hijos obtuviesen sucesivamente la corona despues de su muerte.

El primero de estos fue Haraldo IV, por sobrenombre el *Simple*, debido á su indolencia. Los grandes deseaban colocar en el trono á Canuto su hermano segundo, en quien reconocian mas elevacion de alma: pero este escelente príncipe se retiró al Holstein á hacer guerra á los vándalos, y á pesar de las instancias de su hermano, que deseaba asociarle al trono, no quiso volver á la corte, por no despertar ni el entusiasmo de sus partidarios ni los celos del rey Haraldo, despues de un reinado de cuatro años, falleció en 1080.

Sucedióle su hermano Canuto IV, por sobrenombre el *Santo*, debido á sus virtudes religiosas. Sometió á los vándalos, que aun eran idólatras, á los estonios, que ocupaban la parte septentrional de Livonia y á otros pueblos de las fronteras de Rusia, y los convirtió al cristianismo, enviándoles misioneros que les predicasen el evangelio. Prendió á su hermano Olao, que se habia rebelado contra él, y le envió al conde de Flandes, con cuya hija estaba casado, para que le tuviese en custodia. Pereció en una conmocion popular, escitada por los agentes de su hermano, con el pretesto de haber mandado el rey que se pagasen los diezmos al clero.

Olao, hermano de san Canuto, tuvo por sobrenombre el *Hambriento*, á causa de la estraordinaria escasez que se sufrió en su reinado,

á la cual siguió una peste la mas cruel que se ha conocido en aquellos paises. Cuentan que este príncipe dando á los señores de su corte el banquete que era de costumbre un dia de Navidad, viendo que no habia pan en la mesa, pidió al cielo que aceptase su vida en espiacion de los delitos públicos y perdonase á su pueblo, y que en efecto su ruego fue oido y falleció pocos dias despues y el hambre cesó. Los dinamarqueses atribuyeron estos azotes públicos á la muerte de su inocente antecesor. Olao falleció en 1095.

Sucedióle Erico III su hermano, por sobrenombre el *Bueno*, debido á sus prendas heróicas y á la benignidad de su corazon. Triunfó de los vándalos, y tomó la isla de Rugen, guarida entonces de piratas. Falleció en Chipre en 1104, mientras iba á pasar á Tierra santa para cumplir su voto de peregrino.

Entonces subió al trono Nicolas, quinto y último de los hijos de Suenon II. Los principios de su reinado fueron gloriosos por las victorias de Canuto, su sobrino, hijo de Erico III, contra los vándalos, cuyo pais conquistó, mereciendo de la corte imperial el título, primero de duque de Meklemburg, y despues de rey de los vándalos; pero su gloria inspiró á Nicolas y á Magno su hijo todos los furores de la envidia, que no se sació hasta que lograron asesinar al héroe. Su hijo Erico se declaró vengador suyo, se puso al frente de los

numerosos amigos de Canuto, y encendió en Dinamarca una guerra larga y civil. En ella pereció Magno en una batalla, y Nicolas en una conspiracion de los habitantes de Sleswig: y Erico subió al trono el año 1131.

Reyes de Suecia en el siglo XII. Yngo IV, hijo y sucesor de Felipe, amante de la religion, de las leyes y de la justicia, fue envenenado por algunos barones ostrogodos, á quienes disgustaba su integridad.

Los suecos cansados de la larga paz de los reinados anteriores, colocaron en el trono en 1129 á Ragualdo, cuya corpulencia y fuerzas físicas anunciaban inclinaciones belicosas: pero no tardaron en arrepentirse: porque fue cruel, violento, enemigo de las leyes y de los fueros de la nacion, esclusivamente celoso de la autoridad soberana; lo que no convenia á un pueblo en que los reyes apenas tenian mas prerogativa que la de ser generales de la nacion. Trató á sus vasallos como á enemigos, y fue tratado por ellos del mismo modo. Era costumbre en aquel reino, que cuando el monarca entraba en alguna provincia, entregaba rehenes para la seguridad de los privilegios de sus habitantes, y los recibia para la de su persona. Ragualdo, atravesando la Vestrogocia, despreció este uso, entró en la provincia con un egército: los pueblos se sublevaron, y en un reencuentro vencieron y dieron muerte á aquel príncipe, en 1140.

Suerchero II le sucedió, elegido por los

votos de toda la nacion. Fue religioso y amante de las leyes; y su reinado habria sido feliz, á no tener un hijo violento, desarreglado en sus costumbres, y despreciador del cielo y de la tierra. Este príncipe, acompañado de un gran número de libertinos, cómplices en sus escesos, penetró en la provincia de Halandia, que pertenecia entonces á Dinamarca, robó la muger y la hija del gobernador, las violó, y las entregó á la tropa de malvados que le rodeaba. Los daneses tomaron las armas para vengar aquella injuria, y en una batalla vencieron y dieron muerte al príncipe y á todos sus camaradas, sin que los suecos quisiesen favorecer de ningun modo á los delincuentes de tan atroz atentado. Suerchero fue asesinado por una tropa de descontentos que le acometieron yendo á la iglesia con su familia y sus criados la noche de Navidad. La ilustre familia de los condes de Brahé desciende de este rey. Desde el fin de su reinado, que fue en 1150, empieza á ser mas conocida la historia de Suecia, y mas exacta su cronología.

En la eleccion de nuevo rey se dividieron los votos, y volvió á separarse el reino de Gocia del de Suecia. Gocia reconoció por rey á Cárlos, hijo de Suerchero II, y los suecos se declararon por Erico, IX de su nombre, cuya posteridad reinó dos siglos. Su valor hizo que le eligiesen; y sus virtudes le merecieron el sobrenombre de *Santo* y ser venerado en los altares.

Hizo guerra á los pueblos de Finlandia, no tanto por engrandecer su reino, como para abrir paso á los misioneros que iban á predicar el evangelio á aquellos idólatras. Fué el apóstol de los finlandeses y se dedicó con mucho ardor á su conversion. En Suecia mandó compilar las antiguas leyes, á las cuales añadió otras muy escelentes para conservar el reposo y la seguridad pública. Estas virtudes pacíficas no agradaban á los barones, acostumbrados á vivir con las rapiñas y latrocinios que cometian unos contra otros. Algunos llevaron muy á mal que el príncipe quisiese sujetarlos á las leyes de la equidad y la justicia, cuando estaban acostumbrados á que los poderosos egercitasen el derecho del mas fuerte sobre los débiles, y le asesinaron. Sospechóse que Cárlos, rey de Gocia, habia tenido parte en el delito, por las secretas inteligencias que seguia con los rebeldes.

Cárlos VII fué elegido rey por los suecos en 1162 para volver á reunir la Gocia á la Suecia. Hizo todo lo posible para desvanecer la sospecha de haber sido cómplice en la muerte de su antecesor: mandó que las leyes de san Erico fuesen observadas: hizo venir de Noruega, adonde se habia refugiado, á Canuto, hijo de aquel príncipe: y promulgó una ley para terminar las disensiones civiles; segun la cual debia sucederle Canuto, y los príncipes mayores de ambas familias debian ocupar alternativamente el trono: lo que res-

tringia el derecho de eleccion que hasta entonces habian tenido los suecos. En su reinado obtuvo el obispo de Upsal, primado del reino, el título de arzobispo por concesion de Alejandro III.

Canuto no quiso esperar á la muerte de Cárlos VII para sucederle. Reunió tropas en Noruega, entró en Suecia, venció y dió muerte á Cárlos en una batalla, se ciñó la corona, y procuró esterminar toda la familia de aquel rey: pero no pudo haber á las manos á Suerchero, III de este nombre, é hijo de Cárlos, á quien, habiendo fallecido Canuto en 1192, colocaron los suecos en el trono, segun la ley promulgada por su padre.

Suerchero III siguió la cruel política de su antecesor, y degolló todos los que pudo encontrar de la familia de san Erico. Pero uno de ellos, llamado tambien Erico, juntó tropas, y venció y dió muerte á Suerchero en una batalla, que se dió en 1211, y reinó con el nombre de Erico X.

En este mismo siglo XII reinaron en Dinamarca seis reyes: Erico IV, vengador de su padre Canuto, rey de los vándalos, Erico V, Suenon III, y Canuto V, Valdemar I, y Canuto VI.

Erico IV sostuvo guerra contra su hermano Haraldo, que auxiliado por los noruegos, le disputó la corona. El rey triunfó, hollando los derechos mas sagrados de la humanidad: pues de los seis hijos de Haraldo, que

tenia en su poder, degolló á cinco, y el sesto, que se llamaba Olao, no evitó la suerte de los demas sino refugiándose en Suecia. Haraldo pereció tambien á manos de los asesinos que envió contra él su hermano.

Erico venció á los vándalos de la isla de Rugen dos veces que se rebelaron durante su reinado: como tambien á Magno, rey de Noruega; á quien hizo prisionero, le mutiló horrorosamente, le mandó encerrar en un monasterio, y dió la corona de aquel reino á un hermano del infeliz vencido. Este rey valiente, pero cruel, murió asesinado, mientras administraba justicia en la plaza pública de Rypen: siendo autores del crimen los grandes de su reino, disgustados porque Erico propendia á favor de los pueblos contra la opresion de los magnates.

Debia sucederle su hermano Waldemar, hijo del célebre Canuto, rey de los vándalos: pero siendo todavía muy niño, se confió la regencia del reino á Erico, emparentado con la familia real, por sobrenombre el *Cordero*, á causa de su mansedumbre, dándole al mismo tiempo no solo la autoridad, sino tambien el nombre de rey: por lo cual es contado entre los de Dinamarca con el título de Erico V.

Este príncipe reinó solamente 10 años, y empleó casi todo su reinado en hacer guerra á Olao, el único hijo de Haraldo que pudo escapar de la matanza de sus hermanos, y que desde Suecia donde se habia refugiado, hizo

frecuentes invasiones en la provincia de Escania. Al principio se le mostró favorable la fortuna; y habiendo vencido á Eschill, arzobispo de Lunden, se apoderó de dicha provincia, y tomó el título de rey. Mas Erico pasó á ella con egército poderoso, le derrotó en varios combates; en el último pereció Olao y con él acabo la guerra. Los piratas vándalos acometieron entónces las playas de Zelandia é hicieron grandes estragos, sin que el rey se moviese contra ellos, encadenado en los amores de su nueva esposa, que era una hermana del obispo de Brema. Por esta debilidad perdió la fama que habia adquirido en la guerra de Escania y mereció el título de indolente. Murió en 1147.

Despues de su fallecimiento los zelandeses nombraron rey á Suenon IV, hijo de Erico IV; y la Jutlandia reconoció á Canuto V, hijo de Magno, y nieto del rey Nicolas El monarca legítimo Waldemar, todavia menor de edad, era considerado como heredero presuntivo de la corona; pero no tenia parte alguna en la administracion del estado.

Canuto acometió los estados de su colega, durante un viaje que este hizo á Escania, se apoderó de Zelandia, y emprendió la conquista de aquella provincia por medio de las inteligencias que tenia con Eschill, arzobispo de Lunden; pero Suenon, descubierta la alevosía, mandó encerrar al prelado en una jaula de hierro, y colgaria con cadenas del techo de

su catedral. Este ignominioso castigo no cesó hasta que el sumo pontífice intercedió por Eschill. Suenon pasó á Zelandia con su egército, venció á Canuto en una batalla sangrienta, y le obligó á volverse á Jutlandia.

En 1148 se reconciliaron los dos monarcas por mediacion del papa, é hicieren alianza contra los vándalos: pero la escuadra de Suenon fue vencida por la de los enemigos cerca de Rugen, y hubo de volverse á Zelandia. El infortunio, que debia reunir á los dos príncipes, los indispuso de nuevo: porque Canuto, viendo quebrantadas las fuerzas de su rival, quiso antes que las restaurase usurpar sus estados: pero fue derrotado segunda vez: y el jóven Waldemar, indignado de que no se le dejase parte alguna en la corona, que era suya, formó un partido considerable, al cual se reunió casi toda la nobleza de Jutlandia, y se declaró por Suenon contra Canuto, hijo del homicida de su padre.

Waldemar hizo un desembarco en Jutlandia, derrotó completamente á su enemigo, y le obligó á buscar un asilo en los estados de Suerchero II, rey de Suecia y padre de su esposa. Canuto pasó á Polonia y despues á Alemania, buscando socorros para recobrar su reino: mas no los halló sino en Brema, á cuyo príncipe y arzobispo prometió indemnizar de algunas injurias que habia recibido de los dinamarqueses. Con las tropas que los de Brema le dieron, y con los partidarios que tenia

en Jutlandia, juntó un egército, sorprendió descuidados á Suenon y á Waldemar en Wiborg y los sitió en esta plaza. Ya estaba reducida á la estremidad, cuando los dos príncipes, con el valor de la desesperacion, hicieron una salida, esterminaron el egército sitiador y obligaron á Canuto á volverse á Sajonia con un corto número de los suyos que escaparon de la matanza.

Hizo otra nueva tentativa con el auxilio de los habitantes de Embden, capital de Oostfrisia, y sometida en aquella época á la corona de Dinamarca: pero Suenon y Waldemar reunieron sus tropas y se pusieron sobre aquella ciudad con tanta presteza, que la rebelion fue desbaratada antes de haberse hecho los preparativos necesarios para su egecucion, y Canuto huyó segunda vez á Sajonia.

Canuto pasó á la corte del emperador Federico I, por sobrenombre Barbaroja, y le prometió si le auxiliaba en la reconquista de su reino, hacerse tributario suyo. Federico hizo un viaje al norte de Alemania, convidó á Suenon á una entrevista con el pretesto de renovar la antigua amistad de sus predecesores, y cuando le tuvo en su poder, le obligó á que admitiese por colega á Canuto: pero apenas Suenon se vió libre de vuelta á Dinamarca, retractó su promesa como hecha por fuerza. En esta época tomó por esposa á una sobrina de Enrique el leon, duque de Sajonia: y con este motivo empezó á introducirse en los pai-

ses de Escandinavía el lujo y los goces y placeres de las cortes, desconocidos hasta entónces.

Suenon, creyéndose ya seguro de las empresas de su rival con la alianza de Sajonia, empezó á egercer el mando con crueldad y tiranía. Dió muerte á un aldeano de Escania, que le habia salvado la vida en una sedicion, porque se oponia á que castigase con rigor á los sublevados. Waldemar, que habia sido su brazo derecho, esperimentó tambien su ingratitud y tuvo que refugiarse á Suecia donde se confederó con Canuto, cuyo partido habian aumentado los desórdenes y escesos de su rival.

Entonces empezó una guerra civil cruel y sangrienta, á pesar de la moderacion del virtuoso Waldemar, dispuesto siempre á sacrificar sus intereses á la concordia. Dos veces hicieron paz los tres príncipes, repartiendo entre sí las provincias del reino: dos veces volvieron á las lides y á los combates: hasta que al fin Canuto pereció en 1156 á manos de los asesinos que Suenon habia apostado para dar muerte á sus dos colegas. Waldemar se libró del peligro abriéndose paso con su espada, y escapándose á sus estados de Jutlandia. Al año siguiente invadió las islas de Fionia y de Zelandia, y en una batalla sangrienta venció á Suenon, que fue muerto en la fuga. Asi quedó Waldemar único dueño de la monarquia.

En su gobierno manifestó las mismas virtudes que habia desplegado siendo príncipe. Fue amante de la justicia, de la religion y de

las leyes: fundó la ciudad de Copenhague, adonde transfirió su residencia: venció á los vándalos, que durante las guerras civiles habian infestado impunemente las playas de Dinamarca: domó á los curlandeses y estonios que se habian unido á los vándalos; y para tener sujetos á estos pueblos, edificó la ciudad de Dantzik, que vino á ser por las ventajas de su situacion el emporio mas floreciente del Báltico: obligó con la fuerza de las armas á Erling, rey de Noruega, á reconocerle vasallage: venció á Enrique el Leon, duque de Sajonia, y cuando este se vió perseguido por el emperador Federico Barbaroja, le dió acogida en sus estados y le favoreció: logró del mencionado emperador el título de duque de Holstein: en fin, llevó á un grado mas alto que ninguno de sus antecesores la gloria, el poder y la civilizacion de Dinamarca, y fue el fundador de la dinastia de Waldemar que reinó hasta el siglo XV. Falleció en 1182, dejando el cetro á su hijo Canuto VI, á quien habia asociado al trono algunos años antes.

Canuto no degeneró de la magnanimidad de su padre, aunque no tan guerrero como él: pero eligió por sus generales y consejeros á Waldemar su hermano, y á Absalon, arzobispo de Lunden, gran político, hábil capitan y protector de las letras. Con estos auxiliares reinó gloriosamente hasta el año de 1202 en que murió. Durante su reinado, ó por sí ó por medio de Waldemar y de Absalon, acabó de

someter á los vándalos, cuyo pais que comprendia entonces toda la costa meridional del Báltico desde Lubek hasta Prusia, quedó agregado como feudo á la corona de Dinamarca. Hermana de Canuto fue Ingelberga, esposa de Felipe II Augusto, rey de Francia, tan célebre por su divorcio, por sus infortunios y por la firmeza de su alma.

Reyes de Suecia en el siglo XIII. Mientras Dinamarca estendia su nombre y su política en las naciones estrangeras, Suecia, ignorada casi del resto del orbe, y sometida á la sucesion alternativa de dos familias rivales, la de Suerchero II y la de Erico el santo, que se esterminaban mútuamente, parecia volverse á la antigua barbarie. Ya dijimos que Suerchero III esterminó toda la familia de san Erico, escepto á un príncipe, llamado tambien Erico, que venció y dió muerte á su bárbaro rival, y reinó con el título de Erico X; pero este príncipe no imitó el egemplo de sus dos antecesores: ántes bien restableció la ley de Cárlos VII sobre la sucesion alternativa de las dos casas, que se observó hasta la mitad del siglo XIII. Juan I, hijo de Suerchero III, sucedió á Erico X en 1220: y cuando Juan murió en 1223, le sucedió Erico XI, por sobrenombre el tartamudo, hijo de Erico X.

Este príncipe se hizo reconocer en Alemania por el auxilio que dió á la ciudad anseática de Lubek contra los dinamarqueses que la sitiaron; auxilio con que aquel emporio logró

sustraerse á la dominacion de Dinamarca; y por esto concedió libertad de derechos en su puerto á todos los buques de Suecia.

Erico el tartamudo falleció en 1251 sin dejar sucesion: pero los suecos, en lugar de elegir un príncipe de la casa de Suerchero II, en virtud de la ley de alternativa, nombraron rey á Waldemar, hijo de una hermana de Erico XI, y niño de corta edad, bajo la tutela del conde Birgero, cuñado del difunto rey, hábil general y gran político. Despues de haber rechazado á los enemigos esteriores, fundó y fortificó la ciudad de Estocolmo: castigó con severidad á algunos grandes, envidiosos y descontentos de su poderío; y cuando su hijo Waldemar llegó á mayor edad, le persuadió que diese á él y á sus hermanos títulos mas altos que el de conde: Magno, hermano mayor de Waldemar, fue príncipe de Sudermania; Erico, de Smalandia; y Benito, de Finlandia. Este grande hombre falleció, habiendo elevado el poder de la corona mucho mas que lo habia sido en todos los reinados anteriores: pero con su muerte se renovaron todas las calamidades pasadas.

El rey Waldemar quiso despojar á sus hermanos de los infantazgos que les habia dado. Magno se defendió, y venció é hizo prisionero al rey, aunque auxiliado por los dinamarqueses. Waldemar renunció á la corona, recobró su libertad y se retiró á la provincia de Escania, perteneciente al rey de Dinamarca.

Magno, por sobrenombre Ladulao, empezó á reinar en 1277, y se mostró mas hábil que su hermano Waldemar: pues consiguió de los estados generales del reino todas las minas de Suecia, los cuatro lagos de Meler, Wener, Weter é Hielmer, y el derecho por las tierras desmontadas. Habiendo aumentado asi su erario, llamó de Alemania á muchos caballeros, á quienes dió grandes sueldos y los empleos principales de la monarquia. La nobleza sueca, ofendida de esta preferencia, les dió muerte en una sedicion. Magno disimuló porque entónces estaba desarmado: pero habiendo reunido tropas en secreto, sorprendió á los caudillos de la sedicion y les mandó cortar la cabeza. Este rey, que aumentó considerablemente la autoridad de la corona, falleció en 1291.

Sucedióle su hijo Birgero II, menor de 11 años, bajo la tutela de un célebre capitan, llamado Torckel Canutson, que durante su administracion conquistó de los rusos la provincia de Carelia, y fortificó á Wiburgo para contener las correrias de aquellos pueblos. Birgero, cuando llegó á mayor edad, se mostró pérfido y cruel: quiso establecer grandes contribuciones sobre el pueblo: quitó los diezmos al clero, puso presos á los obispos que le resistian y persiguió á sus hermanos Waldemar y Erico, por despojarlos de los bienes que les habia dejado su padre. Estos príncipes le hicieron guerra: pero fueron vencidos y hechos prisioneros, y Birgero los hizo morir de ham-

bre en la prision. Toda la nacion tomó entonces las armas contra él, y colocó en el trono á Magno, hijo del príncipe Erico. Birgero envió á un hijo suyo contra los levantados con un egército: pero fue vencido y prisionero, y los suecos para asegurar la corona á Magno, cortaron la cabeza al infeliz príncipe. Su padre temiendo caer en manos de sus enemigos, se retiró á Dinamarca donde falleció. Magno, por sobrenombre Smeck, empezó á reinar en 1330.

En este periodo continuaba reinando con gloria en Dinamarca la familia de Waldemar el grande. A Canuto VI sucedió su hermano Waldemar II, muy semejante á su padre en las prendas del alma y en las facciones del rostro. Reedificó á Lubek, consumida por un incendio: aumentó considerablemente la ciudad de Hamburgo: edificó á Stralsund en la costa de Pomerania para que sirviese de freno á los vándalos: consiguió dos victorias señaladas de los idólatras de Livonia: obligó á Enrique, conde de Schwerin, uno de los señores mas poderosos del Mecklemburgo, á rendirle el homenage que le negaba: y en fin, dominó mas pacíficamente que ninguno de sus antecesores en el norte de Alemania. Su felicidad se aumentó con las escelentes prendas de su hijo mayor Waldemar, que fue reconocido y jurado por rey y colega de su padre en 1219, con el nombre de Waldemar III.

Pero á tanta gloria sucedió una desventura cruel é inesperada, y que tuvo consecuen-

cias muy funestas para Dinamarca. Enrique, conde de Schwerin, indignado por las condiciones del vasallage que Waldemar le habia impuesto, pasó á Rostchild, puerto de Zelandia, donde estaba entonces la corte, con el pretesto de conferenciar con el rey para lograr algunas concesiones: se alojó con su comitiva en una tienda cercana á la playa, preparó un bajel para darse á la vela al primer aviso, y un dia salió al encuentro á Waldemar que volvia de la caza, y le suplicó que entrase en su alojamiento á refrescar. Apenas le tuvo en él, sorprendió á los que acompañaban al rey, mandó atar al monarca, le hizo llevar á la embarcacion, dió la vela con su víctima á las playas del Meklemburgo y lo encerró en el castillo de Daneberg.

Toda Dinamarca ardió de indignacion al saber esta maldad; pero los daneses no se atrevieron á hacer guerra al conde de Schwerin, temiendo que este traidor consumase su crímen, dando muerte á Waldemar. El cautiverio de este monarca fue la señal de independencia para todos los pueblos de Alemania sometidos á su corona. Hamburgo, Lubek y Lawemburgo recobraron su libertad: los duques de Holstein y de Pomerania se hicieron independientes, de feudatarios que eran antes. Waldemar recobró la libertad y volvió á su reino por mediacion de Federico II, emperador de Alemania: pero renunciando á los dominios que tenia en el imperio. En vano cuan-

do se vió libre, tomó las armas para recobrarlos: despues de una guerra cruel y de varios sucesos, conservaron aquellos paises su independencia, y ya hemos visto que Lubek, sitiada por los daneses, consiguió libertarse del peligro por el auxilio que les envió oportunamente Erico el tartamudo, rey de Suecia. En otra batalla, que dió Waldemar á sus enemigos, que eran todos los príncipes del norte de Alemania, fue derrotado, y perdió un ojo de resultas de la herida que recibió en él.

A pesar de tantos infortunios, su valor era invencible y continuó todavia la guerra, hasta que el dolor de la pérdida de su hijo Waldemar III, que pereció en 1231 de una herida, recibida por accidente en la caza, postró aquel ánimo heróico. Waldemar II murió diez años despues en 1241. Fue igualmente adorado de su pueblo en la fortuna y en la adversidad, y nada encuentra la historia que reprehender en él, sino que despues de haber declarado por sucesor á Erico, el mayor de los hijos que le quedaban, dió á los tres menores Abel, Canuto y Cristóbal, infantazgos muy poderosos con prerogativas que los hacian casi independientes. Abel fue creado duque de la Jutlandia meridional y de Sleswik, Canuto de Blekingia en Escania, y Cristóbal de Laland y Falster, dos islas colocadas al mediodia de Zelandia.

Erico VI, que mereció el sobrenombre de *Santo* por sus virtudes morales y religiosas,

era valiente, pero justo y moderado. Abel su hermano poseia la intrepidez hereditaria en la familia de Waldemar; pero su ambicion era desmedida, y ningun peligro, ningun crímen le aterraba para llegar al trono. Estàba ademas casado con una hija de Adolfo, conde de Holstein, y enemigo jurado de la casa real de Dinamarca, de cuya dominacion se habia sustraido. En fin, Canuto, deseoso cuando menos de ser independiente en Escania, le prometia ser su aliado en cuanto emprendiese contra el rey.

Esto dió lugar á una guerra impia entre los cuatro hermanos, que duró hasta 1249. Cristóbal auxiliaba á Erico, y Canuto á Abel. El rey triunfó con facilidad de Canuto y le quitó sus estados: mas no pudo someter á Abel, auxiliado con todas las fuerzas del norte de Alemania, cuyos príncipes eran enemigos naturales de la monarquía danesa. El cansancio y el agotamiento de las fuerzas paso fin á la guerra. Abel conservó sus estados, y á Canuto se le restituyeron los suyos.

Al año siguiente se suscitó una nueva guerra entre Erico y el duque de Holstein, que reclamaba la plaza de Rendsburg. El rey marchó con un egército á aquel pais para socorrerla; y al pasar por los estados de su hermano Abel, que se manifestaba neutral en aquella disputa, fue á verle. Abel no quiso renunciar á una ocasion que ponia el cetro en sus manos, y cometió un horrible fratricidio.

se apoderó de la persona de su hermano, le mandó llevar en un buque pequeño á alta mar, asesinarle y arrojar su cadáver á las ondas.

El fratricida se presentó á la Dieta del reino á solicitar la corona, pues su hermano habia muerto sin hijos: y para purgar las sospechas que recaian sobre él del asesinato de Erico, afirmó primero que el barco se habia ido á pique: mas cuando el cadáver fue arrojado á la playa por la resaca, y se vieron en él las señales de las heridas, dijo que habia muerto á manos de unos asesinos pagados por un enemigo personal de Erico.

A pesar de estas contradicciones y de la certidumbre que se tenia de su crímen, la dieta le reconoció por rey, movida de dos causas muy poderosas. La primera que teniendo Abel bajo su dominio el Sleswig y la mejor parte de Jutlandia, escluirle de la corona seria separar de la monarquía, quizá para siempre, una parte considerable de su territorio. La segunda era que con el motivo de las guerras civiles anteriores y de la anarquía que era consiguiente á ellas, casi toda la autoridad pública habia pasado á manos de la dieta, compuesta de grandes y prelados; los cuales esperaban conservarla y aumentarla mas fácilmente, teniendo por rey á un príncipe como Abel, aborrecido generalmente por sus crímenes.

Apenas subió al trono, se aborreció á sí

mismo, y fue castigo de sus maldades el remordimiento, escitado por la lectura del testamento de su hermano, en el cual Erico mostraba toda la mansedumbre de su carácter: pues ademas de mandas considerables que dejaba á Abel, el perdon de lo pasado y espresiones de cariño verdaderamente fraternal, manifestaba la intencion de renunciar en él la corona, y retirarse á un claustro. El nuevo rey, detestado del cielo, de la tierra y de sí mismo, pereció, habiendo reinado poco mas de un año, y pereció en un combate contra algunos rebeldes de la Jutlandia meridional.

Sucedióle su hermano Cristóbal I, no habiendo querido la nacion admitir por rey á ninguno de sus hijos, en odio de las iniquidades del padre, bien que al mayor de ellos llamado Waldemar, se dió el ducado de Sleswig, que despues de su muerte volvió á unirse con la corona. Cristóbal reinó con alguna gloria hasta el año de 1259 en que falleció. El principal suceso de su reinado fueron las desavenencias entre él, y Erland, arzobispo de Lunden, prelado ambicioso, que aspiraba á hacer al rey y á la dieta dependientes de autoridad.

A Cristóbal I sucedió Erico VII en menor edad, bajo la regencia de su madre Margarita, princesa de la casa de los duques de Pomerania, dotada de virtudes, entre las cuales resplandecian la prudencia y la firmeza de ánimo, que la hicieron amar y respetar de los

dinamarqueses. Los principios de este reinado fueron calamitosos. Jarmerci, príncipe de la isla de Rugen, incitado por el arzobispo Erland, acometió con una escuadra la isla de Zelandia, se apoderó de casi toda ella, y obligó á Margarita á retirarse á la isla de Fionia con su hijo: pero este conquistador pereció en el saqueo de un monasterio de religiosas, á manos de una de ellas que le atravesó con un cuchillo. A está tempestad pasagera sucedió otra mayor: porque Erico, hijo segundo del rey Abel, reclamaba el ducado de Sleswig, que habia poseido su hermano Waldemar; y auxiliado en esta empresa por el duque de Holstein, que le queria por vecino mas bien que al poderoso rey de Dinamarca, entró en Jutlandia con un egército. Margarita y su hijo le salieron al encuentro. Trabóse la batalla en Lospeid: pero el general dinamarques que dirigia las tropas del rey, sobornado por el oro de los enemigos, mandó retirar su egército, y el rey y su madre cayeron prisioneros en poder del duque de Holstein. La prudencia de Margarita remedió esta desgracia. Por la mediacion de Alberto, duque de Brunswick y de otros príncipes de Alemania, deudos suyos, consiguió su libertad y la de su hijo, á condicion de ceder al hijo de Abel el ducado de Sleswig.

Dinamarca gozó de profunda paz durante mucho años. Erico VII, cuando llegó á mayor edad reunió al valor de sus antepasados la

prudencia y habilidad de su madre. Hizo una espedicion en Livonia y derrotó á los infieles en una gran batalla: auxilió, bien que inútilmente, á Waldemar, rey de Suecia, contra Magno Ladulao, su hermano, hizo guerra con vario suceso á los noruegos y á Waldemar, duque de Sleswig, hijo de Erico y nieto de Abel: Reinó hasta el año de 1286, en que fue asesinado por nueve traidores, pero que pertenecian á la principal nobleza del reino, mientras dormia tranquilamente en Warburg, ciudad de la Jutlandia septentrional, adonde habia ido para arreglar la administracion de justicia y sosegar las parcialidades.

Sucedióle su hijo Erico VII, por sobrenombre *el piadoso*, en menor edad, bajo la regencia de su madre y del senado. La tutela y guarda de la persona del príncipe fue confiada á Waldemar, duque de Sleswig, que cumplió su deber con la mayor fidelidad. El primer cuidado del gobierno fue el castigo de los asesinos de Erico, que fueron condenados en rebeldía.

Continuaba la guerra con Noruega, que no produjo otros resultados sino la ruina de entrambos reinos. A esta guerra se añadió la que hizo en 1306 Erico VIII en favor de Birgero II, rey de Suecia, que á pesar de los socorros de Dinamarca, fue vencido y arrojado del reino por Magno Smeck su hermano. En fin, en 1311 se hicieron paces con Noruega: pero cuando se esperaba que el reino gozase de al-

gun descanso, se movieron nuevas guerras, en 1312 con la ciudad anseática de Rostok, cuyos navíos infestaron las playas de Zelandia; en 1313 con los jutlandeses rebelados á causa de los impuestos: y en 1314 con el marques de Brandemburgo, á causa de las hostilidades entre la ciudad de Stralsund y el príncipe de Rugen, favoreciendo el rey á este, y el marques á los ciudadanos; á cuyo partido se agregó Cristóbal, hermano del rey y conde de Halandia. Los aliados tripularon una escuadra en Stralsund, desembarcaron en Fionia, se apoderaron de Swenburg, y derrotaron al general dinamarques Flepp, gobernador de la isla.

El rey envió á Pomerania un cuerpo de 7000 hombres, al cual se agregaron algunos suecos auxiliares, á las órdenes de Herman, conde de Glica. Apenas desembarcó en Alemania, se le reunieron muchos príncipes y nobles de este pais, vasallos de Dinamarca, y restos de su antigua dominacion. Este egército puso sitio á Stralsund: pero tuvo que levantarlo: porque el rey que habia prometido llegar con refuerzos, no pareció. Este príncipe, mas aficionado á la paz que á la guerra, se reconcilió con el marques de Brandemburgo, con los de Stralsund y con su hermano, cediendo cada parte las ciudades y territorios ocupados durante la guerra.

Erico VIII falleció en 1318; príncipe que dejó fama de hábil político, porque logró mas

ventajas en las negociaciones que en la guerra. No tuvo hijos, y le sucedió en la corona su hermano Cristóbal.

Cristóbal II, rey de Dinamarca (1320). En el reinado turbulento y calamitoso de este príncipe, no solo adquirió la aristocracia mayor autoridad, sino tambien las posesiones de la corona, y las provincias del imperio quedaron repartidas entre los grandes. Cristóbal, para tener los votos de la dieta de eleccion á favor suyo, hizo un gran número de concesiones, que despues no pudo cumplir: como no imponer nuevas contribuciones, y abolir las que se habian impuesto desde el reinado de Waldemar III. Las frecuentes rebeliones de los grandes y las guerras con los príncipes vecinos, le obligaron á quebrantar la capitulacion. Los nobles se sublevaron, y reuniendo la dieta, destituyeron á Cristóbal de la corona, y colocaron en el trono á Waldemar, duque de Sleswig, niño á la sazon de 12 años, bajo la tutela de Gerardo, conde de Rendsbarg, su tio. Esta revolucion se verificó en 1328.

Cristóbal se refugió con sus hijos á los estados de Luis, marques de Brandemburgo, que estaba casado con una hija suya. En esta corte se educó Waldemar, uno de los hijos de Cristóbal II, y adquirió los conocimientos y las prendas que despues le dieron tanta gloria cuando subió al trono. Por el influjo del marques de Brandemburgo casi todos los potentados de Alemania y el mismo emperador Luis

de Baviera, padre del marques, auxiliaron á Cristóbal para recobrar su corona. Pero el principal motivo de su restauracion fue el odio de los dinamarqueses al gobierno de Waldemar y de su tio Gerardo, que solo pensaban en enriquecer á los alemanes del Holstein, que habian pasado con ellos á Dinamarca, y á quienes habian dado los principales puestos de la monarquía.

Cristóbal pues, fue restablecido en su trono; pero todas las provincias y ciudades fueron dadas á los magnates del réino, á unos en premio de los servicios que habian hecho á Cristóbal para restituirlo al solio de sus padres: á otros, como hipoteca de las cantidades que le habian prestado para hacer guerra á su rival. En Escania hubo una sublevacion de los habitantes contra los alemanes de ambos partidos, á quienes Cristóbal, para conservar la paz ó premiar sus servicios, habia concedido grandes heredamientos en aquella provincia. Trescientos de ellos, que se refugiaron á la catedral de Helsinburg, fueron sacados de ella y degollados por el populacho. Los sublevados se entregaron á Magno Smeck, rey de Suecia, el cual compró las demas plazas de Escania á Juan, conde de Wagria, hermano de Cristóbal II, que gobernaba la provincia. Así cuando en 1333 falleció este príncipe, el trono de Dinamarca, privado de toda autoridad, apenas poseia tierras ni renta con que sostener su esplendor.

No es estraño pues, que durante siete años no se nombrase rey: los grandes unidos entre sí conservaban la paz; y los pueblos oprimidos esperaban muy poco de la autoridad real, enteramente destruida. Pero el nombre de monarca siempre era grande y glorioso, y así se presentaron varios competidores para solicitarlo.

Oton, segundo hijo de Cristóbal, levantó tropas en la isla de Laland, y emprendió echar de Jutlandia á Gerardo de Rensburg que se habia apoderado con sus holsteineses de toda la península, esperando que dueño de aquel pais, le seria facil adquirir la corona: pero Gerardo le derrotó y le hizo prisionero. Magno Smeck, rey de Suecia, que acababa de apoderarse de Escania, codiciaba la corona de Dinamarca; mas la antipatía de las dos naciones era un obstáculo invencible á su pretension. Waldemar de Sleswig hizo gestiones para volver al trono que ya habia ocupado. En fin, la mayor parte de la nobleza estaba por Waldemar, hijo mayor del difunto rey Cristóbal II.

Era muy incierto el destino futuro de la infeliz Dinamarca, cuando un hombre particular de Jutlandia lo fijó. Habiendo reunido cuarenta ciudadanos resueltos á acabar con la tirania de los holsteineses, dió muerte á Gerardo de Rendsburg, sublevó la provincia, esterminó á los alemanes que pudo haber á las manos y los obligó á encerrarse en sus fortalezas.

Pereció en el sitio de una de ellas: pero su hijo heredó su valor y sus sentimientos. La Jutlandia fue libre; y el pueblo de Zelandia, deseoso de imitar su egemplo, arrojo á los holsteineses que lo tiranizaban acaudillados por Enrique, hijo de Gerardo, y eligió por soberano á Waldemar, hijo de Cristóbal, que se hallaba á la sazon en la corte de su cuñado Luis de Brandemburgo.

Waldemar IV heredó el valor, la actividad y la política de los príncipes de su familia, y aun se puede decir que los escedió, atendiendo al estado infeliz en que se hallaba la monarquia, cuando subió al trono, y á la grandeza en que la dejó á su fallecimiento. Las plazas de Jutlandia y de Fionia estaban en poder de la familia de Holstein: las islas menores, en manos de su tio Juan, conde de Waguia: Magno, rey de Suecia, dominaba en Escania: el príncipe de Rugen y las ciudades de Vandalia solo le rendian un vasallage estéril: en fin, los bienes de la corona, sitos en las diferentes provincias, estaban todos enagenados.

Waldemar en un reinado de 35 años, sin haber tenido al principio mas auxiliar que á su cuñado Luis, marques de Brandemburgo, logró parte redimiendo los bienes hipotecados, parte sosteniendo guerras difíciles, en que muchas veces fue vencido, parte por la superioridad de su política, volver á reunir al trono todas las provincias y dominios separados de él en el reinado de Cristóbal II. No gozó un

solo momento de descanso en tan largo tiempo: pero logró su objeto de restaurar la monarquia.

Ni solo peleó en lo interior de su reino: hizo dos espediciones á Frisia para someter los habitantes sublevados de esta provincia: una á Estonia, con el mismo objeto; vendió aquella posesion lejana al órden teutónico y empleó el precio de la venta en la redencion de los señorios hipotecados: pasó á la Tierra Santa en calidad de peregrino: tuvo una entrevista en Aviñon con el sumo pontífice: en fin, auxilió con todas sus fuerzas á su fiel aliado el marques de Brandemburgo contra el emperador Cárlos IV, enemigo de la casa de Baviera, que deseaba dar aquel electorado á un impostor. En su tiempo empezaron los dinamarqueses á hacer un comercio bastante lucrativo en Groenlandia, primera parte del continente americano, que fue conocida de los europeos.

Erico XII, rey de Suecia (1351). Waldemar, obligado por las necesidades de su posicion, habia formado alianza con Magno Smeck, rey de Suecia, y esperaba de las negociaciones la restitucion de Escania. Este proyecto esperimentó nuevas dificultades por una revolucion que hubo en aquel reino. Los suecos, irritados de los vicios de Magno, que era deshonesto y cruel, le arrojaron del trono, y dieron la corona á su hijo mayor Erico, sin quedarle al rey destronado mas estados, que la provincia de Escania. No por eso dejó Walde-

mar de ser aliado suyo: porque entre todas las prendas que le adornaban, sobresalia la fe y constancia en sus amistades.

Muerte de Erico XII: restablecimiento de Magno (1354). Erico falleció tres años despues de su advenimiento al trono, segun dicen algunos historiadores, envenenado por su madre Blanca, y refieren que aquel príncipe, estando para morir, decia: «la misma que me dió la vida, me la ha quitado.» Magno, aunque siempre aborrecido de los suecos, volvió á ocupar el trono con el favor de Waldemar.

A este príncipe acababa de nacer de su esposa Heduvígis una hija. Habia algunos años que Waldemar estaba separado de su muger y la tenia en una casa de campo retirada de la corte. Sucedió que habiéndose prendado de una de las damas de Heduvígis, y siendo aparentemente correspondido de ella, pasó una noche á la quinta disfrazado, fue introducido en secreto, y durmió, segun él creia, con la que amaba: pero cuando vino la luz del dia, halló al lado á su muger, que sabedora de la pasion del monarca, de acuerdo con la dama, se habia sustituido en su lugar. El rey se reconcilió con ella, y fruto de esta union estraordinaria fue la célebre Margarita, que reinó despues en toda Escandinavia.

Esta princesa é Ingeburga fueron los únicos hijos que sobrevivieron á Waldemar. In-

geburga habia casado con Enrique, hijo mayor del duque de Mecklemburgo, y heredero de aquel estado: matrimonio que sirvió mucho á Waldemar en las frecuentes guerras que tuvo con la casa de Holstein y con otros príncipes de Alemania por la posesion de Jutlandia, para separar al duque de Mecklemburgo de sus demas enemigos y atraerle á su alianza.

Margarita desde muy niña estuvo tratada de casar con Haquino, rey de Noruega, é hijo de Magno de Suecia: porque insistiendo siempre Waldemar en el propósito de recobrar la Escania en premio de los socorros que daba á Magno para que se sostuviese contra los suecos, siempre rebeldes, creyó que este lazo de familia le conduciria al fin que deseaba. Y no se engañó. Despues de muchas negociaciones inútiles, y de muchas palabras dadas por Magno y quebrantadas, consiguió al fin el rey de Dinamarca su deseo, y no solo se hizo dueño de Escania, sino tambien de las islas de Gotland y de Oeland que se habian rebelado contra el de Suecia.

Alberto de Mecklemburgo, rey de Suecia (1365). Esta condescendencia de Magno Smeck con Waldemar, llevó al último grado el furor de los suecos contra él. La rebelion fue universal. Magno fue vencido en un combate y encerrado en la fortaleza de Estokolmo: y fue proclamado rey de Suecia Alberto, hermano menor del duque de Mecklemburgo,

á pesar de los esfuerzos de Haquino, rey de Noruega, y de Waldemar. Este hizo paces con Alberto, mediante la cesion de Escania: el de Noruega, que casó entonces con Margarita, hija de Waldemar, solicitó y obtuvo del rey de Suecia la libertad de su padre que falleció poco despues; y el norte permaneció tranquilo algunos años.

En 1369 se formó una liga terrible contra Waldemar, compuesta de los duques de Holstein, de Sleswig y de Mecklemburgo, y del rey de Suecia. Esta fue la única ocasion en que aquel gran príncipe cayó de ánimo. La resolucion que tomó, fue estraordinaria: pues habiendo confiado la defensa del reino al senado de Copenhague, y á Hemming Podesbereseh, gran mariscal de Dinamarca, partió á Roma so color de cumplir un voto, aunque no pasó de Praga, donde tenia su corte el emperador Cárlos IV, príncipe que le estimaba mucho, y que le reconcilió con los barones de Alemania, mientras la firmeza y habilidad del gran mariscal reprimia los rebeldes del interior, y contenia á los enemigos esteriores.

Waldemar hizo paces con todos, volvió á su reino, y hallándose ya anciano, consagró al descanso los años que le quedaban de vida. Falleció en 1375, habiendo adquirido en la historia el título mas glorioso para un monarca, cual es el de *restaurador de su patria.* El amor de sus pueblos fue el premio de todos sus afanes, pues derrotado ó victorioso, au-

sente ó en medio de sus vasallos, en guerra ó en paz, fue constantemente querido de los dinamarqueses, á pesar de la lucha perpétua que se vió obligado á sostener con una nobleza altiva, independiente y que llevaba muy á mal el yugo de la autoridad régia.

Olao V, rey de Dinamarca y Noruega (1375). Haquino, rey de Noruega, habia fallecido el año anterior: y heredó su corona por la eleccion de los estados Olao, su hijo, en menor edad, bajo la regencia de la reina viuda Margarita de Waldemar: la cual, cuando murió su padre, solicitó para su hijo la corona de Dinamarca, á favor de un partido considerable que le habian grangeado sus altas cualidades, manifestadas en el gobierno de Noruega.

Oponíanse al intento de Margarita otros dos partidos: el primero, adicto á la descendencia de Ingeburga, hermana mayor de Margarita, y duquesa de Mecklemburgo: el segundo, de la orgullosa aristocracia de Dinamarca, indignada de recibir de los noruegos un rey, y contraria á la union de los dos reinos, que aumentando la fuerza del trono, disminuiria el influjo de los grandes.

La contrariedad de las opiniones impidió decidir la cuestion en la primer dieta: pero antes de que se reuniese la segunda, los habitantes de Jutlandia, cuyas relaciones frecuentes con Noruega les hacian desear la union, tomaron la iniciativa, y proclamaron rey á Olao

V; egemplo que fue seguido poco despues por las islas y la provincia de Escania. Asi se reunieron definitivamente las coronas de Noruega y Dinamarca; y no volvieron á separarse hasta nuestros dias. Margarita fue declarada regenta en la dieta general de los estados. El duque de Pomerania y el príncipe de Rugen rindieron homenage á Olao, como vasallos feudales suyos. El duque de Mecklemburgo tomó las armas para defender los derechos de Alberto, hijo de Enrique y de Ingeburga, en union con el rey de Succia: mas la escuadra de esta nacion pereció en una tempestad, y no creyéndose los mecklemburgueses bastante fuertes para pelear solos contra Dinamarca, hicieron la paz.

Alberto, rey de Succia, se habia hecho odioso á sus vasallos, no solo por las violaciones frecuentes que cometia contra los privilegios de la nobleza, sino tambien porque daba los principales destinos de milicia y gobierno á los mecklemburgueses que en gran número habian pasado á aquel reino. Sin embargo, en 1384 y 1385 se atrevió á acometer la Escania: pero apenas se presentaron las tropas danesas, mandadas por Margarita y por el gran mariscal de Dinamarca, se volvió á su reino. Olao falleció dos años despues á la edad de veinte y dos años, no sin haber dado muestras de valor y bondad, que le hicieron muy amable á sus vasallos, y por las cuales le tributaron en su muerte lágrimas sinceras.

Margarita de Waldemar, reina de Dinamarca y Noruega (1387). En Olao se estinguió la descendencia masculina de la casa de Waldemar; y no era costumbre en aquellas monarquías electivas elevar mugeres al trono. Asi Enrique de Mecklemburgo tenia fundadas esperanzas, por ser yerno de Waldemar IV, de ser nombrado rey de Dinamarca. Pero Margarita habia adquirido tanto en este reino como en Noruega un ascendiente invencible. Era dueña de las tropas, y los principales gefes de ambos paises, ganados por su elocuencia, por sus miras elevadas, y muchos por su dinero, le eran inviolablemente adictos. Los estados provinciales de Dinamarca, tomando la iniciativa los de Jutlandia, como en la eleccion de Olao, la nombraron sucesivamente por reina, y despues fue reconocida en la dieta general, cuyo egemplo siguió la de Noruega. Uno y otro pueblo suplicaron á Margarita, que asegurase, pasando á segundas nupcias, la sucesion del trono: ella esquivó esta proposicion, contraria á su altivez ambiciosa, y segun algunos historiadores, á sus placeres secretos: pero designó un sucesor para complacer álos estados, niño todavia porque no pudiese disputarle el mando. Este fue su sobrino Enrique, hijo de Uratislao VII, duque de Pomerania, y de María de Mecklemburgo, hija de Enrique de Mecklemburgo y de Ingeburga, hermana de Margarita. Cuando fue proclamado heredero presuntivo de la corona, la reina

trocó su nombre en el de Erico; tan reverenciado entre los pueblos de Escandinavia.

Guerra con Suecia: batalla de Falcoping: Margarita, reina de Suecia (1388). Enrique de Mecklemburgo llevó muy á mal la preferencia dada á Margarita sobre su hermana mayor Ingeburga: y se confederó con Alberto su hermano, rey de Suecia, envidioso de la elevacion de Margarita, á la cual llamaba por burla *rey con faldas*, añadiendo observaciones cáusticas sobre la intimidad de la reina con el abad de Sora. Margarita tenia por partidarios en Suecia á todos los que estaban indignados contra Alberto, por su despotismo y por la preferencia que daba á los alemanes. Habiales confiado los principales empleos: obligaba á las viudas y señoritas de la nobleza á que se casasen con ellos, para enriquecerlos con los bienes de sus mugeres: impuso contribuciones sin consultar al senado: y á título de empréstito, exigió del clero grandes sumas.

La defeccion pues, de los suecos á favor de Margarita fúe general. Los gobernadores de Oberstein y Orestein, y los de otras muchas plazas; los habitantes de Dalecarlia, provincia donde estan las minas de hierro y cobre, que eran una de las producciones mas ricas del reino, la reconocieron por reina. En fin, el senado mismo de Suecia la proclamó, y levantó un egército, al cual se juntaron muy pronto casi todas las tropas suecas. Al-

berto juntó otro, compuesto de tropas de Mecklemburgo, de caballeros teutónicos y de otros paises de Alemania, y salió al encuentro á los dinamarqueses què reunidos con los suecos habian ya penetrado en Gocia. La batalla se dió en Falcoking: fue ostinada y sangrienta, pero decisiva. Alberto perdió en ella su gloria, su corona y su libertad. El y su hijo, que tambien cayó prisionero, fueron encerrados en la fortaleza de Bahus.

La guerra sin embargo continuó: porque los príncipes de Alemania, parientes y aliados de Alberto, y las ciudades anseáticas de Rostock y Wismar, se confederaron á favor suyo. Los amigos què el rey destronado tenia en Succia, se apoderaron de Estokolmio y de otras plazas fuertes. La escuadra de Margarita sitió la capital: pero Juan de Mecklemburgo, sobrino de Alberto, acudió con la armada anseática al socorro de la plaza, ahuyentó los bajeles dinamarqueses, é introdujo tropas y víveres en la ciudad. Despues infestó la playa de Succia, llevándolo todo á fuego y sangre, y esterminó un egército tumultuario que le opusieron los habitantes de aquellas riberas. Estos latrocinios, y los que cometian un gran número de piratas germanos, no impidieron los progresos de Margarita.

Esta reina sitió en persona la plaza de Calmar y se apoderó de ella. Poco despues hizo paces con los príncipes de Alemania. Los piratas, despues de haber tomado y saqueado

á Bergen, puerto de Noruega, cayeron en manos de la escuadra dinamarquesa, y fueron presos y ahorcados. En fin, las ciudades de Wismar y Rostock hicieron paces con Margarita, por mediacion de los duques de Meclemburgo y de Pomerania, y en ellas se estipuló la libertad de Alberto y de su hijo, á condicion que renunciasen á la corona de Suecia, pagasen 60.000 marcos de plata por su rescate y entregasen el castillo de Estokolmo y los demas que poseian en aquel reino.

Union de Calmar (1397). Margarita, señora pacífica de las tres coronas, veia satisfecha su ambicion: pero las miras de esta muger estraordinaria eran mas elevadas: aspiraba no solo al poder, sino á la gloria y á las alabanzas y bendiciones de la posteridad. Su proyecto era fundar en el norte de Europa una gran monarquía, compuesta de tres naciones, que á pesar de su origen comun, se miraban con todo el rencor de enemigas, señaladamente Dinamarca y Suecia, por las contínuas guerras y disensiones que habian tenido entre sí. Logrado este proyecto, y reunidas las fuerzas de tres pueblos belicosos, diestros en la marina, y cuya civilizacion empezaba entonces, ¿qué resistencia podrian oponerles los pequeños príncipes del norte de Alemania, que antes se habian burlado frecuentemente de todo el poder de Dinamarca, suscitándole guerras en Suecia y en Noruega? La política escandinava hubiera dominado en

el norte de Europa: el Báltico hubiera sido posesion de un solo monarca, bastante fuerte para imponer leyes por una parte al dividido imperio de Alemania, y por otra á los moscovitas todavia bárbaros.

Tal éra la grandiosa idea de la descendiente de Waldemar I: fundar un imperio vasto y compacto entre los yelos del septentrion. El primer paso que dió para llevarlo á efecto, fue coronarse solemnemente en las capitales de sus tres reinos: ganar el afecto del clero, cuyó predominio en aquella época era grande: reprimir á los magnates: dar nuevo vigor á las leyes, y administrar justicia con toda rectitud. Cuando hubo grangeado con esta conducta, aun mas que con sus conquistas y felicidad anterior, la admiracion y el aprecio universal, convocó á Calmar, puerto de Suecia en la provincia de Blequingia, los estados generales de las tres coronas, á los cuales concurrieron 40 diputados de cada una.

Representóles en un discurso elocuente las ventajas de formar una sola nacion de todas tres, con un solo rey; el fin de las guerras, que por tanto tiempo las habian devastado, dando fuerza y poder con sus divisiones á los príncipes vecinos y á las ciudades anseáticas, y les pidió que confirmasen la eleccion de Erico, fundador de la nueva y gloriosa dinastía. Su discurso fue aplaudido con entusiasmo, y su proyecto aprobado unanimemente. La ley fundamental, aprobada en Calmar, fue esta.

Los tres reinos, basta entónces electivos, tendrian en adelante un solo rey, elegido alternativamente en cada uno de ellos y confirmado despues en una asamblea general. El monarca debia residir iguales porciones de tiempo en las tres monarquías, sin poder emplear en una de ellas las rentas de las otras. Cada una conservaria sus leyes, privilegios y costumbres: seria defendida por su egército y á su sueldo propio, y no podrian ser empleados en ella sino sus naturales.

Margarita no pudo conseguir mas, y dejó al tiempo y á la habilidad de sus sucesores el cuidado de hacer de las tres naciones una sola, y de formar una monarquía compacta. Pero ni sus sucesores ni el tiempo favorecieron sus miras en cuanto á la Suecia: porque siendo Dinamarca mas poderosa y habiendo brillado con mas esplendor en la escena política por sus conquistas antiguas en el norte de Alemania, los sucesores de Margarita la prefirieron siempre. La misma reina, autora de la union de Calmar, descontentó á los suecos por las frecuentes infracciones de sus privilegios.

Margarita de Waldemar reinó con gloria y pacificamente hasta el año de 1412 en que falleció, siendo feliz en todas sus operaciones y árbitra de los negocios del norte. Alberto de Mecklemburgo, que conservaba todavia esperanzas de recobrar la corona de Suecia, renunció á todas ellas, afligido por el fallecimiento de su hijo, que ocurrió entónces, y entregó á

Margarita las plazas que aun estaban por él en aquel reino, entre ellas el castillo de Estokolmo.

El gran maestre de la órden Teutónica era dueño de la isla de Gotland: porque habiéndose apoderado de ella los piratas en la guerra anterior, los caballeros teutónicos se la quitaron y la conservaban á título de conquista. Margarita trató de recobrarla, y envió á ella un egército que puso sitio á Wisby, capital de la isla. El emperador Wenceslao, que deseaba favorecer al gran maestre, interpuso su mediacion, y se hizo la paz. Margarita debia adquirir la isla, pagando una suma á la órden.

En 1403 se presentó un impostor, diciendo que él era Olao V, cuya muerte, segun aseguraba, se habia anunciado falsamente. La nobleza de Dinamarca le favoreció, indignada contra Margarita por su liberalidad para con el clero: y el partido del supuesto Olao se aumentaba diariamente, tanto mas cuanto revelaba algunos hechos que no podian ser sabidos de nadie, sino de aquel príncipe ó de la reina. Pero Margarita probó que el impostor era hijo de la nodriza de Olao: y que por su madre podia saber aquellos secretos, y demostró con un gran número de testigos, que Olao habia sido enterrado en Sora. El impostor fue preso y quemado en un sitio público entre Falsterbo y Scanor.

En 1404 falleció Gerardo, conde de Hols-

tein. Su viuda quedó con tres hijos en menor edad; y como tuviese necesidad de dinero, Margarita se lo dió en cambio de Appenrade y de otras plazas fuertes del Sleswig y del Holstein: pero la buena armonía entre la duquesa viuda y Margarita no duró mucho tiempo; y hubo una guerra contínua en aquella frontera, sin gloria ni provecho para ninguna de las partes, hasta que en 1411 se hicieron las paces. Margarita falleció al año siguiente, y fue mas llorada de los dinamarqueses que de los suecos, con respecto á los cuales cumplia muy mal la ley de Calmar: pues se apoderó de las mejores fortalezas del reino, y dió los principales destinos de él á caballeros naturales de Dinamarca, afectando con respecto á aquella monarquía el derecho de conquista mas bien que el de señora y reina natural.

SECCION SEGUNDA.

Desde la union de Calmar hasta el advenimiento de Gustavo Wasa al trono de Succia.

Erico IX de Dinamarca y XIII de Suecia, llamado el Pomeranio (1412). Erico de Pomerania subió al trono sin oposicion despues de la muerte de su tia Margarita, y se ciñó las tres coronas de Escandinavia: mas no tenia la prudencia de su antecesora. Era valeroso, instruido, activo: pero violento, ambi-

cioso de poder, é incapaz de disimular ó reprimir su pasion desenfrenada al despotismo. En Suecia, contra el tenor de la ley de Calmar, puso comandantes y tropas dinamarquesas, que oprimian el pueblo y añadian el insulto á la tiranía. Los suecos dieron pruebas de gran paciencia, sufriendo esta calamidad mas de 20 años, pero tambien su despertar fue el del leon.

La guerra con el Holstein se renovó despues de la muerte de Margarita. Erico la hizo con valor y con actividad, pero con desgracia. Ningun suceso grande ni glorioso en la historia ilustró esta lucha: todo era sorpresas de plazas, correrías y talas. Tres veces entró Erico en el ducado de Sleswig con su egército, tres veces fue vencido y obligado á retirarse. Las ciudades anseáticas tomaron parte en la querella y se declararon contra Dinamarca: y se añadieron á los infortunios de la guerra de tierra los estragos y piraterías de las escuadras. El tráfico de todas las playas del Báltico quedó arruinado: y los holandeses, cuya marina comenzaba entonces á distinguirse en los mares del norte, hicieron casi esclusivamente el comercio de Moscovia, Prusia y Livonia, y su pabellon era respetado como de un pueblo neutral y poderoso en la mar.

La concurrencia de los holandeses abrió los ojos á la confederacion anseática, que conoció cuán contraria iba á ser á los intereses de su comercio la guerra con Dinamarca, si se prolongaba: y la sublevacion de Suecia, que esta-

lló en 1434, obligó á Erico á hacer la paz con el duque de Holstein; la condicion principal de este tratado fue el repartimiento del ducado de Sleswig entre el duque y el rey.

La insurreccion de los suecos fue así. Engelbrecto, caballero particular de la provincia de Dalecarlia, irritado contra la tiranía de los dinamarqueses, tomó las armas y sublevó á los aldeanos de aquel pais, gente sencilla, amante de la patria y del príncipe; pero mucho mas de sus privilegios. Con estos soldados venció Engelbrecto las primeras tropas dinamarquesas que encontró: con la noticia de su victoria acudieron á sus estandartes los aldeanos de las provincias vecinas: unióse á ellos la nobleza de Westmania y Nericia: conquistó la Uplandia; y habiéndose reunido en Valdstena el senado, que estaba por el rey Erico, se presentó Engelbrecto en él seguido de mil de los suyos, manifestó la injusticia y crueldad de la dominacion danesa, y juró que mataria á puñaladas al primero que se opusiese á la libertad de la patria. El senado, poseido de terror, renunció á la obediencia jurada á Erico, y la sublevacion fue completa en todo el reino.

Cárlos Canutson, gran mariscal de Suecia, y gobernador de Finlandia, descendiente de la familia real de san Erico, temiendo que la gloria adquirida por Engelbrecto abriese á este aventurero el camino para el trono, se unió á él, y obtuvo facilmente el mando de las tropas debido á su nacimiento y dignidad. Erico

apronto una escuadra y se hizo á la vela para Estokolmo, sufrió una tempestad, en que perecieron muchos de sus buques, y entró en la capitál con muy pocas fuerzas. Entablaronse negociaciones, prometió todo lo que quiso el senado, fue reconocido, y se volvió á Copenhague, despues de haber quebrantado sus promesas; pues quitó de todas las provincias los gobernadores suecos, substituyéndoles hombres estrangeros: lo mismo hizo en Dinamarca y Noruega, ofendido de que las dietas de estos reinos no le permitieron, como á Margarita, nombrar su sucesor: de modo que en toda Escandinavia era universal el odio contra Erico.

La Suecia fue la que tomó primero las armas: pero Engelbrecto pereció asesinado por Cárlos Canutson, que le miraba como á rival suyo, y el gran mariscal quedó al frente de los negocios del reino. Celebróse en Calmar una dieta de las tres coronas, en que se confirmó de nuevo la ley de union; Erico la juró, y se restableció la tranquilidad por algunos dias. Pero habiendo cedido la isla de Rugen, que pertenecia á la corona de Dinamarca, á su sobrino Bogislao, duque de Pomerania, los daneses perdieron la paciencia, el senado de Copenhague dió la corona á Cristóbal de Baviera, Suecia y Noruega siguieron su egemplo, y Erico, destronado, se hizo fuerte en la isla de Gothland donde estaba á la sazon, y donde permaneció diez años convertido de rey en pi-

rata, infestando con su escuadra las costas de Suecia.

Cristóbal de Baviera I de este nombre en Suecia y III en Dinamarca (1440). El reinado de Cristóbal de Baviera fue corto y pacífico escepto algunas sublevaciones de los aldeanos de Jutlandia, que tuvo que reprimir y castigar. Los historiadores dinamarqueses hacen grande elogio de sus virtudes y de su prudencia. Los suecos le acusan de haber querido seguir las ideas de su antecesor y someter la Suecia á la Dinamarca. Desde la primera vez que se presentó en Estokolmo, el pueblo auguró mal de él por la pequeñez de su estatura, que comparaban con el aire magestuoso y corpulencia del gran mariscal Carlos Canutson.

Este caballero recibió muchos favores de Cristóbal: porque le cedió el gobierno de Finlandia durante su vida con las islas de Aland: todo en reconocimiento de no haberse opuesto á su eleccion, como podia siendo el hombre de mas influencia en aquel reino. Cuando el rey hizo una espedicion á Gothland con un egército sueco para arrojar á Erico de aquella isla, y llevó consigo á Canutson. Esta empresa dió motivo á una queja muy fundada de los suecos contra el rey: porque en vez de hacer guerra á Erico, se entretuvo con él en fiestas y placeres el tiempo que estuvo en la isla. Cristóbal era hijo de una hermana de Erico y del duque de Baviera: y cuando los habitantes de Suecia se le quejaban de que su antecesor con-

vertido en pirata talaba sus playas, respondia: «me alegro de que mi tio haya acertado á reunir lo útil con lo agradable.» Esta chanza importuna manifestaba el poco interes que tomaba en los negocios de Suecia, atento solamente á los de Dinamarca: y desde entonces resólvieron los suecos tener reyes propios, y romper el yugo de los dinamarqueses.

Cristiano I, rey de Dinamarca: Cárlos VIII. Canutson, rey de Suecia y de Noruega (1448). Cristóbal falleció sin sucesion: y el senado de Dinamarca, atendiendo á la utilidad de incorporar en la corona los ducados de Sleswig y Holstein, quisieron nombrar rey á su duque Adolfo: pero este no aceptó, temiendo que unidos aquellos estados con Dinamarca, mas poderosa que ellos, serian dominados por los dinamarqueses, y asi se contentó con indicarles á su sobrino Cristiano, hijo del conde de Oldemburgo; el senado lo proclamó rey sin consultar á las otras dos coronas, contra el tenor espreso de la ley de Calmar.

El gran mariscal de Suecia, conociendo cuanto se habia aumentado el odio de sus conciudadanos contra la dominacion de los dinamarqueses, viéndose al frente del egército, señor de una grande provincia y el particular mas rico de la monarquia, elevó su ambicion hasta la corona. Habiendo reunido la dieta en Estokolmo, pronunció un elocuente discurso, en que manifestó los males que habia causado hasta entónces á la patria la union de Calmar:

que Margarita y sus sucesores no habian mirado la Succia como un reino legítimo, sino como un pais de conquista: en fin, que los dinamarqueses habian sido los primeros en quebrantar el pacto de union; pues sin hacer caso de Noruega ni de Succia, habian elegido y proclamado un rey. La dieta conmovida con este vehemente discurso, desechó á Cristiano de Oldemburgo, renunció al tratado de Calmar y eligió por monarca á Cárlos Canutson.

El primer cuidado del nuevo rey fue recobrar la isla de Gotland, á la cual envió con un egército á Magno Greeso, uno de sus generales. Erico de Pomerania, sitiado en Wisby, no pudiendo sostenerse en la ciudad, se retiró al castillo, y llamó en su socorro á Cristiano, rey de Dinamarca. Como todavia conservaba su antiguo amor á este pais, donde se habia criado, resolvió entregar la plaza á los dinamarqueses. Olao Axelson, general de Cristiano, y el de mayor reputacion en los tres reinos, entró en la ciudadela por mar, Erico se la entregó y se retiró á Rugenwalde, ciudad de Pomerania, donde acabó sus dias diez años despues, sin hacer el menor esfuerzo para recobrar su dignidad y aun sin manifestar sentimiento alguno por sus pérdidas.

Los suecos continuaban sitiando la plaza: pero Axelson salió de la ciudadela y despues de haberlos vencido en la ciudad, los arrojó de la isla. Cárlos Canutson se vengó de este desaire, ganando en Noruega un partido po-

deroso, con cuyo auxilio fue proclamado rey y se coronó en la ciudad de Dronthein.

Cristiano I declaró desde entonces guerra á Cárlos VIII: pero observó la política mas sagaz en sus operaciones militares, porque los destrozos que sus egércitos y escuadras causaban en Suecia, iban siempre dirigidos á disminuir el número de los partidarios de Canutson, que por su parte trabajaba tambien al mismo fin enagenando los ánimos con su dureza y despotismo, y atacando los privilegios de las clases superiores del estado; señaladamente del clero, que favorecido por Margarita, Erico y Cristóbal, habia adquirido notable preponderancia sobre la nobleza y era afecto á la dominacion de los dinamarqueses.

Esta guerra duró diez años con vario suceso. Las provincias suecas fueron taladas por Cristiano, y la Escania por Cárlos. Olao Axelson sitió en vano á Estokolmo en 1452: Cárlos reconquistó al año siguiente la Westrogocia: pero el general sueco Magno Green, que habia pasado al servicio de Cristiano, se apoderó de la isla de Aland, de Finlaudia y de la ciudad de Wiburgo, aunque no pudo tomar la fortaleza.

Los suecos, cansados de tan larga lid y del gobierno arbitrario de Canutson, propendian á favor de Cristiano, que no cesaba de hacerles magníficas promesas en sus manifiestos, y de ganar con su afabilidad á los nobles y plebeyos de las provincias que ocupaba. Mas no

se veia el fin de la lucha, cuando la enemistad de Cárlos, y de Juan de Salstat, arzobispo de Upsal, aceleró la catástrofe. Este prelado depuso sus vestiduras sacerdotales sobre el altar mayor de su iglesia, tomó el yelmo, la coraza y la espada, salió á campaña, obligó á los demas obispos del reino á seguir su egemplo, sorprendió y derrotó junto á Stregnes el egército de Cárlos, y abrió el camino para el trono de Suecia á Cristiano, que acababa de ser reconocido en Noruega, vencidos los partidarios de su rival. Cárlos, hallándose sin egércitos ni provincias, se refugió á Dantzik.

Cristiano I, rey de las tres coronas de Escandinavia (1458). Cristiano, habiendo adquirido las coronas de Suecia y Noruega, hizo otra adquisicion tanto mas importante, cuanto habia sido motivo ó pretesto de guerras crueles durante muchos años entre Dinamarca y los príncipes del norte de Alemania. Adolfo, duque de Sleswig y tio de Cristiano, falleció sin sucesion; y aquel ducado se incorporó con la corona de Dinamarca. Pero el rey tenia pretensiones justas por su nacimiento á los ducados de Holstein y de Stormar: era su competidor el conde de Schawemburg. El negocio se transigió quedando los señoríos en poder de Cristiano con obligacion de pagar al conde una suma de 40.000 ducados.

En 1463 pasó Cristiano á Estokolmo para arreglar los negocios de Suecia: los enemigos del arzobispo de Upsal hallaron fácil oido en

el monarca que mandó prenderle y enviarle á Dinamarca, confiando á generales dinamarqueses el mando de las fortalezas y guarniciones que dependian del arzobispado de Upsal.

Catill, obispo de Lincoping, hombre atrevido y adicto á su tio, escribió al rey que pusiese en libertad á Salsat, y le amenazó con las armas si no condescendia con sus súplicas. El rey despreció sus amenazas: el obispo juntó un egército, sitió á Cristiano en Estocolmo, y le obligó á retirarse por mar á Dinamarca.

Restauracion de Cárlos Canutson (1464). Cristiano volvió á Suecia con un egército poderoso. Catill, inferior en número, se retiró á la Dalecarlia, ocupó los desfiladeros que guiaban á ella, mató mucha gente á los dinamarqueses, que emprendieron forzarlos: los obligó á retirarse, los persiguió en su retirada, los encerró en Estocolmo, y puso sitio á esta capital. Cristiano, habiéndola dejado provista de víveres, municiones y tropas, se volvió á Dinamarca con las reliquias de su egército.

El partido de Canutson se aprovechó de esta lid entre el rey de Dinamarca y el clero de Suecia, para restablecer en el trono á su gefe. Cárlos fue rey segunda vez: pero por poco tiempo. Cristiano, conociendo cuánto mal le habia causado la enemistad del arzobispo de Upsal, se reconcilió con él, le sacó de la prision, y le envió á Suecia con un batallon de su misma guardia por hacerle mas honor.

El arzobispo, recibido en la frontera por todos los obispos, y puesto al frente de sus antiguos amigos y partidarios, mas fiel á su rencor contra Canutson, que ofendido del mal tratamiento de Cristiano, formó un egército, cuyo objeto ostensible era restablecer al rey de Dinamarca y el pacto de Calmar. ganó á Cárlos una gran batalla sobre el lago Meler que estaba entonces helado, le hizo prisionero y le desterró á una fortaleza de Finlandia, cuyo territorio le dió para su subsistencia: pero esta victoria de nada sirvió á Cristiano: porque el prelado, recordando la ofensa pasada, resolvió no dar en el reino demasiada autoridad á los estrangeros. Repartió entre los que seguian su faccion muchos estados y señorios: los que seguian la voz de Canutson hicieron otro tanto en las provincias que ocupaban. Se peleó durante cuatro años bajo los estandartes de Cárlos y de Cristiano: sin que el primero que estaba preso, ni el segundo, que hacia guerra entonces á su hermano Gerardo, conde de Oldemburgo, por la posesion de algunas tierras del Holstein, poseyesen una pulgada de terreno en Suecia.

El arzobispo Juan de Salstat falleció en 1468: y quitado el mayor obstáculo á la restitucion de Cárlos VIII, tomó el título de protector del reino Erico Axelson, cuñado de este príncipe, y por su influjo volvió tercera vez al trono, pero su autoridad no se estendia fuera de Estocolmo: porque los demas nobles y

grandes se habian repartido entre sí todos los dominios de la monarquía.

Stenon Sture I, administrador de Suecia (1470). Carlos VIII tuvo el consuelo de fallecer sentado en el trono, y designó por sucesor á Stenon Sture su sobrino: pero aconsejó á este que no tomase el nombre de rey, aborrecido de los suecos en aquella época, sino el de *administrador*, menos esplendoroso, pero bajo el cual podia egercer igual, si no mayor autoridad. El senado podia disputarle el poder en todas materias, pero no el mando de las tropas que le prestaban juramento de fidelidad. Stenon era valiente, buen general y hábil político: y mostró que era digno de llevar la corona.

Cristiano, cuando se hubo desembarazado de la guerra de Oldemburgo, volvió sus armas contra la Suecia; y aunque por la superioridad de sus fuerzas era casi siempre dueño de la campaña, la aversion de los suecos á la dominacion dinamarquesa hacia inútiles sus victorias, y tenia que volverse á su reino, donde le llamaban los negocios del Dithmars, pequeño pais perteneciente al imperio, en los confines del Sleswig y del Holstein. Sus habitantes, feroces y bárbaros todavia, se ocupaban en robar los pueblos vecinos, sin reconocer autoridad alguna. Cristiano en una peregrinacion que hizo á Roma, habló con el emperador Federico III al pasar por Viena, y le pidió que le permitiese conquistar aquel pe-

queño pais y agregarlo al Holstein. El emperador accedió á su súplica. Pero cuando estuvo de vuelta en Dinamarca, los negocios de Suecia le impidieron comenzar aquella guerra. En un congreso que hubo en Helmstadt entre los plenipotenciarios suecos y daneses, prometieron los primeros reconocer por rey á Juan, hijo mayor de Cristiano, cuando succediese á su padre.

Cristiano falleció de allí á poco, despues de un reinado glorioso de 33 años. Este príncipe era valiente, piadoso, amante de las letras y de la justicia. Solo en una ocasion se le vió faltar á la rectitud, desterrando del reino á un caballero, y confiscando sus bienes, sin formas judiciales, y sin que la historia haya conservado la causa de este encono. A Cristiano I se debe la ereccion de la universidad de Copenhague.

Juan, rey de Dinamarca (1483). Juan, apenas subió al trono, dió a su hermano Federico la investidura de los estados de Sleswig y Holstein, á instancias de la reina viuda, que amaba mucho á Federico, separando de nuevo aquellos dominios de la corona y esponiéndose á las guerras crueles que por esta causa habia sufrido Dinamarca en los siglos anteriores. Por los consejos de la misma reina madre se abstuvo durante algunos años de hacer la guerra á Suecia, y entabló negociaciones con el administrador Stenon, exigiendo el cumplimiento de la promesa que los plenipoten-

ciarios suecos habian hecho en Helmstadt, de reconocerle por rey despues de los dias de su padre. Stenon, cuya autoridad debia espirar cuando se cumpliese aquella palabra, prolongó las negociaciones cuanto le fue posible; dando respuestas evasivas, y proponiendo nuevos planes sin intencion de realizar ninguno.

En 1484 hubo en Dinamarca una peste tan terrible, que si se ha de dar crédito á los historiadores, esterminó la mitad del pueblo. El rey dió en este infortunio pruebas de su humanidad y patriotismo, prodigando sus tesoros en alivio de los necesitados, y publicando sabios reglamentos para impedir la propagacion del mal. Por estas virtudes grangeó el afecto de su pueblo, que no se desmintió nunca en toda la duracion de su reinado.

Tres años despues envió una escuadra á los mares de Suecia con el objeto de defender la isla de Gothland, amenazada siempre por Stenon. Este continuó las negociaciones, engañó á Juan, prestándole juramento de fidelidad y fingiendo dar pasos con el senado de Suecia para que le reconociese: logró que el dinamarques le entregase la isla de Aland y la plaza de Borkolm, que sus tropas habian conquistado; y cuando las tuvo en su poder, se mostró tan enemigo de los dinamarqueses como antes.

Sin embargo, no hubo hostilidades declaradas de una á otra parte hasta el año de 1497, que Juan armó una escuadra y se embarcó en

ella con un egército poderoso contra Suecia; pero habiendo perdido muchos bageles en una tempestad, se volvió á los puertos de Dinamarca. Este suceso dió tanta osadía al administrador Stenon, que se negó á toda especie de transacciones con su rival.

Batalla de Rootebroé: Juan de Dinamarca, rey de Suecia (1497). Juan indignado reunió un poderoso egército, se embarcó en su escuadra ya repuesta, tomó á Calmar, recobró á Borkolm, y obligó á Stenon á levantar el sitio de Steka, fortaleza en que se habia encerrado el arzobispo de Upsal, partidario de los dinamarqueses. Stenon se retiró á Estocolmo, y el egército de Juan cercó esta plaza, al mismo tiempo que su escuadra bloqueó el puerto.

El administrador recurrió entónces á los dalecarlios y les pidió que viniesen en su socorro. Aquel pueblo, el mas belicoso é independiente de Suecia, se levantó en masa, y se dirigió contra las lineas de los dinamarqueses. Juan, alentado por el valor y buenas disposiciones que mostró su tropa, no quiso recibirlos en los cuarteles: sino marchó á Rootebroé, donde los encontró, y al punto se trabó la batalla. Esta fue sangrienta, porque los dalecarlios pelearon con la mayor intrepidez é hicieron gran matanza en la infantería dinamarquesa: pero como no tenian caballería que oponer á la del enemigo, esta penetró por un flanco en sus batallones, y los desordenó. Los

dalecarlios prefirieron una muerte gloriosa á la fuga, y casi todos fueron esterminados.

El rey de Dinamarca volvió á sus lineas, y mandó fijar en ellas los estandartes de los vencidos, con la intencion de anunciar de esta manera su triunfo á la guarnicion de Estocolmo, y obligarla á rendirse: pero los suecos, viendo las banderas de los dalecarlios, creyeron que habian triunfado de los daneses y apoderádose de sus lineas: y asi salieron desordenadamente de la plaza para participar del saqueo del campamento dinamarques. El rey, que discurrió lo que podia ser, los acometió con fuerzas superiores y los volvió á encerrar en la plaza, que desprovista de todo socorro, se entregó por capitulacion, y el administrador huyó en una barca. Juan fue reconocido sin dificultad y proclamado rey de Suecia.

Guerra con los Dithmarsios: batalla de Meldorp (1500). El rey de Dinamarca, contento con haber agregado á su cetro la Suecia, viéndose al frente de un egército poderoso y que se creia invencible con sus recientes trofeos, determinó conquistar el Dithmars, cedido á su padre por el emperador Federico III. Habiendo reunido sus tropas con las de su hermano el duque de Sleswig y de Holstein, se presentó en la frontera de aquel pequeño pais, que no tiene en su mayor dimension siete millas. Los daneses estaban tan seguros del triunfo, que acompañaban al egército muchos mercaderes para comprar el botin

á los soldados á vil precio y especular con él. Algunos senadores iban con el rey para coger los beneficios eclesiásticos del pais; y por burla se llamaban unos á otros *abades*: de donde se originó el proverbio dinamarques : *el Dithmars es funesto para los abades.*

La capital del Dithmars era Meldorp, ciudad construida en medio de una llanura, y no fortificada por la naturaleza ni por el arte. Los dithmarsios la abandonaron, despues de haber sacado de ella lo mas precioso que tenian, y se retiraron á las montañas vecinas, cuyos desfiladeros ocuparon. Juan entró en Meldorp sin resistencia, y envió un destacamento á reconocer la posicion del enemigo. Los dithmarsios atacaron esta tropa con tal furor que no dejaron hombre vivo que pudiese volver á dar noticia de ella. El rey para castigar esta insolencia, marchó contra los enemigos, y penetró en las gargantas de las montañas. Su guardia iba delante, la infantería en el centro y la caballería en la retaguardia por un camino estrecho y áspero, ceñido á entrambos lados con espesas selvas. Cuando llegó á vista de los dithmarsios, los halló atrincherados en una posicion inaccesible: mas ya era tan peligroso para los dinamarqueses volverse atras como pelear. La artillería y los flecheros de los dithmarsios hicieron grande estrago en las tropas del rey, fatigadas ademas con una lluvia terrible de granizo que cayó entonces y que les daba en cara. No quedaba á los da-

neses mas recurso, que abrirse paso por medio del campamento enemigo. El rey se puso al frente de sus tropas y lo intentó con grande denuedo; pero la artillería enemiga abrió todos los batallones, y empezó la derrota mas espantosa. La infantería se puso en las zanjas del camino para dar lugar á la caballería que se retirase: mas esta sobrecogida del miedo, pasó por cima de los infantes en su fuga é hizo perecer á muchos de ellos. Entonces acometieron los dithmarsios espada en mano, y causaron horrorosa carnicería. Al mismo tiempo rompieron los diques para ahogar á sus enemigos; pero la avenida del agua llevándose ante sí los bagages, facilitó paso á la caballería del rey y pudo escapar. Los dithmarsios usaron cruelmente de la victoria, porque cometieron todos los insultos y atrocidades imaginables sobre los cuerpos de los muertos y heridos. Perecieron en la batalla 4.000 daneses y 360 oficiales.

Juan, habiendo reunido el resto de sus tropas en el Holstein, se preparaba á hacer una nueva invasion en aquel pais: pero los príncipes germánicos del norte interpusieron su mediacion, y se hizo la paz.

Stenon Sture, administrador de Suecia segunda vez (1502). El desastre de Meldorp fue la señal de la sublevacion de Suecia y de una parte de la Noruega, que se sometieron á la autoridad de Stenon Sture. El rey pasó á Estocolmo, plaza que estaba á su devocion, y

despues de una negociacion inútil, se volvió á Dinamarca donde le llamaba el recelo de una alianza secreta entre las ciudades anseáticas y el administrador de Suecia, y dejó á la reina su esposa Cristina de Sajonia, princesa de grande ánimo, para defender la capital con guarnicion competente. Stenon Sture sitió á Estocolmo, obligó á los daneses á retirarse á la ciudadela, dió un asalto, que fue rechazado valerosamente por Cristina, y cuando se preparaba á repetirlo, la reina, que se hallaba con muy pocas tropas, capituló á condicion que se la dejase libre el paso para Dinamarca. Stenon violó la capitulacion, y retuvo prisionera á Cristina en el monasterio de Wadstena: mas al año siguiente, por mediacion de la república de Lubek su aliada, le dió libertad, y él mismo la acompañó hasta la frontera de Dinamarca.

Suante Sture, administrador de Suecia (1504). Stenon falleció á la vuelta de este viage; y fue nombrado en su lugar administrador de Suecia Suante Sture, descendiente de una de los familias reales, y guerrero habil que habia adquirido mucha celebridad peleando contra los rusos. No desmintió su caracter heróico cuando fue colocado al frente de su nacion: hizo alianza con la regencia de Lubek, la mas poderosa de las ciudades anseáticas: peleó con vario suceso contra los dinamarqueses, recobró á Borkolm, tomó á Lich, saqueó varias veces la Escania, la Hallaudia y

la Blekingia, mientras los lubekeses sus aliados acometian por mar á Langeland y otras islas circunvecinas: dió socorro oportuno á la ciudad de Lubek, sitiada y puesta en grande estrecho por el rey de Dinamarca, que habia derrotado completamente la escuadra de la regencia: en fin, obligó á los daneses á firmar treguas por dos ocasiones y conservó ileso durante su administracion el territorio de Suecia, que empezó á florecer, despues de tantas calamidades, con las artes de la paz.

Stenon II, administrador de Suecia (1512). Suante Sture falleció cubierto de gloria en 1512; y le sucedió en la administracion del reino su hijo Stenon II, á pesar de los esfuerzos del arzobispo de Upsal, que queria que se nombrase á Erico Troll su pariente, hombre pacífico y ya anciano: porque esperaba que bajo su administracion volveria Suecia á unirse con Dinamarca, como deseó constantemente el clero sueco.

Casi al mismo tiempo falleció Juan, rey de Dinamarca, de una caida de caballo, colmado de las bendiciones de su pueblo que le adoraba por sus virtudes, á pesar de todos los sacrificios que habia sido forzoso hacer para sostener la guerra con Suecia y con Lubek. Era amigo de las ciencias y de las artes, y las protegió con sumo ardor: pero al mismo tiempo gustaba de la antigua sencillez danesa, que procuraba imitar en sus vestidos cuanto le era posible.

Cristiano II, rey de Dinamarca (1513).

Á Juan sucedió su hijo Cristiano II, príncipe que heredó de sus antepasados el valor y la política, mas no la bondad. Era cruel, vengativo, amante del poder despótico y arbitrario en una nacion donde la nobleza y el clero gozaban privilegios muy estensos, entregado á la deshonestidad, violento, y poseido en fin de las pasiones mas peligrosas, que le precipitaron en el mayor infortunio. Ya habia dado pruebas en el reinado de su padre, de la inhumanidad que le caracterizaba en la guerra contra Suecia, y en la rebelion que hubo en Noruega en tiempo de Stenon I, y que fue enviado á reprimir: porque trató en ambas partes con la mayor crueldad á los enemigos que cayeron en sus manos. Por estos actos de barbarie, y por los vicios que le dominaban mereció el sobrenombre de *Neron del norte*.

Casó con Isabel, hija de Felipe el hermoso, rey de España, y hermana del emperador Cárlos V, y asi aseguró la alianza de la poderosa casa de Austria. En Suecia, á cuya corona aspiró siempre, favoreció bajo mano la elevacion de un hijo de Erico Troll, partidario suyo, que poco despues llegó á ser arzobispo de Upsal.

Hizose odioso á los dinamarqueses por la muerte arbitraria de dos individuos de la nobleza principal del reino. Uno era favorito suyo: llamábase Fobourgh, hombre codicioso, que á favor de la amistad del rey aumentó

considerablemente su fortuna: pero Cristiano llegó á conocer su insaciable avaricia, y la castigó de una manera digna de un tirano. Habia en la corte una muger flamenca, llamada Sigefrida, cuya hija Colúmbula era dama del rey. Un caballero de la corte, llamado Torbern, la obsequió: Fobourgh lo supo y lo contó á Cristiano, por lo cual Torbern le declaró un odio irreconciliable. Cuando el rey trató de arruinar á su favorito, le envió con una carta al castillo de su enemigo, el cual le puso en prision y le mandó ahorcar por sus criados.

La segunda víctima de la crueldad de Cristiano fue este mismo Torbern, á quien habia hecho instrumento de su primera maldad. Colúmbula habia muerto envenenada, y algunos atribuyeron á su amante este crímen. Un dia le dijo el rey: «me importa saber si conseguisteis los favores de Colúmbula, y espero que no faltareis á la verdad.» «Señor, le respondió Torbern, es cierto que la amé: pero jamas fui correspondido.» Cristiano se calló, y pocos dias despues mandó prenderle, y que el senado le juzgase. Fue absuelto, porque las leyes no imponian penas á su culpa. Cristiano, que no queria que se le escapase su víctima, formó un tribunal muy estraordinario para condenarle. Convocó á las puertas de palacio á muchos aldeanos de los pueblos vecinos, los rodeó con tropas, y les mandó sentenciar la causa de Torbern. Los nuevos jueces, temien-

do el enojo del rey, dieron su fallo en estos términos: «no juzgamos á Torbern; pero sus palabras le condenan.» Esto bastó para mandarle degollar.

Cristiano eligió para dama suya á Sigefrida, madre de la infeliz Colúmbula, burlándose de este modo de todas las leyes divinas y humanas. Aquella muger era una furia y aumentó con sus sugestiones y consejos la violencia y malignidad del caracter del rey. Este príncipe holló los privilegios de la nobleza, impuso contribuciones arbitrarias al clero: y para quitarle mayor parte de sus bienes, favoreció la introduccion del luteranismo en Dinamarca, y envió por algunos doctores de aquella secta: porque esperaba de la propagacion de sus doctrinas, ricos despojos de los monasterios y de las iglesias. En efecto, se apoderó de muchos bienes del clero secular y regular; por lo cual la santa Sede fulminó contra él sentencia de escomunion: pero teniendo necesidad de la alianza de Cárlos V su cuñado; se reconcilió con Roma, aunque siempre se negó con varios pretestos á restituir los bienes usurpados. Por todas estas razones era general el descontento de los dinamarqueses.

Entretanto Troll, arzobispo de Upsal, sostenia casi á las claras en Suecia el partido de los daneses; añadiendo á esta inclinacion casi general en el clero sueco, su odio contra el administrador Stenon II, preferido á Erico

Trolh, padre del prelado, en la eleccion para aquel alto destino. Stenon, considerando que iba á espirar el término de la última tregua con Suecia, reunió una dieta en Tellie para deliberar sobre los medios de formar un ejército. Se citó á ella al arzobispo de Upsal, ordenándole que viniese á prestar juramento de fidelidad al administrador; lo que no habia querido hacer á pesar de una visita que habia recibido ántes del mismo Stenon en persona. Tampoco quiso ceder en esta ocasion: sino se encerró con sus tropas en la fortaleza de Stekà, fundada sobre una peña casi inaccesible á orillas del mar.

Stenon la sitió. Este cerco duró desde 1515 hasta 1517, en que una escuadra dinamarquesa desembarcó un cuerpo considerable de tropas en defensa del arzobispo. Stenon salió de sus líneas, encontró al enemigo cerca de Wedel, y despues de un combate ostinado, le obligó á reembarcarse. En esta accion se distingüió Gustavo Wasa, alferez mayor de la corona, hijo del senador Erico Wasa y nieto por su madre del rey Cárlos Canutson. Este jóven tenia á la sazon 26 años, y era muy amado del administrador, de la nobleza y del pueblo, por su valor intrépido y por la solidez y amenidad de sus discursos.

Stenon volvió á las líneas de Steka y estrechó el sitio de manera que el arzobispo tuvo que presentársele para capitular, tomando en rehenes á Gustavo Wasa, que no ignoraba ser

el amigo mas estimado del administrador, y dejó órden á la guarnicion del castillo, para que le ahorcasen de una almena, si Stenon emprendia alguna cosa contra su persona. Pero Stenon no pensaba en cometer una alevosía, ni en ceder á las pretensiones de Troll. Este faccioso se vió obligado á entregar el castillo, y á someterse á la decision del senado, que le condenó á reclusion perpétua en un monasterio. Apenas se supo en Roma está sentencia, se fulminó escomunion contra el administrador, el senado y sus partidarios, como infractores de la inmunidad eclesiastica, y Cristiano, amigo entónces de la santa Sede, se preparó á cumplir esta sentencia.

El rey de Dinamarca entró en Suecia al frente de un egército poderoso en el mes de mayo de 1518, y llegó hasta la capital, que le hizo intrépida resistencia, mientras Stenon II marchaba con todas las fuerzas del reino contra él. Cristiano, temiendo ser cogido entre dos fuegos, se embarcó en la escuadra danesa que bloqueaba el puerto: mas no tan pronto que no cayese sobre su retaguardia el egército sueco, causándole notable destrozo y cogiéndole 300 prisioneros y muchos bagages. La escuadra no pudo salir de la rada de Estocolmo en tres meses, á causa de los vientos contrarios: los víveres se consumieron, y los destacamentos daneses que saltaban en tierra á buscarlos, fueron esterminados por el infatigable Gustavo. A la hambre que hubo en la

armada, se siguió un contagio cruel, que diezmaba las tropas y las tripulaciones.

Cristiano entabló proposiciones de paz con Stenon, que tuvo la prudencia generosa no solo de dar oidos á ellas, sino tambien de suspender las hostilidades, y de permitir que llegasen á la escuadra víveres y refrescos. El danes propuso á Stenon una entrevista en su almiranta; y habiéndosele negado, propuso otra en la misma ciudad de Estocolmo, pidiendo rehenes que fueron Gustavo Wasa y otros señores. El pérfido rey apenas estuvieron en la playa, los obligó á embarcarse, sin saltar él en tierra, porque habia reunido en aquel sitio muchos dinamarqueses con pretesto de hacer aguada y comprar víveres. Cuando tuvo en su poder á Gustavo, salió del puerto, ayudado de un viento favorable que sobrevino, y se lo llevó á Dinamarca. Gustavo Wasa fue confiado á la custodia de un caballero danes pariente suyo, que le trató muy bien en un castillo de Jutlandia donde le confinó.

Batallas de Bogesud y de Twede: Cristiano de Dinamarca, rey de Suecia (1519). Cristiano, de vuelta á Copenhague, solo pensó en los medios de vengar el desaire de la campaña pasada, y de reunir para ello dinero y fuerzas. Quitó á Arcemboldi, legado del papa, todo el dinero que habia recogido de las indulgencias predicadas en los reinos del norte: echó fortísimas contribuciones sobre sus vasallos: tomó á su sueldo un cuerpo de 4000

franceses, que le envió Francisco I, rey de Francia, mandados por Gaston de Brezé, príncipe de Foucarmont, y por el baron de Gondrin, y nombró general de todo el egército á Oton de Krampen, uno de los mas afamados capitanes de su tiempo. Mandaba la escuadra el almirante Norby, que ya se habia distinguido en muchos combates navales contra la regencia de Lubeck en el reinado anterior.

Krampen comenzó la campaña penetrando en la Westrogocia, y talando los campos. Stenon estaba apostado con el egército sueco en el bosque de Twede. Cuando el danes llegó á su vista, fingió miedo, se retiró con aparente precipitacion al lago Weter, que estaba helado, y se acampó en él. Stenon con su caballería los acometió en Begesund. El mismo al frente de un escuadron, compuesto de la principal nobleza de su reino, penetró denodadamente entre los batallones enemigos é hizo en ellos terrible destrozo: pero una bala de cañon le llevó una pierna, y hubo de retirarse del campo de batalla. Krampen se aprovechó del desórden que introdujo en el egército sueco la herida del general, y avanzando con su infantería protegida por la artillería, obligó al enemigo á retirarse y despues á huir desmandado. La caballería danesa hizo en los suecos grande destrozo. Stenon se salvó, pero murió de allí á pocos dias de resultas de la herida.

Krampen guió inmediatamente sus tropas contra la infantería y los aldeanos suecos que

estaban atrincherados en el bosque de Twede, los atacó y fue rechazado con gran pérdida. Confió un segundo ataque al príncipe de Foucarmont, mientras buscaba otro paso por los flancos del campo atrincherado. El príncipe cayó herido en el foso: pero los franceses enfurecidos con este suceso, acometieron con tanto furor, que se apoderaron de aquel frente, mientras Krampen penetraba por otro lado. La matanza fue horrible, y muy pocos suecos escaparon de esta batalla que decidió la suerte de su patria.

Troll salió del monasterio y reunió sus partidarios con el egército vencedor. Los amigos de la independencia sin gefe ni apoyo se sometieron, y escepto Estocolmo y Calmar, todas las plazas abrieron sus puertas al egército de Cristiano, que fue proclamado rey de Suecia. Esta fue la última vez que las tres coronas del norte brillaron reunidas en una misma cabeza: y Cristiano terminando una guerra de cerca de un siglo, pudo haber consumado el gran designio de Margarita de Waldemar: pero cometió un horrendo crímen, y mereció y sufrió los mas grandes infortunios.

Entretanto Gustavo Wasa, sabedor de las desgracias de su pais, huyó de la prision, atravesó la Jutlandia, llegó á Flensburgo, y como nadie podia transitar á Alemania sin pasaporte, se acomodó de mozo con un mercader sajon que habia comprado bueyes en la feria de Sleswig, que era por entónces. Llegó á Lubek:

se hizo conocer á algunos de la regencia, que le prometieron auxilio, en caso de que formase en Suecia un partido bastante poderoso para sostenerse. Pasó en un buque mercante á Calmar, cuyo gobernador, resuelto ya á componerse con los dinamarqueses, como hizo poco despues, no quiso admitirle. Retiróse á Sudermania, disfrazado de aldeano y metido en un carro: así atravesó los cuarteles de los dinamarqueses. Mil veces estuvo en peligro de ser cogido, porque Cristiano habia mandado buscarle en todas partes: y él, procurando aunque en vano alentar los ánimos abatidos de sus compatriotas, tenia que esponerse: hasta que al fin, perdidas todas las esperanzas, por entónces, buscó un asilo seguro y retirado.

En la primavera de 1520 pasó Cristiano á Suecia, y estrechó el sitio de Estocolmo, donde la viuda de Stenon II se defendió con valor, hasta que al fin hubo de capitular. Dueño de Suecia despidió á los franceses auxiliares, sin darles víveres ni pagarles el sueldo que les debia. Los estados del reino se juntaron en Estocolmo, donde se hicieron grandes fiestas y convites con motivo de su proclamacion solemne. Parecia que los rencores iban á estinguirse entre los regocijos y banquetes: pero el tercer dia de la convocacion de los estados se presentó el arzobispo de Upsal quejándose del sitio de Steka, de su reclusion, y exigiendo el cumplimiento de la bula de escomunion lanzada contra Stenon y sus partidarios. Tal fue

el pretesto bajo el cual encubrió Cristiano su sed de sangre y de venganza.

Mandó comparecer á la viuda del administrador, como si fuese cómplice de los supuestos crímenes de su marido; puso en prision á casi todos los senadores: y al dia siguiente, memorable para Suecia, que fue el 8 de noviembre, apareció ocupada la capital por la artillería y las tropas danesas; y cerca de las 12 se abrieron las puertas del castillo, y pasaron entre filas de soldados al lugar destinado á su suplicio tres obispos, de Stregnes, Scata y Linkoping, Erico Wasa padre de Gustavo, los cónsules y magistrados de Estocolmo y 94 senadores. Todos fueron degollados, escepto el obispo de Linkoping, que pidió que se examinase la impresion del sello de sus armas, cuando firmó la sentencia del arzobispo Troll con los demas senadores. Cristiano levantó por su mano el sello, y encontró un papel en que el obispo protestaba contra la violencia que se le hacia para dar aquel voto. Este artificio halló gracia en el corazon del tirano, y el obispo se salvó de la muerte.

Despues de tan horrendo espectáculo, las tropas danesas saquearon la ciudad con el mayor furor, como si fuese una plaza tomada por asalto, con el pretesto de buscar otros señores, proscriptos por el rey. Cristiano mandó desenterrar el cadáver de Stenon, y esponerlo en la plaza entre los de sus víctimas: él mismo fue á verlos, y á gozarse en su venganza. Que-

ria arrojar al mar á la viuda del administrador: pero el almirante Norby, que deseaba adquirir un partido en Suecia con la esperanza de tener algun dia en aquel reino la suprema autoridad, salvó á la princesa, esponiendo al rey que su vida era necesaria para apoderarse de los tesoros ocultos que habia dejado su esposo.

Esta fue la célebre *matanza* de Estocolmo, de la cual resultó, como acontece de ordinario en los grandes crímenes, la libertad de Suecia. Todos los historiadores convienen en que esta maldad fue aconsejada por la perversa Sigefrida, manceba de Cristiano. El Neron del Norte, dejando un egército poderoso en aquel reino, volvió á Copenhague cargado de las maldiciones de los suecos, para recibir las de los dinamarqueses, y llevó presas consigo á la madre y hermana de Gustavo, y á las parientas de todos los señores proscriptos, pero que aun no habian caido en sus manos, como rehenes.

Su crueltad se aumentaba satisfaciéndola. Al pasar en su viage por el monasterio de Nuvac, mandó con un pretesto muy frívolo arrojar al vecino rio al abad y á todos los religiosos. Queria que á todos los aldeanos suecos se les cortasen un brazo y un pie, diciendo que bastaban los que les quedasen, para trabajar.

Gustavo Wasa habia escapado de Sudermania, atravesado por entre la Westmania y

la Nericia, y penetrado en Dalecarlia: pero al entrar en ella, su guia le abandonó robándole todo el dinero que llevaba, y para subsistir tuvo que ponerse á trabajador en una mina de cobre. El señor de ella, antiguo condiscípulo suyo, le reconoció en un viage que hizo para inspeccionarla, y lo llevó á su casa donde estuvo algun tiempo: pero Gustavo no hallando en él osadia bastante para ponerse al frente de una insurreccion contra los daneses, pasó solo y á pie á la aldea de otro caballero, llamado Peterson, amigo suyo en otro tiempo, y que tenia reputacion de valor. Peterson le recibió muy bien, aparentó adoptar sus ideas, y dió aviso á un comandante dinamarques para que viniese á prender á Gustavo: mas cuando llegó y rodeó la casa con su tropa, ya Gustavo habia huido, avisado á tiempo por la esposa de Peterson que le amaba.

Refugióse en casa de un cura, á quien le recomendó aquella señora; y este sacerdote fue el primer instrumento de la elevacion de Gustavo. Condujole á Mora, cuyo pais era muy poblado, y mas entónces, que concurrian á la feria de Navidad muchos paisanos de toda la Dalecarlia. Gustavo hizo un vehemente discurso á aquellos hombres rústicos é ignorantes: pero amantes de su patria, é irritados últimamente por las contribuciones que imponian los daneses. Todos ofrecieron auxiliarle en la empresa. Formó un cuerpo de 400 soldados resueltos, se apoderó por sorpre-

sa del castillo donde residia el gobernador danes de la provincia, todas las demas del norte de Suecia sacudieron el yugo, y en el mes de abril se halló al frente de 15000 hombres, mal armados á la verdad, pero valerosos y resueltos, á los cuales se reunieron muchos caballeros de otras provincias de Suecia, ó proscriptos por Cristiano, ó deseosos de alistarse en las banderas de la independencia.

Gustavo Wasa, administrador de Suecia (1521). Cristiano, sabedor de la insurreccion de los dalecarlios y de la empresa de Gustavo, no pudo enviar á Suecia los socorros que reclamaba el virey Teodoro, obispo de Odensée, á quien habia dejado por gobernador de aquel reino; porque necesitaba de todas sus fuerzas para contener á los dinamarqueses, que entónces tenian por apoyo á Federico, duque de Holstein, y tio del rey. Este príncipe, adicto hasta entónces á su sobrino, se veia obligado á ser contra él por el cuidado de la propia conservacion. Cristiano, despues de su sangrienta espedicion de Suecia, pasó á Alemania á verse con el emperador su cuñado, y se susurraba que el objeto de esta visita era lograr permiso de Cárlos V para agregar el Holstein á la corona. Este recelo obligó á Federico á unirse con los descontentos de Dinamarca y de Noruega; y Cristiano no se atrevia á enviar tropas á Suecia, temiendo que apenas hubiese ocasion oportuna, estallaría una rebelion en aquellos dos reinos.

Los progresos de Gustavo fueron rápidos: tomó por ardid la plaza de Westeras: se apoderó de Upsal: venció á las puertas de esta ciudad al arzobispo Troll: ocupó ó en persona ó por sus lugartenientes las dos Gocias: recibió de Lubeck un socorro de mas de 1.000 alemanes, y bloqueó á Estocolmo por la parte de tierra. Dueño de casi todo el reino, convocó los estados generales en Westeras por el mes de agosto, y fue nombrado administrador.

En la campaña siguiente, que fue la de 1522, conquistó la Smalandia, se apoderó de la plaza de Stegeberg, y bloqueó á Estocolmo por mar y tierra con una escuadra que le envió la regencia de Lubeck, á la cual reunió una division sueca á las órdenes de su almirante Fleming, y apresó un gran convoy que los dinamarqueses enviaban desde Abo en socorro de la plaza.

Norby, almirante de Cristiano, salió con toda su escuadra del puerto de Calmar, que estaba todavía por los daneses, para socorrer á Estocolmo. Encontró las escuadras enemigas delante de este puerto: pero el viento le impidió pelear, y se retiró detras de una isla cercana á la costa, para pasar la noche. Sobrevino una helada tan estraordinaria, que sus navíos se hallaron cogidos entre el yelo. Gustavo resolvió quemarlos, y pasó sobre el yelo á la isla con las tropas de Lubeck, que creyó mas propias para esta empresa que las suecas. A pesar del fuego contínuo de los navíos, logró

abrasar á muchos de ellos, y no se hubiera salvado uno solo, si Stammel, general de los lubeckeses, no se hubiera retirado á pesar de las súplicas y amenazas del administrador, ó bien fuese sobornado por Norby, ó bien tuviese órdenes secretas de su república para balancear las ventajas de la guerra entre los dos estados contendientes. Al dia siguiente salió el sol, derritió el yelo, y Norby se retiró con las reliquias de su escuadra á Calmar.

Federico I, rey de Dinamarca: Gustavo I, rey de Suecia (1523). Entretanto se preparaba en Dinamarca la revolucion mas pronta que se ha visto en ninguna nacion. Los habitantes de Jutlandia se rebelaron, reunieron sus estamentos y destituyeron á Cristiano II, y le enviaron el decreto de destitucion por medio de Munce, justicia mayor del pais, que no se atrevió á entregarselo, y lo dejó sobre una ventana del aposento del rey. Cristiano le vió despues que Munce habia partido, y le leyó. Su ánimo decayó hasta tal punto, que aunque todavía era dueño de Noruega, de las islas, de Finlandia, y de la escuadra de Norby, abdicó la corona: y se retiró á los estados de Cárlos V, esperando recibir de este príncipe tropas auxiliares para reconquistar sus estados. Dinamarca y Noruega proclamaron rey á Federico, su tio, con las mayores demostraciones de júbilo.

La caida de Cristiano puso toda la Suecia en manos de Gustavo, Norby se retiró con su escuadra á la isla de Gotland. La Blequingia,

la plaza de Calmar y la Finlandia cayeron en poder del administrador; de modo que solo quedaban ya á los daneses la plaza de Estocolmo y algunas fortalezas de Finlandia. La primera estaba próxima á rendirse: porque su guarnicion, muy debilitada, habia perdido toda esperanza de recibir socorros.

En estas favorables circunstancias reunió Gustavo los estamentos del reino en Westeras, y todos á una voz proclamaron rey al libertador de la patria: mas no quiso que se celebrasen las fiestas de su coronacion hasta haber rendido á Estocolmo, lo que se verificó pocos dias despues. Este héroe fue fundador de la dinastía de los Wasas, que ha reinado en Suecia hasta nuestros tiempos, y dió principio al poder de su nacion, mal conocida ántes en Europa.

SECCION TERCERA.

Desde el advenimiento al trono de Gustavo Wasa hasta la muerte de Cárlos XII.

Paz entre Suecia y Dinamarca (1524). Gustavo se apoderó en breve de las plazas que aun quedaban á los dinamarqueses en Finlandia. Siendo tan hábil político, como valiente capitan, solicitó la amistad de Federico, rey de Dinamarca, aunque este príncipe, al subir al trono, habia cometido la imprudencia de coronarse rey de Suecia por consejo del arzo-

bispo Troll que se habia refugiado á Copenhague despues de la batalla que perdió junto á Upsal. Gustavo consiguió su intento: la paz se hizo entre las dos naciones, y la viuda de Stenon II y todas las señoras suecas que habian sido llevadas á Dinamarca como rehenes despues de la matanza de Estocolmo, volvieron á su patria, esceplo la madre y hermana de Gustavo, á quienes el feroz Cristiano II mandó coser en dos sacos y echarlas al mar, cuando tuvo la primer noticia del levantamiento de Dalecarlia.

Poco faltó para que la paz hecha entre los dos reinos, despues de tan larga guerra, se rompiese al año siguiente por causa de la isla de Gotland, donde el almirante Norby dominaba, sin reconocer dominio á nadie, y egercia la profesion de pirata contra los buques de la regencia de Lubeck. Esta se quejó á Gustavo, y le propuso aliarse con ella para hacer guerra á Norby. Gustavo entró en esta empresa de mala gana, obligado con los clamores de los suyos que se quejaban de la interrupcion del comercio causada por las piraterías de Norby. Sitió pues á Wisby, capital de la isla, por tierra, mientras la escuadra de Lubeck la bloqueaba por mar. Norby viéndose estrechado, prometió al rey de Dinamarca entregarle la isla, si le libertaba de aquel peligro. Federico reclamó la posesion de Gotland, y se quejó de que Gustavo la hubiese sitiado. Hubo un congreso entre los plenipotenciarios suecos,

dinamarqueses y lubeckeses, en que estos contra el tratado de alianza hecho con Suecia, se declararon á favor de Federico, á quien temian menos. Gustavo indignado sacó sus tropas de la isla; y Norby viéndose libre del mayor peligro, no solo se negó á entregarla al rey de Dinamarca, sino le hizo guerra en Escania, y se apoderó de algunas plazas: pero vencido en una batalla decisiva por las tropas que el rey de Dinamarca envió contra él, tuvo al fin que entregarle la fortaleza de Wisby, contentándose con el gobierno de otra ciudad. Su genio inquieto le movió á entrar en una conspiracion, que fue descubierta: Norby huyó á Moscovia, de donde pasó á Alemania y fue admitido en el servicio del emperador Cárlos V. Pereció en el asalto de una plaza en Italia.

Gustavo empleó casi esclusivamente los seis años de su reinado desde 1524 hasta 1530 en establecer el luteranismo en el reino, primero permitiendo la predicacion de Laurencio Petri y de Olao, su hermano, discípulos de Lutero, concediendo despues la libertad de conciencia y abjurando en fin el catolicismo y cerrando los monasterios. Esta mudanza no dejó de causar algunas alteraciones en las provincias, principalmente en Dalecarlia: pero Gustavo la sosegó con su actividad ordinaria. Los motivos que le indujeron á esta alteracion fundamental, fueron meramente políticos; á saber, el deseo de disminuir la influencia del

clero, siempre afecto á la Dinamarca, y el de socorrer la penuria del erario con los bienes de los monasterios suprimidos y de muchas tierras de la iglesia. Al mismo tiempo y por los mismos motivos se hizo en Dinamarca la misma mudanza de religion. Esta fue la única marcha que empañó la gloria del héroe de Suecia: pero al menos tuvo el mérito de haber hecho la alteracion, evitando las conmociones, trastornos y guerras civiles que en otras partes acompañaban la aparicion del protestantismo.

En 1531 abandonó Cristiano II su asilo de Bruséłas, armó una escuadra y se presentó, despues de haber sufrido una horrible tempestad que le hizo perder muchos buques, en el golfo de Bahus, con intencion de penetrar en Suecia: pero sabiendo que estaba bien defendida aquella frontera, puso sitio á Agerhus, defendida por el virey de Noruega. Dos hermanos de éste, comandantes de la escuadra de Federico I, acometieron los de Cristiano, y despues de un combate que duró un dia, la quemaron sin dejar de ella un solo buque, y desembarcaron sus tropas para ir en socorro del virey.

Cristiano, sabiendo el desastre de su armada, levantó el sitio de Agerhus, penetró en Suecia por la Westrogocia, y se apoderó de la fortaleza de Konghell; pero sitiado en ella por los suecos y dinamarqueses, despues de haber sufrido los horrores del hambre, se

entregó á las tropas de su tio Federico, y fue encerrado en un castillo, donde estuvo hasta su muerte que se verificó catorce años despues.

Cristiano III, rey de Dinamarca (1534). Federico I falleció: y hubo una guerra civil y estrangera con motivo del nombramiento de su sucesor. Cristiano, su hijo mayor, era protestante; Juan el segundo, católico; y se dividieron los votos de la Dieta entre ellos, queriendo cada señor y obispo dar la corona al príncipe de su religion. Jorge Munter, baron ambicioso y de mucha influencia en el reino, formó otro partido, cuyo objeto era restablecer en el trono á Cristiano II. El emperador Cárlos V favorecia al elector palatino del Rin que tenia pretensiones á la corona, y Margarita de Austria, gobernadora de Flándes, ademas de auxiliar los proyectos de Cárlos, tenia la pretension de que el paso del Sund se abriese al comercio de los holandeses y flamencos. Cristóbal, duque de Oldemburgo, era del partido del príncipe Juan: y la república de Lubeck, que aspiraba al imperio del Báltico, era su aliada, esperando de esta lucha sacar grandes ventajas y aumentos de territorio.

La guerra se hizo en todas las provincias de la monarquía, escepto en Jutlandia, cuyos estados proclamaron rey á Cristiano III. Los lubekeses ocuparon algunas plazas de Celanda, Langelam y Falster: Cristóbal de Oldemburgo, parte de la Escania y Halandia, que

Cristiano reconquistó, auxiliado por el rey de Suecia: Jorge Munter se apoderó de Copenhague y de la isla de Fionia, con el socorro de Troll, el antiguo arzobispo de Upsal, que le trajo tropas del duque de Meklemburgo, á cuyos estados se refugiara despues de la caida de Cristiano II. Este prelado acabó su larga y tempestuosa carrera en un combate con las tropas del rey, en que recibió una herida mortal.

Al mismo tiempo que se peleaba con furor en todos estos puntos, el arzobispo de Drontheim, virey de Noruega, ganado por las promesas de Margarita de Austria, se declaró é hizo declarar todo el reino por el elector palatino, y recibió en sus puertos una escuadra holandesa. Este suceso, que parecia muy funesto para Cristiano III, fue precisamente el que le aseguró en el trono: porque la república de Lubeck, y los duques de Oldemburgo y Meklemburgo, temiendo que el emperador no protegia al elector palatino, sino con el objeto de apoderarse de las coronas del norte, ó al menos, de dominarlas por medio de su protegido, desistieron de la guerra é hicieron paces con Cristiano. Este, libre de aquellos enemigos, que eran los mas poderosos, echó á Munter de Copenhague, é hizo las paces con la gobernadora de los Paises-bajos, concediendo el paso del Sund al comercio flamenco. Los estados de Noruega le reconocieron por rey, y el incendio de la guerra se apagó en todos sus estados.

Despues de esta lid, que duró cuatro años, gozó Dinamarca de profunda paz. Cristiano fue constante aliado de Gustavo: y aunque este príncipe logró de los estados de Suecia en 1544 que renunciasen al derecho de elegir sus reyes, y declarasen la corona hereditaria en su descendencia, lo que destruia para siempre la union de Calmar y la esperanza de que el rey de Dinamarca dominase en Suecia, no por eso se alteró la buena armonía entre los dos monarcas.

Federico II, rey de Dinamarca (1559). Federico II, hijo mayor de Cristiano III, que habia sido coronado en vida de su padre, rey de Dinamarca y de Noruega, le sucedió. Los estados de Holstein y de Sleswig habian sido desmembrados de la corona por tercera vez en favor de Adolfo y de Juan, hermanos de Cristiano III. Sin embargo, Federico vivió con ellos en buena armonía: y el primer año de su reinado entró con Adolfo, duque de Holstein, en el pais de los ditmarsios con poderoso egército, tomó á Meldorp despues de una larga resistencia, derrotó en una batalla decisiva á aquellos agrestes y valerosos aldeanos, y los sometió á la corona de Dinamarca.

Erico XIV, rey de Suecia (1560). Este año concluyó su vida y su glorioso reinado Gustavo I de Suecia, dejando aquel reino considerablemente aumentado en fuerzas asi terrestres como navales, y fortalecido con poderosas alianzas. Dejó la corona á su hijo mayor

Erico, y á los tres menores Juan, Magno y Cárlos los ducados de Finlandia, Ostrogocia y Sudermania.

Erico XIV heredó de su padre no mas que el valor: pero inconstante, impetuoso, débil y sin mas política que la que le dictaba la pasion del momento, mereció perder la corona á los ocho años de haber sucedido á su padre. Despues de haber solicitado la mano de Isabel, reina de Inglaterra, de la duquesa viuda de Lorena y de una hija del rey de Polonia, abandonando sucesivamente estos proyectos de matrimonio apenas los habia formado, recibió por esposa, y colocó en su trono á Catalina su manceba, de quien se habia enamorado siendo niña, y estando vendiendo fruta en la feria de Upsal: tan humilde era su estraccion.

Apenas se vió afirmado en el trono, quitó á sus hermanos los infantazgos que les habia dejado su padre. A Juan, porque se casó contra su voluntad con una hija del rey de Polonia, le puso en prision, y aun entró muchas veces en ella con el objeto de matarle: pero á su vista se enternecia, se arrojaba á sus pies pidiéndole perdon de sus intenciones sanguinarias, y le suplicaba que le tratase bien cuando fuese rey de Suecia. Persiguió á Nils y Erico Sture, hijos del administrador Stenon II, y á toda su familia, por sospecha de que aspiraban á recobrar el poder que habia tenido su padre. Mandólos prender, y á Nils dió

una puñalada con su propia mano, Nils sacó el puñal de la herida, le besó con respeto, y le devolvió al rey. Mas no le aprovechó esta humildad: porque los dos hermanos y todos sus parientes y amigos fueron esterminados. A este acto de barbarie se llamó *la matanza de Upsal*. En fin, los suecos, cansados de su tiranía, le depusieron y colocaron en el trono á su hermano segundo Juan. Erico fue recluido en un castillo.

Este príncipe sostuvo durante su reinado una guerra cruel contra Federico II, rey de Dinamarca, que deseoso de que la Livonia se diese á su sobrino Magno, duque de Holstein, con el título de reino, se habia coligado á este fin con los moscovitas, y queria arrojar á los suecos de las plazas que poseian en aquel pais. Esta guerra no produjo resultado alguno decisivo: pues aunque las escuadras suecas fueron señoras del mar, y vencieron en grandes y sangrientos combates á las dinamarquesas, los egércitos de Federico derrotaron constantemente á los de Succia, y talaron la Gocia, la Smalandia y la Wermelandia.

Juan III, rey de Succia (1568). Apenas Juan III subió al trono de Suecia, fue su primer cuidado terminar la guerra que devastaba el norte. Hizo las paces con Federico de Dinamarca, cediéndole algunos distritos que se incorporaron con la Escania. Libre de este enemigo, se dedicó á defender la Estonia, y la Ingermania, que eran partes de Livonia, con-

tra Juan Basilides, czar de Rusia, que acometió la primer provincia. Despues de haberle derrotado con fuerzas muy inferiores, se concertaron treguas, segun las cuales quedó cada uno en posesion del pais que dominaba.

Conseguida la pacificacion del norte, atendió Juan á dos negocios sumamente importantes. El primero fue la restauracion de la religion católica; á lo cual le incitaba su esposa, que como princesa de Polonia, era muy adicta á la iglesia romana. Oponiase á esta alteracion el duque Cárlos, hermano del rey: por lo cual hubo entre los dos muchas disensiones: pero habiendo muerto la reina, el empeño del rey se amortiguó y aun cesó enteramente, y Cárlos volvió á la corte. El segundo fue la eleccion de su hijo Segismundo para el trono de Polonia en competencia de Maximiliano, archiduque de Austria. En efecto, Segismundo fue coronado rey en 1587.

Cristiano IV, rey de Dinamarca (1588). Este año falleció Federico II, amado de sus vasallos y respetado de las potencias vecinas. Sucedióle su hijo Cristiano IV en la menor edad de once años. Los estados nombraron cuatro regentes para gobernar el reino en su nombre y dirigir la educacion del jóven monarca, que fue la mas esmerada que tuvo ningun príncipe en su tiempo.

Entretanto á pesar de las fuerzas reunidas de Polonia y Suecia, los rusos se apoderaron de toda la Ingermania, escepto las plazas de

Iwanogorod y Corporie, que los suecos se vieron obligados á entregarles despues para que levantasen el sitio de Narva que tenian muy adelantado. Poco despues falleció Juan III de un cólico violento.

Segismundo, rey de Suecia y de Polonia (1590). Sucedióle su hijo Segismundo, rey de Polonia, que á la sazon se hallaba en Varsovia, y que apenas supo la muerte de su padre, pasó á Estocolmo. Segismundo era católico celoso, y su madre al morir le habia rogado con lágrimas, que no abandonase nunca su religion; antes bien atendiese con todas veras á restaurarla en Suecia. Pero á pesar de todos sus esfuerzos, no logró de los estados del reino que fuese tolerado el catolicismo, y se indispuso con el duque Cárlos su tio, que debia ser gobernador del reino durante sus viages á Polonia.

Esta disputa, y la preferencia que daba el rey en todas ocasiones á sus vasallos de Polonia, indispusieron los ánimos de los suecos contra él, y del disgusto se pasó á la guerra civil. El duque Cárlos se puso al frente de los descontentos, y sorprehendiendo al rey, que habia desembarcado con egército en las playas de Gocia, le venció y obligó á hacer la paz. Segismundo volvió á Polonia: y continuando la discordia entre los dos príncipes y las dos naciones con hostilidades ocultas, los estados de Suecia se reunieron en Estocolmo en 1600, depusieron al rey, y nombraron para sucederle á su tio.

Cárlos IX, rey de Suecia (1600). Cárlos IX, mas hábil político que sus dos hermanos y que su sobrino Segismundo, supo sostenerse en el trono por su prudencia y por el valor de su hijo Gustavo Adolfo, que empezó desde muy temprano á mostrar las heróicas prendas que le adornaban. Su primer cuidado fue defender la Livonia contra Segismundo, rey de Polonia, que la reclamaba: y despues de haber arrojado á los polacos, que intentaron un ataque en Finlandia, puso sitio á Riga en 1604. Esta tentativa fue desgraciada: el enemigo asaltó las lineas de los suecos, y estos vencidos y desbaratados tuvieron que volverse á Revel. En 1607 se apoderó en aquella provincia de las plazas de Witenstein, Felin, Dunamond y Rochenhausen; pero fue rechazado de Derpt, y su escuadra sufrió una derrota delante de Riga. Hubiera adelantado mas sus conquistas, á no haberse movido una nueva guerra entre Suecia y Dinamarca.

Cristiano IV, que habia llegado ya á su mayor edad, viendo al rey de Suecia empeñado en la guerra contra los polacos, y deseoso de aumentar sus dominios por la parte de Escania, empezó en 1609 las hostilidades contra Suecia, que afligida por dos enemigos poderosos en las dos estremidades de su territorio, tuvo sin embargo recursos para sostener entrambas lides, y hábiles generales que la defendiesen. Juan de la Gardie tomó á Kelxholm, á Newgarte, á Noteburg, Iwanogorod,

y demas plazas perdidas en Ingermania en el reinado de Juan III. Entretanto el príncipe Gustavo Adolfo derrotó el egército dinamarques que sitiaba á Calmar, aunque no pudo impedir que tomasen la plaza, entregada, segun se cree, por traicion del gobernador. Gustavo resarció esta pérdida, recobrando la isla de Aland, que habia caido en poder de Cristiano IV, apoderándose de Cristianstadt, y derrotando á los enemigos en todos los reencuentros que tuvo con ellos.

Gustavo II Adolfo, rey de Suecia (1611). Gustavo Adolfo, que hizo célebre su nombre y su nacion en Europa, no solo por sus victorias y conquistas, sino por haber dado el primer golpe al poder de la casa de Austria, dominadora en Europa desde la victoria de Pavía, aun no tenia, cuando subió al trono, los 18 años que las leyes de Suecia exigen para la mayor edad de sus reyes. Pero la prudencia é intrepidez de que habia dado pruebas gloriosas en las anteriores campañas, hicieron que se le dispensase esta condicion. Encargóse pues, del gobierno del reino, y justificó la confianza de los estados de Suecia, nombrando por canciller del reino y primer ministro suyo al sabio Oxenstiern.

Tenia entónces por enemigos á la Dinamarca, la Rusia y la Polonia. Peleaba con la primera en Escania, con la segunda en Carelia é Ingria. Tres años antes se habian hecho treguas con la Polonia; pero el rey Segismun-

do; enemigo personal de Gustavo, esperaba solo á que espirase la tregua para volver sus armas contra él. En esta situacion de cosas, resolvió hacer paces con el enemigo mas próximo, que era la Dinamarca; y para obligarla á ello, penetró con poderoso egército en Escania, miéntras sus lugartenientes invadian con otro cuerpo la Noruega. Los progresos de sus armas en estos dos paises, donde se apoderó de muchas plazas, obligaron á Cristiano IV á hacer la paz, que se firmó en 1613, á condicion de restituir á los suecos la plaza de Calmar, y de entregarles la fortaleza de Elfburg, fronteriza de Gocia, pagando al rey de Suecia una suma por su rescate.

La de Rusia se firmó tres años despues por la mediacion de Jacobo I, rey de Inglaterra, conservando el sueco las conquistas que habia hecho en aquellas fronteras. Al año siguiente de 1617 acabó la tregua de Polonia, y se comenzó una guerra cruel entre Gustavo y Segismundo. En ella fueron constantemente felices las armas suecas.

Gustavo determinó concluir las hostilidades en Livonia, poniendo sitio á Riga. Su egército era brillante. Servia en él Juan de la Gardie su maestro en el arte militar, y los generales Wrangel, Horn, Banier y otros, que adquirieron mucha gloria en aquella escuela, y cuyos nombres, fatales á Alemania, brillaron despues tanto como el del grande Adolfo.

Riga era plaza fortificada por el rio Dwi-

na que baña sus murallas, y por todos los recursos añadidos por el arte á su defensa natural. El rey apostó muchos cuerpos de tropas á las órdenes del general Fleming para impedir los socorros por tierra, y colocó su escuadra contra los del mar en la embocadura del rio. Hecho esto, y dueño de las obras esteriores, abrió brecha, y se dispuso á dar el asalto. Los suecos fueron rechazados dos veces: pero la guarnicion, consumida por el hambre y la fatiga, y sin esperanza de ser socorrída, capituló y recibió condiciones honrosas, en las cuales manifestó Gustavo Adolfo cuanto estimaba el valor y la lealtad aun en sus enemigos. La toma de Riga se verificó el año de 1621, y en las campañas siguientes concluyó Gustavo la conquista de Livonia, que fue desde entónces provincia de la monarquia sueca.

Cristiano, rey de Dinamarca, gefe de la liga protestante de Alemania (1623). Entretanto la casa de Austria llegaba en Alemania, por las victorias del célebre Walstein, general de Fernando II, al mas alto grado de poder que tuvo nunca. Despues de haber humillado al elector Palatino, que nombrado gefe de la liga protestante, aspiró á ceñirse la corona de Boemia, como contamos mas á la larga en la historia del Imperio, las victorias de Walstein sometieron el norte al dominio del emperador, los egércitos de Fernando II se acamparon en las costas del Mecklemburgo y de la Pomerania.

Los príncipes protestantes imploraron el auxilio de Cristiano IV, rey de Dinamarca, el cual estimulado por el deseo de defender su religion y de alejar de sus fronteras á un enemigo tan poderoso, se proclamó caudillo y protector de la confesion de Ausburgo. Pero Cristiano, aunque buen rey y amado de sus vasallos, carecia de los talentos militares necesarios para luchar con Walstein, Tilly y Papenheim, generales de Fernando, cuya reputacion estaba ya consagrada por muchas victorias; y asi fue casi siempre vencido en todas las acciones que tuvo con los austriacos durante esta guerra que duró seis años. En 1629 tuvo que hacer la paz con la corte de Viena; el principal artículo del tratado fue que el rey de Dinamarca no intervendria de ningun modo en los negocios de Alemania.

En el mismo año terminó Gustavo Adolfo su gloriosa lucha contra los polacos. Seguro ya su dominio en la Livonia, habia llevado sus armas á la Prusia en 1626, acometiendo las orillas del Wístula y el mismo centro del poder de Segismundo. En la primer campaña se apoderó de Pilaw, Frawemberg, Mariemburg, Stum y Dirschau, y derrotó completamente dos cuerpos polacos, el uno junto á esta última plaza, y el otro junto á Mariemburg. Al año siguiente puso sitio á Dantzic; y estuvo delante de esta ciudad hasta 1628; la armada sueca que cerraba la entrada del puerto, derrotó en un combate naval la de los dantzique-

ses: pero cuando ya la plaza estaba para rendirse, sobrevino una inundacion del Wístula, que se llevó los puentes por los cuales comunicaban entre sí los cuarteles del egército sueco, y Gustavo, vencido por la naturaleza, se vió obligado á levantar el sitio y á retirarse. Al mismo tiempo destacó de su egército un cuerpo de tropas bajo el mando de su lugarteniente Alejandro Lesly, que unidas á un regimiento danes, socorrieron la ciudad anseática de Stralsund, sitiada por el general Walstein, y obligaron á este guerrero á levantar el sitio.

En fin, en 1629, despues de haber dado una rota á los polacos junto á Stum, y otra su lugarteniente Wrangel junto á Brodnitz, encontró el grande egército de Segismundo, al cual se habia unido un cuerpo de austriacos, aliados de este príncipe, y lo derrotó completamente. En esta batalla peleó Gustavo como un soldado, y estuvo dos veces á pique de caer prisionero. Los polacos pidieron treguas, y se les concedieron por seis años, quedando en poder del rey de Suecia la Livonia, y las plazas de Memel, Pilaw, Elbing y Brunsberg en Prusia.

Espedicion de Gustavo Adolfo en Alemania (1630). Las campañas de Polonia fueron para el rey de Suecia preludio de victorias mas señaladas, y de mayor trascendencia en la situacion política de Europa. Irritado por el auxilio que el emperador habia dado á los polacos en la guerra anterior, y por el abati-

miento en que yacian los príncipes de la confesion de Ausburg bajo el yugo de la casa de Austria, principalmente despues de las derrotas de Cristiano de Dinamarca, incitado ademas por exortaciones y subsidios de Francia, gobernada entónces por el cardenal de Richelieu, determinó acometer la empresa, en que habia fracasado el monarca danés, y desembarcó con un egército de 60.000 hombres en la isla de Usedom, colocada en la desembocadura del Oder. Apoderóse en breve tiempo de esta isla y de la de Wollin mientras su lugarteniente Lesly ocupaba la de Rugen, tomó por asalto á Wolgast, sitió á Stetin, y obligó al duque de Pomerania á hacer un tratado de alianza con él y á incorporar sus tropas en el egército sueco. Inmediatamente pasó al Mecklemburg, derrotó á los austriacos junto á Grifenhaven, y los echó de aquel ducado: mientras sus lugartenientes ocupaban el Brandemburgo, la Lusacia y la Silesia.

Walstein no mandaba ya las tropas imperiales. Habia perdido la gracia de Fernando II por las sugestiones del duque de Baviera, que no podia sufrir que un soldado de fortuna tuviese mas influjo que él; pero Tilly y Papenheim pelearon con gloria contra Gustavo y le hicieron pagar caras sus victorias. El primero derrotó junto á Brandemburgo al general sueco Krisphausen: pero el rey vengó este desaire de la fortuna, tomando por asalto á Francfort del Oder y á Landsberg; mientras Tilly para

obligarle á dar una batalla, sitiaba la plaza de Magdeburgo.

Este *rey de nieve*, que como dijo Fernando II, debia derretirse conforme se adelantase hácia el mediodia, estaba ya en el corazon del imperio, dueño de todo el Septentrion, y contando entre sus aliados al marques de Brandemburgo, al landgrave de Hesse Cassel, y al elector de Sajonia; bien que este, menos dócil ó mas bien tratado por el emperador que los demas, estaba muy indeciso, y no se determinó á entrar en la alianza de los suecos, hasta que vió el electorado invadido por el egército de Tilly, que dejó á Papenheim el mando del sitio de Magdeburgo.

Batalla de Leipsic (1631). Magdeburgo, despues de haber hecho una ostinada resistencia, cayó en poder de los austriacos, que se vengaron haciendo en ella estragos horrorosos. El rey no pudo socorrerla, porque estaba en el centro de Sajonia, en observacion de Tilly. Dos veces atacó este general el campamento del rey, y ambas fue rechazado con grande pérdida. Pero habiéndolas resarcido con el cuerpo de Papenheim, que se le reunió, penetró en el centro del electorado y puso sitio á Leipsic. Entonces cesó la indecision del duque de Sajonia, y unió sus tropas á las de Gustavo. El egército sueco marchó inmediatamente contra el austriaco que ya se habia apoderado de Leipsic, y en las cercanías de esta plaza se dió la famosa batalla que mudó

la faz del mundo político. Dióse el 17 de setiembre de 1631.

Tilly, creyendo que solo venia contra el elector de Sajonia para recobrar su plaza, salió á recibirlo á Bretenfeld, abandonando la fuerte posicion que ocupaba. Gustavo mandó avanzar su egército en dos columnas, cada una de 15000 hombres, compuesta la de la derecha de suecos, y la de la izquierda de sajones. Tilly formó sus tropas, que ascendian á 44000 hombres, en una sola línea, con la intencion de rodear el egército enemigo. El rey comenzó el ataque sobre una de las alas, procurando ganar el viento á los austriacos, y que el humo de la pólvora cayese sobre ellos. El general sueco Banier derrotó el cuerpo del duque de Holstein, aliado del Austria: Papenheim fue rechazado siete veces en otros tantos ataques que dió contra la columna sueca: pero Tilly, que habia puesto en fuga á los sajones, se reunió con su lugarteniente contra la cabeza de aquella columna, donde mandaba el general Horn, que socorrido por el rey, no solo rechazó á los imperiales, sino tambien los acometió cuando los vió ya cansados y en desórden; tan impetuosamente, que no pudiendo resistir el choque, se abandonaron á la fuga. La victoria de Gustavo fue completa: pues murieron en la accion 7000 austriacos, quedaron 4000 prisioneros, y el resto se dispersó. Fue tambien decisiva, porque puso toda la Alemania en poder del rey

de Suecia, y si hubiera marchado al punto contra Viena, no era dudoso que habria impuesto la ley á Fernando II. Pero Gustavo no tuvo por conveniente alejarse de los puntos en que pudiera socorrer á los príncipes del Norte acometidos por varios destacamentos austriacos: y asi se contentó con ocupar el círculo de Franconia, donde derrotó los restos del egército de Tilly, y de alli pasó al electorado de Maguncia y á la Alsacia, recibiendo refuerzos de los príncipes protestantes y devastando los dominios de los católicos.

Batalla de Lutzen: muerte de Gustavo Adolfo (1633). La casa de Austria que habia triunfado de todo el poder de Francia y de la turbulenta ambicion de los príncipes de Italia y Alemania, y opuesto una barrera invencible á las medias lunas otomanas, se hallaba abatida, humillada y en peligro inminente de ruina, bajo la espada de un héroe rey, que supo comunicar su espíritu á su nacion, desconocida casi antes de esta época. Los suecos se habian hecho dueños en dos campañas del Oder, del Elba, del Mein, del Mosela y del Rin; y este acontecimiento estraordinario recordando las antiguas invasiones de los pueblos del Septentrion, cuya primer cuna fue la Escandinavia, llenaban de terror la corte de Viena. Fernando II resolvió, en fin, poner un gran capitan al opósito de Gustavo.

Este, apenas se lo permitió la estacion, penetró en Suecia, tomó á Ulma, pasó el Lech,

despues de un combate sangriento contra el cuerpo que mandaba el conde de Tilly, que terminó en esta accion su gloriosa vida; invadió la Baviera, donde redujo á cenizas las plazas que le resistieron, y pasó al alto Palatinado, donde ya Walstein habia juntado un egército considerable cerca de Nieremberg. Gustavo atacó su campo atrincherado: pero en esta ocasion no favoreció la fortuna su temeridad, y fue rechazado. Un oficial frances, llamado Gassion, le dijo: «Señor, los franceses no gustarian de que su rey se espusiese como hace V. M.» «El rey de Francia, respondió el héroe, es un gran monarca, y yo no soy mas que un soldado de fortuna.»

La posicion de Gustavo era crítica. Hallabase en el centro de Alemania sin poder obligar á dar batalla á un enemigo hábil y mas numeroso. Papenheim, que mandaba las tropas austriacas en Westfalia, habia recobrado la superioridad en la baja Sajonia, y derrotado las tropas de los príncipes protestantes del Norte: el elector de Sajonia, cuya fe era siempre dudosa, despues de haber hecho con flojedad la guerra de Boemia, fue vencido y echado de este reino, y ya los austriacos habian entrado en el Voightland. Durante una escursion que hizo el rey de Suecia en Baviera, Walstein acometió la Misnia, y Papenheim, vencedor en el bajo Elba, venia á marchas forzadas á reunirse con él para conquistar el electorado.

Gustavo marchó con diligencia increible para pelear con Walstein antes que se juntasen las fuerzas de Papenheim. La batalla se dió en Lutzen el 18 de noviembre. El ataque de los suecos fue tan impetuoso, que en un momento quedó en su poder la artillería de los enemigos: pero el rey, al acometer al frente de la caballería, fue muerto de un tiro de fusil. Los suecos, enfurecidos con la pérdida de su monarca, pelearon con ardor inesplicable, y ya se entregaban á la fuga los imperiales, cuando Papenheim llegó en su socorro, y restableció el combate. Pero nada fue capaz de contener el ímpetu de los suecos. Papenheim fue herido de muerte, y los austriacos, derrotados segunda vez, dejaron 9.000 cadáveres en el campo de batalla.

Asi pereció en el seno de la victoria el monarca mas ilustre que ha tenido Suecia. Fue gran capitan, soldado intrépido, hábil político y escelente hombre. Dió á su nacion tal preponderancia en Europa, que para que la perdiese fue necesaria la temeridad de un sucesor suyo, quizá mas osado que él, pero menos sagaz en sus empresas.

Cristina, reina de Suecia (1634). A Gustavo sucedió en el trono de Suecia su hija Cristina en la menor edad de cinco años, y se encomendó el gobierno á una regencia, compuesta de los grandes dignatarios de la corona. Al canciller Oxenstiern se encomendó la continuacion de la guerra de Alemania, y el man-

do de las tropas al general Horn y á Bernardo, duque de Weimar.

En los primeros meses se sostuvieron los suecos en las provincias y plazas conquistadas, escepto la Silesia de donde los echó Walstein, y aun se apoderaron de Ratisbona, y se aumentaron sus esperanzas con la catástrofe de aquel general austriaco, destituido primero y despues muerto por órden de su soberano: pero estas esperanzas se desvanecieron por la pérdida de la batalla de Nordlinga, que ganaron los austriacos y españoles contra las fuerzas reunidas de la liga protestante, mandadas por Weimar y Horn. Este último general fue hecho prisionero en la accion: los suecos perdieron toda la alta Alemania, y Banier, nombrado generalísimo de los suecos, sostuvo con mucha dificultad, aunque con gloria, las conquistas de su nacion en el círculo de la baja Sajonia.

El tratado de 1635 celebrado con Francia restableció los negocios de la liga en la Alemania meridional: y aunque el elector de Sajonia hizo paces y alianza con el emperador, las victorias de Banier neutralizaron las fuerzas de este nuevo enemigo: y no solo arrojó á los imperiales del Brandemburgo y de Sajonia, sino tambien llevó la guerra á Boemia. El duque de Weimar que siempre se sostenia en Alsacia y Suecia, falleció en 1639, y la Francia, comprando su egército y sus plazas, hizo la guerra con mas actividad en el Pala-

tinado y Franconia, ya unidas sus fuerzas con las de los suecos, ya separadas.

Dos años despues falleció el general Banier, y tuvo por sucesor á Torstenson, el mas terrible para los austriacos de todos los discípulos de Gustavo, y el mas activo é infatigable general que tuvieron los suecos en esta memorable guerra de los treinta años. No solo arrojó á los imperiales de la baja Sajonia, sino tambien los echó de Silesia conquistando todas las plazas de esta provincia, volvió á ennoblecer con una señalada victoria el campo de batalla de Leipsic, y conquistó la plaza de Olmutz y otras muchas en la Moravia, en la campaña de 1643.

Ocupado estaba en esta empresa, cuando Cristiano de Dinamarca, envidioso del engrandecimiento de los suecos en Alemania, ó movido por las ventajas que España prometia al comercio danes, hizo preparativos de tierra y mar, que inspiraron grandes sospechas á los regentes de Suecia. Torstenson recibió órdenes de invadir repentinamente el Holstein, y lo hizo con su actividad ordinaria. Kiel, Randsburg y Rantzaw cayeron en su poder, invadió la Jutlandia y puso en contribucion toda la provincia, mientras el general sueco Horn penetraba en Escania, se apoderaba de las principales fortalezas de aquel pais, y obligaba á los dinamarqueses á levantar el sitio que habian puesto á Calmar.

La guerra se hizo tambien por mar, y no

fue menos funesta á los daneses. El rey Cristiano se embarcó en su escuadra y consiguió cerca de Cristianpress una victoria sobre la de los suecos en 1644: pero pocos meses despues se encontraron las dos armadas junto á la isla de Femeren, y la de Cristiano fue destrozada, con pérdida de 4.000 hombres muertos, tan completamente, que de toda ella solo escaparon dos navíos. Este desastre y la noticia de que iba á reunirse con los suecos una escuadra de la república de Holanda, potencia aliada entonces con Suecia contra la casa de Austria, obligó á Cristiano á hacer la paz. Las condiciones principales del tratado, que se concluyó en 1645, fueron que los suecos restituirian todas las plazas conquistadas en Jutlandia y Holstein: y que Dinamarca restituiria á Suecia las provincias de Jemtelandia y de Herudalia, desmembradas de este último reino desde la antigua dominacion de los dinamarqueses, y le daria en rehenes por algunos años la provincia de Halandia.

Torstenson volvió entonces á Alemania, donde el peso principal de la guerra contra los imperiales cargaba sobre Francia: obligó al elector de Sajonia á mantenerse neutral: derrotó el egercito austriaco, mandado por el general Hatfield, en una gran batalla que se dió junto á Jacowitz, pueblo de Boemia cercano á Praga: penetró en Moravia segunda vez; tomó las plazas de Iglaw y Znaim, y pasó al Austria donde se apoderó de la fortaleza de

Crems, situada sobre el Danubio: pero aunque en esta provincia se dió la mano con Ragotski, príncipe de Transilvania, que tambien hacia guerra al emperador, no pudo atravesar el Danubio, única barrera que le faltaba vencer para presentarse á las puertas de Viena.

Al año siguiente, vencido este valiente capitan por los dolores de la gota, hubo de pedir su dimision, y tuvo por sucesor en el mando del egército al general Wrangel. Este, unido con Turena, que mandaba las tropas francesas auxiliares, despues de haber derrotado cerca de Wetzlar á los imperiales, penetró en Suevia, y el elector de Baviera tuvo que prometer la neutralidad para no ver espuestos sus estados segunda vez al saqueo y á la devastacion. Entró despues en Franconia y se apoderó de Sweinfurt. Pasó de alli á Boemia, derrotó en varios encuentros parciales á los austriacos, y les quitó la importante plaza de Egra, que es una de las llaves de aquel reino.

Federico III, rey de Dinamarca (1648). Cristiano IV, rey de Dinamarca, falleció despues de un reinado de sesenta años. Aunque infeliz en la mayor parte de sus guerras, no fue este el mayor mal que hizo á sus vasallos. Siendo muy inclinado á los placeres del amor, tuvo muchas hijas ilegítimas de sus diferentes comblezas, y las casó con los principales señores del reino; que adquirieron de este modo una nueva preponderancia en el gobierno del

estado, y se valieron de ella para oprimir el pueblo mas á su salvo. A Cristiano sucedió el único hijo legítimo que tenia, que era Federico III; no sin oposicion de los grandes, los cuales formaron el proyecto de colocar en el trono á Waldemar, su hermano bastardo, y mas amado del difunto rey: pero Federico deshizo esta conspiracion; bien que sometiéndose á todas las capitulaciones que la nobleza, en cuyas manos estaban las fuerzas del estado, quiso exigir de él.

Poco despues se concluyó la guerra, que durante treinta años habia asolado la Alemania, por el célebre tratado de Westfalia. La reina de Suecia adquirió por él el título de príncipe germánico, por la agregacion á su corona de la isla de Rugen, gran parte de Pomerania, la ciudad de Wismar, los ducados de Brema y de Werden y quince millones de florines por mas de 100 plazas que tenian guarnicion sueca en todo el imperio. Pero la mayor gloria de la corona de Suecia fue haber contribuido á asegurar la independencia de los príncipes de Alemania contra el poder de la casa de Austria.

Cristina habia llegado á mayor edad y se habia encargado del gobierno de sus estados desde la última guerra con Dinamarca. Su reinado fue glorioso, no solo por las victorias que sus generales, amaestrados en la escuela del gran Gustavo, habian conseguido en Alemania, sino tambien por el buen órden, jus-

ticia y economía de la reina que manifestó, mientras estuvo en el trono, las cualidades de su padre. Pero esta muger estraordinaria manifestó siempre repugnancia, no comun en su sexo, al mando y al matrimonio.

Atribuyóse generalmente su aversion á la corona á su aficion á los estudios. Llamó á su corte y los detuvo con grandes sueldos y mercedes, á los sabios mas distinguidos de Europa, entre ellos al gran Descartes que fue su maestro de filosofía. La comparacion de estos hombres instruidos con sus vasallos, ignorantes todavia y aun rústicos, le inspiró el deseo de viajar por Europa y de examinar por sí misma los paises donde se cultivaban con aprecio las ciencias y las artes. A estos motivos se añadia su afecto á la religion católica, que podia acarrearle graves disgustos, si permanecia al frente de una nacion adicta á la confesion de Ausburgo.

Su odio al matrimonio lo esplicaban unos por algun defecto oculto, otros por su altivez. Cuando le instaban sus vasallos á que se casase para asegurar la sucesion, respondia: «no puedo reducirme á hacer el oficio de una tierra, que su amo laborea como quiere:» espresion mas orgullosa que decente en boca de una muger. Para satisfacer en parte los deseos de la Suecia, que anhelaba por verla casada con Cárlos Gustavo, conde palatino del Rin, primo hermano suyo é hijo de una hermana de Gustavo Adolfo, declaró á este príncipe,

dotado de cualidades heróicas, su sucesor á la corona, habiéndose negado á admitirle por esposo. En fin, cinco años despues abdicó solemnemente la corona en presencia de los estados del reino, reunidos solemnemente en Upsal, se reservó una pension, pasó á Bruselas, despues á Inspruk, donde hizo pública abjuracion del luteranismo, y luego á Roma, donde fijó por algun tiempo su residencia.

Cárlos X Gustavo, rey de Succia (1654). El mismo dia que abdicó Cristina, fue coronado Cárlos Gustavo. Este príncipe belicoso y lleno de ambicion, movió sus armas contra la Polonia, alegando que Juan Casimiro, rey de este pais, no habia aun evacuado las diligencias convenientes para terminar sus antiguas disensiones con Suecia.

En 1655 hizo su espedicion, con tanta felicidad, que en menos de tres meses fue señor de todo el reino. Una division sueca á las órdenes del duque de Witemberg, acometió desde Pomerania los palatinados de Posnania y Calish: mientras el rey, al frente del egército principal, desembarcó en Prusia, penetró en Polonia, se reunió con Witemberg, y no halló resistencia sino en Cracovia. Casimiro peleó dos veces contra él cerca de esta capital, y vencido en ambos combates, se retiró á Silesia. La guarnicion de Cracovia, despues de haber hecho prodigios de valor, se rindió por capitulacion.

Mas fácil fue á Carlos Gustavo conquistar

aquel reino que saber lo que habia de hacer de su conquista. Dudó si se coronaria rey de Polonia, ó si se contentaria con la posesion de la Prusia real, provincia cercana al Báltico y mas fácil de ser defendida por los suecos. El czar de Moscovia, que peleaba entonces con la república por la posesion de algunos palatinados de Lituania se convirtió naturalmente en enemigo de Cárlos, desde que este tomaba á su cargo la defensa de su nueva conquista. El marques de Brandemburgo, dueño de la Prusia ducal, llevaba muy á mal tener á los suecos por vecinos en aquella parte de sus estados, como los tenia tambien en Pomerania. Los demas príncipes del norte del imperio, el emperador mismo y el rey de Dinamarca, conocida la ambicion mal disimulada de Cárlos, se declararon contra él, y este príncipe solo tenia por aliado á Ragotzki de Transilvania, antiguo amigo de los suecos desde la guerra de los 30 años.

Cárlos resistió á tantos enemigos con un valor digno del que llevaba en su frente la corona de Gustavo Adolfo. Marchó primero contra el mas cercano, que era el elector de Brandemburgo, le venció en muchos reencuentros, llegó hasta Conisberg, y le obligó no solo á pedir la paz, sino tambien á reconocerse feudatario de la corona de Suecia por la Prusia ducal. Durante esta espedicion, Juan Casimiro volvió á Polonia, y alistó un nuevo egército. Los polacos, tan fácilmente sometidos por

Cárlos Gustavo, se sublevaron con furia contra los suecos, y en la provincia de Lituania donde tenia sus cuarteles una parte del egército invasor, hicieron en ellos espantosa carnicería. Cárlos volvió á Polonia, consiguió nuevas victorias contra las tropas de Juan Casimiro: pero su egército se hallaba notablemente disminuido, y era muy difícil mantenerse en campaña durante una estacion tan cruda: era la entrada de invierno de 1656: por lo cual hizo una retirada, que es famosa en los anales militares desde Jaroslaw por Sendomir y Varsovia hasta Prusia. Allí, reunido con el elector de Brandemburg, venció otra vez á los polacos junto á Varsovia, y su general Steirabock derrotó á los tártaros y lituanios en la Prusia ducal; pero estas victorias no produjeron efecto alguno á causa de la diminucion que habia sufrido el egército sueco y de la mala fe del elector, que sufria siempre con mucho disgusto la sumision forzada en que le tenia Cárlos Gustavo. Los rusos enemigos tambien de Suecia, fueron vencidos en todos los ataques contra las provincias de Ingermania, Carelia y Finlandia. Mas felices fueron en Livonia, donde se apoderaron de algunas plazas: pero fueron rechazados de Riga con grande perdida.

Guerra con Dinamarca (1657). Cárlos luchaba en Polonia contra enemigos, que solo le resistian huyendo y obligándole á diseminar sus tropas por un pais lleno de lagunas y de

grandes rios. Este género de guerra que consumia el egército sueco sin resultados positivos, empezaba ya á incomodarle, cuando las hostilidades del rey de Dinamarca, enemigo mas cercano y temible, le dieron un pretesto para abandonar la Polonia, dejando encomendado el cuidado de aquella parte á Adolfo su hermano: pero con tan pocas tropas que no pudo impedir que las plazas de Prusia cayesen sucesivamente en poder del enemigo.

Federico III empezó las hostilidades invadiendo el estado de Brema, y apoderándose de algunas plazas. Cárlos Gustavo con la velocidad del rayo atravesó la Pomerania y penetró en el ducado de Holstein, mientras su lugarteniente Wrangel entró en el de Brema, quitó á los dinamarqueses las plazas que habian tomado, los venció en batalla campal matándoles 3000 hombres y los echó de aquel territorio. Reunióse despues con el rey, que ya se habia apoderado de Itzehoe, tomó á Frederickodda por asalto, y los egércitos suecos penetraron en Jutlandia.

Una helada fuerte que cayó, proporcionó á Cárlos el medio de pasar el pequeño Belt: sometió las isla de Fionia, despues las de Langeland, Laland y Falster, y pasó á la de Zelanda con el designio de atacar á Federico en su misma capital. El rey de Dinamarca, sin medios de defensa contra un enemigo tan poderoso y emprendedor, entró en negociaciones con él, y se celebró el 12 de marzo de

1657 el tratado de Rotschild, por el cual Dinamarca cedió á la Succia todo lo que poseia en el continente de este reino, y los distritos de Bahus y Drontheim en Noruega.

Pero apenas Cárlos Gustavo sacó sus tropas de Zelanda, tuvo que volver á esta isla: porque Federico, animado con la alianza de los holandeses, se aparejaba á borrar el pasado desaire de la fortuna. Embarcóse pues el rey de Succia, para prevenir los designios del enemigo, pasó á Zelanda con su egército, y puso sitio á Copenhague: sitio que es célebre en la historia por el valor que desplegaron entrambas naciones, y por el patriotismo de los habitantes de aquella capital, animado con el egemplo de Leonor, reina de Dinamarca, que participó de todos sus afanes y peligros.

Copenhague despues de un largo sitio, empezaba á estar escasa de víveres, pero fue socorrida á tiempo por una escuadra holandesa. Cárlos convirtió entónces el sitio en bloqueo, y estuvo todo el año de 1659 á vista de la plaza. Fue rechazado en dos asaltos: pero el general Wrangel se apoderó de Cronemburg, y otros destacamentos suecos ocuparon las islas de Langeland, Mona, Falster y Laland. El mismo Wrangel venció en Jutlandia á los austriacos y brandemburgueses que penetraron en aquella isla como auxiliares de Dinamarca; mas no pudo impedir que desembarcasen en Fionia, valiéndose de los navíos holandeses, se apoderasen de aquella isla, y rindie-

sen á discrecion 4.000 suecos de las mejores tropas del rey.

Cárlos Gustavo se preparaba á vengar este desaire, cuando falleció el 23 de febrero, despues de un reinado de seis años. Su valor y capacidad le hicieron uno de los monarcas mas célebres de su siglo. Quiso imitar el espíritu marcial de Gustavo Adolfo su tio: pero sus guerras, emprendidas por motivos de pura ambicion, sin miras de otra especie, no fueron tan gloriosas como las de su antecesor, que tuvo siempre por principio fundamental de su conducta libertar á Europa del predominio de la casa de Austria. Mas no por eso dejaron de ser las conquistas de Cárlos X útiles á su nacion: pues estendieron su comercio y redondearon su territorio con la adquisicion de la Escania.

Cárlos XI, rey de Suecia (1660). A Cárlos Gustavo sucedió su hijo Cárlos XI en menor edad, bajo la regencia de su madre. La situacion del reino, desgastado con seis años de guerras contínuas, y la menor edad del príncipe movieron los ánimos á la paz, igualmente necesaria á los suecos y á sus enemigos. La paz con los polacos se firmó en Oliva, monasterio cercano á Dantzik, por la cual renunció Juan Casimiro á las pretensiones que como hijo de Segismundo, tenia á la corona de Suecia, y reconoció la Livonia por provincia de este reino. En esta paz fue comprehendido el emperador. El tratado con Dinamarca, que se

hizo en Copenhague, confirmó el de Rotschild, escepto que Dinamarca conservó el distrito de Drontheim y la isla de Bornholm. La paz con los rusos se firmó en Cardis.

Suecia, elevada en esta época por las victorias de Gustavo Adolfo y de Cárlos Gustavo, á la clase de potencia de primer órden, intervino en todos los grandes negocios europeos: medió en la paz de Inglaterra con Holanda; fue una de las potencias de la triple alianza para contener la ambicion de Luis XIV cuando invadió la república de las Provincias unidas: volvió á confederarse con Luis XIV para conseguir de este modo mas facilmente la pacificacion general: en fin, sus armas y su nombre eran respetados en el mundo político.

Entretanto se verificaba tranquilamente en Dinamarca una estraordinaria revolucion. Cayó la aristocracia antigua y opresora de aquel reino, y ievantándose la autoridad régia sobre sus ruinas, llegó á ser absoluta, como se conserva en nuestros dias. El impulso principal para esta mutacion fue dado por el mismo pueblo, cansado del orgullo de los barones, y afligido de gravámenes, pues la nobleza por sus privilegios no pagaba sino contribuciones voluntarias. El vecindario de Copenhague, que tenia particulares privilegios, era mas enemigo de los grandes que otro alguno, precisamente por ser mas favorecido: lo que la nobleza llevaba muy á mal. Federico III, príncipe tan hábil como valeroso, tuvo la pru-

dencia de conservarse neutral en esta lid, de la cual habia de recoger todo el fruto. Pero la reina, adorada del pueblo por las grandes cualidades que desplegara en el sitio de Copenhague, fue el alma de la faccion popular.

Despues de hecha la paz con Suecia en 1660, se convocaron los Estados generales para subvenir á la penuria del tesoro público, exhausto por las calamidades de la última guerra. El estado llano demostró su impotencia para pagar por sí solo las contribuciones necesarias. La nobleza prometió un donativo insuficiente, y aunque se le instó para ello, no quiso aumentarlo. Un dia los diputados del pueblo y del clero salieron de sus respectivas cámaras con sus oradores al frente, y fueron en procesion á la cámara de los nobles con grande aplauso de innumerabe gentío. Presentaronse en ella, y pidieron que el estado noble los acompañase á palacio, é hiciese con ellos al rey la entrega de todas sus atribuciones y privilegios políticos. Los barones, oprimidos por este golpe inesperado, vacilaron, pidieron término, tergiversaron: pero los otros dos órdenes salieron de allí, se presentaron al rey, le pidieron que reasumiese todos los poderes, y los gobernase como padre. El brazo de la nobleza, viéndose solo é impotente, hizo su sumision pocos dias despues. Así adquirieron el poder absoluto los reyes de Dinamarca; siendo muy de notar, que desde entónces ninguno de ellos ha cometido demandas que obli-

gasen al pueblo dinamarques á arrepentirse de su revolucion. Su gobierno ha sido siempre paternal: y si aquel reino cede á otros muchos en poderío y riquezas, á ninguno cede en felicidad: egemplo muy raro en la historia de las monarquías.

Cristiano V, rey de Dinamarca (1670). A Federico III sucedió su hijo Cristiano V, heredero de la prudencia de su padre, y muy superior en cualidades militares. El grande objeto de sus miras fue contrarestar el poder de Suecia que tantas conquistas habia hecho sobre Dinamarca, y que amenazaba á hacer otras mas considerables, principalmente despues que el rey Cárlos XI hizo alianza con el duque de Holstein, dispuesto siempre á sacudir el yugo de la corona danesa, de la cual era feudo aquel estado.

En este tiempo Cárlos XI, aliado de Luis XIV, rey de Francia, movió guerra al elector de Brandemburgo para separarle de la alianza del Austria, é invadió y ocupó sus estados con un egército en el año de 1674: pero al año siguiente el elector, que peleaba contra Francia en el egército de los austriacos, voló á la defensa del Brandemburgo, venció á los suecos en la batalla de Ferbellin, y los arrojó á la Pomerania. Esta victoria hizo que se declarasen contra el rey de Suecia la Dinamarca, la Holanda, el duque de Luneburg y el obispo de Munster, enemigos todos del engrandecimiento de aquella potencia.

Pero esta confederacion no permaneció mucho tiempo unida: porque habiéndose apoderado de Werden el obispo de Munster, los demas aliados querian para sí esta plaza. El elector se hizo dueño de casi toda la Pomerania, y los daneses de la plaza de Wismar. Al mismo tiempo la escuadra combinada de Holanda y Dinamarça batió á la sueca primero junto á la isla de Bornholm, y despues junto á la de Aland. Los holandeses se apoderaron de la plaza de Istedt, los dinamarqueses de Helsimburg, de toda Escania, y las tropas confederadas de Alemania sitiaban á Stade. Suecia se vió en peligro de perder todas las conquistas de los dos Gustavos.

Cárlos XI no se desanimó con estos reveses. Pusose en campaña, esterminó junto á Halmstadt un cuerpo de 4000 dinamarqueses, peleó despues en los campos de Lunden con el egército principal de Dinamarca, mandado por Cristiano V en persona, le venció, le obligó á levantar el sitio de Malmoe y á retirarse á Copenhague. Los suecos recobraron á Helsimburg y á Cristianhaven, y cercaron á Cristiandstadt. En vano la escuadra de Cárlos fue vencida dos veces, una por los daneses y otra por los holandeses; en vano los suecos fueron vencidos en Noruega cerca de Ordeval: en vano el elector de Brandemburgo se apoderó de Stettin en Pomerania, y redujo el dominio de los suecos en este pais á solo la plaza de Stralsund: en vano, en fin, Cristiano V desembarcó

con un nuevo egército en Escania, y peleó con los suecos en una batalla sangrienta junto á Landscroon, en que la victoria quedó indecisa. Cárlos XI no dejó de batir las murallas de Cristianstad, hasta que esta plaza importante se rindió por capitulacion. La campaña de 1677 concluyó por la toma de Stralsund y Gripswald, que se rindieron al elector de Brandemburgo, y por la total espulsion de los suecos de la Pomerania.

Al año siguiente cesó el peligro de Suecia por la paz de Nimega, que hizo Luis XIV con el emperador y con la república de Holanda. En ella fue comprendido Cárlos XI: y como se tomó por base la paz de Westfalia, el elector de Brandemburgo y los príncipes germánicos enemigos de Suecia, se vieron obligados, muy á su pesar, á cederle todas las plazas conquistadas en Pomerania, y en los ducados de Brema y de Werden. Cristiano V no se atrevió á pelear solo contra todo el poder de Suecia, é hizo la paz, dando su hija Leonor Ulrica por esposa á Cárlos XI.

Este príncipe, habiendo salido sin lesion de una guerra tan encarnizada, se dedicó en el resto de su reinado, que duró hasta el año de 1697, á conservar la paz con sus vecinos, á solicitarla entre las casas de Borbon y Austria, que volvieron á pelear, á aumentar su tesoro y sus fuerzas terrestres y marítimas: á reparar las fortificaciones de las plazas fuertes. y sobre todo, á aumentar la prerogativa de la

corona y disminuir el poder del senado, valiéndose, como hizo Federico III en Dinamarca, del odio que profesaba el estado llano al cuerpo de la nobleza. En 1683 decretaron los estados del reino que *el rey gobernase como mejor le pareciese.* Antes de esta época la ley fundamental obligaba al monarca á seguir el dictámen del senado. Así se estableció en Suecia el poder absoluto: pero no duró mucho: las empresas temerarias de Cárlos XII, hijo y sucesor de Cárlos XI, y las grandes calamidades que á ellas se siguieron, arruinaron el edificio de este monarca, y restituyeron la libertad.

La nobleza de Livonia fue la que mas se opuso al incremento de la potestad régia. Los estados de aquella provincia dirigieron al rey representaciones muy atrevidas, que no perdieron nada de su vigor en boca del diputado Patkul, hombre firme y amante exaltado de la libertad. Pero el rey mandó formar causa á todos los que habian tenido parte en la representacion, y principalmente á Patkul. Los demas consiguieron su perdon con súplicas y sumisiones: Patkul fue condenado á muerte, y no se libró del suplicio sino espatriándose.

El carácter de Cárlos XI era firme, pero odioso, porque rayaba en la crueldad. Cuando la reina su esposa intercedia por algun desgraciado que era víctima del enojo del rey, su feroz marido le decia: «no os he traido á mi trono para que me deis consejos, sino hijos.»

Cárlos XII, rey de Succia (1697). Cárlos XII sucedió á su padre en menor edad bajo la tutela de tu abuela, que habia egercido la regencia con tanto acierto en la menor edad de Cárlos XI. Su mayor edad estaba fijada á los 18 años por el testamento de su padre, y por las leyes del reino: pero el conde Piper y Axel Sparre, conociendo las escelentes disposiciones del nuevo rey, aunque solo tenia 15 años, persuadieron á los consejeros de la regencia que le sacasen de tutela. La regenta, no atreviéndose á hacer oposicion, convocó los estados, que revistieron á Cárlos de la autoridad soberana.

Apenas subió al trono, se formó contra él una terrible tempestad. Cristiano, rey de Dinamarca, Augusto, rey de Polonia, y el célebre Pedro I, emperador de la Rusia, formaron el proyecto de atacar la Suecia, y despojarla de las conquistas hechas por los dos Gustavos. Pedro era incitado á la guerra por Patkul, que se habia retirado á sus dominios, y por el deseo de recobrar la Ingria, antigua posesion de los moscovitas. Dinamarca alegó sus reclamaciones contra el duque de Holstein, aliado de Succia, y Augusto deseaba recobrar la Livonia.

Federico IV, rey de Dinamarca (1699). Cristiano falleció, y su hijo y sucesor Federico IV adoptó la misma política de su padre. Entró con egército en el Holstein, taló este ducado, se apoderó de Gottorp, puso sitio á Tonningen, desatendió la mediacion de Ingla-

terra y Holanda, admitída por el gobierno sueco, y obligó en fin á Cárlos XII á salir de su capital.

Este jóven, mal conocido de sus enemigos, se embarcó en Carlscoron, puerto de Escania, el 8 de mayo de 1700, desembarcó en la isla de Zelanda, y mientras Federico consumia todas sus fuerzas delante de Tonningen, Cárlos, derrotadas las tropas danesas que defendian la isla, sitió á Copenhague por tierra y mar. La primer vez que oyó el estruendo de la artillería, dijo: *buena música es esta; no oiré otra en toda mi vida*: y por desgracia de la humanidad, cumplió harto fielmente su palabra.

Federico, viendo espuesta á capitular la principal ciudad y fortaleza de su reino, no tuvo otro recurso que hacer la paz. Firmóse el tratado en Travendal en el mes de agosto; y se aseguró en él la independencia del Holstein. Así Cárlos XII, á los 18 años de edad, fue el terror del norte y la admiracion de Europa, humillando en ménos de seis semanas á un enemigo poderoso.

Entónces revolvió con la prontitud del rayo contra el czar Pedro el grande, que se habia apoderado de algunas plazas de la Ingria, y tenia sitiada á Narva. Cárlos XII salió de Carlscroon con una parte de su egército, y desembarcó en Pernaw, ciudad de Livonia, mientras el resto desembarcaba en Revel. Su egército no pasaba de 12.000 hombres, y ántes de llegar á Narva derrotó dos egércitos

rusos, uno de 30.000 hombres que defendia un desfiladero por donde era forzoso pasar, y otro de 20 000 *strelices*, tropa escogida de Rusia, semejante á los pretorianos de Roma, que estaban mas cercanos á la plaza.

El egército que sitiaba á Narva, constaba de 80.000 hombres muy bien atrincherados. Apenas llegó Cárlos, mandó atacar las lineas, y como se le dijese que aquello era una temeridad, respondió sorprendido: « ¿pues qué, 8.000 suecos con su rey al frente, no pueden triunfar de 80.000 rusos y de su czar? » Su conviccion se comunicó á las tropas, que acometieron con un denuedo sin igual: los rusos se defendieron con valor durante media hora. Cárlos fue herido levemente, y le mataron dos caballos. Al montar el tercero, dijo: «parece que esos hombres me quieren obligar á hacer el egercicio.» Los atrincheramientos fueron tomados en menos de tres horas. Los 4.000 hombres del ala que mandaba el rey, hicieron huir á 50.000 rusos; al pasar un puente, se hundió este con el peso, y muchos se ahogaron. La pérdida del vencido fue de 30.000 hombres muertos, 20.000 prisioneros, 150 cañones y otras tantas banderas. Esta batalla se dió el 30 de octubre de 1700. El czar Pedro quedó tan exhausto de fuerzas, que no pudo proseguir la guerra por entónces. La gloria del rey de Suecia era grande, habiendo concluido en una sola campaña dos guerras tan difíciles y peligrosas. Cuando pasó por Lais para ir á

Narva, dijo á los encargados de los almacenes del egército: « voy á derrotar á las moscovitas: tenedme á la vuelta víveres preparados, porque iré á derrotar á los polacos y sajones. » Y en efecto, asi lo hizo.

Apenas empezó la primavera de 1701 cuando forzó el paso del Duna, defendido por los sajones á las órdenes del general Stenau, de Peykel y del duque de Curlandia. Atravesó el rio en barcas inventadas por él, cuyos bordes eran muy elevados para que su tropa estuviese á cubierto de la fusilería enemiga: y observando que soplaba viento del norte, mandó quemar muchos montones de paja mojada, cuyo humo dando en los ojos á los sajones, les impidió ver los movimientos de los suecos. Cuando desembarcó en la orilla opuesta, halló tanta resistencia, que los suecos retrocedieron hasta el rio, y Cárlos tuvo que formarlos en medio del agua para que volviesen al ataque. La victoria fue completa: los sajones perdieron 2.000 hombres muertos, 1500 prisioneros, 36 cañones y todos los equipages. Esta batalla abrió al rey de Suecia las puertas de Curlandia y de Lituania, que sus tropas ocuparon sin resistencia.

Augusto, duque de Sajonia y rey de Polonia, era aborrecido de los polacos, porque se habia empeñado en gobernar su república con la misma prepotencia que á sus vasallos del electorado; y así apenas vieron á Cárlos XII triunfante, la mayor parte de la nacion se in-

clinó á él; y esta division de los polacos facilitó muchísimo las conquistas de los suecos: porque se aumentó considerablemente su egército con las tropas y auxilios de la nacion en cuyo territorio se peleaba.

Pero Cárlos no queria para sí la corona de Polonia. Su único designio era destronar á Augusto: proyecto impolítico, hijo del rencor, y que fue causa de su ruina. El rey de Suecia, contentándose con imponer la ley al de Polonia, hubiera tenido disponibles todas sus fuerzas para transferir la guerra á Moscovia ó á Alemania, que peleaba entónces contra Luis XIV para derribar á su nieto Felipe V del trono de España; y en cualquiera de las dos partes habria adquirido mucha gloria con grande utilidad de su pais. Pero empeñándose en quitar el cetro de Polonia á su enemigo, tuvo que hacer siete campañas mas, dejó exhausta la Suecia de gente y de tesoros, y cuando acometió á los rusos, los encontró ya enseñados y disciplinados por sus mismas derrotas, y capaces de resistir á los suecos.

En la campaña de 1702 desechó las proposiciones que de parte de Augusto le llevó la condesa de Konigsmark, cuya hermosura se creia que haria impresion sobre el corazon de Cárlos: pero el rey de Suecia tenia el alma de hierro, así como el cuerpo: y aunque tal vez se le vió sensible á la amistad, nunca lo fue al amor. La castidad era para él una virtud tan sagrada como el heroismo. Contentóse con res-

ponder á los embajadores de Augusto que «iria á tratar con él en Varsovia,» y se dirigió á esta capital.

Augusto huyó: Cárlos entró en Varsovia; y habiéndose detenido pocos dias, marchó contra el enemigo que se habia reforzado con tropas alemanas y los polacos de su partido. Avistaronse los dos egércitos en Klisau, y el rey de Polonia fue vencido, despues de una batalla ostinada y sangrienta, con pérdida de 4000 muertos, 2000 prisioneros, y toda la artillería y bagage.

Cárlos abrió la campaña de 1703 por la toma de Cracovia, ciudad que se conservaba fiel á Augusto: pero cuando se preparaba el rey de Suecia á marchar á Varsovia, dió una caida del caballo, y se le partió un muslo. Este accidente le obligó á detenerse seis semanas en Cracovia: y apénas estuvo curado, marchó contra Augusto, que favorecido por aquella detencion se habia presentado con nuevo egército en las orillas del Wistula. Cárlos peleó con él en Pultusk, lo derrotó completamente, y puso sitio á la plaza de Thorn, donde 5000 sajones, refugiados á ella despues de la batalla, se rindieron á discrecion. Despues ocupó militarmente á Elbing, é impuso contribuciones á esta plaza y á Dantzik, porque sus habitantes habian impedido el paso por el Wistula á los convoyes que venian de Suecia para el egército del rey.

A principios de 1704 cumplió Cárlos el de-

signio de quitar la corona á Augusto. La dieta de los polacos, reunida en Varsovia por su órden, destituyó al elector de Sajonia, y nombró rey á Estanislao Leczinski, palatino de Posnania. Como dijesen al rey de Suecia, que aquel caballero era muy jóven, se contentó con responder friamente: *yo creo que tiene mi edad*. Habiéndole dejado reconocido en su capital, marchó contra Leopol, plaza muy fuerte en el palatinado de Rusia, y la tomó por asalto. Pero durante esta espedicion lejana, Augusto, habiendo reunido nuevas fuerzas, acometió á Varsovia, se apoderó de esta plaza y obligó á Estanislao á pasar al otro lado del Wistula. Cárlos acudió con su actividad ordinaria, arrojó á los sajones de Varsovia, y los sorprendió en Punitz, pueblo del palatinado de Posnania. El duque de Schullemburg, general de las tropas sajonas, y uno de los primeros capitanes de Alemania, hizo con su infantería una terrible resistencia á los suecos, y sin ser derrotado, se retiró en órden despues de un combate de tres horas. Cárlos le persiguió hasta el Oder: pero Schullemburg pasó de noche este rio en balsas, y burló así al enemigo. El rey, cuando se vió por la mañana sin su presa, esclamó: *hoy nos ha vencido Schullemburg*.

Las victorias de Cárlos en Polonia eran mas que compensadas por la pérdida de las plazas de Varva y de Derpt que el czar Pedro tomó en Livonia, con ruina comple-

ta de sus guarniciones degolladas ó prisioneras. Pero Cárlos se ostinó en perseguir implacablemente á Augusto hasta obligarle á reconocer á su rival. Al año siguiente penetraron dos egércitos, uno ruso y otro sajon, por el oriente y occidente de Polonia, y devastaron este desgraciado pais. Cárlos, despues de una campaña laboriosa, venció en muchos reencuentros á los moscovitas y los obligó á volver á pasar el Dnieper. El general sueco Renschild venció, á principios de 1706, á los sajones, mandados por Schullemburg, junto á Flanstadt. El rey pasó á tomar el mando de este egército, penetró en Sajonia, y obligó á Augusto á pedir la paz. Augusto se hallaba entónces en Polonia, donde con el auxilio de un poderoso egército de rusos se habia hecho dueño de Varsovia: pero apénas supo que sus plenipotenciarios habian firmado la paz en Alt-Rastadt, salió como fugitivo de los cuarteles de sus aliados, temiendo el enojo del czar Pedro, cuando llegase á saber que le dejaba espuesto al furor del enemigo comun; se volvió á Dresde y ratificó el tratado.

Este fue el mas ignominioso que se ha firmado jamas. Augusto no solo renunciaba á la corona de Polonia, y á toda alianza con los enemigos de Succia, sino tambien reconoció á Estanislao, y aun se le obligó á escribirle una carta de felicitacion. En fin, á pesar del derecho de gentes y de todas sus resistencias, hubo de entregar en manos del implacable

Cárlos á Patkul, proscripto en Suecia en el reinado anterior, y que entónces egerció en Sajonia las funciones de embajador del czar Pedro. El infeliz livonio pereció entre horrendos suplicios. Cárlos colmó la medida de la ignominia de Augusto, haciéndole una visita en su palacio de Dresde, sin mas escolta que la de cinco oficiales. Desde alli marchó á Polonia con el objeto de penetrar hasta Moscow y de destronar al único enemigo que ya le quedaba.

En enero de 1708 se presentó en las orillas del Niemen: pasó este rio: entró en Grodno por una puerta, mientras el czar y sus moscovitas evacuaban la plaza por la opuesta: persiguió á su enemigo con solo 600 caballos, y aunque no pudo alcanzarle, derrotó un destacamento de 2.000 rusos que Pedro habia enviado contra él. El terror de su nombre bastaba para ahuyentar á los enemigos.

Los rusos evacuáron la Lituania, y Pedro, perseguido por los suecos, se retiró al otro lado del Nieper: pero la marcha de Cárlos, deseoso de dar batalla al enemigo, fue tan rápida, que alcanzó y derrotó un cuerpo de 20.000 moscovitas entre el Nieper y el Berecina: rio que se ha hecho mas célebre en nuestros dias por una catástrofe mas espantosa.

El rey pasó tambien el Dnieper, persiguiendo constantemente al enemigo, y la retaguardia de este y la vanguardia de Cárlos tenian frecuentes reencuentros. En uno de

ellos, que se dió cerca de Smolensko, derrotó el rey de Suecia con solo seis regimientos un cuerpo de caballería moscovita de 10.000 hombres, y seis mil calmucos, milicia bárbara é irregular, cuya paga era el botin. En esta accion, que se dió el 22 de Septiembre, estuvo el rey á pique de caer en manos de los enemigos. Habiéndole muerto dos caballos, tuvo que pelear á pie, y mató con su propia espada doce hombres, sin recibir una sola herida.

Pedro habia llenado de árboles y otros impedimentos los caminos que conducian á Moscow, diruido todas las aldeas intermedias y retirado las subsistencias. El invierno se acercaba, tan rígido en Moscovia, y aquel año mas de lo acostumbrado. Cárlos pues, resolvió pasar á Ucrania, donde le prometia víveres y tropas Macepa, *hetman* ó general de los cosacos del Nieper, que deseoso de sacudir el yugo de Rusia, se habia confederado con él.

Cárlos atravesó con suma dificultad un bosque de cuarenta leguas de estension, que remataba en las orillas del Desna, donde esperaba hallar á Macepa con tropas y provisiones. Pero los rusos, avisados á tiempo de la defeccion del hetman, invadieron su pais, le arrojaron de él, y marcharon al Desna para impedir á los suecos el paso de este rio: de modo que en lugar de un aliado, encontró Cárlos á los enemigos.

Sin embargo, no titubeó un punto: resol-

vió pasar el Desna, y como sus orillas eran muy altas y escarpadas, fue preciso bajar con cuerdas á los soldados desde el ribazo al agua. Los suecos atravesaron la corriente, acometieron al enemigo y le derrotaron. Poco despues llegó Macepa á su campo con seis mil hombres fugitivos, en lugar de los 30.000 soldados que habia prometido. Pero no por eso dejaron de llegar provisiones al campo: porque los cosacos, indignados contra tos rusos que habian quemado todas sus villas, trajeron cuantos víveres pudieron al egército del rey.

La desgracia de Macepa no trastornó los designios de Cárlos: pero la del general Levenhaupt fue causa de las calamidades que arruinaron su poder. Este general habia quedado en el alto Nieper con órden de llevar al egército sueco un gran convoy. Levenhaupt se puso en marcha con poco mas de 6.000 hombres; y se encontró en Lesno cor el egército de Pedro, cuya vanguardia constaba de 24.000. Tres veces fue asaltado aquel dia, y otras tres al siguiente por todas las fuerzas moscovitas que ascendian á 60.000 hombres, y seis veces rechazó al enemigo, dejándole muertos 30.000 hombres: pero le fue preciso abandonar el convoy y la artillería, y cuando llegó á reunirse con Cárlos, solo llevaba 4.000 suecos, consumidos de hambre y de fatiga.

Batalla de Pultawa (1709). El invierno fue rigorosisimo. Los suecos estaban en los

desiertos de Ucrania, sin medios de subsistencia, ni comunicacion con Polonia ni con Suecia. El egército de Cárlos, que se hallaba reducido á 18.000 hombres faltos de todo, menos de valor y constancia, se dirigió hácia Pultava, donde el enemigo tenia grandes almacenes, con el objeto de tomar esta plaza. El rey envió al general Stuckelburg con 8.000 hombres para desalojar á un cuerpo enemigo de un puesto que estaba al otro lado del Worsclaw con el objeto de introducir refuerzos en la plaza: pero los rusos le rodearon, cortaron el puente, y acudiendo en gran número, le esterminaron. Habia pasado ya el tiempo en que 8.000 suecos derrotaban á 80.000 rusos.

Cárlos asaltó la plaza muchas veces y siempre fue rechazado. En el último ataque recibió un tiro de carabina en el talon, mas no se advirtió ni en su semblante ni en ninguna otra señal que estaba herido, y permaneció seis horas á caballo animando á los suyos: hasta que uno de sus criados, viendo lleno de sangre el pie de la bota, llamó á los cirujanos. La gangrena comenzaba ya á manifestarse, y el cirujano Neuman dijo que podria contenerse haciendo incisiones profundas. *Cortad pues, sin miedo*, le dijo el rey, y él mismo sugetaba la pierna durante aquella operacion dolorosa.

En esto habia llegado el czar á vista de la plaza al frente de 70.000 hombres, y el 8 de

julio salió Cárlos de sus líneas para darle batalla, llevado en una camilla, y atacó los atrincheramientos enemigos. El combate fue terrible. El rey de Suecia destacó al general Creutz con un cuerpo de caballería y dragones para acometer á los rusos por el flanco: pero Creutz erró el camino y no volvió á parecer en el campo de batalla. Pedro, á quien sobraban tropas para todo, envió cuerpos que separasen á los suecos de su campamento y de la plaza, y destrozasen la reserva enemiga que constaba de 3.000 hombres. Este movimiento decidió la victoria. Cárlos se defendia como un leon con las tropas que le quedaban: pero una bala de cañon derribó su litera, los suecos se consternaron, los rusos penetraron por todas partes, y el rey hubiera caido en sus manos, á no ser por el general polaco Poniatowski, que reuniendo 500 caballos, libró á Cárlos del peligro, y se retiró con él, arrollando diez escuadrones rusos, hasta el Dnieper. El rey de Suecia entró con muy pocos que le pudieron seguir, en Oczakow, ciudad que pertenecia entonces á los turcos: todo lo demas quedó en poder de Pedro I.

Esta fue la célebre victoria de Pultava que arruinando la potencia sueca, y dando principio á la de Rusia, alteró quizá para siglos la faz del Norte. Augusto de Sajonia recobró la Polonia: Dinamarca, y el elector de Brandemburgo, elevado desde 1701 á la dignidad de rey de Prusia, invadieron los estados de Sue-

cia: mientras Cárlos, acogido con generosa hospitalidad por el sultan Acmet III en Bender, se ostinaba en no volver á su reino, que tanto necesitaba de su presencia, sino al frente de un egército turco, no para mejorar la suerte de su patria, sino para tener el plazer de destronar al rey de Polonia y al czar de Moscovia. Al principio consiguió que el sultan declarase guerra á los rusos, y el gran Visir tuvo encerrado á Pedro el grande entre el Pruth y sus líneas, en 1711: pero ganado por las dádivas de Catalina, esposa del czar, que seguia á su marido á la guerra, hizo paces con él, y destruyó todas las esperanzas de Cárlos.

Este sin embargo se ostinó en no salir de Turquia sin un egército: se negó á la mediacion de la Puerta, de Holanda y de Inglaterra: sostuvo un sitio de algunas horas en el palacio donde estaba alojado contra los genízaros que iban á sacarle por fuerza, y despues de haberse defendido con mucho valor, fue hecho prisionero y trasladado á Demótica: de donde al fin se resolvió á volver á sus estados en 1714, despues de cinco años de mansion inútil en Turquía.

Entretanto habian pasado grandes acontecimientos en el norte de Europa. Augusto cedió á Pedro el Grande la Livonia en agradecimiento de los auxilios que habia recibido de él para recobrar el cetro de Polonia, y el moscovita entró en aquella provincia, y concluyó su conquista con el sitio y toma de Riga, á

pesar de la defensa valerosa de la guarnicion sueca. Despues derrotó una escuadra de esta nacion cogiéndole seis navíos, se apoderó de Carelia y penetró en Finlandia.

Federico IV de Dinamarca envió un egército á Escania bajo las órdenes del general Rantzau, que se apoderó de Helsimburg y de Cristianstadt: pero fue completamente derrotado en una gran batalla, dada junto á Helsimburg, por el general sueco Steinbock, uno de los mas hábiles lugartenientes de Cárlos XII. Los daneses habiendo perdido mas de 8.000 hombres de sus mejores tropas, evacuaron la Escania y se embarcaron para Zelanda. Asi se terminó la campaña de 1710.

En la siguiente, un egército combinado de rusos, polacos, prusianos y daneses acometió la Pomerania sueca y puso sitio á Stralsund, y despues á Wismar: el valor de los suecos los arrojó de entrambas plazas. En 1712 los daneses se apoderaron de Stadt y ocuparon los ducados de Brema y Werden: mas aunque acometieron á Wismar segunda vez, no pudieron hacerse dueños de esta plaza. El valiente Steimbock desembarcó con un cuerpo de tropas en el Mecklemburgo, tomó á Rostok, atravesó el desfiladero de Ullenkrog y junto al rio Gaudebush dió á los sajones y daneses unidos una terrible rota, en que les mató siete mil hombres, y obligó á los demas á rendirse á discrecion. En enero del año siguiente penetró en el territorio de Dinamar-

ca, y puso fuego á Altena, opulento emporio de los daneses sobre el Elba. Esta espedicion bárbara fue el término y la mancilla de sus proezas. Deseando llevar la guerra á Jutlandia, penetró en el Holstein: pero fue perseguido por el egército de los aliados, que habian reunido grandes fuerzas, de modo que ni pudo continuar su marcha ni volverse á Pomerania. Encerróse con sus tropas en la ciudadela de Tonningen, perteneciente al obispo de Lubeck, y sitiado por las tropas de la confederacion, tuvo que capitular y rendirse, privando á la Suecia del apoyo que hasta entonces la habia sostenido en ausencia del rey.

Tal era el estado de las cosas, cuando volvió Cárlos XII de Turquía. El 14 de octubre de 1714 salió de Demótica, con uniforme de oficial aleman, y atravesando la Hungria, el Austria, la Baviera, la Suevia, el Palatinado, la Westfalia y el Mecklemburgo, llegó á Stralsund el 21 de noviembre á media noche. Dijo al centinela de la puerta, que tenia que hablar al gobernador, y que seria ahorcado al otro dia si no le avisaba inmediatamente. El gobernador le mandó entrar. Cárlos se dió á conocer, y la noticia de su llegada, pasando de boca en boca, llenó los ánimos de alegría y de esperanza. Despues se retiró á dormir algunas horas: habia diez y seis dias que no se desnudaba, y fue necesario cortarle las botas, porque traia las piernas hinchadas del estraordinario cansancio.

La vuelta de Cárlos á sus estados, en vez de aliviar á la Suecia, dió nueva actividad á las operaciones militares. La escuadra sueca fue vencida entre Fameren y Laland con pérdida de siete navíos. Los aliados sitiaron á Stralsund por mar y por tierra, y se apoderaron de la isla de Rugen, á pesar del valor con que el rey se presentó al combate al frente de 2.000 suecos: pero la superioridad del número triunfó de su intrepidez. Stralsund no podia tardar en rendirse, y el gobernador insitó á Cárlos XII á que abandonase la plaza y partiese para Suecia: pero el rey no quiso hacerlo hasta que supo que correria gran riesgo saliendo por mar, en atencion que la escuadra enemiga tenia bloqueado el puerto. El placer de esponerse á este peligro venció su ostinacion, y salió la noche del 20 de diciembre en una barca con solo diez personas: á pesar de la vigilancia de los enemigos, llegó salvo y sano á Isted. Stralsund se rindió por capitulacion de alli á pocos dias. Al año siguiente cayó en poder de los alemanes la plaza de Wismar. Asi todas las conquistas de Gustavo Adolfo en Alemania estaban ya en poder de los enemigos de Suecia.

Cárlos á instigacion del baron de Gortz, su ministro favorito entonces, formó una nueva combinacion para restablecer su antigua preponderancia. Esta era coligarse con el czar Pedro, y con España, gobernada entonces por el cardenal Alberoni, ministro de Fe-

lipe V, y que proyectaba quitar al duque de Orleans la regencia de Francia que egercia en la menor edad de Luis XV, y de este modo hacer entrar á los franceses en su gran designio contra Inglaterra y Austria. El plan de Cárlos era por medio de estas alianzas quitar la Noruega al rey de Dinamarca, restablecer á Estanislao en Polonia, recobrar las posesiones suecas de Alemania, y vengarse del rey de Inglaterra, elector de Hannover, que habia comprado al dinamarques los ducados de Brema y Werden, restableciendo en la gran Bretaña la familia de los Estuardos. Gortz viajó por gran parte de Europa para activar la egecucion de este designio colosal. El czar Pedro, á quien se le cedian la Livonia, la Ingria y parte de la Carelia, y que estaba ofendido de los alemanes porque no le habian esperado para tomar la plaza de Wismar recelosos de que se quedase con ella, entraba de muy buena gana en este plan con la esperanza de conseguir un establecimiento en Alemania; cosa que deseaba mucho para dar mas estension al comercio de Rusia. Tan grandes empresas y esperanzas disipó un balazo.

Cárlos XII habia penetrado en Noruega con un pequeño egército; y aunque al principio logró algunas ventajas, fue vencido en una accion, y se vió obligado á retirarse á Suecia. Dos años despues volvió con mas fuerzas á repetir la invasion, y puso sitio á Frederichall, mientras Federico de Hesse Casel, es-

poso de su hermana Ulrica, penetraba en Noruega con el grueso del egército. El 11 de diciembre visitó el rey la trinchera para animar á los trabajadores. El fuego de la plaza era terrible, y aunque sus oficiales le suplicaron que se retirase, él se ostinó en permanecer apoyado en el parapeto, en el sitio mas peligroso. Una bala, de media libra de peso, le atravesó la sien, y dando un profundo suspiro quedó muerto.

Asi murió el último héroe de la familia de Gustavo I Wasa. Poseia todas las prendas militares, pero de todas las que son propias de un rey solo tuvo el heroismo guerrero. Ningun afecto de humanidad se reconoció en él sino la amistad y el rencor. Ni sabia lo que era temer ni ser prudente. Era fatalista, y despótico. En una ocasion escribió desde Turquía á los senadores de Estocolmo, propensos á la paz, que «si le enfadaban, les enviaria una de sus botas para gobernarlos.» Recibió de su padre un reino floreciente, y lo dejó arruinado, despues de haber hecho tan grandes cosas: egemplo memorable de que la primer virtud del que gobierna debe ser la prudencia. Pero es tan grande el ascendiente de las almas estraordinarias, que á pesar de los males que causó á sus vasallos, honraron su muerte con lágrimas sinceras.

SECCION CUARTA.

Desde la muerte de Cárlos XII hasta nuestros dias.

Ulrica, reina de Suecia (1719). La primera operacion que se hizo despues de muerto Cárlos XII, fue prender al baron de Gortz, y formarle causa. Este ministro pagó en un cadahalso por haber propuesto á su soberano proyectos belicosos, despóticos y detestados de una nacion, que ansiaba por la paz y la libertad, á cuya ruina atribuian justamente los desastres del reinado anterior. Ulrica, hermana y heredera del difunto rey, concedió á los estados el derecho de formar las leyes, al senado su antiguo influjo en la administracion, á la nacion el derecho de elegir sus monarcas; y despues de esta declaracion, que restituia el gobierno á su forma antigua, fue proclamada reina.

En este mismo año hizo la reina paz con el rey de Inglaterra y elector de Hannóver, cediéndole los ducados de Brema y de Werden por una suma de un millon de escudos, y un tratado de alianza, en virtud del cual la escuadra inglesa, mandada por el almirante Norris, se presentó en el Báltico, y obligó á los reyes de Dinamarca, Prusia y Polonia á hacer las paces con Suecia. Prusia se quedó con la plaza de Stettin. El czar Pedro pedia las mis-

mas condiciones con que se habia prestado á hacer alianza con Cárlos: pero le fueron negadas, y continuando la guerra, hizo un desembarco en las costas de Suecia, de poco efecto, porque la aparicion de los ingleses le obligó á volverse á sus puertos.

Federico I, rey de Suecia (1720). Ulrica pidió á los estados que le permitiesen asociar al trono á su marido Federico, príncipe de Hesse Cassel, distinguido ya por los servicios que habia hecho á la nacion: y los estados accedieron á ello, en vista de la promesa que les hizo el candidato de gobernar segun las bases de la declaracion de su muger. El dia de su coronacion fue muy agradable á los suecos, porque en el mismo se publicó la paz hecha con Dinamarca, Polonia y Prusia.

Al año siguiente se hizo en Newstadt la paz entre Suecia y el czar, despues de algunas hostilidades cometidas por los rusos en las costas del reino. Suecia cedió por dos millones de escudos las provincias de Livonia, Ingria y Carelia, y el czar restituyó la Finlandia. Así la potencia moscovita, casi desconocida hasta entónces en Europa, empezó á adquirir el esplendor y predominio que no ha cesado de aumentar desde Pedro el grande.

Cristiano VI, rey de Dinamarca (1730). Federico IV, rey de Dinamarca, falleció á los 60 años edad y 31 de reinado, habiendo tenido la felicidad de salvar su patria de la animosidad de Cárlos XII. Sucedióle su hijo Cris-

tiano VI, que mereció el renombre de padre de la patria. En un reinado de diez y seis años creó todos los elementos de felicidad pública, erigió un banco de comercio, quitó las trabas á la industria, favoreció el establecimiento en Dinamarca de muchas fábricas, cuyos empresarios y trabajadores eran estrangeros. En fin, supo conservar la paz con todos sus vecinos en medio de la guerra pragmática ó de la sucesion de Austria, que desolaba la Alemania. Suprimió el estanco del aguardiente, vino, sal y tabaco, por el cual le ofrecian los asentistas sumas inmensas, diciendo: «este derecho rinde demasiado, pues mis súbditos se quejan de él.»

Federico V, rey de Dinamarca (1746). Sucedióle su hijo Federico V, cuyo gobierno tan pacífico y paternal como el de Cristiano VI, aumentó en gran manera la prosperidad de Dinamarca, abriendo nuevos mercados al comercio, y dando nueva actividad á las artes útiles. El siglo XVIII fue de oro para aquella monarquía pequeña, pero tranquila y venturosa.

La suerte de Suecia no era tan envidiable. Fue imposible en este pais el restablecimiento de la antigua libertad, sin que se formasen partidos. El primero, llamado el de los *sombreros*, compuesto de los antiguos oficiales y amigos de Cárlos XII, querian el régimen antiguo, la guerra contra Rusia, y la reconquista de los paises que se le cedieron en la

paz de Newstadt. El segundo, llamado de los *gorros*, queria la continuacion de los fueros y de la paz. En fin, habia otro tercero, dicho de *los gorros de cazadores*, que unas veces se confederaban con los sombreros, y otras con los gorros. Estas fracciones empezaron á ser conocidas en la Dieta de 1738. La prudencia del rey apenas era suficiente para calmar la mútua irritacion de los tres partidos.

Tres años despues se declaró la guerra á Rusia, gobernada entonces por la emperatriz Ana, sobrina de Pedro el grande. El motivo fue el asesinato del mayor Sinclair, oficial al servicio de Suecia, y el robo de sus papeles cometidos por un oficial ruso en territorio de este imperio. Como Ana no castigó aquella maldad con la pena de muerte, los suecos creyeron que protegia al reo, y violaba con su indulgencia el derecho de gentes; y empezaron la guerra. Pero en 1742 tuvieron que hacer la paz por mediacion de la Inglaterra: porque los rusos no solo se apoderaron de toda Finlandia, sino tambien cogieron prisionero el egército sueco. Esta paz les costó un pequeño territorio en la parte oriental de aquella provincia.

En este intervalo murió la reina Ulrica, y su esposo Federico continuó reinando solo, segun las capitulaciones estipuladas cuando se le dió la corona. Entonces comenzó á tratarse en los estados de la sucesion al trono. La nobleza, los aldeanos y gran parte de la clase

ciudadana estaban á favor de Pedro, duque de Holstein, hijo de una hermana de Cárlos XII, y que por su desgracia ascendió despues al trono de Rusia con el nombre de Pedro III. El clero queria al príncipe de Hesse Cassel: el rey de Dinamarca tenia partidarios en la corte y entre los hombres de sana política, que conocian cuán necesaria era la reunion de las tres coronas de Escandinavia; al duque de Dos Puentes, pariente mas lejano de la familia real, no faltaba tambien quien le favoreciese. Pero despues de grandes debates, fue designado el duque de Holstein, por dos votos mas, heredero presuntivo de la corona. Mas este príncipe que se educaba en Petersburgo como heredero de aquel trono, abrazó la religion griega, y se hizo inhábil para suceder en el de Suecia: porque la ley de este reino no admitia príncipes, que no profesasen el luteranismo: y se volvió de nuevo á tratar en los estados del negocio de la sucesion. Los aldeanos, que se habian mostrado al principio tan adictos á la casa de Holstein, se apasionaron entonces por la de Dinamarca, y algunos del partido de Hesse Cassel se reunieron á ellos. Los debates fueron sumamente acalorados: pero al fin, por vivir en paz con Rusia, se convinieron en admitir por heredero presuntivo de la corona á Adolfo Federico, obispo de Lubeck, y administrador del ducado de Holstein. Este príncipe descendia por su madre de Gustavo Wasa. . . . . . .

Algunas provincias se opusieron á esta eleccion, señaladamente los dalecarlios, enemigos jurados en otro tiempo de los dinamarqueses, y ahora partidarios ardientes de la union. Estos feroces aldeanos tomaron las armas y marcharon á Estocolmo para anular la decision de los estados. El rey hizo todos los esfuerzos posibles para calmarlos, y aun entró en negociacion con ellos: pero nada podia satisfacerlos sino la esclusion del obispo de Lubeck, y el nombramiento del príncipe Cristiano de Dinamarca. Fue menester pues, atacarlos en medio de la capital: el egército del rey los derrotó completamente y los obligó á implorar la misericordia de Federico, que los trató con suma indulgencia y les concedió una amnistía general.

Concluido este negocio, se formó causa á los generales Lewenhaupt y Baddembroke, que auque infelices en la última campaña de Finlandia, habian cumplido con exactitud sus deberes: pero el partido dominante los aborrecia, porque en la última cuestion votaron á favor de Dinamarca. La sentencia, dictada por el espíritu de faccion, fue de muerte. Federico I, convencido de la inocencia de uno y otro, difirió la egecucion: pero á su despecho, hubo de entregarlos á la venganza popular. Uno y otro perdieron la vida en el cadahalso para ignominia eterna de la nacion sueca, que creia adquirir gloria y poder degollando á dos generales beneméritos. Su único

delito era el mayor número y la mejor disciplina de las tropas rusas.

En fin, para completar el oprobio de la nacion, se vió obligada por la Rusia á tomar parte en la guerra, que esta potencia y el Austria hicieron á Federico II, rey de Prusia, y que se terminó en la paz de Aix la Chapelle en 1748. Esta paz no calmó las conmociones intestinas de Suecia. Al cetro despótico de Cárlos XII habia sucedido una asamblea tumultuosa, dividida en partidos é intereses irreconciliables. Federico I, con su prudencia y dulzura, consiguió impedir los perniciosos efectos de aquel órden de cosas: mas no pudo ó no se atrevió á cortar el mal en su raiz.

Adolfo Federico, rey de Suecia (1751). Adolfo Federico, príncipe hereditario, sucedió á Federico I. Empleó los primeros años de su reinado en reformar las leyes, proteger la justicia, favorecer el comercio y proteger las ciencias y las artes. En 1755 mandó levantar en Torneo, capital de la Bosnia occidental, una pirámide, destinada á transmitir á la posteridad la espedicion del célebre Maupertuis para medir el grado del meridiano que atraviesa el círculo polar. El mismo año erigió en Estocolmo una academia de inscripciones y bellas letras.

Pero estos progresos eran mas que compensados por el furor de las facciones, que dominando en los estados y en el senado, demolian rápidamente la autoridad real privándola de sus prerogativas. El rey no era dueño

ni aun de gobernar en su palacio, y le hicieron dar cuenta hasta de los diamantes de la reina. Esta princesa, ofendida de semejante desconfianza, respondió que devolveria los diamantes de la corona, y se contentaria con los suyos propios, porque se estimaba demasiado á sí misma, para volver á adornarse con los primeros. Los estados dijeron al rey, que «en lo sucesivo no permitiese que ninguna persona interviniese entre él y sus vasallos.» Obligaron á Adolfo á admitir para ayo de su hijo Gustavo una persona, que no le agradaba, y depusieron otro maestro del príncipe, que habia nombrado el rey.

Para salvar á Adolfo de esta esclavitud, hubo una conspiracion en que entraron los condes de Brahé y de Hard, el baron de Horn, el gran mariscal de la corona y algunos otros: pero fue descubierta, y se procedió contra los delincueutes con tanta crueldad, que el tormento, desconocido en los tribunales de Suecia, se empleó ilegalmente. El conde de Brahé, el baron de Horn, y otros seis consejeros sufrieron el último suplicio, á pesar de los ruegos y súplicas del rey y de su esposa.

Cristiano VII, rey de Dinamarca (1765). Federico V falleció, adorado de su pueblo. Al morir dijo á su hijo: «en este último momento siento un grande consuelo: y es, que nunca ofendí á nadie ni teñí mis manos en sangre.» Fue su ministro Bernstorf, hombre virtuoso é ilustrado, que dió á los nobles de Dinamarca

el grande egemplo de poner en libertad á todos los siervos del terruño que tenia en sus estados. Sucedió á Federico su hijo Cristiano VII.

Entretanto Adolfo Federico llegó á exasperarse hasta tal punto, que declaró al senado que renunciaba á la corona. El senado, vencido por este acto de firmeza del rey, consintió en convocar una Dieta estraordinaria, en la cual era mas fuerte el partido de los sombreros: pero como las opiniones eran muy divergentes acerca de las providencias que era preciso tomar, se pasaba el tiempo sin resolver nada, y los desórdenes crecian. En medio de esta convulsion política sucedió la muerte del rey.

Gustavo III, rey de Suecia (1771). A la sazon se hallaba en Paris su hijo el príncipe Gustavo, para arreglar la negociacion de subsidios que pagaba Francia á Suecia desde los tiempos de Gustavo Adolfo. La dieta se reunió de nuevo, y en ella habia de decidirse todo lo concerniente á la constitucion del estado: pero dominaba ya en la asamblea el partido de los gorros, sostenido por Rusia é Inglaterra, cuando Gustavo llegó á su capital.

Este príncipe tenia á la sazon veinte y cinco años, y estaba dotado de escelentes cualidades. Era prudente, valeroso, activo, hablaba con calor y benevolencia: sabia ocultar sus designios, y llevarlos á egecucion con sumo secreto. Estas grandes cualidades, que le hacian muy amable al pueblo, iban á ser inutiliza-

das por la tiranía de la Dieta, sometida á la política de Rusia y de Inglaterra, que favorecian el partido popular. Este, viendo la inmensa pluralidad de votos que tenia en los estados, traspasó todos los límites de la moderacion, y anuló casi la autoridad real. Entonces el conde Cárlos Scheffer, uno de los mas ardientes partidarios de la democracia, fue el primero en incitar al rey contra la tiranía popular, y le dijo: «todo se ha perdido: este es el momento de dar un golpe decisivo.» Resuelto Gustavo III á restaurar la potestad de la corona, envió emisarios á varias provincias, señaladamente á Finlandia y Escania, para escitar turbulencias en ellas; y reunió un cuerpo de 150 oficiales con el pretesto de ejercitarlos en las maniobras militares. La escasez que sobrevino aquel año, aumentando las calamidades públicas, favoreció los proyectos del rey: porque el descontento del pueblo se manifestó en quejas y clamores: y los emisarios de Gustavo decian á todos los que se lamentaban: «id á Estocolmo, hablad con Gustavo, y él os socorrerá.»

Por estos medios ganó el rey una gran parte del pueblo y casi toda la oficialidad. La Dieta recelosa dió el gobierno de Estocolmo al conde de Peclin, que entonces era gorro exaltado: pero el mariscal de la Dieta, partidario secreto de Gustavo, paralizaba todos los esfuerzos de los demagogos. De esta manera se estendió rápidamente la conspiracion.

Revolucion de Suecia (1772). Ya solo faltaba un pretesto para ponerse al frente de las tropas: porque Gustavo sabia muy bien, que los militares del partido de los gorros no le obedecerian, sino en virtud del consentimiento de los estados: pero este pretesto se halló facilmente. El rey envió un capitan llamado Heliquio, á Escania, donde fingió rebelarse, publicó un manifiesto, y se apoderó de la fortaleza de Cristianstadt. El príncipe Cárlos, hermano del rey, se puso al frente de cinco regimientos, socolor de marchar contra aquel rebelde. Mientras Cárlos procuraba ganar los corazones de los militares á favor de Gustavo, este se hacia amar del pueblo, paseándose familiarmente en las calles, hablando con todos, y acompañando las patrullas que rondaban de noche para la seguridad de la plaza.

Pero el partido popular á pesar de todas las protestaciones que hacia Gustavo, de su amor á la libertad, desconfiaba de él, y le atribuia, no sin razon, los tumultos que se multiplicaban diariamente en las provincias. En fin, los estados resolvieron prenderle el dia 20 de agosto, en el cual debian llegar á la capital algunos regimientos, que mandaron venir para este efecto. Gustavo, avisado á tiempo, se anticipó, y dió el 19 el golpe decisivo.

Desde la mañana estaban reunidos en palacio todos los oficiales de su partido. Antes de las diez montó á caballo; y pasó revista al regimiento de artillería. Despues convocó al

cuerpo de guardia de palacio todos los militares de graduacion que habia en Estocolmo. Manifestóles que su vida estaba en peligro: que el estado decaia por las divisiones intestinas, fomentadas por las intrigas de los ministros estrangeros; y concluyó diciendo: «me veo obligado á defender mi propia libertad y la del reino contra la faccion dominante: ¿quereis serme fieles, como vuestros mayores lo fueron á los dos Gustavos, y yo arriesgaré mi vida por vuestro bien y el de la patria?»

Un triste silencio fue la respuesta de aquellos militares, y estuvo perdida un momento la empresa del rey. «¿Y qué, esclamó Gustavo sorprehendido, nadie me responde?» «Si, gritó un oficial jóven: todos te seguiremos. ¿Habrá entre nosotros alguno que tenga la vileza de abandonar á su rey?» Esta espresion decidió la suerte de Suecia. Fue repetida con aclamaciones, y todos, escepto tres, prestaron juramento de fidelidad.

Inmediatamente se colocó un cuerpo de guardia á las puertas del senado. El rey salió á arengar á las tropas, que le respondieron con vivas, repetidos con entusiasmo por el pueblo. Los senadores fueron encerrados con llave para que no saliesen á hacer oposicion: la diputacion de los estados se disolvió por sí misma, y en menos de una hora quedó Gustavo dueño de la capital. Un oficial salió á dar órden á los regimientos que venian hácia ella, para que se volviesen á sus cuarteles; y como

su comandante ignoraba lo que habia pasado, obedeció, creyendo que aquella órden era del senado.

El rey convocó los estados, y les propuso una constitucion que fue aceptada. Sus artículos principales eran: 1.º el rey tiene derecho de convocar, prorogar y disolver la Dieta, y el mando supremo de las armas de mar y tierra: 2.º los estados no podrán deliberar sino sobre las materias propuestas por el rey: 3.º el rey podrá aumentar los impuestos en caso de necesidad hasta la reunion de los estados.

Asi se consumó sin efusion de sangre la revolucion de Suecia que restituyó á la corona su dignidad perdida: y segun el uso ordinario en todas las revoluciones, se tomaron grandes garantías contra las doctrinas del partido humillado, y ninguna contra el abuso del poder en el triunfante. Gustavo reinó con autoridad casi absoluta: pero su reinado fue poco glorioso, y su fin trágico.

Casi al mismo tiempo se verificaba en Dinamarca otra revolucion, pero limitada al recinto del palacio. Cristiano VII habia casado con Matilde, hermana de Jorge III, rey de Inglaterra: pero la reina madre Julia de Brunswik, quejosa de tener poca parte en el gobierno, se declaró contra el ministro Struensee, formó un partido contra él, á cuya frente estaba Federico, su hijo segundo, y en la noche de 16 de enero, de 1772, entró con

tres personas en el cuarto del rey, y le obligó á firmar un mandato de prision contra su esposa Matilde, Struensee, y el conde Brand, confidente de éste. Son desconocidos los medios de que se valieron para arrancar aquella órden: pero sus efectos fueron infaustos: porque desde entonces padeció el rey una enagenacion mental, que lo hizo inhábil para el gobierno y que le duró hasta 1808 en que falleció.

Struensee y Brand perecieron en el cadahalso. Matilde, acusada por sus enemigos de trato ilícito con Struensee, fue encerrada en la fortaleza de Cronemburg, de donde se trasladó por órden de su hermano el rey de Inglaterra, al Hannóver. Allí falleció dentro de poco tiempo, dejando al rey un hijo, que despues reinó con el nombre de Federico VI, y una hija.

La reina Julia triunfaba, y á favor de la demencia del rey, gobernó á Dinamarca, ó mas bien, dejó que la gobernase su ministro Owe Gulaberg. Su poder duró doce años, y no fue inútil al reino: pues en este intervalo lo conservó en profunda paz, y terminó la antigua querella de Dinamarca con Holstein, uniendo para siempre á la corona aquel ducado.

Pero en 1784 era ya jóven el príncipe Federico, hijo de la reina Matilde, y concibió el designio de vengar á su madre, á su padre, cuya enfermedad era imposible que no fuese hi-

ja de la violencia; y á Struensee, que habia sido su preceptor. La empresa de derribar á los perseguidores de su familia era fácil: porque Cristiano VII estaba reducido por su demencia á la nulidad política, y los cortesanos se inclinaban al que debia subir al trono. Ayudado con los consejos y la influencia de Andres Bernstorf, sobrino del ministro del mismo nombre que hubo en tiempo de Federico V, y que deseaba sucederle en el ministerio, derribó sin peligro y casi sin esfuerzo el gobierno de una reina anciana, por la cual nadie se interesaba.

El primer acto de la administracion del príncipe heredero fue recibido con estusiasmo por la nacion, como un beneficio, largo tiempo esperado, y siempre deseado: tal era la abolicion de la servidumbre del terruño. Ya desde 1769 se habia encargado á una comision esponer los medios de verificar aquella gran medida, sin perjuicio del estado. Los trabajos continuados con actividad en los ministerios de Bernstorf el antiguo y de Struensee, se interrupieron bajo la administracion de la reina madre. Federico, despues de largas y luminosas discusiones, promulgó una ley, por la cual se designó el principio del siglo XIX para la total abolicion de la servidumbre, quedando desde luego libres los siervos que no llegasen á catorce años y no pasasen de treinta y seis.

Mientras se verificaba una reforma tan

importante administrativa y social en Dinamarca, gozaba la Suecia de alguna paz. Esta se perturbó en 1788 por el empeño de Gustavo III y de la Puerta otomana en impedir la division de gran parte de la Polonia, hecha poco antes entre Rusia, Prusia y Austria. La intervencion de los turcos fue infelicísima, y solo sirvió para acrecentar el poder de Rusia, vencedora en las costas del mar Negro, en el Archipiélago, en Tartaria, en Besarabia, en las orillas del Pruth y en las del Danubio,

Ni produjo mejor efecto la intervencion de Suecia. Gustavo tuvo que pelear contra Catalina II de Rusia y contra el rey de Dinamarca su aliado. Su primer ataque llenó de consternacion á san Petersburgo: porque los principales egércitos rusos estaban en Turquía y Polonia. Gustavo puso sitio á Friedrieshan, fortaleza del golfo de Finlandia, y sus oficiales generales, ganados sin duda por la Rusia, le declararon que obraba contra la constitucion que él mismo habia dado, haciendo guerra ofensiva sin consentimiento de los estados: y las tropas se desmandaron siguiendo el ejemplo de los oficiales.

La guerra continuó por mar con notables ventajas de los rusos: pero en la batalla naval de Swenkasund, en la cual peleó Gustavo con suma intrepidez, fue enteramente destruida la armada rusa. Al fin, el cansancio de una guerra que no presentaba esperanzas de resultados decisivos, produjo la paz, que se fir-

mó en 1790, por la cual se restablecieron entre Suecia y Rusia los límites que antes tenian.

Ya entonces habia estallado la revolucion de Francia, que amenazaba todas las monarquías, asi como todos los reyes la amenazaban á ella. Gustavo III fue uno de los que mas á las claras se pronunciaron contra el movimiento popular de 1789. La noche del 16 de marzo de 1792, en medio de un baile brillante de máscara, un oficial, llamado Ankerstrom, le tiró un pistoletazo, de que murió pocos momentos despues. Este atentado, ageno de las costumbres suecas, escitó general indignacion, y el asesino pereció en el suplicio, sin que se supiese si habia cometido la maldad por movimiento propio suyo, ó si habia recibido el impulso de la corte de Rusia, ó de los gefes de la revolucion francesa, ó en fin, de los senadores y nobles de Suecia, indignados contra las alteraciones que el rey habia hecho en la forma de gobierno.

Gustavo IV, rey de Suecia (1792). Despues del asesinato del rey, la Suecia gozó de suma paz: pues aunque su hijo Gustavo IV le sucedió en la menor edad de trece años, la prudencia del príncipe Cárlos, duque de Sudermania, su tio, hermano del difunto rey, que egerció las funciones de regente, tranquilizó todos los ánimos, é hizo gozar al reino una paz, de que no disfrutaban los demas estados de Europa, afligidos entonces por la

guerra de la revolucion francesa. El príncipe Cárlos se mantuvo inflexible en su sistema de neutralidad, y no quiso tomar parte en ninguna de las coaliciones que se formaron contra Francia.

La misma política observaba el príncipe real de Dinamarca; y fueron necesarias toda la habilidad y firmeza para resistir á las seducciones y amenazas que se emplearon para obligarle á entrar en la coalicion. Su ministro Bernstorf consideraba la guerra contra la república francesa, como una querella estrangera, cuyo éxito no seria tan pronto ni seguro.

Pero á pesar de la prudencia y de los buenos deseos de los gabinetes de Estocolmo y Copenhague, el incendio de la guerra se estendió á las coronas del Norte. Gustavo IV cuando llegó á mayor edad, manifestó la misma aversion que su padre contra la revolucion de Francia. Sin embargo, entró con la Prusia, la Suecia y la Dinamarca en el tratado de neutralidad armada que por sugestion del general Bonaparte, primer cónsul de la república francesa, hizo con aquellas potencias Pablo, emperador de Rusia, que acababa de reconciliarse con Francia, en el año de 1800, contra los derechos que la marina inglesa se arrogaba en todos los mares.

El principio que la corte de Dinamarca proclamó, era que su pabellon cubria la mercancía. Los ingleses no quisieron adoptarlo:

y despues de haber apresado todos los buques dinamarqueses que pudieron haber á las manos, enviaron al Sund una armada bajo las órdenes del almirante Nelson, el célebre vencedor de Abukir.

Nelson no tenia mas que veinte buques de linea, y la coalicion del Norte contaba con 196: pero no estaban unidos, y cada una de las cuatro potencias conservaba los suyos en sus puertos. El 30 de marzo pasaron los ingleses el Sund en tres horas, y por la tarde anclaron en la rada de Copenhague. Las baterías de tierra y mar de los daneses hicieron tal estrago en la escuadra británica, que el almirante Parker daba ya la señal de retirada: pero el terrible héroe de Abukir mandó proseguir el combate á toda costa, y la escuadra dinamarquesa fue casi enteramente destruida. Esta accion se dió el 2 de abril, y los dinamarqueses, aunque vencidos, adquirieron en ella mucha gloria. Perdieron 2000 hombres y los ingleses mil. Una suspension de armas por cien dias puso fin á esta lid desigual.

El 24 de marzo anterior falleció el emperador Pablo de una manera que la historia no ha esplicado bien todavia: y su hijo y sucesor Alejandro volvió al antiguo sistema de alianza entre Prusia é Inglaterra, y reconoció el derecho de visita de los buques neutrales. Suecia, Prusia y Dinamarca se vieron obligadas á ceder al mismo principio: Gustavo IV volvió con placer á la aversion contra los france-

sés, que heredó de su padre. La Prusia evacuó el Hannóver que habia ocupado militarmente, y el príncipe Federico dejó libre la plaza de Hamburgo, donde habia puesto guarnicion para cerrar al comercio inglés aquella importante escala.

La paz de Amiens, firmada el 25 de marzo entre Inglaterra y Francia, hizo esperar á Europa algunos años de prosperidad. Pero aquel tratado solo fue una tregua, y la guerra volvió á romperse entre las dos naciones al año siguiente, y no tardó en formarse una nueva coalicion continental entre los emperadores de Rusia y Alemania contra la Francia. Gustavo IV entró en ella, porque halagaba su pasion dominante, que era el odio á Francia y á Napoleon Bonaparte, nombrado ya emperador de los franceses. El príncipe Federico, por el contrario, irritado contra la tiranía marítima de Inglaterra, celebraba las victorias de Napoleon en las campañas de Austerlitz y de Jena, y esperaba el momento favorable de tomar una parte activa en la guerra. A uno y otro príncipe fueron funestas sus simpatías y aversiones políticas; y sucedióles lo que ordinariamente sucede á los pequeños que intervienen en las querellas de los grandes.

En la campaña de 1807 conquistó Napoleon todo el reino de Prusia, venció al emperador Alejandro en la batalla decisiva de Friedland, é hizo con él la paz en Tilsit. En las conferencias que tuvieron para ajustarla, logró el

emperador de los franceses convencer al de Rusia de la necesidad de obligar á Inglaterra á hacer las paces con Francia, y de que el mejor medio para conseguirlo era cerrar al comercio inglés todos los puertos de Europa.

La Suecia no quiso acceder á este tratado, y Gustavo IV continuó solo la guerra contra los dos imperios mas poderosos del mundo El mariscal frances Brune, que mandaba las tropas de su nacion en el norte de Alemania, penetró en la Pomerania sueca, y puso sitio á Stralsund. Gustavo, que queria representar el papel de Cárlos XII, no se retiró de la plaza y volvió á Suecia, sino despues de muchos ruegos é instancias de los habitantes. Stralsund y la isla de Rugen se rindieron á los franceses en el mes de agosto del mismo año. En esta corta campaña se distinguió por su disciplina é intrepidez peleando en union con los franceses, el cuerpo auxiliar español, que á las órdenes del marques de la Romana se hallaba en las orillas del mar Báltico.

El príncipe real de Dinamarca siguió una política enteramente contraria. Ligándose á la suerte de Napoleon, que ocupaba entónces con sus tropas todo el septentrion de Alemania, recibió en premio el condado de Rantzau, el señorio de Pinneberg y la importante plaza de Altena. Accedió al mismo tiempo á las convenciones de Alejandro y Napoleon en cuanto á escluir á los ingleses del comercio de sus estados.

La gran Bretaña, temiendo que la escuadra dinamarquesa no se pusiese á disposicion de la Francia, envió al Sund una armada compuesta de 12 navios de linea, á las órdenes del almirante Gambier con tropas de desembarco mandadas por lord Catheart, mientras Jackson, ministro plenipotenciario de Inglaterra en Dinamarca, proponia al príncipe real, que se hallaba entónces en Kiel, una alianza ofensiva y defensiva con la Gran Bretaña, la cual, añadió el ministro, resarciria á la Dinamarca de todas las pérdidas que pudiese esperimentar por motivo de esta alianza. «¿Y con qué indemnizareis la pérdida del honor?» les respondió Federico. El inglés recurrió á las amenazas: dijo que era necesario que Dinamarca se decidiese ó por Inglaterra ó por el usurpador del trono frances, y que renunciase á una neutralidad visiblemente pérfida: y que seria invadida la isla de Zelandia. Federico se negó á todo, y las hostilidades comenzaron.

El general Catheart desembarcó al frente de 10.000 ingleses, y marchó hácia Copenhague, amenazada por la escuadra inglesa. Apénas tuvo tiempo el príncipe para volar á la capital, sacar de ella á su infeliz y anciano padre, y proveer á los medios mas urgentes de defensa. La consternacion era general, y Federico cometió el yerro de abandonar la ciudad á sí misma para ir á buscar tropas al Holstein, en vez de armar á los ciudadanos, y animarlos con su presencia, como hizo su antecesor Fe-

derico III cuando la invasion de Gustavo.

Los navíos ingleses entraron en la rada de Copenhague, tomaron la batería de las tres coronas que defiende el puerto, el 2 de setiembre de 1807, bombardearon la ciudad, despues de haberse apoderado de la fortaleza de Fredericsberg, y en tres dias redujeron á cenizas 300 casas, con muerte de un gran número de vecinos, reunidos á la tropa en defensa de la patria. El general Peyman, comandante de Copenhague, fue herido gravemente, y se vió obligado á abrir á los ingleses las puertas de la plaza, convertida ya en un monton de escombros é incapaz de mas larga resistencia. La escuadra danesa, que constaba de 28 navíos de linea, 16 fragatas, 9 bergantines y 40 buques menores, cayó toda en poder de la Gran Bretaña.

Federico estaba en el Holstein concertando con el mariscal frances príncipe de Pontecorvo los medios de salvar á Copenhague, y ya tenia preparado un cuerpo de tropas danesas, cuando supo la catástrofe de su capital. Su carácter no se desmintió con esta desgracia: se negó á ratificar la capitulacion, y aun mandó poner en consejo de guerra á los generales que la habian firmado, accedió públicamente al sistema de bloqueo continental, y mandó confiscar todos los géneros de propiedad inglesa que habia en sus estados. Al mismo tiempo las tropas francesas que mandaba el príncipe de Pontecorvo, se ponian en marcha para

guarnecer á Dinamarca: el emperador Alejandro de Rusia cumplia las convenciones de Tilsit, cerrando sus puertos á los ingleses, y un cuerpo danés de 6000 hombres atravesaba la isla de Fionia para pasar á Zelandia.

Los ingleses conocieron pues; que no podian conservar á Copenhague, y solo pensaron en arruinar lo que restaba de sus fortificaciones, y los establecimientos de marina; y en recoger todo lo que pertenecia á la corona. La armada británica, cargada de este inmenso botin, y llevando consigo la danesa, se alejó de las ruinas de Copenhague, y entró triunfante en el Támesis. Lord Catheart estableció su cuartel general en Helsimburg, puerto de Escania, y puso guarnicion en Heligoland, isla pequeña en la embocadura del Elba: esperando con los suecos sus aliados, ocasion favorable para nuevas espediciones. Las islas de Fero, y las de Santa Cruz y Santo Tomas, posesiones danesas en las Antillas, cayeron en poder de los ingleses.

Federico VI, rey de Dinamarca (1808). En estas tristes circunstancias perdió el príncipe Federico á su padre Cristiano VII, que falleció el 13 de marzo de este año, y tomó el título de rey. A pesar de las calamidades que habian sufrido los daneses durante su administracion, estimaban su carácter, aplaudian sus intenciones, y no cometian la injusticia de creerle autor de sus infortunios. Para terminarlos ó repararlos, estrechó la alianza con Francia, y llamó en su socorro las tropas del

príncipe de Pontecorvo para que guarneciesen la Jutlandia, la isla de Fionia y las demas que hay al sur de Zelandia. El príncipe, que tenia que atender á la defensa de las costas de Alemania y Holanda, aunque fijó su cuartel general en Bensée, capital de la isla de Fionia, hacia frecuentes viages al Elba y al Rin, durante los cuales confiaba la defensa de las islas danesas al general español marques de la Romana, comandante del cuerpo auxiliar español, que servia en el egército frances del Norte.

Entretanto la Suecia era castigada por las pasiones políticas de su rey. Gustavo IV, fiel á su rencor contra los franceses y á su alianza con Inglaterra, se negó á adoptar el sistema del bloqueo continental, y un egército ruso penetró en Finlandia el 22 de febrero. El 6 de abril cayeron en su poder Abo y Wasa: el 24 tomaron la isla de Gothland, y el 3 de mayo se les rindió por capitulacion la famosa plaza de Swerborg, llamada *Gibraltar del Báltico*. Al mismo tiempo penetraba por Noruega un cuerpo dinamarques á las órdenes de Cristiano de Holstein, y se apoderaba de Blakier. Un ukase dal emperador Alejandro, fecha 6 de mayo, incorporó la Finlandia en el imperio colosal de Rusia. Los suecos, viendo cuan cara pagaban la amistad de Inglaterra, aunque peleaban en todas partes con el mayor denuedo, murmuraban contra su rey: pero Gustavo persistió ostinado en su dictamen, y declaró que ántes de renunciar á la alianza británica,

dejaria la corona. Los ingleses no le abandonaron; una escuadra de esta nacion se presentó delante de Gothemburgo con 10.000 hombres de desembarco, mandados por Juan Moore: pero este socorro fue inútil á la Suecia, porque el rey se empeñó en que habia de tener el mando supremo de aquellas tropas, y los ingleses no consintieron en ello.

El rayo, forjado en Tilsit, empezó á hacer sus estragos en España. Napoleon, resuelto á hacerse dueño de la Península, despues de haber ocupado militarmente el Portugal y apoderádose con ardid ó con fuerza de muchas fortalezas de España, envió un egército á Madrid, y atrajo á Bayona donde él habia pasado, á Fernando VII, elevado al trono recientemente por abdicacion de su padre, y á toda la familia real. De esta conferencia resultaron las renuncias forzadas de los príncipes españoles y su cautiverio en Valencey. España no quiso reconocer nada de lo hecho en Bayona: todas las provincias tomaron las armas, y se opusieron á la usurpacion: Fernando cautivo tuvo mas poder que ninguno de sus antecesores: y los franceses, á pesar de algunas ventajas que obtuvieron en Castilla la vieja, rechazados de Valencia y de Zaragoza, y vencidos en la memorable jornada de Baylen, evacuaron la capital, y se retiraron á la linea del Ebro, con José, hermano de Napoleon, que este conquistador queria dar por rey á la España.

Todas estas noticias llegaban al cuerpo es-

pañol que mandaba en Dinamarca el marques de la Romana bajo las órdenes del príncipe de Pontecorvo, primero disimuladas, aunque no del todo punto encubiertas; en los papeles franceses, y despues mejor conocidas por medio de los ingleses, que auxiliaban á los españoles en tan terrible lid: porque como eran dueños del Báltico, no les fue dificil introducirlas furtivamente en la plaza de Nieborg, y en los acantonamientos de Langeland, Fionia y Jutlandia que ocupaban las tropas de la Romana, en número de 11.500 infantes y 2.500 caballos.

El marques de la Romana recibió el 15 de junio una órden del príncipe de Pontecorvo para que él y sus tropas hiciesen juramento de fidelidad á José. Prestaronle en efecto con mucho descontento, aunque bajo esta fórmula condicional. «En la suposicion de que la nacion española, de la que somos parte, y á la que protestamos querer vivir y morir siempre unidos, haya prestado por medio de sus representantes legítimos, y con plena libertad, el juramento que se nos exige, juramos fidelidad y obediencia al rey José Napoleon, á la constitucion y á las leyes.»

Este juramento condicional desagradó al príncipe de Pontecorvo: pero mucho mas á los cuerpos españoles. Un cabo del regimiento de la princesa se negó absolutamente á jurar: el regimiento de caballería de Almansa, que estaba en Odensée, gritó unánimemente en for-

macion: *viva Fernando VII, y muera Napoleon*: y algunos soldados maltrataron al comisario frances que suministraba víveres al cuerpo. Los regimientos de Asturias y de Guadalajara, que estaban en Zelandia, amotinado el primero con muerte de uno de los ayudantes del general frances Freinion, que mandaba en aquel punto, y proclamado solemnemente Fernando VII al rededor de sus banderas, fueron acometidos por las tropas danesas y francesas que habia en la isla, y quedaron prisioneros.

Tal era el espíritu de las tropas españolas, apartadas del suelo de su patria por tantos mares y tierras, cuando un subteniente del regimiento de Cataluña, que estaba de guarnicion en Langeland, yendo en comision á Zelandia fue detenido por un buque inglés y conducido al navío *Soberbio*, que mandaba el almirante inglés Keats. Hallandose á bordo de este buque, llegó otro español con pliegos de las juntas de Sevilla, Valencia y Galicia para el marques de la Romana, mandándole que volviese con su egército á defender su patria, y en fin un paquebote inglés con órdenes para el almirante Keats, de cooperar á la evasion de las tropas españolas. El subteniente, llamado Don Juan Antonio de Fábregues, volvió á Langeland con toda la correspondencia, y la entregó al sargento mayor de su regimiento. El coronel frances Gautier, que mandaba en la isla, puso preso á Fábregues por desertor: pero se escapó de la prision, y pasó á Nieborg.

cuartel general de los españoles, á entregar al marques los pliegos. El coronel Gautier se enfureció de tal manera al saber la evasion del preso, que fue preciso arrestarle, é imponer respeto con amenazas al general danes que tenia á su cargo el gobierno militar. Esto sucedia en la primer semana de agosto.

El marques, resuelto á obedecer á las juntas que gobernaban entónces su patria, viendo la situacion crítica de las tropas que estaban en Langeland, y conociendo el peligro de la tardanza por los recelos que manifestaba el de Pontecorvo, escribió circulares á todos los gefes de los cuerpos de su nacion, con órden á los que las llevaban de sublevar los regimientos contra sus comandantes, si estos se manifestaban remisos en pasar inmediatamente á Nieborg: avisó al almirante Keats la señal que habia de darle para que entrase en aquel puerto cuando fuese tiempo, y dió parte de su determinacion al general Kindelan, que mandaba las tropas de Jutlandia, y estaba en Friderich, para que auxiliase este movimiento. Las órdenes fueron circuladas por tres oficiales de artillería, que pasaron á Jutlandia con el pretesto de comprar caballos para los trenes. Las tropas españolas que habia en Fionia, debian reunirse en Nieborg el 8 de agosto por la mañana para prestar, decia el marques, un nuevo juramento segun las órdenes que efectivamente habia recibido del mariscal frances.

Kindelan se puso en marcha: pero el paso

del pequeño Belt estaba ya cerrado por las tropas francesas, avisadas, segun se cree, por el mismo Kindelan, y los regimientos de Zamora y de Algarbe quedaron prisioneros: pero los del Rey y del Infante habilitaron algunos barcos que habia en el puerto de Aarhus, diciendo á los habitantes de la ciudad y á las tropas danesas que en ella habia, que el marques de la Romana los mandaba llamar, para contener á sus soldados que no querian prestar el juramento. Así lograron escapar de Jutlandia.

Al amanecer del dia 10 reunió el general español todas sus tropas en la plaza de Nieborg en son de prestar el juramento. Entónces mandó un oficial de su estado mayor al gobernador dinamarques de la ciudad, para que le obligase á la fuerza á firmar órdenes escritas en el idioma del pais, por las cuales todos los comandantes de los puestos y baterías de la costa debian ser relevados por fuerzas españolas. El gobernador supo entónces que el objeto de los españoles era volver á su pais, y viendo que la resistencia era inutil, firmó. Dueño la Romana de la plaza, desarmó el regimiento danes que la guarnecia, y le mandó salir de la ciudad. A dos buques de guerra de la misma nacion que estaban en el puerto, les envió á decir que la escuadra inglesa no tardaria en llegar, y que él no podria menos de auxiliarla. El comandante dinamarques dijo que haria su deber: y en efecto, cuando á las

10 de la mañana se dió la señal convenida, y se acercó el almirante Keats con el *Soberbio*, un bergantin, una corbeta y dos lanchas cañoneras, los buques daneses le hicieron un fuego vivísimo, á que correspondieron los ingleses, y los españoles desde la plaza: pero al cabo de 20 minutos arriaron bandera los dinamarqueses.

En la tarde del mismo dia llegaron de Aarhus los regimientos del Rey y del Infante, y en la mañana del 11 al salir el sol empezaron los españoles á embarcarse con todos los efectos del egército. El general habia mandado matar los caballos, pero los soldados compasivos los dejaron abandonados en el campo. A medio dia levó anclas el convoy, y el 13 dió fondo en Spowier en la costa oriental de Langeland, y sacaron al regimiento de Cataluña de la situacion peligrosa en que se hallaba, desarmando la tropa danesa que allí habia.

Era imposible esperar en Langeland los barcos de transporte que el almirante inglés habia pedido á su gobierno: porque el príncipe de Pontecorvo habia ya ocupado á Nieborg y amenazaba aquella isla. De acuerdo pues, con Keats, se resolvió trasladar el egército á Gothemburgo, puerto de Suecia, que estaba en aquella época aliada con la Gran Bretaña. El 23 se embarcaron de nuevo los españoles, sirviéndoles de escolta los buques ingleses, y el 27 llegaron con felicidad á la rada de Gothem-

burgo. Los buques ingleses de transporte entraron en ella el 7 de setiembre, y el 9 emprendió su viage á España el cuerpo español, que desembarcó un mes despues en Santander.

Dinamarca vió con admiracion alejarse de sus costas aquellos 9,000 españoles, que habiéndose libertado á costa de tantos afanes y peligros de la dominacion de los franceses, abandonaban guarniciones tranquilas y seguras por volar á combates encarnizados y sangrientos contra las fuerzas colosales de un conquistador hasta entónces afortunado, sin otro objeto que el de morir defendiendo su patria.

Cárlos XIII, rey de Suecia (1809). Entretanto Gustavo IV, rey de Suecia, ostinado en su perdicion, arriesgaba su corona y su patria continuando la guerra contra Rusia, cuyos egércitos ocupaban ya algunas de las provincias occidentales del golfo de Botnia. El valor nada podia ante las fuerzas de aquel imperio. La nacion sueca murmuraba: el pueblo estaba oprimido con los impuestos: el egército no podia tolerar la dureza con que el rey mandaba observar la disciplina: en fin, el 13 de marzo de 1809 mandó Gustavo que los fondos del Banco pasasen á palacio. El consejo de estado, que se habia reunido, suplicó en vano al rey que pusiese fin á los males de la patria, terminando una guerra que le costaba ya las dos importantes provincias de Pome-

rania y de Finlandia. El rey fue inexorable y se retiró. El mariscal Klinsporr y el general Adlercreutz pasaron á su cuarto, y le dijeron que ó se conformase con el dictámen de su consejo, ó dejase de reinar. Gustavo responde que jamas cederá, saca la espada y la dirige contra el pecho de Adlercreutz: pero entran soldados y le desarman. Silverfparre, mariscal del palacio, le dijo: « señor, se os ha dado vuestra espada para esgrimirla contra los enemigos de la patria, y no contra los verdaderos patriotas que quieren vuestra felicidad y la de Suecia." Gustavo le quitó la espada á un oficial, huyó por una escalera secreta; pero al llegar al patio de palacio, fue arrestado y conducido al castillo de Drotmingholl.

Su tio el príncipe Cárlos, duque de Sudermania, subió al trono con el nombre de Cárlos XIII. Gustavo se manifestó mas grande en su infortunio que lo habia sido en su prosperidad. El acta de abdicacion, escrita por él, estaba concebida en estos términos: « persuadidos que no nos es posible continuar en nuestras funciones reales, ni mantener el órden y la tranquilidad en este reino, de una manera digna de Nos y de nuestros súbditos, miramos como una obligacion sagrada renunciar por el presente acto voluntariamente y de nuestro propio movimiento á nuestras funciones reales, para consagrar el resto de nuestros dias á la gloria de Dios. Deseamos á todos nuestros súbditos la gracia y la bendicion de Dios en

un porvenir mas afortunado para ellos y para sus descendientes." La dieta recibió esta acta, y la confirmó. Despues salió Gustavo de Suecia y habitó en varios paises de Alemania é Italia, dedicado esclusivamente á la literatura y á las ciencias; sin haber vuelto jamas el rostro al solio que ocupara, ni manifestar nunca el deseo ni la intencion de recobrarlo.

Cárlos XIII no tenia hijos, y se trató en los estados de designarle un sucesor. Eligióse para ello al príncipe Cristiano de Holstein, amado generalmente por su valor y generosidad. Firmóse la paz con Rusia, cediendo la Finlandia: pero en 1810 se recobró la Pomerania en virtud de un tratado hecho con Francia, y firmado el 6 de enero de aquel año, en el que se estipulaba la estension del bloqueo continental á los puertos de Suecia.

La muerte del príncipe Cristiano obligó á designar otro sucesor á Cárlos XIII, y la dieta de los estados, reunida en Orebro, eligió en 21 de agosto del mismo año príncipe hereditario de Suecia á Cárlos Juan Bernadotte, príncipe de Pontecorvo, mariscal de Francia, y uno de los mas célebres guerreros de la revolucion francesa. Su valor, su actividad, sus grandes cualidades militares y políticas, conocidas de los pueblos de Escandinavia en el tiempo que mandó las armas francesas en Dinamarca y en el norte de Alemania, influyeron poderosamente en su eleccion. Cárlos XIII le adoptó por hijo; el nuevo príncipe

abrazó la religion reformada, que profesaron sus antepasados. Los suecos creyeron haber hecho una cosa agradable al emperador Napoleon, árbitro entónces del destino del continente, eligiendo por heredero del solio á uno de sus lugartenientes: pero desde el año anterior era mal visto Bernadotte en la corte de Francia. Acusábale el emperador de no haber cooperado, como él quisiera, á las victorias de Austerlitz, Jena y Wagram: pero el motivo del mútuo descontento era mas antiguo. Bernadotte aborrecia el despotismo militar, que Napoleon habia creado en Francia y estendia por Europa. Esta disposicion de los ánimos de uno y otro pudo hacer que se interpretasen mútuamente con demasiada virulencia cuanto uno y otro hacia. Lo cierto es que el emperador miró con disgusto la elevacion de un guerrero tan hábil como Bernadotte al trono de Suecia: quizá previendo que las obligaciones que le imponia su nueva situacion no permitirian al príncipe hereditario respetar los intereses del imperio frances.

En efecto, así sucedió. La catástrofe del gran drama que Napoleon estaba destinado á representar sobre la tierra, se acercaba. La célebre confederacion de Tilsit entre Rusia y Francia se disolvió: y el emperador de los franceses se preparó á llevar contra el imperio de Alejandro todos los guerreros de occidente. En esta terrible colision Federico VI, rey de Dinamarca, permaneció fiel á la alianza de

Napoleon; pero Cárlos XIII de Suecia se unió con Rusia é Inglaterra por un tratado que se firmó el 24 de marzo de 1812. Prometióscle que se le daria el reino de Noruega en indemnizacion de la provincia de Finlandia, perdida en 1808.

En la célebre campaña de 1812 no tomó Suecia parte activa en la guerra. Napoleon atravesó al frente de medio millon de hombres, y con su rapidez ordinaria, la Polonia, resuelto á ocupar con su inmenso egército el centro de la Rusia. Eran aliadas suyas el Austria y la Prusia, otro tiempo sus enemigas. Penetró, despues de haber vencido en Mosaik el egército ruso, hasta Moscow, antigua capital del imperio: mas la halló reducida á cenizas por los mismos rusos, que prefirieron su ruina á verla servir de cuartel para las tropas francesas. Detenido en aquel punto mas de lo que le cumplia, con vanas esperanzas de negociacion, cuando se volvió á Polonia, dejó gran parte de su egército sepultada entre los hielos de un invierno anticipado, ó muerta en frecuentes batallas con los numerosos cuerpos del emperador Alejandro, que emprendieron cortarle la retirada.

El dominador de Europa, perdida la fuerza que habia sido el apoyo de su poder, vió declararse sucesivamente contra él á la Prusia, al Austria, á la Baviera, al Wurtemberg y á los demas estados de Alemania, escepto el rey de Sajonia. Su genio creó otro egército, con el

cual acometió á sus enemigos en la campaña de 1813 y los arrolló hasta el Oder, despues de haberlos vencido en Lutzen, Bautzen y Wurchen, y aceptó un armisticio que le propusieron; durante el cual fijó su cuartel general en Dresde, é hizo de esta ciudad el centro de sus operaciones militares.

Las conferencias celebradas en Toeplitz para la paz fueron inútiles. El Austria accedió á la alianza de Rusia, Prusia y Suecia, y las operaciones militares comenzaron de nuevo. El príncipe real de Suecia tomó una parte activa en esta campaña, cubriendo el Brandemburgo con un egército de 100.000 hombres, compuesto de suecos, prusianos y rusos, mientras Blucher defendia el Oder, y los austriacos y rusos desembocaban por los desfiladeros de Bohemia, y atacaban á Napoleon en Dresde. Dióse junto á las murallas de esta ciudad una grande y terrible batalla, en que Napoleon consiguió una de sus mas gloriosas victorias: pero la superioridad numérica de los enemigos que por todas partes le rodeaban, le impidió lograr los frutos de ella. Sus lugartenientes fueron vencidos: Vandame al penetrar en Bohemia, Macdonald peleando contra Blucher, y Oudinot acometiendo el Brandemburgo y solicitando llegar hasta Berlin. El duque de Regio saliendo de Bareuth, atacó el egército del príncipe de Suecia el 22 de agosto en el camino de Wittemberg, y se apoderó de los desfiladeros de Wittstock y de Jundorf.

Pero al dia siguiente dividió su cuerpo en diferentes columnas contra las instrucciones que el emperador le habia dado.

Bernadotte, conociendo el yerro del enemigo, se aprovechó hábilmente de la ocasion, y atacó el centro de los franceses, apostado en Gros Beeren, seguro de que forzado aquel punto, las alas no podrian resistirle. El general Reynier, que mandaba en aquella parte, despues de una resistencia heróica, fue derrotado y hubo de retirarse á Gottov. Oudinot se replegó á Jutterbogt, á 10 leguas del campo de batalla. El 27 batieron los suecos al general Girard que acudia en socorro de los franceses desde Magdeburgo, y le obligaron á volverse á esta plaza.

Ney, encargado por el emperador de reparar el reves de Gros Beeren, recibió otro mucho mayor en Jutterbogt, donde fue atacado por Bernadotte, y vencido y ahuyentado á Torgaw con pérdida de 10.000 hombres y 25 piezas de artillería. Dos divisiones sajonas que servian en el cuerpo de Ney, se pasaron al egército sueco. Esta batalla se dió el 5 de setiembre. El príncipe de Suecia conservó su cuartel general en Jutterbogt, guarneció á Rosslaw y Acken, puntos fortificados sobre el Elba, para pasar este rio cuando fuese necesario, ocupó con su vanguardia á Dessau, y bombardeó á Wittemberg: pero habiendo acudido Ney, el 26 de setiembre, cesó en este ataque, y evacuó á Dessau: contentándose

con darse la mano con el egército de Blucher, que vencedor de Macdonald, habia salido de Lusacia y acercadose al Elba.

Ya no era posible á Napoleon sostenerse en la linea de este rio. Benigsen habia llegado con un nuevo egército ruso, formado en Polonia, y puéstose en linea sobre el alto Elba con las demas tropas de su nacion y con los austriacos. Bernadotte y Blucher habian pasado el mismo rio en Rosslaw y cerca de Wittemberg: la posicion de los franceses era estrechada cada dia mas por los enemigos: y el rey de Baviera, pasando de la alianza de Francia, á la del Austria, acababa de reunir su egército con otro austriaco, y marchaba sobre el Rin, para cortar la retirada al emperador.

Napoleon hizo el último esfuerzo para aniquilar los egércitos de Blucher y del príncipe de Suecia: mas estos dos generales evitaron el combate, replegándose sobre el Sala, y el emperador tuvo que poner su cuartel general en Leipsik el 13 de octubre. Ya habia llegado á dar vista á esta ciudad el egército austro-ruso, y el 16 se dió la terrible batalla de Wachau, que quedó indecisa despues de grande mortandad de una y otra parte: pues las tropas conservaron las mismas posiciones. En otra especie de guerra se hubiera atribuido la victoria á Napoleon; porque frustró á los enemigos de la esperanza de cortar sus comunicaciones con Erfurt, y batio todos los cuerpos que le acometieron. Pero en la situacion

política que se hallaba el héroe frances, todo triunfo cuyo resultado no fuese perseguir y esterminar al contrario, era una derrota.

En efecto, el 17 se halló su egército completamente bloqueado por todas partes. El cuerpo de Bernadotte, que no se habia hallado en la accion de Wachau, llegó entonces del Sala, y ocupó á Bretenfeld, cerrando por aquella parte la linea de circunvalacion, y el 18 se dió la batalla de Leipsic.

Bernadotte y Blucher acometieron por Mockau y Taucha para llegar á Leipsic: el mariscal Ney que defendia aquella parte de la linea, la cerró por medio de un movimiento hábil: pero los sajones que servian en su cuerpo, desertaron al enemigo, apenas llegó el príncipe de Succia á las alturas de Paunsdorf, como tambien una division de caballería wurtemberguesa; y Bernadotte se apoderó de Paunsdorf, que los franceses reducidos á muy corto número no pudieron defender. Los suecos tomaron despues á Kolgarten, Wolmansdorf, Stun y Sellerausen, costando rios de sangre la adquisicion de cada una de estas aldeas. Con igual furor se peleaba en los demas puntos de la linea, y la noche separó á los combatientes, conservando cada uno las posiciones en que los habia hallado la oscuridad.

Napoleon, privado de la flor de sus tropas, sitiado por un enemigo tres veces mas superior en número, y sin municiones sufi-

cientes de artillería, resolvió retirarse á Erfurt, y aquella misma noche empezó el movimiento. Hubierase hecho con felicidad, si el puente grande del rio Elster, volado antes de tiempo, no hubiese dejado sin comunicacion con el egército á mas de 20.000 franceses, que todos fueron hechos prisioneros ó murieron en el rio, entre ellos el célebre Poniatowski, que habia merecido por sus proezas en la batalla del dia anterior, el baston de mariscal de Francia.

El leon fugitivo, y casi herido de muerte, se retiraba hácia su guarida: pero aun le quedaron bastantes fuerzas para derrotar completamente junto á Hanan el egército austro-bávaro, que queria cortarle la retirada á Francia. Despues de esta accion gloriosa pasó á Paris á organizar un nuevo egército que oponer á sus enemigos, los cuales entretanto ocuparon todos los paises evacuados por las tropas francesas, tomaron varias plazas de las que conservaban guarniciones de esta nacion, y se prepararon á hacer teatro de la guerra el territorio frances.

El príncipe de Suecia tomó á Lubeck, ocupó á Holanda, insurreccionada contra Bonaparte, y se pasó con su egército á Bélgica. Dábase la mano con el egército de Blucher, que en la célebre campaña de 1814 ocupó todos los departamentos cercanos á Paris por la parte del Norte. Solo en una ocasion tomó Bernadotte parte activa en las operacio-

nes militares del interior de Francia: pero esta ocasion fue decisiva.

Napoleon, despues de haber derrotado al príncipe de Swartzemberg en Nangis y Montereau, revolvia á principios de marzo contra Blucher, que se encaminaba á Paris. El objeto del emperador era apoderarse de Soissons, y separar de este modo al enemigo del camino real. Llegó en efecto delante de la plaza el 4 de marzo: pero desde el 2 estaba la ciudad en poder de dos cuerpos enviados por Bernadotte desde Bélgica. Esta prevision del príncipe de Suecia libertó de su total ruina el egército de Blucher.

En fin, la suerte de Europa se decidió. Paris cayó en poder de los aliados. Napoleon abdicó, la dinastía de Borbon fue restituida al trono de Francia: el inmenso territorio de este imperio se redujo á sus antiguos límites; y las potencias aliadas repartieron entre sí los despojos de la victoria. En virtud de un tratado celebrado en Kiel con Federico VI, rey de Dinamarca, que siempre se negó á entrar en la coalicion, se agregó el reino de Noruega á la corona de Suecia, cediendo á Dinamarca en indemnizacion, la Pomerania sueca, y las islas que le habian quitado los ingleses, escepto la de Heligoland, que conservó la gran Bretaña, porque su posicion en la desembocadura del Elba la hacia muy importante para el comercio y la navegacion inglesa.

Cuando los noruegos supieron esta deter-

minacion, reclamaron contra ella, y eligieron por su rey al príncipe Cristiano, hijo de Federico VI. El príncipe real de Suecia penetró en aquel pais, auxiliado por un cuerpo de 35.000 rusos, y por una escuadra inglesa. Cristiano vió que la resistencia seria inútil, y capituló con los coligados la conservacion de los fueros y libertades de Noruega, que los reyes de Dinamarca, absolutos desde Federico III, habian respetado.

Esta condicion fue admitida por Cárlos XIII, que á su advenimiento al trono habia dado á la Suecia una constitucion, en que estaban mejor combinados que en las anteriores, los principios del órden y los intereses de la libertad. Dinamarca pagó tambien, como debia esperarse, la resistencia de los noruegos. La Pomerania y la isla de Rugen fueron dadas á Prusia, y Federico VI recibió en indemnizacion el pequeño territorio de Lawemburgo.

Càrlos XIV, rey de Suecia (1818). Cárlos XIII falleció en 1818, y le sucedió en el trono de Suecia el general Bernadotte, que ha sabido conservar en medio de las agitaciones que ha sufrido el mundo político hasta nuestros dias, las dos coronas que la suerte y su mérito colocaron sobre su cabeza. Es el único soberano de Europa que no ha nacido junto al trono: pero su poder parece tan firme como el de las dinastías mas antiguas.

Escandinavia, alejada del centro de los

movimientos políticos, no ha egercitado sino bajo Gustavo Adolfo, grande influjo en la suerte de las naciones; y este influjo se perdió en Pultava quizá para siempre. La principal causa de su debilidad está en su division misma entre dos naciones, la dinamarquesa y la sueca, cuya enemistad se pierde en la noche de los tiempos. Si algun dia cesa esta enemistad, y las tres coronas se reunen en una misma frente con mejores auspicios que los del tratado de Calmar, entonces la Escandinavia formará un peso muy considerable en la balanza europea: pero hasta qne llegue este caso, los reyes de Suecia y de Dinamarca habrán de seguir el impulso que reciban de Inglaterra ó de Rusia, y si se verifica un conflicto entre estasdos naciones, las islas y costas de Escandinavia, que serán probablemente el teatro de la guerra, correrán gravísimos riesgos. El mayor ó menor acierto que tengan los reinos de Suecia y Dinamarca en elegir aliado, decidirá de su suerte futura.

Aquellos paises que fueron la cuna de casi todas las naciones que invadieron el imperio romano y fundaron las monarquías modernas de Europa, recibieron mas tarde que las demas el cristianismo y la civilizacion: pero en el dia compiten con los otros estados en los progresos de las artes y ciencias. Los nombres de Ticho Brahé, Puffendorf, Linneo, y Brezelio, con que se ilustra la Escandinavia, tienen ya una celebridad europea. Sue-

cia y Noruega gozan de una prudente libertad, en medio de la tranquilidad mas profunda. Dinamarca no tardará en gozarla: porque los reyes de la dinastía de Oldemburgo se han anticipado siempre á las necesidades de sus pueblos.

Escandinavia tiene en sí misma todos los elementos de felicidad. Esta no puede ser perturbada sino por las guerras estrangeras.

TABLA CRONOLOGICA

de la historia de Escandinavia desde el establecimiento del cristianismo hasta nuestros dias.

Canuto II el grande, rey de Dinamarca: conquista la Inglaterra. . . . . . 1015.

Canuto III su hijo: los dinamarqueses arrojados de Inglaterra. . . . . 1042.

Estenkil I, rey de Suecia: guerra contínua con los daneses. . . . . 1056.

Suenon II, rey de Dinamarca: reinados de sus hijos Haraldo III, Canuto IV el santo, Olao IV el famélico, Erico III el bueno, y Nicolas: conquistas en Estonia y Vandalia. Nicolas muere asesinado á principios del siglo XII.

Reyes de Suecia de las casas de Suerkero I y de Erico el santo, que reinaron alternativamente desde mitad del siglo XII hasta la mitad del XIII.

Waldemar I el grande, rey de Dinamarca: fundacion de Dantzik. . . . . 1157.

Waldemar II el victorioso, rey de Dinamarca. . . . . 1202.

Anarquía feudal en Dinamarca hasta mediados del siglo XIV, bajo la dinastía de Waldemar.
Reyes de la dinastía de los *Folkungios* en Suecia: descendientes del conde Birgero, cuñado de Erico XI. Magno II, el tercer rey de esta dinastía, por sobrenombre Smeck, empezó á reinar en 1330.
Waldemar IV, rey de Dinamarca: su hija Margarita casa con Haquino, rey de Noruega, é hijo de Maguo Smeck, rey de Suecia. . . . . 1362.
Alberto de Mecklemburgo quita la corona de Suecia á Magno Smeck. . . . 1365.
Olao V, hijo de Margarita de Waldemar, sucede á su padre Haquino en el reino de Noruega, y á su abuelo Waldemar IV en el de Dinamarca. . 1375.
Margarita, reina de las tres coronas de Escandinavia: union de Calmar. . . . 1397.

Reyes de la union.

Erico el pomeranio: guerras entre Dinamarca y Suecia. . . . . 1412.
Cristóbal de Baviera:
Cristiano I: Cárlos Canutson reina en Suecia. . . . . 1448.
Estenon Sture I, administrador de Suecia. 1470.
Juan, rey de Dinamarca y Suecia en. . 1497.
Suarte Sture, administrador de Suecia en 1504.
Estenon II, administrador de Suecia en 1512.
Cristiano II, rey de Dinamarca y Sue-

cia: matanza de Estocolmo. . . . . 1520.
Abolicion de la union de Calmar: dinastia de Wasa en Suecia y de Oldemburgo en Dinamarca.
Cristiano II depuesto: Gustavo I Wasa, rey de Suecia, y Federico I de Oldemburgo, rey de Dinamarca y Noruega. . . . . 1523.
Erico XIV, hijo de Gustavo I, rey de Suecia: es depuesto por su hermano Juan III. 1568.
Segismundo, rey de Suecia y Polonia, hijo de Juan III: es depuesto por Cárlos IX su tio. . . . . 1600.
Gustavo II Adolfo, rey de Suecia, hijo de Cárlos IX, conquista la Livonia: su espedicion á Alemania: batalla de Lutzen, en que pereció. . . . . 1633.
Cristina, su hija, reina de Suecia: victorias de sus generales en Alemania y Dinamarca: abdica la corona en su primo Cárlos Gustavo, duque de dos Puentes. . . . . 1654.
Espediciones de Cárlos Gustavo á Polonia y Dinamarca: sitio de Copenhague. 1658.
Cárlos XI, rey de Suecia: sucede á su padre Cárlos Gustavo: la Escania agregada á la Suecia. . . . . 1660.
Federico III de Oldemburgo, rey de Dinamarca, abate el feudalismo, y adquiere el poder absoluto. . . . . 1661.
Cárlos XII, rey de Suecia: sucede á

su padre Cárlos XI. . . . . 1697.
Sus espediciones á Dinamarca, Polonia y Rusia: batalla de Pultava. . . . . . . 1709.
Su vuelta á Suecia: espedicion de Noruega. Perece en el sitio de Frederichal. 1718.
Ulrica Leonor, su hermana, reina de Suecia. . . . . 1719.
Federico I, su esposo, reina juntamente con ella. El poder régio se debilita. . 1720.
Adolfo Federico, obispo de Lubeck, de la casa de Oldemburgo, sube al trono de Suecia. . . . . 1751.
Gustavo III su hijo. Recobra el poder y humilla á los nobles y al senado. . . . 1772.
Muere asesinado en. . . . . 1792.
Gustavo IV: neutralidad armada de Suecia, Dinamarca y Rusia contra Inglaterra: batalla naval de Copenhague. 1800.
Guerra de Gustavo contra Rusia: pierde la Finlandia y la Pomerania. Es depuesto. . . . . 1808.
La division española del Báltico vuelve á España. . . . . 1808.
Cárlos XIII, tio de Gustavo IV, rey de Suecia . . . . 1809.
El general Bernadotte, elegido príncipe heredero: sus campañas contra Francia en 1813 y 1814: adquiere el reino de Noruega: sube al trono en. . . 1818.

Fin del tomo XI de la historia de Francia, XIV de la moderna, y XXII de la obra.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE FRANCIA

por Don Alberto Lista.

Capitulo VI.

CAPITULO VII.

CAPITULO VIII.

Capitulo ix.







Cádiz, Hortal y Comp.a
Cartagena, Benedicto.
Córdova, Berard.
Caceres, Burgos.
Ciudad Real, Casudo.
Elche, Ibarra.
Reus, viuda de Angelon.
Santiago, { Compañel. Rey Romero.
San Felipe de Játiva, Bellber.
Segovia, Lopez.
Salamanca, Reyes.
S. Fernando, Segovia.


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm